



me
quedo
contigo

Kris L. Jordan

**Me quedo
contigo**

Me quedo contigo

Kris L. Jordan



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu
#mequedocontigo

Colección: Tombooktu Chicklit

www.chicklittertombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones
Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Me quedo contigo*

Autor: © Kris L. Jordan

Elaboración de textos: Santos
Rodríguez

Revisión y adaptación literaria:
Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en
lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027
Madrid

Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede
ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos
Reprográficos) si necesita fotocopiar o
escanear
algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93
272 04 47).

ISBN Digital: 978-84-15747-71-0

Fecha de publicación: Septiembre 2015

Depósito legal: M-18962-2015

*Para todos los que me
apoyáis en mi aventura.
Mi familia, amigos lejanos
y cercanos
y para ti que vas a leer este
libro.
¡Bienvenidos a mi pequeño
mundo!*

Índice

1. ¡¡Chas!! Y aparezco a tu lado
2. Y nos dieron las diez
3. Hoy no me puedo levantar
4. No me importa nada
5. Ni tú ni nadie
6. Aquellas pequeñas cosas
7. Ave Lucía
8. Sin ti no soy nada
9. Un beso y una flor
10. A quién le importa
11. Corazón partío

12. Cadillac solitario

13. Cómo pudiste hacerme esto a mí

14. Cómo hablar

15. Me moría por ella

16. Déjame

17. Pongamos que hablo de Madrid

18. Qué bonita la vida

19. Entre mis recuerdos

20. Cero

21. Mi pequeño tesoro

22. Si pudiera caminar sin ti

23. Historias de amor

24. Valió la pena

25. Blanca Navidad

26. Un año más

27. Me colé en una fiesta

28. Y, ¿si fuera ella?

29. Vivir lo nuestro

30. Tu amor me hace bien

31. Te necesito

32. Pero a tu lado

33. Ella vive en mí

34. Vivir mi vida

35. ¿Qué precio tiene el cielo?

Agradecimientos

¡¡Chas!! Y aparezco a tu
lado



—¡Oh, Dios mío, mira con disimulo quién acaba de entrar! ¡Te lo dije, te dije que nos lo encontraríamos!

Luna se dio la vuelta de inmediato y fijó sus ojos en el hombre que en ese momento cruzaba la puerta.

—¡Te he dicho con disimulo! —

Lola la reprendió.

—¡Joder, me va a dar algo! —En esos momentos hubiera deseado poder meterse bajo la mesa para desaparecer de su vista.

—¡Pero mira que está bueno!

—Disimula un poco y no grites tanto que te van a oír.

—¡Fíjate en su culito prieto y respingón!

Las dos se quedaron observando dicha parte de la anatomía de Víctor, aprovechando que estaba de espaldas apoyado en la barra pidiendo las bebidas.

—Sí, es perfecto —suspiró Luna.

—No sé cómo puedes llevar ya

un año trabajando para él y no haber intentado nada, chica, no lo entiendo.

—No seas burra. ¡Es mi jefe!

—¿Y?

—Pues... no estaría bien.

—¡Va, tonterías!

—Claro, como tú pasas de todo.

Pero existe una ética...

—No seas pesada, guapa. Ante semejante maromo la ética me la paso yo por...

—Calla, no lo digas —la interrumpió Luna antes de que dijera una de sus burradas.

—Además, yo no soy como tú que siempre estás pensando en el sexo.

—¿Y qué otra cosa hay? Deberías practicarle más a menudo, tendrías un cutis más suave y una sonrisa en los labios.

—Mi cutis es perfecto.

—Vale, lo que tú digas. De todas formas, te dije que corríamos peligro de encontrarnos con él aquí —dijo cambiando de tema.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo repitas más. Pero tenía tantas ganas de celebrar que por fin me he sacado el carné de conducir... —sonrió feliz—: Y... ¿Cómo narices sabes tú dónde come?

—Porque yo sé muchas cosas. —Puso esa sonrisa enigmática que

tanto irritaba a su amiga.

—Sabes más de mi jefe que yo.

—Sé cosas de todo el mundo que trabaja en este edificio, por algo soy la peluquera de la mitad del personal. Vienen, se tiñen, se cortan el pelo y hablan. Me cuentan de todo, todos los cotilleos y noticias frescas. —Sonrió alegremente y se metió una patata en la boca con chulería.

—Y a ti como no te gusta cotillear nada, ¿verdad? —preguntó con ironía.

—No, a mí no. —Soltó una fuerte carcajada mientras ponía una dulce mirada inocente—. ¡Oh, Dios mío! —

Su cara de susto preocupó a Luna.

—¿Qué pasa?

—¡Viene mi chico! —Dio palmas como una loca.

Luna intentó disimular y se dio la vuelta. Observó cómo Marcos también entraba por la puerta del restaurante y se acercaba a su hermano Víctor.

—¿Tu chico? Pero si ni siquiera te hace caso.

—Sí me lo hace y mucho. Está loco por mí, tan sólo le cuesta aceptarlo.

—Y tanto, llevas un año provocándole y él pasa de ti.

—No pasa de mí, lo puedo ver en

sus ojos, en su forma de mirarme. Me desea, pero es tan cerrado de mollera que no se decide a dar el paso. Aunque sé perfectamente que lo conseguiré, tarde o temprano tendré ese cuerpazo entre mis sábanas y pienso saborearlo...

—Conociéndote no me queda la menor duda de que así será. Pobre chico, está perdido. —Las dos rieron a carcajadas.

De repente Lola cerró con fuerza la boca, trató de ocultarla con una servilleta y le dijo a su amiga:

—Vienen hacia nuestra mesa.

Luna deseó de nuevo desaparecer, ya era bastante castigo ver a Víctor

día a día. Le gustaba y mucho. Se sintió atraída por él casi desde el primer momento en que le vio con su traje gris marengo, impecable y a medida. Tan guapo, tan *sexy*, con ese carácter tan afable que traía de cabeza a todas las féminas en metros a la redonda.

—Buenas tardes, Luna y compañía —dijo Víctor al pasar junto a la mesa de las chicas.

Se quedó mirándola con disimulo, le parecía una mujer muy atractiva. Hoy estaba especialmente guapa con su pelo negro recogido en un moño bajo, su discreto maquillaje y su sonrisa.

Siempre iba muy bien vestida y conjuntada. Esa falda azul oscura que llevaba era su preferida, le volvía loco porque se ajustaba a su trasero y marcaba las caderas. Para rematar se había puesto una blusa blanca con un generoso escote. Si no fuese porque era su secretaria e imponía un total distanciamiento entre ellos, hacía tiempo que hubiese intentado algo.

A Luna, Víctor le parecía un hombre muy atractivo y deseable, pero era fiel a sus principios, a su sentido común. Y este le decía que no era nada bueno mezclar placer con trabajo, esa combinación tarde

o temprano se volvía en contra, tanto del negocio como de la vida privada.

—Buenas tardes, señor Amorós.
—Siempre le trataba de manera formal, a pesar de que llevaban trabajando juntos desde hacía ya un año y que casi tenían la misma edad.

Víctor sonrió de esa manera que la volvía loca, su boca se torcía hacia el lado derecho, sus ojos brillaban juguetones y unos preciosos hoyuelos se le formaban en las mejillas.

—Hola, guapo —soltó con descaro Lola mirando traviesa a Marcos.

—Hola —dijo secamente el hermano pequeño y socio de Víctor. Se le notaba incómodo, deseoso de dejar a las dos mujeres y sentarse en la mesa que tenían reservada.

Marcos era muy discreto, en ciertas ocasiones, incluso desagradable. Su carácter difícil nada tenía que ver con el de su hermano que era extrovertido y jovial.

—Pasadlo bien, chicas —se despidió Víctor y, seguido por su hermano, se encaminó hacia su mesa.

—Te juro que ese tío parece que tiene un palo metido por el culo —

dijo Lola mientras señalaba con la cabeza a Marcos.

—No seas bruta y baja la voz. ¡Te va a escuchar!

Lola le guiñó un ojo, eso era precisamente lo que pretendía. Le encantaba provocarlo, ponerle cardiaco en todos los sentidos. Se divertía a su costa y disfrutaba como una loca.

¡Claro que la había escuchado! No podía verle la cara pero se había parado en seco, tenía los puños apretados y si eso no era suficiente para confirmar su sospecha, Víctor había lanzado una carcajada.

Marcos no se dio la vuelta para enfrentarse al desagradable comentario de Lola porque, como siempre decía, tenía mucha educación y esa mujer no merecía ningún tipo de consideración por su parte.

—No sé por qué te ríes, no le veo la gracia —protestó enfadado.

—A mí sí me la hace —Víctor no podía parar de reír, incluso sus ojos lagrimeaban.

—Claro, a ti todo lo que sea insultarme te hace gracia.

—Pues sí.

Ambos hermanos eran inseparables desde pequeños. No

se llevaban más que un par de años y, aunque discutían mucho, no podían estar el uno sin el otro. Sus diferentes caracteres se complementaban a la perfección y sobre todo les ayudaba en los negocios. Todo de lo que carecía Marcos lo tenía Víctor y viceversa. Esto les había ayudado de manera que con tan sólo los treinta y cinco años de Víctor y los treinta y tres de Marcos habían recibido el premio Empresario del Año y tenían cinco franquicias de sus gimnasios por todo Madrid.

—Esa mujer me saca de mis casillas. —Marcos por fin se atrevió

a mirarla, ella estaba comiendo tan tranquila, como si nada.

Agradeció que su mesa estuviera retirada, así no tenía que soportar escuchar de nuevo su voz chillona y desagradable.

—No se nota —dijo Víctor divertido. Disfrutaba llevándole la contraria.

—¿Cómo que no se nota?

—No. —Le miró con una gran sonrisa en la boca.

—No entiendo por qué dices eso. —A su habitual gesto de enfado se añadió una gran arruga que surcó su frente.

—Pues sencillo, hermano. Dices

que no la soportas y todos los meses vas a que te corte el pelo.

Marcos se puso colorado y bajó la mirada intentando rehuir la de su hermano, señal inequívoca de que iba a lanzar alguna mentira.

—Pues... pues voy porque corta muy bien el pelo. Es desagradable, descarada e insoportable, pero muy buena peluquera.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Reconócelo, te gusta, te pone — bajó la voz, le guiñó un ojo y le sonrió con picardía.

—Estás loco. —Le miró con los ojos muy abiertos—. Pero... pero...

¿Cómo me va a gustar? Tú la has visto... con esos tatuajes y ese... ese *piercing* en la nariz. ¿Ponerme? ... —pronunció la palabra como si fuera una blasfemia y soltó un fuerte resoplido.

—Sí, claro, lo que tú digas —dijo sin ninguna convicción.

—No me gusta tu tono. —El deje burlón con el que le hablaba su hermano le sacaba siempre de quicio.

—Será mejor que lo dejemos.

—Sí, mejor.

—Cuando llegue el cliente sé agradable —dijo Víctor cambiando de tema.

Se sentaron y encargaron las bebidas mientras esperaban a Roberto Vázquez, un empresario valenciano interesado en formar parte de la empresa de los hermanos. Habían cerrado ya el contrato y todo estaba en marcha, pero necesitaban darle un trato especial ya que ese cliente era muy importante. Había realizado una fuerte inversión y pensaba abrir otro gimnasio más en Valencia.

Los hermanos deseaban expandir su negocio y llenar toda España de H. A. Gym, ese era el nombre de sus locales, el negocio familiar que ambos habían montado y que

gestionaban codo con codo.

—Yo siempre soy agradable.

—Estás de coña, ¿verdad? —

Víctor le miró con asombro. Agradable era una palabra que no le definía en absoluto y menos cuando se trataba de socializar con otras personas.

Marcos siempre estaba serio y era muy reservado, le costaba incluso sonreír, pero era la cabeza del negocio. Bueno en el papeleo, en la administración de los fondos y los recursos, era la persona menos indicada para el trato personal pues no tenía ni paciencia, ni don de gentes pero, sin lugar a dudas, no

había nadie como él a la hora de redactar un informe o llevar la contabilidad del negocio.

—No, no estoy de coña.

—Por supuesto. ¿Cómo puedo olvidarlo? Tú nunca estás de coña.

—Levantó las manos intentando dar más énfasis a sus palabras.

Víctor era todo lo contrario, simpático y divertido. Los clientes siempre quedaban satisfechos pues su trato era cordial y amigable. Siempre positivo y dispuesto a ayudar, no tenía reparos en hacer todo tipo de trabajos.

—¡Va, no tienes gracia! Este cliente no se nos puede escapar por

nada del mundo. Haré lo que sea, incluso bailar en la pista. –Víctor le miró sorprendido, nunca en toda su vida había visto bailar a su hermano y ni se lo llegaba a imaginar. Rio a carcajadas sólo con pensarlo.

El cliente llegó con algo de retraso, se saludaron efusivamente y encargaron la comida. No era prudente hablar de trabajo a la primera de cambio, así que Víctor, muy acostumbrado a negociar, llevó la batuta de la conversación y poco a poco fue conduciéndola hacia donde los dos hermanos querían que era conseguir que el cliente se

comprometiera a viajar el mes siguiente a Valencia, visitar el local propuesto por ellos e invertir el dinero necesario para abrir un gimnasio de lujo en una zona privilegiada.

Después de la comida, el postre y los cafés, consiguieron que el cliente aceptase sus condiciones. Propusieron una fecha para viajar a Valencia e iniciar todo el papeleo.

Víctor se sentía satisfecho con el resultado, ese cliente había sido duro de pelar, había puesto infinidad de trabas que él había conseguido sortear con desparpajo. A partir de entonces quedaba

mucho trabajo por hacer.

Y nos dieron las diez



Luna se despertó muy temprano, tan sólo era miércoles y ya estaba agotada. Llevaban unos días de locos en la oficina con los preparativos del inminente viaje de su jefe a Valencia para preparar un nuevo gimnasio con el que los hermanos Amorós expandirían su negocio.

Se miró al espejo, sus ojos estaban casi cerrados por el sueño, le costó mucho abrirlos y conseguir fijar la mirada.

«Madre mía, qué horror», pensó al verlos hinchados y las negras ojeras. Esas eran las consecuencias de hacerle caso a Lola y salir a tomar una copa un día de diario. Se regañó mentalmente por dejarse convencer por la descerebrada de su amiga.

Abrió el armarito del baño y sacó el neceser donde guardaba todas sus pinturas. Las colocó sobre la encimera del baño y comenzó la ardua tarea de restauración.

Corrector de ojeras, maquillaje, colorete, delineador de ojos, máscara de pestañas y un tono rosado y suave en los labios. Tiempo invertido, miró el reloj del móvil, ¡un cuarto de hora! Dio un grito de sorpresa al ver lo que había tardado en maquillarse y salió disparada del baño.

«Llegaré tarde», se dijo y esto consiguió ponerla mucho más nerviosa. Abrió el armario y escogió la ropa: una falda negra de vuelo que le llegaba hasta debajo de las rodillas y una blusa roja. Se puso las medias, los zapatos de tacón y de nuevo se miró en el

espejo para ver el resultado final. Quedó bastante satisfecha, esa blusa siempre le había quedado como un guante, su escote resaltaba sus pechos y el color rojo le favorecía.

Desayunó un café bien cargado. Miró el pan integral que estaba sobre la encimera de la cocina, abrió la bolsa y soltando un fuerte resoplido, la cerró de nuevo. Estaba harta de comer cosas *light*, desnatadas, sin sabor, sin sustancia; «en fin, asquerosas», pensó. Abrió el armario y sacó dos magdalenas. «A la porra la dieta», se las comió saboreándolas, gozando de su sabor

y sin sentirse culpable.

Luna siempre había sido una niña gordita. Cuando llegó a la adolescencia intentó perder peso con dietas con las que pasaba un hambre atroz y horas de duro ejercicio, pero nada le daba resultado así que, finalmente y ya en la edad adulta, decidió rendirse. De vez en cuando volvía a hacer régimen, pero estaba ya tan cansada de privarse de las cosas que más le gustaban que capitulaba a la primera de cambio. Total, tampoco estaba tan mal. Qué más daban unos pocos kilos de más, si bien repartidos le hacían hasta resultar

más atractiva.

Salió precipitadamente de casa, casi a la carrera. Estaban a principios de agosto, muchos madrileños disfrutaban de sus vacaciones y eso se notaba, daba gusto pasear por la calle. Las suyas habían terminado hacía tan sólo una semana. Suspiró al recordarlas, ese año habían sido de las mejores que había pasado en su vida pues había cumplido su sueño de viajar a Nueva York.

El metro le pillaba muy cerca de casa y a toda prisa llegó hasta el andén. En diez minutos estuvo en su parada y en cuanto se abrieron las

puertas de nuevo echó a correr.

Agradeció salir del sofocante bochorno del metro al alcanzar la calle. Sonrió al pensar que dentro de poco no tendría que viajar más en ese medio de transporte porque tendría su propio coche. No sería uno de esos caros y lujosos no, sería uno pequeño, confortable y por supuesto con aire acondicionado. Se terminaría el pasar calor apretada entre el cristal y el cuerpo sudoroso de algún que otro pasajero.

Llegó justita a la oficina, tomó el ascensor que a esas horas estaba abarrotado por el personal que iba

llegando a trabajar y alguno de los clientes del gimnasio. Otra vez se veía aprisionada entre cuerpos sudorosos. Cuando llegó a su despacho se dejó caer sobre la silla y disfrutó por unos minutos del aire acondicionado.

Se entretuvo colocando documentación y cuando miró el reloj de su móvil vio que ya eran más de las once, hora del café, pero ella decidió cambiarlo por una pequeña escapadita para ver a su amiga Lola.

—Hola, guapa —le dijo esta cuando atravesó la puerta.

—¡Qué calor hace! —Le dio dos

besos y entró en busca del chorro del aire acondicionado.

Lola estaba peinando a Rosa, una señora ya entrada en años que todas las semanas iba a ponerse los rulos.

—Hola, guapa —le dijo—, este verano se presenta duro.

—Vaya, Rosa, ¿has cambiado de color? —Siempre lo llevaba rubio platino, pero esta vez lo tenía casi castaño.

—Sí, me han dicho que este hace más joven. ¿Tú qué opinas?

—Que estás preciosa —le dijo mientras le daba un beso en la mejilla.

Rosa era para las chicas como su

madre, siempre atenta y preocupada, incluso les traía táperes que preparaba para ellas porque decía que no se alimentaban en condiciones.

—Tienes mala cara. ¿No has dormido bien? —preguntó Rosa preocupada.

—Qué va, ha sido culpa de esa petarda. —Señaló a Lola—. Se empeñó en salir anoche y al final me acosté a las tantas.

—Hacéis bien, hay que disfrutar —sentenció Rosa y Luna la miró con la boca abierta al ver cómo le daba la razón a su amiga.

—Mira que eres moderna, Rosita.

—Lola sonrió satisfecha.

—Di que sí, tú dale alas a este pendón. —Las tres rieron.

—Mejor ser pendón que no una sosa —dijo Lola.

—Yo no soy sosa.

Luna miró el reloj de la peluquería y dio un fuerte respingo, al final llegaría tarde. Se despidió de las dos mujeres con dos sonoros besos en las mejillas y regresó a la oficina.

La mañana se pasó rápido, tenía mucho trabajo, su jefe se iba al día siguiente a Valencia y tenía que preparar todo lo referente al viaje: billetes de avión, la reserva en el

hotel y la agenda para los meses que estaría fuera.

Hizo un breve descanso para comer un bocadillo que se había subido de la cafetería y continuó con su trabajo.

Luna siempre había sido una chica muy responsable. Era la típica niña que sacaba sobresalientes y llevaba siempre los deberes hechos. Cuando terminó sus estudios de Secretariado Internacional, con muy buenas notas, encontró enseguida trabajo. Estaba muy bien cualificada y en cuanto comenzó a trabajar y los hermanos Amorós vieron su

eficiencia, la hicieron fija, no querían que se les escapase por nada del mundo.

La tarde se hizo igual de corta que la mañana y sin darse casi cuenta llegó la hora de marcharse a casa. Recogió sus cosas y cuando pasó por la puerta del despacho de Víctor vio la luz encendida. Normalmente salían los dos casi a la vez y le extrañó que estuviera todavía en su despacho.

Tocó en la puerta y asomó la cabeza. Víctor estaba sentado frente a su ordenador, se había quitado la chaqueta del traje y también se había remangado la camisa. Toda la

mesa estaba llena de papeles y documentos. Se le veía estresado y nervioso, no paraba de pasarse las manos por el pelo que tenía todo alborotado.

—¿No se va todavía? —le preguntó con el tono formal con el que tenía costumbre.

—Ah, hola. —Estaba tan enfrascado en su trabajo que hasta entonces no se había dado cuenta de que ella le estaba mirando desde la puerta—. ¿Me decías algo?

—Sí, le preguntaba que si no se iba a casa.

—No puedo. —Golpeó la mesa con impotencia—. Tengo que

terminar. Tantos papeles... —tomó un montón de ellos en su mano y se los mostró— ...me están volviendo loco.

Luna suspiró, Víctor era un auténtico desastre, siempre perdía la documentación, revolvía los informes y no era capaz de dejar un archivo colocado. Lo dejaba todo desordenado y luego ella tenía que arreglar sus desastres.

Se quitó el abrigo y lo dejó sobre el sofá del despacho.

—Oh... no, no, Luna, por Dios, tú márchate, es la hora. No quiero que por mi culpa...

—No se preocupe. Entre los dos

terminaremos antes.

Víctor claudicó, sabía que sin ella estaba perdido.

Luna se puso manos a la obra; colocó toda la documentación y así facilitó la tarea. Los dos trabajaron codo con codo y a eso de las diez ya tenían casi todo el trabajo terminado.

Víctor se desperezó y estiró los brazos, estaba entumecido de estar todo el día frente al ordenador.

—¿Te apetece beber algo? — preguntó mientras se levantaba de la silla en la que llevaba horas sentado.

Luna que estaba tecleando en el

ordenador, paró y le miró sonriente.

—La verdad es que me vendría bien, tengo la garganta seca.

Víctor abrió un armario y sacó una botella de vino.

—¿Te gusta el vino?

—Sí, me encanta. Pero no sé si debemos...

—Va, tonterías, una copita no hace daño.

Descorchó la botella y Luna se quedó mirando la etiqueta, era un rioja y de los caros.

Continuaron con el trabajo mientras tomaban una copa de ese magnífico vino que le dejaba un buen sabor en la boca.

—Está muy bueno —dijo él sonriendo.

Sin darse cuenta se habían bebido la botella entera. No estaban borrachos, pero el alcohol les había desinhibido y el ambiente se había caldeado sin darse cuenta.

Luna se sentía como en una nube, no estaba acostumbrada a beber y el alcohol siempre le afectaba.

—Creo que ya hemos terminado —dijo—. Será mejor que nos marchemos, se ha hecho muy tarde y la verdad es que estoy muy cansada. Anoche salí con mi amiga Lola y nos acostamos muy tarde... —Hablar sin parar, como una

auténtica cotorra, era otra de las consecuencias de beber más de la cuenta.

Él no decía nada y Luna extrañada por su mutismo levantó la mirada de los papeles y le miró para ver qué era lo que le mantenía tan callado.

Víctor estaba totalmente embelesado observando su escote, como si fuera lo más maravilloso que había visto en su vida. Luna bajó su mirada y se sobresaltó al darse cuenta de que se le había desabrochado un botón de la camisa y quedaba a la vista gran parte de su sujetador.

Se puso colorada y cerró su escote con tal rapidez que en su prisa por hacerlo le golpeó en la barbilla.

—¡Joder! —gritó él.

—¿Te he hecho daño? —Sin darse cuenta había dejado los formalismos a un lado y le había tuteado por primera vez.

—No.

Víctor la observaba de una forma extraña, como si fuese la primera vez que la veía.

—¿Pasa algo? —le preguntó, nunca en todo el año que llevaba trabajando para él la había mirado así.

—Eres tan bonita —le dijo como extrañado.

Todo fue tan rápido que apenas pudo reaccionar. En un momento Víctor la estaba mirando como si fuese un extraterrestre y al segundo se había lanzado sobre su boca. Tomó sus labios entre los suyos y Luna se dejó llevar, los abrió y dejó que la lengua de él invadiese su espacio. Él le agarró la cara entre las manos y se la inclinó hacia un lado para tener mejor acceso a su boca. Un gemido salió de la garganta de Luna, sabía tan bien, besaba tan bien.

—Esto... no está bien —dijo sobre

su boca, pero casi sin convicción.

—Esto está muy bien —dijo él que retiró sus labios de los de ella para posarlos sobre su garganta.

Recorrió su cuello con sus labios, con su lengua, lo mordisqueó y Luna se estremeció.

Luna sin ser consciente de lo que hacía, le sacó la camisa del pantalón e introdujo sus manos para tocarle. Pasó sus manos por su pecho, por su vientre, estaba tan duro, tan suave, tan magnífico. Era como se lo había imaginado, fuerte y musculado, un cuerpo perfecto.

Víctor suspiró, sus caricias le gustaban. Ya no había marcha atrás,

nunca pensó que eso podía ocurrir, no lo planeó aunque, si era sincero, lo había deseado más de una vez. Ella le atraía, sus ojos expresivos e inteligentes, azules como el cielo, le miraban siempre atentos. Cuando su boca perfecta y rosada le sonreía, él se derretía. Cuando movía las caderas al caminar con ese vaivén le provocaba imágenes calenturientas de las que ella no era consciente. Cuando se inclinaba cerca de él y sentía su perfume afrutado, sus sentidos se alteraban de tal manera que nada le importaba, tan sólo ese aroma.

—Sólo una vez —le dijo como una

promesa.

—Sí, sólo una. —Así lo pensó ella también.

La follaría sólo una vez, después olvidarían lo ocurrido y continuarían como siempre, con su relación jefe-secretaria.

Víctor estaba tan convencido de lo que iba a hacer que ya no tuvo dudas ni miedos. Entonces fueron sus manos las que sacaron la camisa de ella del interior de su falda y se la quitó por encima de la cabeza.

—¡Dios! —exclamó con satisfacción al ver los pechos de Luna embutidos en un discreto

sujetador, sencillo, sin encajes ni transparencias pero perfecto para sostener esos maravillosos senos. Tan apetecibles que Víctor sintió cómo su pene ya enhiesto se endurecía mucho más.

Bajó su boca y tomó uno de sus pezones a través de la tela que se humedeció en contacto con su saliva. Luna dejó caer su cabeza hacia atrás y jadeó.

Con manos temblorosas lo desabrochó. Al verla desnuda sus ojos brillaron de excitación. Eran perfectos, redondos, del tamaño exacto que a él le gustaba. Los tocó con suavidad, como con miedo a

que desapareciesen de repente y no pudiese saborearlos. Su tacto aterciopelado, suave, delicado le obligó a gemir y a buscar de nuevo con su boca tan dulce manjar. Los recorrió con su lengua, sus labios, restregó su mejilla áspera por la incipiente barba dejando un rastro rojizo sobre la piel blanca de Luna.

—¡Oh! —exclamó ella. Era tan excitante.

Víctor buscó la cremallera de su falda y cuando la encontró la bajó muy despacio, sin prisa, mientras saboreaba sus pechos. La falda cayó al suelo y entonces la tomó entre sus brazos y la depositó con

suavidad sobre el sofá.

Luna se recostó y le miró con los ojos cargados de deseo. Él no se hizo esperar, se puso de rodillas entre sus piernas y con suavidad acarició sus caderas. Con veneración Víctor pasó las manos por los muslos de Luna, mientras miraba cómo ella se retorció, gemía y se mordía el labio insinuándose descaradamente.

Estaba tan caliente que ya no podía esperar más, esa mujer era un volcán y él se iba a quemar en su fuego.

—Sabía que eras perfecta, sabía que tu sabor era delicioso, sabía

que eras sensual... –su voz era ronca, excitante y Luna sintió cómo se humedecía.

Le bajó las braguitas y después de lanzarle una mirada cargada de promesas que cumpliría pasase lo que pasase, se lanzó sobre su clítoris y lo saboreó. Ella estaba preparada y él no quería hacerla esperar más. Se bajó el pantalón y los calzoncillos y, sin darle tregua a pensar nada más, entró en su interior.

Luna le recibió con un profundo gemido que provocó otro en él, fuerte e intenso.

Se movía con soltura, con

precisión, llegando profundo y provocando en ella fuertes oleadas de placer.

Víctor no quería ni podía apartar sus ojos de Luna, se la veía tan hermosa. Tenía sus ojos cerrados y los labios entreabiertos eran como un reclamo silencioso que Víctor no podía rechazar. Los trazó con su lengua, los mordió con suavidad y finalmente entró en su boca, devorándola.

—Dios, Luna... —susurró con voz erótica y sensual contra sus labios. Los gemidos de ella le estaban volviendo loco.

Víctor se movía lento, muy lento y

Luna se estaba desesperando. Alzaba sus caderas para recibirle y con sus manos acariciaba sus nalgas y las presionaba en un intento de que él llegara más profundo, más dentro.

—Más... más —suplicó con la voz entrecortada. Casi no se reconocía, normalmente era recatada y totalmente silenciosa pero él despertaba todos sus instintos, sus deseos más primarios.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Víctor con tono provocador, insinuante. Aunque era una pregunta sin sentido, pues sabía perfectamente lo que ella deseaba y

se lo iba a dar, entonces comenzó a moverse más y más rápido, más y más dentro—: ¿Es esto?

—Sí, sí —dijo entre jadeos.

Luna sintió cómo el placer crecía al ritmo de sus embestidas cada vez más fuertes y profundas. Todo su cuerpo se preparaba, se disponía a disfrutar de un clímax intenso. Gritó, no pudo contenerlo, no fue capaz de parar el chillido que se escapaba de su garganta. Tembló y devoró la boca de Víctor.

«Ahora», pensó Víctor y se dejó llevar, embistió con fuerza un par de veces más. No fueron necesarios más movimientos para descargar

con fuerza su simiente.

Se dejó caer sobre el cuerpo de Luna. Levantó la cabeza y posó su frente sobre la de ella. Lanzándole una brillante sonrisa le dijo:

—Ha sido increíble, ¿no crees? — Su voz sonó ronca y erótica. Luna se estremeció. Todo en él la provocaba, la excitaba, parecía no ser consciente de lo increíblemente *sexy* que era, le salía de forma natural.

Por un breve instante Luna sonrió al recordar la sensación tan agradable que acababa de saborear y se rindió a ese placentero letargo que se experimenta después de

tener un orgasmo épico y maravilloso. Pero de repente, sin saber el porqué, todo cambió y un terrible sentimiento de arrepentimiento se apoderó de ella. Le miró como si se hubiese vuelto loco, comenzó a sentir un calambre en la pierna derecha e intentó salir de debajo del pesado cuerpo de Víctor.

Le empujó con todas sus fuerzas, necesitaba quitarse ese peso muerto que la impedía casi respirar y le estaba provocando un ataque de pánico. Pero lo más desesperante, lo peor de todo, era que de pronto se dio cuenta de lo que acababa de

ocurrir, de lo que habían hecho. Deseó con todas sus fuerzas poder dar marcha atrás en el tiempo, regresar al momento exacto en el que todo se había descontrolado, ese instante en el que se había dejado llevar por el deseo sin tener en cuenta nada, ni siquiera las consecuencias que traerían sus actos, pero eso era totalmente imposible. Se sintió frustrada, desesperada. La boca se le secó y el corazón comenzó a latirle tan rápido que temió que se saliera de su pecho.

Cerró los ojos con fuerza, no quería seguir viendo la sonrisa

brillante de su jefe. «Dios, ¿qué he hecho?», pensó desesperada y al ver esa estúpida sonrisa la furia comenzó a crecer y crecer dentro de ella, una ira intensa. «Pero, ¿de qué narices se ríe este cretino?», se dijo. Era desesperante, ella se sentía fatal y en cambio Víctor reía como un loco.

—Necesito... quita... —Le faltaba el aire y casi no podía respirar. Continuó empujándole pero era tan pesado que apenas se movía.

—¿No crees que ha sido maravilloso?

«Pero ¿este tío es tonto?», pensaba ella. Necesitaba espacio y

salir corriendo para esconderse en algún lugar recóndito donde nadie la pudiera encontrar.

—¡No puedo respirar! —gritó con el poco aire que le quedaba en los pulmones.

Por fin Víctor se dio por enterado y se levantó.

Logró respirar con normalidad y tomó aire con fuerza. Él la miraba sin dejar de sonreír y ella, avergonzada, intentó cubrir su desnudez con sus manos.

—No hace falta que te tapes, ya he visto todo lo que escondes bajo la ropa.

Los ojos de Luna se abrieron

como platos y se sonrojó.

«¡Oh Dios, oh Dios! ¿Qué he hecho?», seguía diciéndose, su cabeza era un torbellino de pensamientos. ¿Cómo había dejado que eso ocurriese? Se sentía tan avergonzada.

—Lo mejor será olvidar lo que ha pasado. —Luna decidió hacer frente a la situación, aunque fuera de una manera cobarde.

Víctor arrugó la frente.

—¿Tan horrible ha sido para ti? —preguntó preocupado. La había oído gemir, suplicar, parecía haber disfrutado tanto como él que no entendía su enfado.

Luna se vistió con rapidez y sin apenas mirarle.

—No... pero...

Víctor continuaba medio desnudo sentado sobre el sofá, su sonrisa se había esfumado. No entendía por qué ella no se sentía feliz y contenta después del momento glorioso que habían compartido. Hacía mucho que no lo pasaba tan bien con una mujer, que no disfrutaba tanto y eso que había sido un «aquí te pillo, aquí te mato».

—¡Víctor, vístete inmediatamente!
—le gritó ella.

Se levantó del sofá y comenzó a vestirse como un autómatas, pero

cuando fue a subirse el pantalón se paró en seco y furioso la miró.

—¿Se puede saber qué narices te pasa?!

—No te entiendo. —Luna que estaba delante de un espejo pasándose las manos por su pelo enredado, se volvió a mirarle con estupor—. ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿No te das cuenta de lo que acaba de pasar?

—¿Que has echado el polvo más fantástico de toda tu vida?

—Tú... tú... —No podía creerse lo que ese hombre estaba diciendo—. ¿Qué sabes tú de los polvos que yo he echado?

—Nada, ni quiero, pero cariño, tus ojos y tu boca, la forma en la que te movías y gemías e incluso tus gritos de placer...

—¡Para, cállate! —Luna se tapó los oídos. No quería escucharlo, se sentía tan avergonzada y él hablaba de ello con tanta naturalidad que estaba consiguiendo sacarla de sus casillas.

—Sí, cariño, has gritado cuando te corrías y te ha gustado tanto que deseas repetir. —Se acercó a ella como un gato lo haría con el ratón que piensa comerse, despacio, sin hacer ruido, sigilosamente y relamiéndose de gusto. Intentó

cogerla de la cintura para acercarla a su cuerpo, pero ella le rechazó dándole un fuerte empujón.

—¡No, eso no es cierto!

—Vale, lo que tú digas. —Su sonrisa era descarada y sus ojos brillaban divertidos.

Luna se enfureció, él parecía disfrutar de la situación, lo pasaba bien haciéndola sufrir.

«Maldito arrogante», pensó enfadada.

«¿Hacerlo otra vez? Ni por todo el oro del mundo. Ha sido un error, uno que no volveré a cometer nunca», pensó Luna.

Salieron del despacho, él no

paraba de mirarla pero Luna rehuía sus ojos e intentaba no rozarle. Se encaminó hacia la boca de metro y Víctor la agarró con fuerza del brazo.

—¿Dónde vas?

—Al metro. —Miró la mano con la que la tenía sujeta y luego le miró a él con rabia—: ¡Suéltame! —gritó.

—Te llevaré a casa.

—No hace falta, puedo ir yo sola.

—Son más de las once de la noche.

—¿Y? —Luna cruzó los brazos, daba pequeños golpes en el suelo con la punta de su zapato, se la notaba tensa y furiosa.

—Es muy tarde para que andes sola por la calle.

—¿Pero tú que te has creído? Soy una mujer adulta, sé cuidar de mí misma. —Le miró con la boca abierta, totalmente sorprendida. ¡Era increíble! Ahora la trataba como si fuese una chiquilla.

—No seas cabezona. Yo te llevaré. —Víctor estaba comenzando a perder la paciencia. ¿Pero qué narices le pasaba a esa mujer?

Tiró de ella y casi a rastras la llevó hasta su coche. Luna estaba muy enfadada y lo que más le molestaba era que él tuviera razón, había sido el mejor polvo de toda

su vida. Lo había disfrutado, sentido, deseado, pero... «no, no y no, es tu jefe», se repetía una y otra vez intentando convencer a su lado más insensato.

«No puedes tirarte a tu jefe, no está bien», mantenía una lucha interna que amenazaba con volverla loca.

«Ya lo podías haber pensado antes», le dijo el demonio que siempre se posaba sobre su hombro derecho.

Víctor, ajeno a la disputa que ella mantenía dentro de su cabeza, abrió la puerta.

—Entra en el coche —la exigió.

—No.

—Sube, Luna —dijo con toda la paciencia que pudo y que se le estaba agotando.

—No.

—¡Sube al coche ya! —gritó.

Luna se plantó con los brazos en jarras, mirada desafiante y le dijo:

—Antes de nada quiero dejarte claras algunas cosas. Punto uno: entro en tu coche porque no quiero dar un espectáculo. —Señaló a los dos hombres y la mujer que estaban fuera del bar que había frente a la oficina fumando un cigarro y desde que habían salido no les quitaban el ojo de encima. Absortos en la

discusión de la pareja, para disimular, habían encendido otro cigarro—. Punto dos: a partir de este momento volveremos a tener el mismo trato de antes de que tú y yo... ya sabes. Y punto tres: no quiero hablar del tema nunca, jamás, ¿entendido?

Víctor se permitió el lujo de sonreír aun a sabiendas de que a ella no le gustaría mucho su gesto, pero no lo pudo evitar. Era consciente de que su secretaria tenía mucho carácter, ya lo había demostrado en algunas ocasiones con algún cliente que se había sobrepasado o con algún

distribuidor que no cumplía lo acordado, pero ese derroche de temperamento le sorprendió muy gratamente.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó—. Creo que no tiene ninguna gracia.

—Perdona, lo siento —dijo intentando ocultar su risa. ¡Cómo le ponía verla así!

—Mientes, no lo sientes en absoluto. —La sonrisa pícaro de él se lo confirmó.

—Anda, sube al coche y vámonos, ya tenemos suficiente público, ¿no te parece?

Casi todos los clientes del bar

estaban en la calle contemplándolos como si estuvieran viendo una película.

Luna se sentó por fin y cerró dando un fuerte portazo.

—Se terminó el espectáculo —dijo Víctor antes de subir al coche a los clientes del bar, que parecían defraudados porque finalmente la chica hubiera cedido terminando con la diversión de un portazo.

Víctor acompañó a Luna a su casa y permaneció todo el trayecto en un silencio total.

—¿No piensas volver a hablarme nunca más? —dijo Víctor. Él no había dejado de sonreír ni ella de

resoplar furiosa cada vez que le miraba de reojo y veía esa estúpida sonrisa resplandeciente en su cara.

—Le hablaré cuando sea necesario, ahora no tengo nada que decirle.

—Veo que volvemos a los formalismos.

—Por supuesto, tan sólo soy su secretaria.

—Oh, vamos, Luna, después de lo que ha pasado...

—Creo que dejé bien claro que no quiero hablar del tema —le interrumpió.

Víctor decidió cerrar la boca de nuevo, por ahora sería lo mejor. Al

día siguiente se iba a Valencia y pasarían casi tres meses hasta que regresara, tiempo suficiente para que a ella se le pasase el enfado y volvieran a tener la misma relación que tenían antes del estupendo polvo que acababan de echar. Al menos así lo creía.

Hoy no me puedo levantar



«Joder, joder, joder», se repetía Luna una y otra vez. ¿Cómo había caído como una tonta en los brazos de su jefe? Parecía el título de una novela de esas románticas que tanto le gustaban a su amiga Lola. Pensando en ella, decidió llamarla, necesitaba hablar con alguien y

contarle lo absolutamente estúpida que se sentía. Pero llamar a Lola era peligroso porque seguramente que a ella le iba a parecer supermegafantástico que se hubiese liado con el «jefe macizo de culito prieto», así que decidió irse a la cama y no contar nada de lo sucedido.

Se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el sofá, sus zapatos de tacón quedaron olvidados en el suelo de la entrada y según se acercaba al cuarto de baño se iba desprendiendo de la ropa. Tenía ganas de llorar y cuando se miró en el espejo del baño lo hizo.

«Idiota, estúpida, ¿cómo has podido?». Había cumplido uno de sus sueños secretos, tirarse a su jefe, pero ahora se sentía vacía, sucia. No existía, ni existiría nunca, nada entre ellos. Él estaba a otro nivel, al menos así lo sentía ella. Era inalcanzable, totalmente imposible y si quería continuar con su trabajo y mantener su cordura tenía que olvidarse de todo y borrar toda huella de sus labios, de sus caricias. Tenía que dejar guardado todo lo que había sentido en un rincón de su mente, así como hacía con los recuerdos de todas aquellas cosas que no es necesario tener

presente para continuar adelante.

Se pasó un algodón impregnado en su crema desmaquilladora preferida, una de esas caras, nunca se permitía muchos caprichos, pero sus cremas eran sagradas. Cada vez que pasaba el algodón e iba borrando las huellas del maquillaje, pensaba que quizá también podría borrar las marcas que él había dejado sobre su piel. Se miró comprobando que estaba totalmente desmaquillada y su piel estaba perfectamente limpia, pero el olor y la marca que sus caricias habían dejado sobre su cuerpo permanecían intactas. Se dio la

crema de noche y de nuevo miró su imagen en el espejo.

«Olvida todo lo que ha pasado», se dijo y se prometió cumplirlo pasase lo que pasase.

Esa noche después de dar vueltas y vueltas consiguió dormirse, pero con una terrible sensación de que ya nada sería igual. A partir de entonces su vida iba a cambiar, de eso no cabía ninguna duda.

Cuando se levantó y recordó todo lo ocurrido quiso volver a meterse en la cama, arroparse hasta la cabeza y quedarse ahí metida durante el resto de su vida. Pero no podía hacer como las avestruces

que meten la cabeza bajo la tierra porque creen que así el peligro se esfumará. Así que tomó aire con fuerza, salió de la cama y decidió afrontar lo que el día le deparase.

Recordó que por suerte su jefe se iba temprano a Valencia y que durante tres meses no tendría que cruzarse con él. Eso le ayudaría y mucho. Quizá cuando él regresara ya estaría todo superado y olvidado.

Llamaron a la puerta y se apresuró a abrir.

—Hola, preciosa —le dijo Lola—. ¡Mira lo que he traído! —Le mostró el paquete que llevaba en la mano.

Luna se relamió de gusto al ver un montón de magdalenas enormes y esponjosas con grandes trozos de chocolate negro. Le dio un beso en la mejilla y la invitó a entrar.

Ya en la cocina, se sirvieron dos tazas de chocolate caliente. Lola tomó una de las magdalenas y la desmenuzó dentro de la taza. Hizo una especie de papilla espesa bajo la atenta mirada de su amiga asombrada por la capacidad de esta de consumir ingentes cantidades de comida y no engordar ni un gramo. Se llevó una enorme cucharada a la boca y paladeó con placer el intenso sabor a chocolate caliente y

dulce.

Luna, sin embargo, se limitaba a remover con la cuchara, tenía la mirada perdida y estaba totalmente sumida en sus pensamientos.

—¿Qué pasa, no comes? —La miró preocupada. Eran las preferidas de Luna, siempre se pirraba por esas magdalenas y ni siquiera las había probado.

—No tengo mucha hambre.

—Oh, nena, eso es muy raro.

Luna suspiró y continuó moviendo la cucharilla dentro de la taza.

—A ti te pasa algo.

—No... es sólo que no he dormido muy bien. —Luna añadió

dos cucharadas bien colmadas de azúcar a su chocolate y lo movió de nuevo con tal intensidad que se le derramó un poco y tuvo que limpiarlo con una servilleta.

—¿No crees que te estás pasando con el azúcar?

—Puede.

—Luna... —Algo le ocurría, nunca había sabido disimular—. Tú a mí no me engañas. Nos conocemos y sé perfectamente que me estás ocultando algo.

—¡Que no!

—Luna, mírame a los ojos.

—¡Qué pesada eres!

—Lunaaaaa...

Lola era como un sabueso, cuando le llegaba el olor de alguna noticia o cotilleo seguía su pista hasta averiguarlo todo.

—Si te lo cuento, promete que no vas a abrir la boca, ni opinar, ni meterte en mis cosas.

—Te lo prometo. Palabrita del niño Jesús.

—Anoche... ¡Uf! Anoche...

—Madre mía, chica, dílo ya.

—Anoche me acosté con mi jefe.

—¡¿Cómo?!

—¿Te lo tengo que repetir?

—¡Oh, Dios mío!

Como había prometido no preguntar, ni comentar nada, se

mordió la lengua con tal fuerza que se puso colorada. Deseaba saber tantas cosas que le pareció que la cabeza le estallaría.

Comenzó a devorar otra magdalena, se la metía en la boca y masticaba en total silencio. Estaba haciendo un gran esfuerzo por no preguntar nada, por no decir nada, un esfuerzo sobrehumano, uno que le hacía retorcerse nerviosa y excitada.

—¡Joder, Luna! ¿Con «culito prieto»? —estalló de repente.

—No, si ya sabía yo que no ibas a poder estarte calladita y sin preguntar.

—Te juro que he aguantado todo lo que he podido, lo he intentado, pero no puedo. Por favor, Luna, cuéntame algo... un poquito. Porfa, porfa, porfa... —Hizo pucheritos.

—Eres una cotilla enfermiza. — Luna no pudo evitar soltar una carcajada al ver las miraditas que ponía su amiga.

—Un poquito, sólo un poquito.

Después de tanta insistencia Luna le contó todo con pelos y señales. Desde que entró en el despacho de Víctor, hasta que la llevó a su casa, por supuesto saltándose los momentos más escabrosos.

—Pero, Luna, ¿cómo puedes ser

tan tonta?

—¿Tonta? ¿Por qué soy tonta?

—Te tiras al tío del culito prieto, disfrutas como una enana y luego le echas la charla y te arrepientes.

—¡Es mi jefe!

—¿Y?

—No tienes pudor ninguno.

—Mira, cariño, he aprendido algo en esta mierda de vida: disfruta todo lo que puedas, porque un buen día te vas al otro barrio y todo lo que tu cuerpo se lleve, será lo que te quede. —Lola había perdido a sus padres muy joven y eso le había marcado mucho. Un terrible accidente de tráfico le quitó

lo que más amaba. Eso le enseñó una dura lección que nunca olvidaría, que en un solo instante lo puedes perder todo. A partir de entonces su filosofía de vida cambió: haz lo que te pida el cuerpo, cuando te lo pida y sin pararte a pensar en las consecuencias.

—Sí, claro, pero... ¡Es mi jefe!

Lola quitó el envoltorio de su ya cuarta magdalena. «¿Cómo lo hace?», pensaba Luna al mirar cómo su amiga devoraba. Si ella se comiera tan sólo la mitad de lo que zampaba Lola estaría como una bolita redonda y, sin embargo, ella

mantenía un tipito perfecto.

—Sí, la verdad es que eso es una putada... —Se quedó pensativa—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Si te digo que no, ¿serviría de algo?

—No.

—Dispara, entonces.

Su mirada pícaro hizo que Luna se imaginara cuál iba a ser la pregunta.

—¿Tiene el culito tan duro como parece?

—¡Mira que eres burra! —Se levantó de un salto y comenzó a recoger. Le lanzó una sonrisa enorme—. Tan sólo te diré una cosa.

—Suspiró y cerró los ojos para recordar con más fuerza—. Es mucho mejor de lo que yo esperaba. Duro no, durísimo. —Luna lanzó una fuerte carcajada y Lola la siguió.

—Entonces mereció la pena.

La afirmación de su amiga le hizo recapacitar, quizá ella tenía razón, no debía darle más vueltas. Lo que pasó, pasó y ya no tenía remedio. Lola tenía un don especial, conseguía alegrarle la vida y ayudarla, sin siquiera proponérselo, a superar todos sus temores. Como siempre, había conseguido sacarle una sonrisa.

—Gracias —dijo Luna y le dio un

fuerte abrazo.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo lo haces, pero contigo los problemas parecen menos problemáticos —rio ante su juego de palabras.

—¡Anda ya, tontita! No te pongas tan sensiblera que sabes que soy de lágrima fácil. Ponte guapa y vámonos, que vamos a llegar tarde.

No me importa nada



En la puerta del edificio donde estaban las oficinas de H. A. Gym las dos amigas se despidieron con un beso.

Luna tomó el ascensor, estaba más tranquila después de haber charlado con su amiga y al recordar que no tenía que ver a su jefe por lo menos durante tres meses. «Tres meses sin

verle», se dijo. Lo que en un primer momento le pareció estupendo, de repente le hizo sentir un gran vacío, un dolor intenso y malestar. ¡Tres meses sin verle era mucho tiempo! Le entraron unas ganas enormes de llorar y cuando sintió que sus ojos se anegaban, la puerta del ascensor se abrió.

—Perdone, ¿va a salir? —le dijo una voz detrás de ella.

Luna se dio cuenta de que estaba parada como una estatua delante de la puerta impidiendo el paso a todo el mundo que estaba en el ascensor con ella.

—¡Oh! Lo siento.

Se bajó y con ella una de las clientas del gimnasio que la saludó con un «buenos días». Entró en su despacho y se dejó caer sobre la silla. Cerró los ojos y se recostó en el asiento, necesitaba unos segundos para reflexionar, después afrontaría el día lo mejor que pudiera.

Una musiquilla insistente sonaba y a Luna le costó un buen rato darse cuenta de que lo que estaba escuchando no era producto de su imaginación, sino su móvil.

«¿Dónde he dejado el bolso?», se preguntó. Miró a su alrededor y lo vio tirado en el suelo junto a la

puerta del despacho, se levantó con rapidez y lo abrió. El teléfono sonaba y sonaba y por más que ella lo buscaba no daba con él. Desesperada vació el contenido sobre la mesa: las llaves, un neceser, un libro, un paquete de pañuelos de papel, una libreta de apuntes... y, por fin, ¡bingo!

—¿Sí?

—Hola, Luna. —El móvil casi se le cayó de la mano al escuchar la voz profunda de su jefe.

—Ah... hola... ¿qué tal?... — Estaba tan nerviosa que sólo conseguía balbucear.

—Verá... yo...

—No hace falta que digas nada. —
Supuso que de nuevo quería disculparse y hablar sobre lo ocurrido. Era todo un detalle no querer irse sin hablar con ella.

—Quería...

—No te preocupes, estoy bien. He estado pensando, tenías razón, ha sido algo estupendo y lo he disfrutado mucho...

—Pero, yo... —la interrumpió Víctor.

—De verdad, tranquilo. —Pero ella tomó la palabra de nuevo—. Siento haber estado tan borde después de lo que ocurrió. Ahora en frío lo veo todo de otra manera.

Lo que te voy a decir no lo repetiré en voz alta ni una sola vez más porque se te subirá a la cabeza, ha sido un polvo increíble, el mejor que he tenido en toda mi vida, pero no volverá a ocurrir, ¿de acuerdo?

—¡Luna, por Dios, déjame hablar! Llevo activado el manos libres y no voy solo en el coche.

—¡Hola, Luna!—escuchó al menos dos voces más y una de ellas pertenecía al hombre más odioso que conocía, su otro jefe, Marcos.

Se quedó paralizada. De pronto sintió que le faltaba el aire, se puso roja como un tomate y se tuvo que sentar pues las piernas le

temblaban. «¡Quiero desaparecer de la faz de la tierra», pensó avergonzada.

—¡Oh! —No pudo decir nada más pues estaba mareada.

—Yo te llamaba porque... necesito... olvidé los billetes.

—¡Oh!

«¿Por qué me pasan a mí estas cosas?», estaba roja, congestionada.

—¿Podrías mandar a alguien que me los traiga?

—Sí, claro.

—Están sobre mi mesa. Salimos tan precipitadamente que se me olvidaron.

Luna cerró los ojos. Fue por su culpa, estaba tan enfadada que apenas se pararon a recoger las cosas del despacho.

Víctor se sentía fatal por ella, aunque había intentado varias veces interrumpirla, Luna no había dejado de hablar. Cuando se le soltaba la lengua no había forma humana de frenarla.

Sus compañeros de viaje estaban con la boca abierta, escuchando con atención. Tenían sus ojos clavados en él, sabía que cuando colgase el teléfono Fermín le sometería al tercer grado y Marcos, que le miraba entre sorprendido y muy

enfadado, le iba a llenar de reproches. Fermín era uno de sus mejores amigos, iba a quedarse por un tiempo a cargo del nuevo gimnasio de Valencia.

—Buen viaje —dijo Luna con voz entrecortada.

—Gracias.

Ella colgó y en el mismo momento que Marcos sintió el pitido que indicaba el fin de la comunicación, sin más preámbulos, comenzó con sus reproches.

—¡¿Te has acostado con tu secretaria?! —gritó—. ¡Pero tú estás loco! ¡¿En qué narices estabas pensando?!

—¡Para ya! Esto no es asunto tuyo.

—¡Esta empresa es de los dos!

—Que yo me haya acostado con Luna no tiene nada que ver con la empresa.

—Sí que tiene y mucho.

—No lo tiene.

Fermín les miraba como si fuese un partido de tenis, moviendo su cabeza de uno a otro. Decidió no decir nada, los ánimos estaban muy caldeados y los dos hermanos chillaban como verdaderos energúmenos.

Víctor iba conduciendo y no quitaba la vista del tráfico, pero sus

manos estaban aferradas al volante con tanta fuerza que parecía que quería dejar su huella impresa.

—¡Eres un irresponsable!

—¡Déjame en paz!

—¿No conoces el dicho? «Donde tengas la olla, no metas la...».

—Te repito de nuevo y un poco más alto pues parece que no te enteras: ¡Que me dejes en paz!

—¿¿Y si te denuncia por acoso?!

—¿¿Tú estás tonto?! Luna no es así, ella jamás me haría eso.

—No la conoces lo suficiente.

—¡Déjame en paz, me estás cabreando mucho!

—¡No, si encima tendré que

pedirte perdón!

—Te estoy diciendo que no es asunto tuyo, ni de la empresa. Sólo es asunto mío. Y de Luna. ¿Me meto yo en tus líos con Lola?

—Y... y... ¿Qué narices tiene que ver Lola en esta conversación? Además yo no tengo ningún lío con ella.

—Ya... ¡Ja!

—¿Ja? ¿Qué quieres decir con ja?

—Que me río en tu cara. Estás loco por ella, te pone, te gusta y si pudieses te la tirarías...

—¡Eres... eres...! —Marcos estaba congestionado y tan furioso que parecía que en cualquier

momento le saldría humo por la nariz—. No pienso continuar con esta conversación.

—Me parece estupendo. Tú me dejas en paz a mí y yo hago lo mismo. Pero como sigas con el tema de Luna yo te estaré jodiendo con el de Lola hasta que reconozcas lo evidente.

—Está bien, te dejo en paz, pero que sepas que es asunto mío desde el momento en que ella trabaja con nosotros.

—Joder, qué pesado eres.

—¡Ahora nos denunciará y nos sacará un montón de dinero!

Marcos continuó protestando,

hasta el punto de que a Víctor le dieron ganas de parar el coche y estrangularlo.

Cuando llegaron al aeropuerto los ánimos se habían calmado un poco y Marcos estaba por fin callado, pero con un humor de mil demonios.

Ni tú ni nadie

—¿Lo tienes todo?

—Sí.

—La documentación, los billetes, el portátil...

—Sí.

—Buen viaje. Recuerda no perder nada que eres un desastre.

Marcos abrazó a su hermano, le iba a echar de menos, aunque

discutían mucho, siempre estaban juntos, formaban un buen equipo.

Uno de los empleados había traído los billetes que Víctor había dejado olvidados en su despacho. Por un breve instante pensó que quizá Luna fuese quien se los acercase, sabía que era muy difícil que ella quisiese volver a verle de nuevo después de todo lo que había pasado, pero no pudo evitar hacerse ilusiones.

Deseaba haber podido verla una vez más y despedirse en condiciones, quizá con un beso en los labios, sólo con recordar el sabor de sus labios se excitó.

Sacudió la cabeza, no era el momento adecuado para tener una erección, además era totalmente absurdo pensar que ella le iba a permitir volver a besarla.

—Cuida bien mi coche. No lo dejes aparcado en la calle y lávalo. Espero no encontrarme todo el interior guarreado por tus patatas fritas y tus bollos —le dijo Víctor a su hermano.

—Lo cuidaré como si fuese el mío.

—Eso espero.

Se despidieron y Marcos se quedó esperando hasta que les vio desaparecer por la puerta de

embarque.

*

Era el primer lunes de mes y Lola estaba esperando una visita que nunca, jamás, desde hacía ya un año, fallaba.

Marcos siempre venía sobre las cuatro de la tarde, se cortaba el pelo y después de dejarle una buena propina se marchaba casi sin abrir la boca.

—Cariño, pareces despistada. —
Lola estaba poniendo los rulos a

Rosa, esta llevaba un buen rato haciéndole una pregunta pero no obtenía ninguna respuesta de la peluquera porque estaba en su mundo.

—Perdona, ¿qué me decías?

—¡Uy, uy, uy! ¿En qué está pensando tu cabecita?

—En nada mujer, no seas mal pensada.

—Sí, sí...

En ese momento se abrió la puerta. Lola sintió un fresco aroma a perfume de hombre de esos caros. Era un olor conocido y que le ponía a cien. En secreto se había comprado un frasco de ese perfume

y cuando se sentía sola lo abría y aspiraba el aroma, pero no era igual, era simplemente un sustitutivo porque sólo sentía escalofríos cuando era él quién lo llevaba puesto.

Los pelos de su nuca se erizaron, él estaba cerca, podía sentir su aliento y ese olor, ese aroma que la volvía loca.

—Buenas tardes —dijo con su voz profunda y varonil.

Se dio la vuelta para enfrentar su mirada.

—Hola, Marcos. ¿Vienes a cortarte el pelo? —Le miró de una forma descarada y provocadora.

—Sí. —Marcos bajó la mirada, esa mujer conseguía ponerle nervioso, parecía comérselo con los ojos.

—Yo tengo que terminar con Rosa, pero mi compañera está libre, si tienes prisa ella te atenderá.

—Oh, no, no. Puedo esperar.

Lola sonrió satisfecha, sabía que él sólo la quería a ella. Siempre esperaba a que estuviese libre para que fuese su tijera la que le cortara el pelo y no la de ninguna otra.

Lola se moría por ese hombre y en su interior sabía que él también sentía lo mismo. Marcos era un

auténtico cabezón que se ponía excusas para no reconocer que la deseaba, pero ella era paciente y sabía que tarde o temprano caería en sus redes.

—Bueno, pues siéntate un ratito y ahora estoy contigo.

Dejó a Rosa en el secador y entró un momento en la trastienda, él seguía atento a todos sus movimientos, aunque intentaba disimular haciendo como que leía una revista de cotilleo.

La revista *Diez minutos* anunciaba que la actriz Ariel Gómez se había separado del torero Pablo Camino, pero a Marco eso no

le importaba nada en absoluto, lo que le interesaba era esa morena que caminaba por la peluquería moviendo las caderas de manera insinuante.

Lola se desabrochó dos botones de la bata, le gustaba provocarle y ver cómo se congestionaba cuando le miraba las piernas o el escote.

Terminó de peinar a Rosa, bajo la atenta mirada de Marcos que la observaba a través del gran espejo. Siempre se sentaba frente a ella, así la podía contemplar mientras trabajaba. Lola le lanzaba de vez en cuando alguna miradita y entonces él disimulaba mirando su revista.

—Bueno, Rosa, ya estás. Un poco de laca y... perfecta. ¿Qué te parece?

Lola la puso de espaldas al gran espejo y puso otro delante de su cara, así se pudo ver por detrás.

—Como siempre, muy bien —dijo Rosa y le palmeó la mejilla en un gesto cariñoso.

La acompañó a caja, la cobró y después le dio dos besos de despedida.

—Te toca —le dijo a Marcos.

Él se levantó del asiento y de nuevo se sentó en la pila para lavarse la cabeza.

—Lola —dijo su empleada. Ana

llevaba con ella tan sólo tres meses, el negocio iba muy bien y cada vez tenía más clientes, además necesitaba tener algún que otro día de descanso, así que se decidió a contratarla. Se turnaban el trabajo los días que había poco que hacer, pero los viernes y los sábados que eran los de máxima afluencia trabajaban mano a mano—. Como de momento no hay nadie más hasta las seis voy a comer, ¿te parece?

—Vale, perfecto.

—¿Quieres que te traiga algo?

—Sí, tráeme un café. ¿Quieres tú algo, Marcos?

—No, gracias.

«Tan sólo arrancarte la ropa», pensó. Cerró los ojos enfadado, no le gustaba tener esos pensamientos que le dejaban caliente y a la vez vacío porque era consciente de que eso no sucedería jamás.

Ana les dejó solos y a Lola se le hizo la boca agua, iba a disfrutar de lo lindo torturando a ese hombretón.

Tomó una toalla limpia y se la puso sobre los hombros, pero para hacerlo se recostó sobre él y le puso los pechos casi sobre la boca. Escuchó cómo un pequeño gemido se le escapaba de la garganta y sonrió satisfecha.

Con un leve empujón le obligó a recostarse sobre el lavabo. Abrió el agua y cuando alcanzó la temperatura adecuada le regó la cabeza.

Él la miraba y sus ojos reflejaban deseo, pasión y unas ganas casi dolorosas de besarla. Pero, «¿por qué no lo hace?», se preguntaba Lola una y otra vez.

—¿Está bien así? ¿Está caliente?
—Su voz era *sexy*, le susurraba las palabras casi al oído y él podía sentir su aroma, una fragancia que le envolvía y le excitaba.

«Yo sí que estoy caliente», pensaba Marcos mientras se

recreaba en su escote.

—Sí —contestó en un susurro.

—Me alegro. —Sonrió con picardía y descarado.

Los dos sabían perfectamente que no estaban hablando sobre la temperatura del agua, precisamente, sino sobre lo que ella le hacía a su libido.

Depositó un poco de champú sobre su mano y comenzó a masajearle el cuero cabelludo. Marcos cerró los ojos al sentir su contacto, se dispuso a disfrutar y ella cumplió como todos los meses.

Le acariciaba pasando los dedos por su cabello, a veces con

suavidad, otras con fuerza. Sus dedos apretaban unos puntos exactos, unos que él desconocía que existían, mediante los que conseguía que toda su piel se erizara y que fuertes escalofríos recorrieran su columna. Con las yemas de los dedos y las palmas bien abiertas frotaba desde su nuca hasta llegar a sus sienes. Se acercaba todo lo que el lavabo le permitía a su cabeza de tal manera que él podía sentir su aroma a lilas, ese que le gustaba, que le volvía loco.

Era tan placentero, disfrutaba tanto de su masaje y le excitaba

tanto, que más de una vez estuvo a punto de levantarse de la silla, besarla hasta dejarla sin aliento y después de acariciar cada parte de su cuerpo, introducirse dentro de ella lentamente hasta hacerla gritar y correrse. Haría que experimentase el mejor orgasmo de su vida, uno que nunca podría llegar a olvidar y dejaría a la altura del betún al resto de sus amantes. Pero nunca cedería a sus impulsos, esa no era la mujer correcta, la que se suponía que a él le tenía que gustar. Esa mujer llevaba tatuajes y un *piercing* en la nariz. Siempre llevaba minifalda, escotes y los

labios pintados de un color rojo intenso. Definitivamente no era su tipo, él sólo salía con chicas de buena familia y que vistieran de Chanel.

Lola también disfrutaba del masaje y ponía todos sus sentidos. Lo que daría por besarle, pero ese tío era un gruñón insufrible y con un largo y gordo palo metido por el culo.

—Ya está —le dijo. Marcos soltó un fuerte resoplido como muestra de su total disconformidad, quería que ella continuase acariciándole, que no parase nunca, nunca...

Se puso frente a él.

—¿Me dejas? —le preguntó con voz sensual haciendo un gesto que le indicó que debía separar sus largas piernas. «Te dejo hacer lo que tú quieras», ya estaba de nuevo su mente febril jugándole malas pasadas. Chasqueó la lengua enfadado consigo mismo pero obedeció deseoso de volver a sentirla. Con descaro, Lola se colocó entre ellas. Tomó otra toalla y con suavidad comenzó a pasarla por su pelo para secárselo. Se aproximó todo lo que pudo a su cuerpo, rozando sus muslos contra su ya dura y evidente erección. Se movía insinuante, sabiendo que eso

a él le excitaría mucho más. Otra vez colocó sus senos frente a su cara, tan cerca de su boca que podía sentir su aliento entrecortado sobre su piel.

Todo eso no era necesario, no lo hacía con nadie más, sólo con él porque quería ponerle al límite, excitarle tanto que la desease. Y siempre lo conseguía, pero el muy cabezón no intentaba nunca nada, se iba con el calentón y hasta el mes siguiente no lo volvía a ver.

—¿Te gusta? —le dijo aproximándose a su oído con voz ronca y sensual.

—¡Oh, sí! —Soltó un jadeo y Lola

sonrió satisfecha.

«Me vuelves loco», pensó.

Se retiró y Marcos estuvo tentado de agarrarle las manos y obligarla a volver a colocarse entre sus piernas. Después le desabrocharía otro botón de la bata y pasaría su lengua entre sus pechos. Retiraría el sujetador, tomaría entre sus dientes uno de los duros pezones que podía percibir a través de la tela y luego le daría el mismo trato al otro. Cuando ya estuviese loca de deseo, la colocaría a horcajadas sobre su ya durísima erección y le haría el amor de tal manera que le suplicaría más y más y más... La

puerta de la peluquería se abrió y entró Ana.

Marcos lanzó un improperio mientras apretaba los dientes con fuerza y Lola sin imaginarse todo lo que se le estaba pasando por la cabeza, al menos eso pensaba él, se dispuso tijeras en mano a cortarle el pelo.

—Te he traído el café —dijo Ana totalmente ajena a lo que allí estaba sucediendo.

—Muchas gracias, guapa.

Le dio un sorbo y comenzó su tarea. Marcos la observaba a través del espejo, no le quitaba los ojos de encima, seguía todos y cada uno

de sus movimientos, parecía devorarla con la mirada. Ella, de vez en cuando, coqueta, le permitía ver parte de su sujetador ahuecándose la bata con disimulo.

Como Marcos se cortaba el pelo todos los meses no tardó mucho en terminar, tan sólo tenía que recortar las puntas un poquito. Disfrutaba tanto viéndole sufrir y poniéndole a cien que siempre intentaba alargar el tiempo que tardaba en dejarlo perfecto. Se sentía poderosa, pero luego se venía abajo porque él siempre se marchaba sin hacer nada, sin decir nada.

—Ya he terminado —le dijo

acercando de nuevo sus labios rojos y carnosos a su oído.

Marcos gimió, no quería que ella terminase nunca, deseaba continuar observándola, sintiéndola, oliéndola.

Se levantó de la silla y tomó su chaqueta, con la que tapó su visible erección. Se acercaron a la caja para que ella le cobrase. Marcos se fijó en el taco de tarjetas de visita que había sobre el mostrador. ¿Y si cogía una?

«¿Y para qué quieres tú una tarjeta?», se preguntó. Las acarició con sus dedos mientras miraba a Lola, no quería que se diera cuenta.

Con rapidez y mucho disimulo tomó una y se la guardó en el bolsillo del pantalón. «Imbécil», se insultó.

—Son setenta euros.

Marcos abrió los ojos asustado. «¿Setenta euros por cortarme las puntas?», pensó. Cada mes le cobraba un poco más, le estaba provocando descaradamente, pero nunca decía nada, le pagaba y se marchaba sin mirar atrás.

Le tendió la tarjeta de crédito y ella decidió cobrarle un poco más.

—Uy, perdona con el suavizante son cien euros.

«¡Maldita bruja!», pensó. Resopló, Lola se estaba pasando y

mucho. «Merece la pena por sentir sus manos, por disfrutar de su aroma. ¡¿Cómo que merece la pena?! Eres un auténtico imbécil, ¿cómo puedes pensar que merece la pena irte con este calentón?», se dijo enfadado.

Firmó el tique y con un leve movimiento de cabeza se despidió de ella.

Lola sonreía encantada, sabía que tarde o temprano acabaría cediendo a sus deseos. A través del escaparate se quedó mirando cómo se dirigía hacia su coche. Sus pasos eran seguros como de quien se cree el rey del universo. «Dentro de muy

poquito te voy a bajar esos humos que gastas. Prepárate porque esto no ha hecho nada más que empezar. El juego se va a volver muy duro y divertido», pensó mientras una sonrisa traviesa se dibujaba en su boca.

Marcos se sentó tras el volante, cerró los ojos y apoyó la frente sobre él. «Joder, joder», se decía mientras se golpeaba contra la dura superficie. Arrancó y salió como alma que lleva el diablo.

En la calle hacía mucho frío pero bajó la ventanilla, necesitaba refrescarse. Esa mujer le excitaba tanto que luego le costaba

recuperarse y por más que intentaba sacarla de su cabeza y de otra parte de su cuerpo, en la que en ese momento tenía casi toda su sangre acumulada, no lo lograba.

Aparcó y se quedó sentado con el motor apagado. Metió la mano en su bolsillo y sacó la tarjeta. De nuevo se sorprendió pasando sus dedos como en una caricia por la superficie de papel.

«¿Por qué he cogido esto?», se preguntó de nuevo. «Porque tiene el teléfono de Lola». Estuvo durante un buen rato mirándolo. Mantenía una fuerte discusión consigo mismo. Cerró los ojos con fuerza, claudicó

y con manos temblorosas introdujo el número de Lola en su móvil.

Se dijo una y otra vez que tan sólo lo quería para ver su foto de WhatsApp, por curiosidad por supuesto, o para tener su número por si ocurría una emergencia tipo: me han crecido tanto las patillas que necesito un corte urgente. Con esas excusas se sentía más tranquilo, pero en realidad eran sólo eso, excusas.

6

Aquellas pequeñas
cosas



Dos meses después

Cuando Lola cerró la peluquería eran ya más de las ocho de la noche. Estaban en octubre y las temperaturas eran muy frías.

Se alzó el cuello del abrigo y caminó encogida hasta su pequeño

utilitario. «Joder y eso que el señor del tiempo dijo que las temperaturas en otoño serían suaves», pensó enfadada, no le gustaba nada el frío y cada vez lo llevaba peor.

Arrugó la frente al recordar que ese era el primer lunes de mes, cuando se suponía que Marcos venía a la peluquería, pero hacía ya dos meses que no se pasaba a cortarse el pelo y eso la tenía muy alterada. ¿Qué narices pasaba? En el año que llevaba la peluquería abierta jamás había faltado. Quizá la última vez que fue se pasó al cobrarle ni más ni menos que cien

euros. Había tirado mucho de la cuerda y según parecía al final se había roto.

La chica que trabajaba como recepcionista en el gimnasio de los hermanos Amorós había ido a teñirse a la peluquería el viernes y entre mecha y mecha Lola le había sonsacado cosas de Marcos. Le había contado que estaba medio liado con una pija alta, rubia y con trajes de marca. A Lola casi le dio algo al enterarse. «Será cretino», había pensado. Luego decidió pasar de él y centrarse en otros especímenes del género masculino que podían ser más asequibles. Se

ligó a Andrés, el chico que le traía los productos de peluquería y durante un breve espacio de tiempo, tres días para ser más exactos, tuvieron un pequeño romance, bueno más bien sexo puro y duro. Lola no deseaba una relación seria, sólo desfogarse y pasar un buen rato. Resultó que el chico no era para tanto y aunque consiguió unos cuantos orgasmos con él, tampoco fue épico y decidió dejarle. No hubo dramas, ni corazones rotos, simplemente se dijeron adiós y cada uno continuó con su vida.

«¡Maldito pijo estúpido!», no podía evitar volver a pensar en

Marcos. Sabía perfectamente que si algún día se acostaban, el sexo entre ellos sería alucinante y tan ardiente que quizá quemaran las sábanas, pero por lo visto el muy idiota había desaparecido con una rubia oxigenada envuelta en ropas caras.

«¡Bah! Que le den», se dijo totalmente decidida a olvidarse por completo de él.

Subió a su coche y arrancó, puso la calefacción a tope y decidió hacerle una visita a Luna. Ese fin de semana no la había visto ni llamado y tenía ganas de charlar con ella.

Después de llamar a su puerta

insistentemente pensó que quizá había salido. Las puertas del ascensor se abrieron y apareció Esther la vecina de al lado de Luna.

—Hola, Lola.

—Hola, preciosa.

Se dieron dos besos en las mejillas. Esther vivía con dos chicas más, todas eran estudiantes que habían alquilado el piso a un módico precio. Era una chica simpática al igual que sus compañeras y pasaban muchas tardes de sábado en el piso de Luna viendo películas y charlando.

—¿No está Luna? —preguntó.

—Pues parece que no, llevo

llamando un buen rato.

—Qué raro, la vi entrar hace como una hora más o menos y sólo he bajado a tirar la basura. Si hubiese salido, me hubiera cruzado con ella.

—Voy a llamarla al móvil. —Lola comenzó a preocuparse, Luna era de costumbres fijas y jamás salía un lunes a esas horas si no era estrictamente necesario.

Cuando el teléfono comenzó a sonar ambas escucharon la melodía al otro lado de la puerta. Pegaron el oído y pusieron mucha atención.

—Quizá se haya dejado el móvil en casa —dijo Esther cuando

confirmaron que efectivamente el teléfono sonaba en el interior.

—No sé, es raro que Luna salga sin su teléfono, ya sabes cómo es de maniática.

Ambas mujeres llamaron a la puerta y por fin después de un buen rato gritando su nombre y dejándose casi el dedo pegado en el timbre, una congestionada Luna abrió la puerta, las miró y con paso rápido entró de nuevo en casa dejando a las dos chicas en la entrada.

Tenía una pinta espantosa; ojos rojos e hinchados de llorar, un pijama ancho y viejo lleno de

manchas, el pelo alborotado y recogido en una especie de coleta.

—¡Pero Luna, por Dios, ¿qué te ha pasado?! —Lola entró seguida de Esther que cerró la puerta.

Lo que se encontraron al echar una ojeada al salón las dejó tanto o más sorprendidas que el aspecto de su amiga. La mesa estaba llena de tarrinas de helado vacías, bolsas de patatas y chucherías de esas que se compran al peso y lo único que proporcionan es un subidón de azúcar.

Luna estaba sentada en el sofá y comía Cheetos a manos llenas mientras lloraba desconsolada.

—Pero cariño, ¿qué te pasa?

Lola se sentó a su lado e intentó arreglarle un poco el pelo.

—¡Dios, ¿a qué hueles?! ¿Cuánto tiempo llevas sin ducharte?

—Quiero morirme —dijo con la boca llena y los Cheetos salieron disparados en todas las direcciones.

—¡No digas tonterías! —le regañó Esther.

—Luna, me estás asustando. ¿Qué pasa? —Lola le quitó la bolsa de Cheetos de las manos. Vio que sobre la mesa tenía una caja de pañuelos de papel y muchos de ellos esparcidos por el suelo

después de haber sido usados. Tomó uno de la caja y con mucho cariño le limpió de la cara los restos de comida.

—¡No quiero seguir viviendo! — lloró con intensidad.

—Pero, cariño, no digas eso.

Se levantó del sofá y se fue hacia el baño, tanto Lola como Esther la siguieron muy de cerca. Tomó algo de encima del lavabo y se lo tendió a Lola.

—Pero... ¿Esto qué es? —dijo Lola mirando un pequeño aparato alargado con forma de bolígrafo y una ventanita donde se podía apreciar dos líneas de color rojo

intenso— ¡Oh, Dios, Luna! ¡Esto es un test de embarazo!

—Sí, ¿no me digas? —contestó Luna con ironía.

—¡Oh Dios mío...! ¡Oh Dios mío! Esther le arrebató el test a Lola de sus temblorosas manos y viendo las rayitas rojas gritó:

—¡Joder, estás embarazada!

—Sí —sollozó Luna.

—Un momento, un momento. Tranquilicémonos. —Lola cogió aire con fuerza—. Muchas veces estos aparatitos se equivocan.

Luna no dijo nada, simplemente abrió un cajón del mueble del baño y sacó de su interior cinco test de

embarazos de diferentes marcas y formas.

—¡Uno se puede equivocar, pero seis no! —Otra vez se puso a llorar con desesperación.

—¡Joooooder! —dijeron a la vez Lola y Esther.

—¿Y ahora qué hago? —su voz temblaba, se sentía aterrada.

—¿Quién es el padre? —preguntó Esther con curiosidad y se ganó una mirada de odio por parte de Luna.

—No quiero hablar de él. —Se secó las lágrimas con furia con la manga de su pijama.

—Oh, Luna, no me digas... —dijo Lola al darse cuenta de quién

podría ser el padre—. ¡Joder!

—Pero, ¿quién es? —Esther insistió, no podía quedarse con esa incógnita y cada vez estaba más y más intrigada.

—Es su jefe. —Luna miró a su amiga enfadada.

—He dicho que no quiero hablar de él.

—Está bien, está bien. No hablaremos más de él. Pero, cariño, tienes que tranquilizarte. Y decidas lo que decidas estaremos a tú lado.

—Quiero desaparecer, esfumarme, hacerme pequeña. —Las lágrimas volvían a caer a raudales por sus mejillas.

—Lo primero que vas a hacer es darte una ducha calentita y ponerte un pijama limpio. Nosotras, mientras, limpiaremos el desastre que tienes montado en el salón.

Luna accedió y después de darse una buena ducha se sentó de nuevo en el sofá. Sus amigas habían dejado todo limpio y ella agradecida les sonrió.

—¿Qué vas a hacer, Luna? —Lola estaba muy seria, era una mujer con mucho sentido del humor y muy divertida, pero cuando la situación lo requería sabía ponerse en su sitio.

—No lo sé.

—¿Por qué no hablas con el padre? Quizá él te ayude. —Ambas mujeres miraron a Esther como si su pregunta fuese una auténtica locura.

—No quiero que él sepa nada.

Lola abrazó a su amiga mientras Esther le tomaba la mano.

—Creo que lo mejor será abortar, no puedo tener un bebé, no puedo...

—Piénsalo bien, es una decisión difícil. No te precipites —dijo Lola.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué tenga un bebé? ¿Cómo se lo digo a mis padres? ¿Qué hago con él cuando tenga que ir a trabajar? — Otra vez comenzó a llorar.

—Yo conozco una clínica muy buena —dijo Esther—, si quieres te acompaño.

—Iremos las tres juntas —sentenció Lola.

—Gracias, chicas. Cuanto antes mejor. Mañana mismo llamaré para concertar una cita.

Ave Lucía



Luna se despertó y en cuanto puso los pies en el suelo tuvo que correr al baño y vaciar el escaso contenido de su estómago. Desde hacía dos meses esa era su rutina todas las mañanas. También vomitaba si olía el café, así que procuraba no tomarlo y por supuesto no prepararlo. Vomitaba al

abrir la nevera y sentir esa combinación de olores de los que antes no se había percatado. Vomitaba si entraba en el ascensor y había bajado su vecino del séptimo que olía a tabaco y vino barato. En resumen, vomitaba a todas horas.

Se miró al espejo y le dieron unas ganas inmensas de llorar, últimamente era lo único que hacía llorar y vomitar.

Estaba agotada, no había dormido apenas pensando en lo que le iba a ocurrir al día siguiente y la mañana había llegado, el momento había llegado. Tenía la cita concertada en

la clínica para interrumpir su embarazo, prefería decirlo así a pronunciar la palabra aborto.

Las lágrimas cayeron sin control, ya no las pudo retener más. Nunca pensó que tomar una decisión como esa le iba a resultar tan difícil. Se tocó la tripa y pensó que dentro de su cuerpo estaba creciendo un pequeño ser, diminuto. Sacudió la cabeza, no podía sentirlo de esa manera, si no sería incapaz de llevar a cabo la decisión que había tomado.

Llamaron a la puerta, sabía que sería Lola, ella la acompañaría a la clínica.

—Hola, preciosa —le dijo al abrir y se lanzó a abrazarla, se la veía tan triste. Sabía que había estado llorando por sus ojos enrojecidos y quiso reconfortarla.

—Cojo mi bolso y nos vamos.

—¿Y Esther?

—Al final no puede venir, tiene un examen. Me ha dicho que la llamemos en cuanto lleguemos a casa.

—¿Luna?

—¿Sí?

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Luna se dejó caer pesadamente en el sofá y suspiró.

—¡No! No tengo ni idea, pero ¿qué puedo hacer?

Lola sintió como si su corazón se encogiera al ver la profunda tristeza con la que le miraba su mejor amiga. Sabía que para ella no era nada fácil lo que iba a hacer y le dieron ganas de gritar de rabia e impotencia.

—Te quiero mucho, eres mi mejor amiga y por supuesto te apoyaré en todo, pero... —Lola llevaba toda la noche dándole vueltas y no podía callarse lo que pensaba. Respetaba todas y cada una de las decisiones que Luna tomaba, pero necesitaba decirle lo que pensaba si no iba a

estallar en mil pedazos—. Existen otras opciones... Podrías...

—Por favor, Lola. —Luna la interrumpió, no era el momento de escuchar de nuevo reproches que lo único que hacían eran daño—, creo que ya está todo decidido. No hay marcha atrás.

—Tenía que intentarlo —dijo Lola suspirando impotente—. Como ya te dije respetaré tu decisión, pero no la comparto. Vamos, Luna, llegaremos tarde —dijo con tristeza.

Luna se levantó como si el cuerpo le pesara y caminó arrastrando los pies hasta la puerta de salida.

Lola condujo el coche hasta la

clínica e intentó durante el trayecto darle conversación, hablarle de cosas sin importancia. Intentaba que por un breve espacio de tiempo su amiga pudiese evadirse de su dolor. Pero Luna no seguía el hilo de sus palabras, tan sólo podía pensar en lo que iba a suceder, en la inmensa pena que le oprimía el corazón y casi no le dejaba respirar.

Encontraron sitio cerca de la clínica. Se bajaron del coche y Lola tomó del brazo a su amiga. Caminaron muy juntas y en total silencio.

Cuando entraron Luna sintió una fuerte bofetada de calor, tenían la

calefacción tan fuerte que era incluso agobiante, el olor a desinfectante se introdujo en sus fosas nasales y le revolvió el estómago.

Ya sentadas en la sala de espera las manos comenzaron a sudarle y pensó que de un momento a otro se desmayaría.

—¿Luna Estévez? —dijo la enfermera.

—Sí, soy yo.

—El doctor la espera.

—¿Puedo entrar con ella? —preguntó Lola.

—No, es mejor que pase sola.

Lola abrazó a su amiga y le deseó

suerte. Ambas lloraban sin poderlo remediar y Lola ansiaba con todas sus fuerzas retenerla a su lado, rogarla que no lo hiciera, pero era su decisión, su cuerpo, su vida... y ante todo era su amiga. La quería más que a nada en el mundo, siempre estaría a su lado y respetaría todas sus decisiones aunque no le gustaran en absoluto.

Luna entró temblorosa en la consulta del doctor, se presentó y él fue tan amable que consiguió tranquilizarla.

—Pase detrás de ese biombo, desnúdese y póngase esta bata —le dijo la enfermera.

Y así lo hizo, pero con mucha dificultad pues su cuerpo no dejaba de temblar. El doctor le indicó que se sentara un momento para explicarle todo el procedimiento.

—Primero le haremos una ecografía para saber exactamente de cuantas semanas está usted embarazada. Después

procederemos a la interrupción del embarazo. Le suministraremos un sedante y no sentirá nada en absoluto. En tan sólo dos horas estará de camino a su casa —le informó el doctor y le lanzó una sonrisa tranquilizadora—. Ahora tumbese en la camilla, por favor.

Se quedó muy quieta mientras el médico le hacía la ecografía y le confirmaba que estaba embarazada de nueve semanas.

No quería sentirse mal, pero no podía remediarlo, las lágrimas resbalaban por sus mejillas y comenzó a temblar presa de los nervios y el miedo.

—Tranquila, todo pasará rápido, no debe preocuparse. —El doctor le tomó la mano e intentó reconfortarla.

Luna cerró los ojos y de repente una imagen se coló en su mente. Recordó el día que su prima Lourdes tuvo a su hijo y ella fue al

hospital a conocerlo. Todavía podía sentir el aroma que ese pequeño bebé desprendía y que daban ganas de darle un mordisquito, la sensación de ver sus pequeñas manitas con cinco diminutos dedos que tomaban los suyos con fuerza y esos ruidos que emitía que la hicieron sonreír. Uno igual que ese precioso y perfecto bebé crecía dentro de su vientre, su hijo, su bebé.

Luna se levantó de la camilla y miró al doctor.

—¡No puedo! —le dijo—. ¡No quiero hacerlo!

—Está usted a tiempo. Si no

desea abortar, no lo haga. –El médico le sonrió encantado.

—¡Voy a tener a mi bebé! –Luna sintió que se quitaba un gran peso de encima. Era como si se hubiese liberado de una pesada cadena que le impedía caminar y moverse con soltura, como cuando sientes que has encontrado lo que buscabas, que tu vida tiene sentido y que eres tan fuerte que puedes superar todos los obstáculos que la vida te pone en el camino.

Sabía lo que deseaba ser, lo que quería ser y lo que dentro de unos meses sería: una mamá. Una madre imperfecta, insegura y llena de

miedos, pero que amaría a su bebé con todo su corazón.

«Una madre soltera», pensó con tristeza. Siempre había soñado con que algún día tendría un hijo, pero imaginaba primero amor, luego una bonita boda y después un bebé. Ya no sería así, pero sonrió, no le importaba, tendría a su hijo. ¡Serían un equipo!

—Muchas gracias, doctor, ha sido muy amable. Ahora sólo deseo irme a casa. ¡Voy a tener un bebé! —le dijo con lágrimas en los ojos, pero lágrimas de felicidad.

—Enhorabuena y mucha suerte. — Luna le tendió la mano para

estrechársela, pero él tiró de ella y sorprendentemente le dio un fuerte abrazo.

Se vistió con rapidez y salió de la consulta. Lola la aguardaba sentada en la sala de espera, lloraba y con un pañuelo se sonaba la nariz. Cuando la vio aparecer se levantó y corrió hacia su amiga.

—¡Oh, cariño! ¿Estás bien?

Luna asintió, no podía casi modular palabras, estaba llorando tan intensamente que aunque lo intentaba la voz no le salía, se le había quedado atrapada en la garganta.

—Ha sido muy rápido.

—No lo he hecho —dijo cuando por fin la voz regresó.

—¿No?

—No. —Y soltó una fuerte carcajada con la que dejó pasmada a Lola—. ¡Voy a tener a mi bebé!

—¿De verdad?... ¿Sí?... ¿No lo has hecho? ¿Sigues estando embarazada? ¡Oh, cariño, me alegro tanto! —Luna no hacía otra cosa que mover la cabeza afirmativamente a todas y cada una de las preguntas que Lola le formulaba.

La abrazó con fuerza y las dos permanecieron así, unidas, durante un buen rato.

—Vámonos a casa y lo celebramos. ¡Vamos a tener un bebé! —gritó Lola bajo la atenta mirada de dos pacientes que estaban sentadas en la sala de espera y la recepcionista de la entrada que las sonrió y les dio la enhorabuena.

—Sí, vamos a tener un precioso bebé.

—Luna...

—¿Sí?

—Se lo tienes que decir a Víctor.

—No, él no tiene por qué enterarse.

—¡Luna!

—Es mi bebé, mi cuerpo y mi

vida. No pienso decirle nada.

Caminaron cogidas por el brazo hasta la puerta y de repente Lola se paró en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Luna.

—Espera, tengo que avisar a Esther.

Sacó su móvil y con rapidez le mandó un wasap.

Lola:

Hola preciosa, salimos de la clínica ahora mismo. Luna ha decidido tener a su hijo. Así que, ¡vamos a tener un bebé!

Sin ti no soy nada



Un mes después

Era la última semana de noviembre y Marcos estaba en el aeropuerto esperando a su hermano que regresaba de Valencia. El negocio había salido a las mil maravillas. A partir de ahora los hermanos Amorós habían

expandido su negocio fuera de Madrid. Se sentía muy orgulloso y contento, toda su vida estaba centrada en los negocios y en conseguir su único objetivo: triunfar como empresario y si continuaban así lo lograrían.

Estrella estaba sentada a su lado en la cafetería, llevaban saliendo ya casi tres meses y eso era para él un auténtico récord, pues jamás había durado más de quince días con una mujer.

—Bebé, ¿me pides un té? —le dijo. Marcos odiaba que le llamase así, él no era ningún crío. Se lo había dicho un montón de veces

pero ella insistía en nombrarle de esa manera tan ofensiva y ridícula.

Como era normal, el avión llegaba con retraso y habían decidido entrar en la cafetería del aeropuerto a esperar. Marcos se levantó y fue hasta el mostrador.

—Buenos días —dijo la amable camarera, una chica joven con los labios pintados de rojo intenso. Por un instante se quedó mirándolos, le recordaban a los de Lola. Creía haberla desechado de su cabeza, pero siempre había alguna cosa que le hacía recordarla y extrañarla.

Sacudió la cabeza intentando que todos esos pensamientos se

esfumaran.

—Un café solo y cargado y un té.

La chica se dio la vuelta para preparar su encargo y entonces pudo ver un pequeño tatuaje que tenía en el hombro derecho, era una pequeña mariposa con sus alas abiertas. Lola tenía una parecida cerca del pecho derecho, recordaba perfectamente cómo disfrutaba mirando su escote. Muchas veces se había imaginado besando esa pequeña mariposa. Cerró los ojos y se insultó mentalmente, no quería pensar en ella; ni en sus labios, ni en sus tatuajes. Odiaba los tatuajes, jamás se haría uno, no entendía esa

moda absurda de hacerse dibujitos en el cuerpo y Lola tenía muchos.

—Señor, señor, ¿está usted bien?

—La camarera le miraba preocupada, Marcos se había quedado perdido en sus pensamientos y la chica llevaba un buen rato diciéndole que su pedido estaba ya preparado.

—Eh... perdón —dijo regresando al mundo real.

—Le decía que son cinco con cuarenta.

—Ah... sí, claro.

Marcos le dio un billete de veinte y esperó el cambio. Con la bandeja en la mano se sentó frente a

Estrella. Echó el azúcar en el café y comenzó a removerlo mientras que Estrella no paraba de hablar.

—Bebé, ¿estás bien? —preguntó cansada de hacerle preguntas que él no contestaba, ni siquiera la miraba. Se le veía ausente. Ella no paraba de hablar mientras que él se limitaba a remover el café sin siquiera mirarla.

—Joder, Estrella, te he dicho un montón de veces que no me llames así.

—Vale, hijo, perdona, es cariñoso.

—Pues a mí no me gusta.

—Estás un pelín irascible.

Marcos se quedó mirando a la rubia que tenía frente a él. Una perfecta muñequita de labios sensuales, piernas kilométricas y sinuosos pechos.

¿Por qué estaba con Estrella? Era insulsa, no tenía tema de conversación excepto la ropa, las fiestas y las compras. No podía negar que era guapa, muy guapa, y estaba a su mismo nivel, pero no le atraía como Lola. Esa mujer sí que conseguía ponerle a cien en cero coma. «Dios, otra vez está en mi cabeza», pensó enfadado.

El sexo con Estrella no estaba mal, aunque era un poco aburrido.

Unos besos, unas caricias y posición del misionero. Seguro que con Lola sería distinto, salvaje y ardiente.

—¿Qué estás pensando? — preguntó Estrella, le veía congestionado y sudoroso.

—Yo... no, en nada... nada —«Si tú supieses», pensó Marcos.

En ese momento anunciaron que el vuelo en el que venía Víctor iba a aterrizar y ambos vaciaron sus tazas y se levantaron.

Caminaron cogidos de la mano y en más de una ocasión Marcos deseó poder zafarse, pero ella le sujetaba con fuerza y con sus dedos

entrelazados.

—Mira, ahí está tu hermano.

Se le veía cansado y ojeroso, habían sido tres meses fuera de casa, estaba deseando poner los pies en su hogar y poder volver a dormir en su cama.

Los hermanos se abrazaron y se palmearon con fuerza la espalda.

—¿Qué tal estás? ¿Qué tal el viaje?

—Estoy agotado. Hola, Estrella — dijo cuando reparó en la rubia y miró a su hermano interrogándole silenciosamente sobre qué narices hacía ella allí.

—Ya te contaré —le susurró

Marcos acercándose a su oído mientras le palmeaba de nuevo la espalda intentando disimular frente a Estrella.

Cuando llegaron al coche Marcos y Víctor se sentaron juntos, tenían que comentar muchas cosas, a Estrella no pareció sentarle muy bien que Víctor le usurpase su asiento de copiloto y le miró enfadada.

Durante casi todo el trayecto hablaron de todos los progresos del negocio nuevo. Habían preparado el local, habían comprado todas las máquinas de ejercicios, contratado al personal compuesto por

monitores, limpiadores y recepcionista... Fermín, que se había quedado en Valencia, se encargaría del resto. La inauguración tendría lugar a principios de enero, tan sólo quedaban algunas obras que realizar y los últimos remates para que todo quedase perfecto.

Estrella estaba aburrida de escucharles hablar de negocios, no paraba de abrir la boca e intentar por todos los medios cambiar de conversación, pero los hermanos no le hacían ningún caso y, ya harta, decidió buscar una excusa para bajarse del coche y dejarles solos.

—Bebé, ¿puedes dejarme en el Plenilunio¹? Tengo que hacer algunas compras.

Víctor miró a su hermano con la boca abierta al escuchar el apodo que la rubia había usado para referirse a su hermano.

—Te he dicho que no me llames así —dijo Marcos entre dientes y muy enfadado. Sabía que iba a tener cachondeo durante mucho tiempo, más viendo la cara de sorna con la que le estaba mirando su hermano.

—No sé por qué te molesta tanto. —Estrella parecía cada vez más irritada.

La dejaron en el centro comercial

y se despidieron con un casto beso en la mejilla ya que Estrella no era partidaria de mostrar cariño delante de la gente.

En el mismo instante en el que se quedaron solos Víctor rompió a reír a carcajadas.

—¿Bebé? ¿Te ha llamado bebé? — Las lágrimas caían por sus mejillas y no hacía otra cosa que limpiarlas— Tú... tú... ¡¿Bebé?! Creo que jamás has sido un bebé. — Sus carcajadas eran atronadoras. Mientras, Marcos permanecía serio y atento a la carretera. Ya sabía que su hermano se burlaría de él y estaba tan acostumbrado que ni

siquiera le sentaba mal.

—¿Has terminado ya?

—¡No! ¡Ja, ja, ja, ja!

Continuó riendo unos dos kilómetros más y poco a poco se fue recuperando.

—¿Se puede saber qué narices haces con Estrella? —Entonces se puso muy serio, la risa se le cortó de golpe. Esa mujer era insufrible y no la quería para su hermano.

—¿Qué tiene de malo?

—¿Que qué tiene de malo? Todo, todo es malo. Es aburrida, estresante, fría, antipática y tan pija... —De repente se quedó callado y miró a su hermano como

si hubiera descubierto el secreto mejor guardado—. ¡Joder, ahora que lo pienso! ¡Eres igualito que ella! — De nuevo comenzó a reír.

—Dame paciencia —dijo Marcos y miró hacia el techo del vehículo como si estuviese rezando.

—Hermano, ahora en serio. Esa mujer no es para ti.

—¿Y tú qué sabes?

—Te morirás de aburrimiento. Tú eres aburrido y soso, si te juntas con alguien como tú... eso sería nefasto.

—Yo no soy aburrido.

—Oh, es cierto eres la juerga, la alegría y el desenfreno

personificados –se burló Víctor.

—Vale, déjalo ya.

—Marcos, busca una chica divertida, una que te haga vibrar, que te meta caña. Una como la peluquera, Lola.

Marcos se tensó sólo con oír nombrarla.

—¿Estás loco? ¡Yo con una peluquera!

—Mira que eres clasista –dijo Víctor enfadado.

No era sólo eso, esa mujer le daba miedo. Le hacía sentir tantas y tantas cosas hasta el momento desconocidas para él que no sabía cómo actuar, qué hacer, ni qué

decir. Cuando estaba a su lado todo su cuerpo se estremecía y una dura erección aparecía con sólo mirarla.

—Estrella es una buena chica. Es abogada y no tiene tatuajes ni pendientes por todo el cuerpo...

—Y es aburrida, aburrida, aburrida —le interrumpió Víctor.

—En una relación no todo es diversión, hay muchas otras cosas. Respeto, confianza...

—Aburrido, aburrido, aburrido...

—Paso de hablar contigo, no tienes ni idea. ¿Y tú me das consejos? Oh, claro, como tienes pareja... —dijo con sorna.

—No te pongas a la defensiva, tan

sólo quiero ayudarte. Piensa bien lo que haces, hermano, estoy seguro de que Estrella no te pone nada de nada y que Lola consigue ponerte cardiaco.

—Dejemos el tema de mi vida sexual, por favor.

Marcos sabía perfectamente que su hermano tenía razón y eso era lo que más ansiedad le provocaba. ¿Por qué narices deseaba a Lola? ¿Por qué no podía parar de pensar en ella?

El resto del trayecto lo hicieron en silencio. Víctor no quiso insistir, conocía muy bien a su hermano y sabía que era muy cabezón, lo

mejor sería dejarle a su aire, ya se daría cuenta del terrible error que estaba cometiendo si continuaba con Estrella.

1 Plenilunio: Gran centro comercial de Madrid con multitud de tiendas, cines, bares y restaurantes.

Un beso y una flor



Víctor estaba en su despacho. Habían pasado primero por su casa para soltar la maleta y después fueron al trabajo. Tenía muchas cosas que hacer, pero en lo único que pensaba era en que lo que más deseaba era verla.

En estos meses que había estado fuera se había dado cuenta de lo

mucho que la echaba de menos y el deseo de volver a tenerla entre sus brazos se había incrementado tanto que no se sentía con fuerzas suficientes para tenerla delante y no abrazarla.

Estaba nervioso, sabía que ella llegaría en un par de minutos, la había llamado a su despacho por el interfono y estaba esperando que en cualquier momento cruzase la puerta.

En ese momento sonaron un par de golpes y Víctor sintió un fuerte hormigueo en sus manos que, sin duda, lo producía la necesidad de tocarla. Su corazón latía fuerte.

—Pasa —dijo con voz ahogada.

Luna abrió la puerta y le miró. ¡Estaba tan guapo! Tenía la chaqueta del traje sobre el respaldo de la silla, llevaba una camisa blanca que resaltaba su piel morena y una preciosa corbata azul turquesa. Sin poder remediarlo un suspiro salió de su boca, había pensado tantas veces en ese momento. Durante todo el tiempo que habían permanecido separados, imaginaba cómo sería el reencuentro: él frío y distante y ella al borde de las lágrimas.

A Víctor se le secó la garganta al verla delante de él, tan preciosa,

tan deseable y exquisita.

Sin darse cuenta de lo que hacía se levantó de su sillón, cerró la puerta y caminó hacia ella como un depredador hacia su presa.

—¡Dios, Luna, cuánto te he echado de menos!

Se abrazó con fuerza a su cuerpo como si deseara integrarla dentro del suyo propio. Luna estaba tan sorprendida que no fue capaz de reaccionar y se quedó muy quieta con los brazos totalmente rígidos a ambos lados de su cuerpo.

—Pero, señor Amorós, ¿qué hace?

Víctor se retiró para poder

mirarla a los ojos.

—¿Qué es eso de señor Amorós? ¿Sigues enfadada? Yo no puedo dejar de pensar en ti. Estos tres meses han sido un infierno. Pensaba en tus besos, en tu cuerpo...

—No, no siga, no quiero escuchar. —Sus palabras, su contacto y su aroma tan masculino estaban consiguiendo que se excitara. Sus hormonas estaban revolucionadas al igual que su cuerpo y eso incrementaba más su deseo.

Todo se había complicado mucho, ahora estaba embarazada. No podía tener relaciones sexuales con

Víctor. ¡Ese hombre era el padre de su hijo y no debía saberlo nunca!

Víctor se dio cuenta de que si seguía provocándola ella cedería. Sus labios esbozaron esa sonrisa torcida y sensual que a Luna le volvía totalmente loca.

—¿Tú no has pensado en mí, Luna? ¿No te has acordado de mis caricias, de mis besos? —Mientras le susurraba al oído recorría con sus manos su cintura y depositaba dulces besos sobre su cuello.

—Por Dios, señor Amorós, pare ya —dijo entre jadeos.

Víctor subió con lentitud su mano hasta llegar a su pecho. Lo acarició

por encima de la ropa.

—Deja de llamarme señor Amorós.

—Yo... —Jadeó cuando él introdujo sus manos bajo su camisa y desabrochó con gran maestría su sujetador y le acarició uno de los pechos.

—Todos los días, todas las noches soñaba con esto. —Entonces le quitó la camisa y el sujetador y recorrió con sus labios el pecho desnudo de una Luna jadeante y tan excitada que no se preocupaba ni siquiera de estar medio desnuda en el despacho de su jefe—. Podía recordar tu sabor —dijo con un

pezón entre los labios, lo saboreó y lo tomó entre sus dientes dándole un pequeño tirón que hizo que Luna sintiera en su interior una oleada de placer intenso—, tus caricias. ¡Por Dios, Luna, tócame!

Luna se rindió, ya no podía oponer más resistencia. Su voz la envolvía, era hipnótica y adictiva, la obligaba a hacer todo lo que le pedía, cosas incluso que en otro momento de su vida ni siquiera se hubiese planteado hacer.

Le desabrochó el cinturón, bajó la cremallera, introdujo la mano dentro de su calzoncillo y acarició su dura erección.

Víctor la besaba y Luna pudo sentir cómo gemía contra sus labios apretados. Eso consiguió excitarla más aún, sentir cómo sus caricias lograban llevarle al límite era el mejor afrodisiaco.

Víctor estaba tan ciego de deseo que tampoco se planteó lo que estaba haciendo, en lo único que podía pensar era en penetrarla.

La tomó de la cintura y la sentó sobre la mesa. Le subió la falda y esta quedó arrugada alrededor de la cintura de Luna. Con manos temblorosas y con ayuda de ella, le quitó las medias. Acarició sus rodillas desnudas y lentamente

comenzó a subir sus manos por el interior de sus muslos. Mientras los recorría le abría más las piernas, hasta que Luna quedó totalmente expuesta sobre la dura superficie de madera. Cuando llegó a sus braguitas acarició su sexo, sintió el calor y la humedad que desprendía y eso consiguió volverle totalmente loco.

—¡Dios, Luna, estás preparada para mí!

¿Cómo unas simples palabras podían sonar tan excitantes? Todo lo que él decía era sensual y su tono la hacía vibrar. Con cada palabra se humedecía más y más.

—Por favor... —susurró Luna.

—Eso es, preciosa, pídemelo lo que quieras.

Sin más, se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas, apartó sus braguitas y de una sola estocada se introdujo dentro de ella. Víctor silenció el profundo gemido de Luna con un apasionado beso. Sus besos eran tan adictivos que hacían que Luna siempre desease más. Con sus manos recorría su espalda por dentro de la camisa, acariciaba y pasaba sus uñas.

—Cuántas noches he soñado con esto —dijo Víctor entre jadeos.

—Yo también —confesó Luna y por un momento el movimiento cesó, ambos se miraron y una fuerte conexión que nada tenía que ver con el momento íntimo que estaban viviendo en ese instante se estableció con fuerza entre los dos. Víctor acarició con ternura la mejilla de Luna y de nuevo la besó, en un principio con cariño, pero luego con tal energía que Luna tembló.

Las caricias en un principio suaves se volvieron intensas y sus movimientos más y más salvajes y rápidos.

—¡Córrete, Luna, córrete para mí!

Lo hizo, todas y cada una de sus órdenes eran cumplidas a rajatabla, no porque fuera su jefe, sino porque su cuerpo no le respondía a ella, su cuerpo sólo le obedecía a él. Víctor silenció sus gemidos con sus labios, con besos húmedos y calientes.

Cuando sintió cómo su propio clímax le atrapaba, apoyó su cabeza en la curva del cuello de Luna con la boca apretada para silenciar sus propios jadeos. Se dejó ir y en ese preciso instante alguien llamó a la puerta. Víctor tardó en reaccionar, había perdido la noción del tiempo y del lugar donde se encontraban.

Fue Luna la que le empujó con fuerza obligándole a separarse a toda velocidad y comenzaron a recomponerse casi al borde de la histeria.

Luna sabía que la puerta no estaba cerrada con cerrojo, ni siquiera lo tenía y dio gracias a Dios porque quien estaba al otro lado parecía ser tan respetuoso que no iba a entrar hasta que no se le diera permiso para hacerlo.

Víctor se abrochó el pantalón y el cinturón, se recompuso el nudo de la corbata y se atusó el cabello. Mientras, Luna se ponía su sujetador, metía por dentro de la

falda su camisa y se peinaba el pelo con las manos.

Víctor recogió las medias que permanecían olvidadas en el suelo, no había tiempo para que Luna se las pusiera, así que las hizo una pelota y se las guardó en el bolsillo del pantalón.

A toda velocidad se situó de nuevo en su sillón detrás de su mesa y tomó un documento entre sus manos para disimular. Luna se sentó en una silla frente a él, se cruzó de piernas y trató de sonreír.

—Pase —dijo Víctor con la voz un poco temblorosa.

—Buenos días, señor Amorós. —

Paula entró muy sonriente portando una bandeja con un café y lo que parecía un cruasán—: Hola, Luna —le dijo al reparar en ella.

Paula era otra de las chicas que trabajaba para los hermanos, llevaba más tiempo que Luna. Cuando el negocio subió como la espuma necesitaron más personal y entonces contrataron a Luna.

Les miró extrañada, se notaba algo raro en el ambiente. Los dos estaban como congestionados y la cara de Luna tenía un intenso color rojo. No había que ser muy lista para saber que algo había ocurrido en ese despacho y Paula, que era la

cotilla mayor, se iba a enterar tarde o temprano.

—Buenos días, Paula. Gracias — le dijo Víctor sonriente. Paula dejó la bandeja y se marchó dejándoles solos de nuevo.

Luna cerró los ojos y trató de respirar de nuevo, porque se había dado cuenta de que desde que Paula había aparecido por la puerta del despacho había estado conteniendo el aliento y la falta de aire le estaba provocando un mareo.

Se puso de pie, tenía que salir de allí y sopesar lo que acababa de ocurrir. ¡Lo había hecho otra vez! ¡Con su jefe y en su despacho! Le

entraron unas ganas inmensas de llorar.

—Oh... no, no. —Víctor se levantó de su sillón, la obligó a ponerse de pie frente a él y le tomó el mentón con su mano levantándolo para que le mirase a los ojos—. No voy a permitir que de nuevo huyas de mí después de haber echado un maravilloso polvo.

Luna estaba boquiabierta:

—¿Pero no te das cuenta de que nos podían haber pillado?

—Pero no lo han hecho —dijo mientras dejaba un reguero de pequeños besos en su cuello.

—Estás loco, juramos que no

volvería a pasar. —Luna se apartó aunque lo que más le apetecía era seguir disfrutando de sus labios.

—Lo jurarías tú, yo no dije nada. —Una de sus sonrisas provocadoras se dibujó en su boca.

Definitivamente, había perdido el juicio. Estaba ahí plantado sonriente y feliz, acababa de tener sexo en su despacho con su secretaria que, por cierto, llevaba a su hijo en su vientre, aunque esto último él no lo sabía, y Víctor sólo pensaba en lo bien que lo habían pasado.

—Eres increíble —dijo molesta y en tono de reproche.

—Muchas gracias —se burló él.

—No te estoy piropeando.

—Sí lo haces. Te ha gustado, lo has disfrutado y te has corrido.

De pronto Luna comenzó a marearse, su estómago se revolvió y el fuerte aroma a café que desprendía la bandeja que había traído Paula, le hizo ponerse peor. Una fuerte arcada le anunció que iba a vomitar y así lo hizo, sobre la blanca camisa de su jefe.

Víctor intentó sortear el chorro de vómito que salió de su boca, pero a pesar de su rápida reacción parte de su pecho se manchó.

—Oh... lo siento... perdona,

yo... —Luna se sentía tan avergonzada.

—¿Estás bien? Siéntate. Estás muy pálida. —La tomó de la cintura, la llevó hasta el sofá del despacho y la ayudó a sentarse. Estaba preocupado y a ella le sorprendió su reacción. Pensó que se enfadaría y le importaría más su camisa que ella, pero no fue así.

—Estoy bien. No te preocupes, ha sido sólo que... —No podía explicarle la verdad. No podía decirle: «Verás, estoy embarazada, por eso vomito como si fuera la niña del exorcista. ¡Ah! Y, por cierto, tú eres el padre».

—De eso nada. Estás muy pálida. Ahora mismo te llevaré a tu casa.

—¡Oh, no, no! De eso nada.

—No hay nada más que decir. Si quieres te acompaño al médico y luego a casa.

—No, de verdad, estoy bien. Seguramente me sentó algo mal...

—No seas cabezona, Luna. Me quito esta camisa y te llevo.

—¡Te he dicho que estoy bien! —gritó enfadada, no quería que él la tratase como si fuera de porcelana. «¡Estoy embarazada, no enferma!», pensó Luna.

—Está bien, no te pongas así, yo sólo pretendía ayudar.

Luna sabía que su tono había sido más fuerte de lo normal y que él sólo pretendía ser amable, pero tenía ganas de llorar y gritar. Sus hormonas estaban revolucionadas, su humor se había vuelto cambiante y con tendencia al melodrama. Por nada del mundo quería que él la viese llorar, ni deseaba que se preocupara, lo único que quería era salir de ese despacho.

—¡Dame tu camisa! —gritó de nuevo enfadada.

—¿Cómo?

—Qué me des tu camisa. Voy a lavártela.

—¡Oh, no, no! De eso nada.

—¡Dame tu camisa ya! —Víctor la había visto otras veces enfadada. Pero jamás tanto. No entendía por qué se ponía así. Él sólo había intentado ser amable y ella había reaccionado como si la estuviera atacando.

Se quitó la camisa y se la dio.

—Toma. —Ahora era él quien estaba enfadado.

Luna cogió la camisa y se encaminó con paso firme hacia la salida del despacho. Víctor se quedó observando cómo salía sin siquiera decirle adiós.

A quién le importa



Lola entró en el edificio donde trabajaba Luna, llevaba ya dos días sin saber nada de su amiga y como tenía el día libre había decidido pasarse por su despacho y charlar un rato con ella. La convencería para llevarla a comer a un nuevo restaurante italiano que inauguraban ese mismo día.

Estaba esperando el ascensor cuando notó un cosquilleo en su nuca. Tomó aliento y sintió el aroma que más le gustaba, el olor de su chico, el perfume de Marcos.

Cuando este entró en el edificio, fue a tomar el ascensor y la vio, sintió cómo el corazón se le paraba de golpe. Estaba de espaldas, llevaba una coleta que dejaba ver su nuca y ese tatuaje que la adornaba, una rosa negra con espinas sangrantes. Como siempre le ocurría deseó pasar su lengua por él, saborearlo y después depositar sus labios para darle un beso.

—Hola —le dijo con su ya habitual tono gruñón.

Lola se dio la vuelta y le miró con una radiante sonrisa, estaba tan guapo que le dieron ganas de comerle la boca.

Marcos se quedó sin aliento, estaba preciosa y sus labios rojos eran como un reclamo a su libido.

—Hola, Marcos. ¿Qué tal estás? Hacía mucho que no te veía.

«Tres eternos y larguísimos meses. Tres meses en los que no he hecho otra cosa que añorarte», pensó él.

—Sí, no he podido pasar por la peluquería.

—Te ha crecido mucho el pelo. —
Lola le pasó la mano por el cabello
y él cerró los ojos para sentir con
más intensidad su caricia.

—La verdad es que me hace falta
un buen corte.

«Y de paso podíamos echar un
polvo. ¡Joder, joder! ¿Qué narices
me pasa?», sus pensamientos le
estaban volviendo loco.

—A mí me gusta así. —Su sonrisa
le dijo que era sincera y él deseó
llevar el pelo más largo para poder
complacerla.

Se miraban con tal intensidad que
cualquiera que les prestase atención
se daría cuenta de la necesidad que

tenían el uno del otro.

El sonido del timbre que anunciaba la llegada del ascensor rompió la conexión que se había establecido entre ellos. Marcos saltó como si tuviese un resorte y retiró sus ojos de los de ella.

Lola subió al ascensor y él la siguió. Ambos se posicionaron, uno al lado del otro, sin tocarse, sin mirarse. Un par de personas más subieron con ellos, todos iban en total silencio, tan sólo se oía la música ambiental que sonaba por los altavoces del ascensor y que conseguía poner de los nervios a Marcos.

—¿Vas a ver a Luna? —dijo él, ya no podía soportar más ese silencio incómodo que le estaba oprimiendo el pecho como si fuese una pesada losa.

—Sí —contestó ella.

—¿Va bien el negocio? —Se insultó por lo bajo por su estúpida pregunta, pero sentía la ferviente necesidad de escucharla hablar.

—Oh, muy bien, no me quejo.

—Estupendo, me alegro —«Genial, qué locuaz».

—Esta es mi planta —le dijo sonriendo cuando el ascensor se paró.

—La mía también.

Le cedió el paso y ella, juguetona, procuró rozarle con su cuerpo. Fue un roce sutil, pero que ocasionó que a Marcos se le pusieran todos los pelos de punta.

Los dos entraron en las oficinas del gimnasio.

—Bueno, Marcos, adiós.

—Adiós.

Marcos entró en el despacho de su hermano, no antes de volver a mirarla. Ella sonreía y él parecía derretirse.

Lola buscó a su amiga, pero al no encontrarla le preguntó a Herminio, uno de los empleados del gimnasio. Era el profesor de bailes latinos.

Un cubano morenazo, con labios carnosos y gruesos, muy agradable y con un cuerpo de infarto.

—Creo que está en el baño, la vi salir del despacho del jefe y entrar allí.

—Gracias, guapo, un día de estos tenemos que quedar tú y yo. Podemos tomarnos unas copitas y echarnos algún bailecito.

Él la miró goloso, le gustaría gozar de su cuerpo.

—Cuando tú quieras, preciosa —le dijo con tono meloso.

Lola le lanzó una de sus miradas de mujer fatal y se dio la vuelta.

«Si no fuera porque no me quito

de la cabeza al pijo de Marcos, me lo tiraría. Quizá lo haga, no puedo seguir esperándole. El muy idiota no se decide y una tiene sus necesidades», se dijo. Estaba un pelín cansada de provocar y no recibir nada a cambio, Marcos se le estaba resistiendo demasiado y su paciencia tenía un límite.

Entró en el servicio y vio a Luna lavando una camisa en el lavabo.

—Hola, princesa, ¿qué haces?

—¡Oh! —Sus ojos se llenaron de lágrimas y mientras hipaba, comenzó a hablar de forma atropellada. Nada más ver a su amiga sintió la necesidad de

desahogarse y sacar de su interior todo lo que la estaba matando—. Soy una tonta... Lo hemos vuelto a hacer... y luego le he vomitado encima...

—Cariño, tranquila, no llores, apenas te entiendo. —Lola le tomó las manos, la obligó a dejar la camisa y a mirarla a los ojos—. Explícate.

—¡Lo hemos hecho otra vez!

—¿El qué?

—Joder, Lola. ¡Me he vuelto a tirar a mi jefe!

—¡Pero, nena!

—Sí, ya lo sé. Soy tonta. —Otra vez rompió a llorar.

—¿Has hablado con él? —dijo Lola con toda la paciencia del mundo.

—No, me ha besado y luego... bueno, ya sabes. —Sorbió la nariz sonoramente.

—Entonces no sabe nada de tu embarazo.

—¡Pues claro que no!

—¡Luna! Sabes que dentro de muy poco se te va a notar.

—Sí, lo sé. —De nuevo lloró con tal intensidad que Lola temió por ella.

—Cariño, sabes que yo te apoyo en todo, pero creo que él tiene derecho a saber que el hijo que

esperas es suyo.

—No, no puedo... —su tono fue tan desesperado.

Lola la abrazó, Luna necesitaba consuelo. La dejó llorar un buen rato hasta que decidió que ya era suficiente. La retiró de su cuerpo y la obligó a que se lavara la cara.

—¡Ya está! ¡Se terminó el llanto! No es bueno para el bebé que estés llorando todo el día.

—Lo sé... lo sé.

La ayudó a lavar la camisa, usando el secamanos le quitaron gran parte de humedad y salieron del baño. Luna un poco más tranquila y Lola un poco más

preocupada por el futuro de su amiga.

Paula pegó el oído a la puerta del baño, cuando se dio cuenta de que Luna y Lola se habían marchado, salió y se apoyó en el lavabo. Se miró y vio su imagen reflejada en el espejo, imagen de estupor y sorpresa. Había entrado al baño para fumar un cigarrito, pero la petarda de Luna había entrado y ella no había podido encenderse el pitillo, esperó a que se marchase pero ella tardaba tanto que estaba empezando a perder la paciencia. Después oyó cómo entraba alguien más, era la amiga insoportable de

Luna. Había escuchado toda la conversación que habían mantenido.

Así que por eso estaban tan raros cuando entró a llevarle el café al jefe. Acababan de follar como conejos. ¡En el despacho! Paula estaba escandalizada. Pero sin duda lo más impactante de todo era que Luna estaba embarazada del señor Amorós.

«Maldita zorra», pensó enfadada. Ella llevaba trabajando para los señores Amorós ya casi tres años y esa puta de Luna no llevaba más que un año y no sólo le había quitado el puesto como secretaria

de Víctor, que le pertenecía, sino que también se había liado con él y la muy puta se había quedado embarazada.

Estaba rabiosa, Víctor le había decepcionado y su inmenso odio por Luna había crecido hasta niveles insospechados.

Esto no iba a quedar impune, ella se encargaría de que todo el mundo se enterase de qué tipo de persona era Luna, una aprovechada, una trepa que incluso se acostaba con el jefe para lograr ascender.

«Te vas a enterar, buscona, esto no se va a quedar así», se dijo mirándose al espejo con los ojos

inyectados en sangre y la vena del
cuello tan inflamada que parecía a
punto de estallar.

Corazón partío



—Anda, tonta, ven conmigo. —
Lola estaba sentada sobre el escritorio de Luna con las piernas cruzadas y esa mirada de niña buena que utilizaba cuando quería conseguir algo de su amiga.

—No puedo, Lola. Tengo mucho trabajo.

—Ya, pero tendrás que comer,

¿no?

—Esta es mi comida. —Luna le enseñó un sándwich.

—¡Esa no es comida para una mujer embarazada!

—No chilles, que se van a enterar.

—Jo, Luna, no me dejes sola. —Hizo pucheritos y Luna estuvo a punto de ceder.

—No puedo, de verdad.

—Ya he reservado y es en ese restaurante italiano, nuevo y muy chulo.

—Lo siento de verdad, otra vez será.

—¡Mira que eres dura! Pues yo

no pienso anular la reserva, que es la inauguración y según parece van a dar platos para degustar.

—Ah, qué envidia me das.

—Pues ven. —La miró con una sonrisa y los ojos muy abiertos.

—¡No puedo!

Lola al final cedió, había utilizado todas sus armas. Siempre le daban resultado, pero no esta vez:

—Pues tú te lo pierdes —refunfuñando enfadada se marchó sola. El restaurante estaba lejos del edificio de oficinas y tuvo que coger el coche. Le costó dar más de una vuelta encontrar aparcamiento y

más de un insulto a los conductores irrespetuosos que dejan su coche ocupando dos sitios sin consideración con los demás.

Caminó rápido hacia el restaurante pues tenía un hambre atroz y nada más entrar se topó, ¡oh, Dios mío!, con Marcos y una rubia despampanante que discutía muy acaloradamente con la chica que recibía y acomodaba a los clientes.

—... pues busque un sitio —decía muy enfadada la rubia.

—Ya le he dicho que está todo lleno.

Lola se quedó observando atenta y esperando su turno en la fila. La

rubia parecía una Barbie *fashion* con todos sus complementos, incluido el Kent que ni siquiera le prestaba atención y parecía de lo más molesto.

—Usted no sabe con quién está hablando.

Lola soltó una carcajada, vaya con la rubia.

—Perdone. —Lola se acercó a la camarera. Entonces fue cuando Marcos la vio y sintió como si toda la sangre le abandonase de golpe—. Yo tengo una mesa reservada.

Entonces Lola le arreó dos sonoros besos a Marcos en la cara y este se quedó con la boca abierta,

jamás le había besado de ninguna manera, y le pilló desprevenido, no se lo esperaba.

—Hola, Marcos —le dijo después de besarle como si fuera una vieja amiga de toda la vida—. Como le decía —se dirigió a la camarera—, tengo una reserva para dos, pero mi amiga no ha podido venir. No tengo ningún inconveniente en compartir mi mesa con ellos —dijo señalando a la rubiteñida y a su hombretón.

—Por nuestra parte no hay ningún inconveniente, pondremos un servicio más y ya está. —La recepcionista se sentía totalmente agradecida, llevaba un buen rato

discutiendo con esa desagradable mujer y estaba deseando deshacerse de ella, así que la propuesta de Lola le había llegado como caída del cielo. Se quedó mirando a la parejita esperando su decisión, pues eran los únicos que no habían dado su opinión.

—Oh... ¿De verdad? —La rubiteñida sonreía y al hacerlo enseñaba su perfectamente blanca y alineada dentadura—. Muchas gracias, si a ti no te importa nosotros encantados, ¿verdad, cari?

—¡No! —gritó Marcos y las tres mujeres le miraron sorprendidas por lo brusco de su respuesta—.

Quiero decir... —moderó el tono—, no hace falta... podemos ir a otro sitio.

—Jo, cari, *porfi*.

«Que alguien la mate, después la descuartice y tire sus restos al Manzanares», pensó Lola mientras miraba a la rubia oxigenada con dulzura y una enorme sonrisa.

—Sí, *porfi* —soltó Lola en tono burlón mirando a Marcos.

—Está bien —claudicó, tragó saliva y se dispuso a seguir a la camarera a la mesa.

Lola iba detrás de él y con picardía aprovechó para tocarle el culo. Al sentir el contacto de su

mano en semejante parte, Marcos dio un fuerte respingo y saltó como uno de esos muñequitos de cuerda que cuando se la das a tope y lo sueltas dan un triple salto mortal.

—¿Te pasa algo? —le dijo Estrella y se volvió a mirarle.

—No, no, nada.

Él miró a Lola asombrado y ella en respuesta le lanzó un beso y le guiñó un ojo descarada.

«Pero ¿qué pretende esta loca?», se preguntó.

Cuando llegaron a la mesa Lola corrió a sentarse al lado de Marcos, la rubiteñida le lanzó una mirada asesina pero a ella le dio lo

mismo. Había conseguido su objetivo. Marcos las presentó formalmente y ellas se dieron dos besos sin ningún interés, sólo por cumplir.

El camarero les dio la carta y los tres se dispusieron a elegir menú.

—Para mí —dijo Estrella—, una ensalada de aguacate y pepino con jamón.

El camarero y el resto de la mesa se quedaron esperando a que eligiera un segundo plato, ella les miró sonriente y dijo:

—¡Oh no! No voy a pedir nada más. Tengo que mantener la línea.

—Señor, ¿usted qué tomará? —el

camarero se dirigió a Marcos.

—Una ensalada de pasta tricolor con pesto siciliano y de segundo una *pizza* cuatro quesos.

Lola continuaba con las narices metidas dentro de la carta estudiando todos los platos.

—¿Señora? —le apremió el camarero.

—Sí, sí, un segundo. ¡Mmmm! Me va a traer rollitos de *pizza* como entrante. De primero *piadina* de verduras y queso de cabra y de segundo... Estoy entre dos platos y no sé por cuál decidirme. —Se quedó un rato pensativa. Estrella estaba empezando a perder la

paciencia y eso a Lola le divertía—. Ya sé lo que voy a hacer, me vas a traer los dos platos. —Estrella la miró asombrada—. ¡Tengo mucha hambre! —le explicó—. Bueno, me traes espaguetis con albóndigas en tomate y pollo *alla pizzaiola*.

—¿Te vas a comer todo eso? —preguntó la rubiteñida.

—Pues sí, no tengo problemas con la línea. —La miró con una gran sonrisa y entonces sucedió, Estrella sintió cómo dentro de ella crecía un odio atroz, una aversión que estaba alcanzando magnitudes insospechadas. Si no era suficiente observar cómo su novio, Marcos,

miraba a esa mujer, encima era de esas chicas que pueden comer todo lo que quieran y mantenerse delgadas, mientras que ella con el simple hecho de oler un pastel de chocolate, notaba cómo sus caderas se ensanchaban.

Marcos era suyo y de nadie más, debía de tener cuidado con esa pelandusca pues a él parecía gustarle y mucho. A ella nunca la miraba así, con pasión, con deseo.

El camarero comenzó a traer la comida, de repente la mesa se llenó con los platos que había pedido Lola y de los que hizo acopio degustando y saboreando, entre

comentarios de satisfacción.

—Y dime, guapa, ¿de qué conoces a mi novio? —El desagradable tono con el que se dirigió a Lola se ganó una mirada furiosa de Marcos y eso irritó mucho más a Estrella.

—¿A Marcos? —se burló Lola—. Viene a verme todos los meses. —Se quedó en total silencio esperando la reacción de la rubia, quería mantener el suspense y lo consiguió pues Estrella había comenzado a ponerse de un tono rojizo que le recordaba a las fresas maduras.

—Me corta el pelo —dijo Marcos intentando terminar con el

jueguito de Lola.

—¡Oh! Pues llevo ya un tiempo diciéndole a mi chico que tiene el pelo muy largo.

—Claro, le dije que estaba mucho más guapo con el pelo un poco más largo, así que decidió no cortarlo. — Puso su mejor y más radiante sonrisa, una que sacó de quicio a Estrella.

—Dime, guapa, ¿qué tal el negocio? Una peluquería no dará para mucho, ¿verdad? —Con su ironía intentaba menospreciar a Lola, hacerla sentirse inferior, pero nada más lejos de la realidad.

«Yo puedo contigo y con veinte

más como tú», pensó Lola.

—La verdad es que va estupendamente. Por cierto, creo que deberías pasarte, te hace falta un buen tinte y tienes las puntas fatal. Podría hacerte un corte más moderno para que te hiciera más joven. —La cara de Estrella era un poema, estaba congestionada y la vena del cuello se le marcaba de tal manera que parecía que iba a explotar.

A pesar de que Lola se estaba pasando y la situación no era para nada de su agrado, Marcos no pudo remediar que se le escapase una risilla nerviosa ante las ocurrencias

de la peluquera y por más que intentó disimularla con una fuerte tos, no pasó desapercibida para Estrella que le lanzó una mirada reprobatoria.

Lola, en cambio, parecía estar disfrutando. Comía y bebía y de vez en cuando le lanzaba unas miradas a Marcos que derretirían el mismo Polo.

—¿Piensas comerte todo eso? — Estrella volvió a la carga.

—Pues sí, para eso lo he pedido.

—Yo nunca podría comer tanto. Lo mejor es poco y sano.

—Pues no sabes lo que te pierdes —dijo Lola que centró su mirada en

la de Marcos. Era tan intensa que logró que a él se le secara la garganta—. Lo mejor que existe en el mundo es poder disfrutar de un buen plato sabroso, de esos que te dejan un buen sabor de boca, tan exquisito que incluso te chupas los dedos y quieres repetir y repetir... —La temperatura subió varios grados y Marcos cerró los ojos incapaz de disimular lo que ella le estaba haciendo sentir.

Estrella les miraba con la boca abierta.

«Esto ya es demasiado», pensó Estrella deseando lanzarse al cuello de Lola y estrangularla.

—¿Desean algo de postre? —dijo el camarero que consiguió que Lola y Marcos se sobresaltaran, estaban tan concentrados el uno en el otro que no le habían oído llegar.

—Un café —le dijo.

—Un té —contestó Estrella.

Lola tomó la carta de postres y durante un buen rato la miró en total silencio para desesperación de Estrella, le estaban entrando unas ganas enormes de arrancar la carta de sus manos y darle mamporros con ella.

—Quiero *biscotti al limone* y un *capuccino* con mucha nata y canela.

Le dio la carta al camarero y este

se marchó dejando de nuevo solo al pobre Marcos con las gatas en celo.

—Y bien, Estrella, ¿en qué trabajas?

—¡Oh! Tengo la carrera de derecho.

—Oh, eso es genial y entonces, ¿trabajas en algún bufete?

—No, de momento estoy disfrutando de un año sabático muy merecido.

—¿Y de qué vives? ¿Te mantienen tus papás?

Marcos que en esos momentos estaba bebiendo, le dio un ataque de tos al escuchar la pregunta de Lola y esta le dio tal manotazo en la

espalda que casi le deja sin respiración.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Estrella.

—Sí, sí.

«Ya empiezan de nuevo», pensó Marcos. Estaba cansado de ser el ojo del huracán, parecían dos gatas discutiendo por un plato de leche. Se lanzaban miradas, pullas y porque no podían si no se hubiesen lanzado los cuchillos.

El camarero regresó con el postre de Lola que se relamió, tomó la cucharilla y comenzó a degustarlo como si no hubiera probado nunca nada tan exquisito mientras Marcos

le miraba dándole las gracias en silencio por interrumpir la pelea de gatas. Tan sólo quedaba que Lola terminase su postre y el café y la tortura llegaría a su fin.

Lola continuó comiendo su *biscotti*, por fin, en total silencio mientras miraba con cara de pura inocencia a un Marcos totalmente agobiado por la absurda situación en la que se encontraba. Sentado con dos mujeres: una se suponía que era su novia y la otra era por quien suspiraba en silencio, a quien deseaba con todo su cuerpo.

Lola se lo estaba pasando muy bien, esa rubiteñida no era rival

para ella. Su Marcos tarde o temprano se daría cuenta de que era con ella con la que deseaba estar y no con esa Barbie de plástico.

Tomaron los cafés en paz y armonía. Las gatas habían guardado sus uñas. Cuando pidieron la cuenta Lola intentó pagar su parte, pero Marcos no la dejó, insistió tanto que al final tuvo que ceder.

Se despidieron en la puerta, Lola y Estrella se dieron dos besos en las mejillas, pero de esos que en realidad van al aire. Lola se acercó a Marcos y ese beso fue distinto al que le dio a la Barbie. Posó sus labios sobre la mejilla de él,

raspaba un poco por la incipiente barba, pero a ella no le importó. Dejó su boca sobre la piel de Marcos más tiempo del preciso y Estrella comenzó a impacientarse.

—Bueno, guapa, pues nada, encantada de conocerte. Ya nos veremos —le dijo intentando interrumpir la conexión tan fuerte e intensa que se había establecido entre su chico y Lola.

—Adiós, Marcos —dijo Lola con pena y eso a él le rompió el corazón. Lola siempre estaba de broma y parecía no afectarle nada, sin embargo, por primera vez la veía triste—. Adiós, Estrella.

Sin decir nada más, ni esperar respuesta, se marchó caminando despacio hacia su coche.

Cadillac solitario



Estrella estaba en la cama tumbada, después de un polvo rápido intentaba recuperar el aliento. Marcos, a su lado, acostado bocarriba miraba el techo de la habitación. Le encantaría saber en qué estaba pensando, aunque lo podía imaginar. Desde el primer momento que vio a Lola supo que

ella era la mujer por la que Marcos suspiraba. No era ninguna tonta y no es que le importara, ni estuviera celosa, estaba con él por interés. Si Marcos se buscaba a una macarra hortera como Lola para entretenerse no era su problema, a ella el sexo no le parecía una gran cosa y si así lograba librarse de esos momentos, pues bienvenida fuera. Lo que no iba a consentir, bajo ningún concepto, era que la pusiese en tela de juicio delante de nadie, ni que intentase quitarle lo que era suyo. ¡Con lo que había luchado! Llevaba ya mucho tiempo a la caza de uno de los hermanos Amorós, le daba

igual cuál fuera, eran un partido buenísimo y cuando Marcos se le puso a tiro no lo dudó ni un instante.

Ya se veía casada, en una gran casa y con el armario repleto de ropa de marca. De un tiempo a esta parte, sus padres le estaban cortando el grifo del dinero y ella por supuesto no pensaba trabajar, había nacido para ser rica y vivir a lo grande.

Sabía que entre ellos no había amor, pero tampoco era necesario, con tener todos los caprichos que él le podía dar se conformaba, el amor estaba sobrevalorado y ella

no lo necesitaba.

Miró a Marcos, estaba como ausente. Si no espabilaba le iba a perder y eso no podía suceder bajo ningún concepto. Había intentado contentarle con lo que a todos los hombres les complacía, el sexo, pero parecía que no había sido suficiente.

—¿Te apetece que salgamos a cenar?

—No.

Esperó algo más de conversación, pero al parecer estaba poco hablador.

—Esa chica... ¿Lola? —De sobra sabía su nombre.

Al parecer el oír su nombre por fin le sacó de su ensueño, le hizo reaccionar y mirarla.

—¿Qué pasa con Lola? —Marcos se puso a la defensiva.

—Parece que sois muy amigos, ¿no?

—No, sólo conocidos.

—¡Ah! Pues te besó con mucha efusividad.

—¿No me irás a decir que estás celosa? —rio con ironía. Ambos sabían cómo era su relación y los celos no formaban parte del juego.

—Lo que no entiendo es... ¿cómo te relacionas con gente como ella?

—¿Como ella? ¿Qué quieres

decir con eso? —Sus ojos se posaron sobre los de ella, era una mirada glacial e intensa.

«¡Dios, qué me está pasando», se preguntó un tanto asustado al darse cuenta de la terrible necesidad que tenía de defenderla. No podía dejar que nadie hablara de Lola con el tono despectivo y desagradable con que lo hacía Estrella.

—¿Por dónde quieres que empiece? —dijo con tono burlón—. Es maleducada, barriobajera y, ¿no te has fijado en sus pintas? ¡Oh, por Dios!

—¿Cómo? ¿Maleducada? Que yo sepa no te ha faltado al respeto en

ningún momento. ¿Barriobajera? ¿Se puede saber de dónde has sacado esa palabra, de los culebrones? Y sus pintas, dime Estrella, ¿a qué pintas te refieres? — Se sentó en la cama.

—Pues esos tatuajes y ese pendiente en la nariz. ¡Madre mía! ¿Y qué me dices de esos labios rojos? Ese color le sienta fatal. No me gusta nada.

Marcos sintió cómo un intenso calor comenzaba a calentarle. Se estaba poniendo furioso, nadie hablaba así de Lola. ¡Nadie!

—Entonces, ¿por qué no te negaste a comer con ella? ¿Por qué

insististe en que nos sentáramos en su mesa?

—Pues precisamente por eso, ella tenía una reserva y nosotros no.

—Dios, Estrella, eres... ¡Joder!

Entró en el baño, lo mejor era no continuar con esa conversación. Lola era preciosa con pendiente, tatuajes y labios rojos, eso era indiscutible. Se apoyó en el lavabo y se miró en el espejo. El reflejo que vio no le gustó nada, porque observaba no sólo su imagen sino su interior. Podía sentir cómo era por dentro y no le gustó nada en absoluto. Estaba vacío, hueco, sin nada en su interior, nada más que un

inmenso pozo negro.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —Estrella le había seguido hasta el baño y estaba en la puerta con los brazos cruzados esperando una contestación. No quería tensar mucho la cuerda, se había dado cuenta de que para él esa mujer era muy importante, pero tenía que dejar las cosas claras—. No te voy a consentir que me dejes con la palabra en la boca.

—¿Qué quieres de mí? —Se acercó a ella tanto que sus narices casi se tocaban—: Dime, Estrella. ¿Qué cojones quieres de mí? ¿Por qué estás conmigo?

—Qué pregunta más tonta...
pues... porque te quiero.

—¡Bah! —Se dio la vuelta, entró de nuevo en la habitación y comenzó a vestirse. Dio las gracias mentalmente porque habían decidido en el último momento ir a casa de ella, así se podía marchar y perderla de vista.

—No te entiendo. Ambos sabemos lo que queremos.

—¿Sí? ¿Y qué se supone que quiero yo?

—Una persona con clase a tu lado y ella no la tiene.

—¡Dios, Estrella, esto ya es demasiado! —Se metió la camisa

por dentro del pantalón y se abrochó el cinturón con tanta furia que estuvo a punto de romperlo.

—Tú no eres mejor que yo. Eres exactamente igual. No te hagas ahora el chico bueno. Si no dime, ¿por qué comenzaste a salir conmigo? ¿Porque te enamoraste locamente de mí? —preguntó con tono irónico—. ¿O porque te convenía la posición y el prestigio que tengo? Ahora no vengas de defensor de causas perdidas. Eres tan clasista como yo.

Marcos se quedó paralizado. Ella tenía razón, era una copia exacta a esa pedante y manipuladora.

—Mira, Estrella, creo que lo mejor será que lo dejemos.

Estrella perdió el color, estaba desesperada. «Idiota —se insultó mentalmente— no tenía que haber sacado el tema de Lola».

—Oh, cariño. —Se lanzó a su cuello e intentó retenerle—. Yo te quiero, podemos solucionarlo.

—¡No! Ese es el problema, tú no me quieres y yo tampoco a ti. Estoy cansado de la postura del misionero, de hacerlo con la luz apagada, de los besos sin sentimiento, de pasar las tardes del sábado en un enorme centro comercial... Estoy cansado de

intentar sacar algo de nuestra relación. Lo siento, Estrella, ya no puedo fingir más.

La cara de Estrella comenzó a congestionarse, se puso roja de ira y le lanzó un bofetón con tanta fuerza que le obligó a girar la cara.

—¡Eres un cerdo! ¡Vete de mi casa!

Marcos no dijo nada, sólo la miró con pena. Tomó su abrigo y cuando iba a abrir la puerta se giró para mirarla por última vez.

—Adiós, Estrella.

—Si sales por esa puerta será para siempre. No vuelvas luego con el rabo entre las piernas

rogándome.

—No te preocupes, no pienso volver.

Marcos salió a la calle y sintió frío, pero no era consecuencia de la temperatura, no, era un gélido sentimiento de soledad. «En realidad siempre has estado solo — pensó con tristeza—, entonces, ¿por qué te preocupa ahora?».

Toda su vida había girado en torno a un sueño. Era como cuando alguien construye una casa, pone ladrillo a ladrillo e intenta que sea sólida, indestructible y tan resistente que ni un huracán pueda derribarla, así había construido él

sus valores morales y sus objetivos en la vida. Quería ser el mejor, el empresario más importante, que todo el mundo le admirase. Sabía que para lograr sus objetivos tenía que prescindir de ciertas cosas como la diversión, las fiestas, el amor... Estrella era perfecta, hija de un importante abogado, con mucha clase, contactos y muy buenos modales, y él acababa de romper con ella porque la casa de ladrillo que había construido y pensaba sólida tenía una grieta, una que en un principio era muy pequeña, pero que con el tiempo había empezado a hacerse tan

grande como un socavón: Lola, siempre era ella, siempre.

Llegó a casa con unas intensas ganas de meterse en la cama cerrar los ojos y dormir horas y horas, días y días. Dejó el abrigo en el perchero de la entrada. Entró en el dormitorio y comenzó a desnudarse, se daría una ducha y luego a la cama, no tenía nada de apetito.

Al quitarse el pantalón algo cayó de su bolsillo, se agachó y lo tomó en la mano. Lo miró con curiosidad, era el tique del restaurante. Rio al recordar todas las cosas que había comido Lola. Le fascinaba verla saborear cada bocado, cómo

cerraba los ojos deleitándose con el sabor. Era natural, espontánea, tanto en su aspecto como en su manera de ser. Qué diferente a Estrella, qué distinta a él.

De pronto sintió una inmensa necesidad de ver a Lola y de por fin hacer lo que llevaba ya mucho tiempo deseando, besarla. «A la mierda con todo», se dijo y con toda la rapidez que pudo volvió a meter la camisa por dentro del pantalón, tomó su abrigo y salió corriendo.

Miró el reloj, eran ya casi las ocho de la noche, sabía que Lola cerraba la peluquería a las ocho y

media. Corrió con desesperación, de su casa a la peluquería había media hora de camino en coche, si se descuidaba, cuando llegase, ella ya no estaría.

Los semáforos se habían aliado a su favor, todos verdes, sonrió y le metió caña al coche. ¡No se lo podía creer! Un sitio para aparcar, sin necesidad de dar veinte vueltas. Se bajó del coche y a la carrera llegó a la peluquería, había luz y sin pensarlo ni un momento abrió la puerta.

—Hola, pase, enseguida estoy con usted, aunque voy a cerrar en poco tiempo —le dijo sin mirarle.

Estaba colocando un montón de frascos de champú en una estantería y tenía las manos tan llenas que apenas se podía mover y menos girarse a ver quién había entrado.

Marcos se quedó mirándola, llevaba el cabello recogido dejando ver la rosa que tenía grabada con tinta en su nuca. Un sudor frío comenzó a resbalarle por la espalda. ¿Qué se suponía que iba a hacer: tomarla entre sus brazos y besarla, prometerle amor eterno? No, no.

Lola terminó de colocarlo todo cuando escuchó la puerta cerrarse, se giró y ya no había nadie.

—Que antipática, no ha dicho ni adiós.

Pensó en cerrar para que no se le colara nadie más y cuando fue a echar la llave sintió un olor que reconocería en cualquier lugar, era el aroma de Marcos. Era él quien había estado allí, ¿pero por qué se había ido sin decirle nada?

Cómo pudiste hacerme
esto a mí



Un fuerte bostezo se escapó de su boca, le había costado tanto levantarse esa mañana que incluso llegó un poco más tarde de lo habitual, pues había dormido fatal. Recordó el día anterior, había sido de lo más raro, no lograba entender el comportamiento de Luna.

Después de una sesión de sexo increíble, le había vomitado encima, él había intentado ser amable pero ella se puso como una energúmena y había salido de estampida. Cuando regresó a su oficina fue para lanzarle la camisa a la cara y marcharse sin siquiera despedirse.

«¿Quién entiende a las mujeres?», pensó. Por más vueltas que le daba, sus reacciones le parecían totalmente desproporcionadas y de lo más extrañas.

Después de una intensa mañana de trabajo en la que parecía que nada salía bien, Víctor decidió

darse un descanso y tomarse un café bien cargado, por aquello de intentar despejarse un poco.

Removía el café sin pensar en que llevaba más de cinco minutos haciéndolo sin cesar, su mente estaba en otro sitio muy lejano y cerca de la mujer que llevaba unos meses revolucionando su mundo y su corazón. Y justo cuando por fin se decidió a tomar un sorbo, la puerta del despacho se abrió de golpe. Víctor se sobresaltó y parte del café le cayó sobre la camisa. «Creo que a partir de ahora tendré una limpia en la oficina», se dijo al recordar que hacía menos de

veinticuatro horas Luna le había vomitado encima.

—Pasa, pasa, tú no te cortes —le dijo Víctor con ironía a su hermano.

Intentaba limpiarse la mancha con un pañuelo de papel, pero estaba totalmente perdida.

«Joder, es mi camisa preferida», se dijo muy centrado en la mancha marrón que adornaba su pecho.

—¿Sabes si las manchas de café salen bien de la ropa? —preguntó.

Marcos continuaba de pie al lado de la puerta y Víctor, al no recibir ninguna contestación de su hermano, levantó por fin la cabeza y le miró.

Estaba pálido como si acabara de ver un espectro. Víctor se asustó y corrió hacia él.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —No dio ninguna respuesta, continuó con la mirada perdida. Esa palidez tan intensa le preocupaba, pensó que quizá estuviese enfermo. Nunca le había visto así, ni siquiera esa vez que por su glotonería sufrió un empacho y tuvo que llevarle al hospital—. ¡Llamaré a un médico!

Cuando Marcos vio que sacaba el móvil del bolsillo y comenzaba a marcar el número de emergencias, por fin reaccionó.

—No, ¿qué haces? ¿Estás tonto?

¿Para qué vas a llamar al médico?
—Le quitó el teléfono de la mano y sin miramiento ninguno lo arrojó en la mesa. El móvil dio dos vueltas de campana y se estrelló contra la pantalla del ordenador.

—¡Como se me haya roto te mato!
¿Sabes cuánto me he gastado en este teléfono?

—¡Me importa una mierda el teléfono!

—¿Pero se puede saber qué cojones te pasa?

—¡¿Que qué me pasa?! —gritó—. Será mejor que nos sentemos. —Sin esperar ningún tipo de reacción por parte de Víctor, Marcos cerró la

puerta con fuerza y en dos zancadas llegó hasta el sofá del despacho, se dejó caer en él y cruzó los brazos y las piernas. Parecía muy enfadado y quería demostrárselo a su hermano de todas las maneras posibles.

Víctor se temió que tocaba charla y no le apetecía nada, después del día que llevaba no tenía ganas de escuchar las quejas de su hermano pequeño.

—Mira, no tengo tiempo para tus tonterías, tengo mucho trabajo y poca paciencia para soporta...

—¡Siéntate! —le interrumpió gritando—. Siéntate ahora mismo o te juro que te sentaré yo a collejas.

Víctor obedeció de muy mala gana. Como no quería estar a su lado cogió una de las sillas del despacho y se colocó frente a Marcos, tomó la misma posición que él, brazos y piernas cruzadas y mirada de muy mala leche.

—¡Dispara! —le dijo mentalizado de que a su hermano no había forma humana de pararle. Cuando de quejarse se trataba era como intentar ponerle barreras a un mar embravecido.

—¿No tienes nada que contarme?

—¿Yo? Estás tonto. El que viene a mi despacho con malos modos eres tú.

«Entonces es que no sabe nada», pensó Marcos.

—¿Has hablado con Luna?

—Sí, claro, ¿por qué?

—¿No te ha contado nada?

«No, solamente echamos un polvo», pensó Víctor y en su boca se dibujó una sonrisa bobalicona que disimuló con rapidez al centrarse de nuevo en el ceño fruncido de su hermano pequeño. «Bueno y luego me vomitó en la camisa», se dijo.

—No. Me estás empezando a preocupar. ¿Quieres ir al grano de una vez?

—¡Eres un total y autentico

idiota! Te tiraste a tu secretaria y ahora está embarazada.

La noticia le cayó encima como si le hubiesen arrojado un gran cubo de agua helada. Sintió cómo la sangre abandonaba su cuerpo y como si todo el aire necesario para continuar respirando hubiese salido de sus pulmones, dejándole totalmente desprovisto de esa combinación de gases esenciales para vivir.

—¡Dios! —logró articular después de tomar aire con fuerza.

—¡Sí, ahora reza! Ya es un poco tarde, ¿no? Pero bueno, ¿cómo es posible que a estas alturas de la

vida dejes a una chica embarazada?
¿No sabes lo que es una gomita?

—Mira, ahora no es momento de echarme un sermón, no soy un adolescente en plena ebullición de sus hormonas.

—¿Ah, no? Pues esas cosas sólo le pasan a los quinceañeros.

Marcos tenía razón, ¿cómo era posible que ni siquiera hubiese pensado en esa posibilidad? ¿Qué fue lo que pasó para que no pensase en las consecuencias de no usar un método anticonceptivo?

—Y tú, ¿cómo te has enterado?

—Pues muy fácil, Bea, la del edificio de al lado que trabaja

como secretaria en la empresa BNT, se lo dijo a Margarita la de la lavandería del hotel de enfrente y esta se lo contó a Marta la chica de la limpieza de las oficinas de la planta tres, esos que se dedican a la venta de ordenadores. Ella se lo dijo a...

—¡Basta! Creo que ya lo he pillado. Lo sabe todo el mundo.

—Sí, querido hermano, lo sabe todo el mundo menos tú. —Se puso de pie, caminó hacia el gran ventanal, siempre le había gustado porque desde allí se veía el Parque del Retiro. Su hermano había sabido escoger despacho,

simplemente por esas vistas merecía la pena—. Entré a tomar un café al bar de Pepe —dijo mirando el parque, desde allí las personas que paseaban parecían pequeños puntitos que no cesaban de moverse—, allí estaban sentadas dos de las chicas de las oficinas de la segunda planta, me senté junto a ellas y sin querer las escuché hablar. No me lo podía creer y las interrogué. Ellas me contaron todo lo que sabían.

—No me parece justo que todo el mundo cuchichee sobre nosotros. — Víctor se sentía tan furioso, nunca le habían gustado ese tipo de cosas.

Ser el centro de los comentarios y cotilleos era algo que odiaba, pero lo más frustrante de todo era saber que Luna no le había dicho nada.

—¿No te parece justo? —Le miró y le lanzó una sonrisa cínica—. ¡A mí me parece una puta mierda! Después de tantos años trabajando duro para ser los mejores, no se nos va a conocer por nuestros gimnasios sino por tirarte a tu secretaria, dejarla preñada y encima ser el último en enterarte.

Víctor se levantó y con furia se encaró a su hermano.

—No te voy a permitir que hables así de Luna —dijo con los dientes y

los puños apretados.

Marcos se dio cuenta de que se había excedido, esas no eran formas, pero estaba tan enfadado con todo, con la situación de su hermano, con la suya propia...

Decidió dejarle solo, no era el momento de seguir machacándole. Se dirigió hacia la puerta pero antes de abrirla le miró de nuevo:

—Espero por nuestro bien, pero sobre todo por el tuyo, que arregles esto.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Yo no quiero decir nada. Tan sólo te pido que seas prudente por una vez en tu vida y que medites

bien tus pasos. No la cagues, hermano.

—¡Vete a la mierda! —le gritó enojado.

Cuando la puerta se cerró tras Marcos, Víctor se dejó caer en el sofá. Respiraba de forma entrecortada presa del enfado con su hermano, pero también del miedo que en esos momentos le estaba atenazando. ¡Un hijo! ¡Iba a tener un hijo! ¿Y por qué Luna no le había dicho nada?

«Quizá porque te has lanzado sobre ella como un animal», se dijo. Cerró los ojos y se insultó, le daban ganas de golpearse la cabeza

contra la pared. «Pero podría al menos haberlo intentado», de nuevo la ira se adueñó de él. Estaba enfadado, muy enfadado pero con todos: con Luna, con él mismo, con el mundo... Era tal la mezcla de sentimientos que en esos momentos se agitaban en su interior que el cóctel que se estaba formando iba a resultar explosivo. Se levantó con rapidez y salió del despacho como una exhalación.

Miró su reloj, a esas horas Luna estaría comiendo en la sala habilitada para ello. Caminaba con paso firme y una mirada tan terrorífica que los empleados que

se cruzaban con él ni si quiera le saludaban.

Entró en la sala y la vio, estaba sentada con Isabel, una de las monitoras del gimnasio, y las dos reían sobre algo que Luna acababa de decir. Víctor estaba tan enfadado que no se paró a pensar en que a esas horas la sala estaba llena de gente y que todo el mundo le miraba sorprendido.

—Luna —dijo cuando llegó a su lado—, necesito hablar contigo.

—En cuanto termine de comer iré a su despacho.

—¡Oh, no! No voy a esperar. —Se acercó a su oído—: O vienes ahora

mismo o no me importará nada montar un espectáculo que te obligue a venir conmigo.

Nadie había escuchado sus palabras pues las dijo sólo para ella y en voz muy baja. Luna le miró extrañada por su forma de comportarse. Nunca había visto así a su jefe, estaba muy enfadado y sus ojos refulgían con tal fuerza que daba un poco de miedo mirarlos directamente.

Se levantó, se excusó con Isabel y salió tras él. Cuando llegaron al despacho, Víctor abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar paso a Luna.

Una vez dentro, cerró la puerta con tal brusquedad que los cristales y las persianas retumbaron.

—¡Siéntate! —sonó como lo que era, una orden que no admitía réplica.

Luna fue a tomar asiento en la silla frente a la mesa de su jefe.

—¡No! —le gritó—, mejor en el sofá.

Ella obedeció, por la expresión de su cara lo mejor era no llevarle la contraria. Él tomó una silla y se sentó frente a ella, tan cerca que podía sentir su aliento sobre la cara. Luna tenía las piernas cerradas y él colocó las suyas a

ambos lados. Apoyó sus brazos sobre el respaldo del sofá, creando una barrera con su cuerpo, una que la separaba del resto del mundo.

—¿No podría dejar más espacio?
—Luna intentó retirarse todo lo que pudo pero el respaldo no se lo permitía.

—No —contestó secamente—. ¿No me tendrás miedo, verdad, Luna? —
Tuvo que alejarse un poco para poder ver su cara.

—En absoluto.

—Bien.

—Sí, bien.

—Dime algo, ¿no tienes nada que contarme? —De nuevo le tenía casi

encima invadiendo todo su espacio.

—Yo... no... nada. —Luna desvió la cara todo lo que pudo, estaba temblando, no era posible que él sospechase nada. «¿Cómo?», se preguntó asustada. Víctor tomó entre sus dedos sus mejillas y la obligó a mirarle de nuevo a los ojos.

—No me mientas, Luna.

—No le miento.

«Dios, Dios, sabe algo», pensó aterrada.

—¡Deja de llamarme de usted! ¿Hay algún detalle pequeñito, algo sin importancia, una cosa de nada, que debas confesarme?

—No sé a qué se refiere. —
Confirmó sus sospechas, él sabía algo. Lo que ella quería mantenerle oculto. Tragó saliva, estaba asustada y cerró los ojos.

—¡Mírame, Luna! ¿Cuándo pensabas decirme que vas a tener un hijo mío?

Las lágrimas comenzaron a salir sin poderlas retener. No quería llorar delante de él, no quería que pensase que era débil, que tenía poder sobre ella. Pero no pudo, no supo contenerlas.

—No, Luna, no. —Su tono había cambiado, ya no parecía furioso sino preocupado. Tomó su cara

entre sus fuertes manos y con sus dedos intentó secar las lágrimas. Algo dentro de él se había roto en mil pedazos al verla llorar, no podía soportarlo. Pero ¿por qué? ¿Por qué le importaba tanto?—. No, por favor, no llores. —Entonces la abrazó con fuerza.

Luna cedió, necesitaba ese consuelo, precisaba su calor.

—Lo siento, lo siento mucho, Luna. No llores. Perdóname, yo...

—¡No, tú no tienes la culpa! —dijo Luna, cuando reaccionó ante el lamento de él. Se retiró de su cuerpo—. Lo sé. Sé que tenía que habértelo dicho, pero este niño es

mío, tú no eres responsable, es sólo
mío.

—No, Luna, este bebé es de los
dos —dijo poniendo su mano sobre
el vientre de ella.

—¿Cómo estás tan seguro de que
es tuyo? Yo he podido estar con
más hombres. —Odiaba decirle eso,
pero se sentía acorralada.

—Vamos, Luna, no me creas tan
tonto. Sé cómo eres y no te vas
acostando con el primero que
encuentres.

—Pues contigo lo hice.

—No, conmigo no fue un polvo
entre desconocidos; entre dos
personas que se ven por primera

vez, deciden pasar un buen rato juntos y después cada uno regresa a sus vidas como si nada. Los dos nos necesitábamos. Si no es así mírame a los ojos y niégame que desde hace tiempo existe algo especial y fuerte entre nosotros.

Luna bajó la mirada, él tenía razón, no podía negarle lo evidente. Víctor puso un dedo bajo su barbilla, se la levantó obligándola a mirarle a los ojos.

—¿Cómo te has enterado? — preguntó intentando desviar el tema. Se estaba perdiendo en su mirada y sus palabras le hacían sentir cosas que no debía. Necesitaba tiempo y

estar sola para recapacitar.

—Siento decirte que lo sabe todo el mundo.

Luna perdió el color, pero ¿cómo era posible? Sólo lo sabían sus dos amigas, Lola y Esther, por supuesto confiaba en ellas y sabía que no se lo habían contado a nadie.

—No pensabas decírmelo. —No era una pregunta, afirmaba y ella lo hizo con la cabeza— ¿Por qué?

—No quería meterte en un lío.

—¿Eres increíble! Pero ¿y tú? Tú estabas metida en el lío, ¿pensabas tenerlo tú sola, sin ayuda de nadie, sin mi ayuda?

—Sí.

—Pues eso ha cambiado, Luna, no estás sola. Yo estaré a tú lado. Vamos a tener un hijo. ¡Nuestro bebé! —Su mirada reflejaba todo lo que en esos momentos sentía: felicidad, alegría e ilusión. Luna le miraba sorprendida, ¿sería eso posible? Él no estaba enfadado, ni intentaba deshacerse del problema como sería lo normal, como haría la gran mayoría de los hombres que se encontraran en su misma situación, no. Él le hablaba de responsabilidad, de mantener a ese hijo y de implicarse en todo.

—Pero yo no quiero... —No podía forzarle, no deseaba ser un

problema.

—Pero yo sí quiero.

Las lágrimas caían atropelladamente. Ese hombre que tenía delante, ese hombre que era su jefe, estaba confesándole que deseaba formar parte de su vida y de la de su hijo.

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendida y un tanto confusa.

—Pues claro que sí. —Víctor sonreía.

—¿No has dudado ni un solo momento de mí?

—Ni uno solo, te conozco, Luna.

La tomó entre sus brazos y ella se acurrucó contra su cuerpo, se sentía

tan bien.

«¿Estaré soñando?», se preguntó Luna. Él olía tan bien, su cuerpo era tan cálido y reconfortante que dejó de tener miedo. Entre sus brazos nada malo podía pasarle.

—No sé cómo pude ser tan tonta, tenía que haber puesto medios... — Esto era algo que le atormentaba y que no podía olvidar pues su querida amiga Lola se empeñaba en recordárselo.

—No te culpes tú sola, yo también debería haber pensado un poco más con mi otra cabeza. —Su comentario logró destensar un poco más a Luna que por fin sonrió—.

Pero lo hecho, hecho está y ya no tiene remedio, así que ahora tenemos que pensar en el futuro. Mira, Luna, yo... sé que no hemos comenzado de la manera tradicional, como todas las parejas: una cita, salir juntos... Nosotros empezamos la casa por el tejado... Pero si tú quieres, yo... si tú quieres, podemos intentarlo. Ya sabes...

Luna se tensó de nuevo, ¿qué se supone que la estaba proponiendo? ¿Quizá una relación de pareja?

—No quiero que te sientas forzada, ni obligada. Piénsalo bien y tómate tu tiempo. Podemos ser un

equipo, los tres juntos —continuó Víctor. Luna no pudo evitar sonreír, él había escogido la palabra equipo, la misma que ella había elegido cuando decidió tener a su bebé.

No pudo remediarlo y le besó, le besó por muchas razones: por ser tan comprensivo, por intentar consolarla, por abrazarla cuando más lo necesitaba, por querer a ese bebé tanto como ella le quería y por hacerle la más maravillosa proposición que jamás ningún hombre le había hecho.

—¿Esto es un sí? —preguntó él.

—Puede. De momento podemos

intentarlo, eso sí, iremos despacio y poco a poco. Lo primero, tendremos una cita.

—Me parece perfecto.

—Nada de sexo.

—¿Por qué? —dijo como un niño al que acaban de castigar sin jugar.

—Pues porque tenemos que intentar conocernos un poco más en otros aspectos, en ese creo que ya sabemos mucho el uno del otro.

A regañadientes Víctor aceptó las condiciones de Luna. Lo intentaría por el bien del hijo que dentro de unos meses iban a tener y porque la atracción que existía entre ellos era tan grande que apenas lo podían

disimular.

—Sellemos nuestro trato con un beso —dijo Víctor con esa preciosa sonrisa que dibujaba esos maravillosos hoyuelos en sus mejillas y que conseguían volverla loca.

¿Cómo resistirse a algo que deseas con tanta fuerza que incluso duele? Luna no se lo pensó dos veces y se lanzó a su boca. En un principio su beso fue suave y ligero, pero ¿cómo contener un huracán? Lo que comenzó como un simple beso cuyo objetivo era cerrar su trato, terminó siendo uno lleno de pasión contenida, de

reencuentro, de necesidad...

Cómo hablar



El timbre sonaba y sonaba y Luna pensó en asesinar al que llamaba de esa manera.

—Lo suponía, sabía que eras tú — dijo Luna al abrir la puerta y encontrarse a Lola—. Anda pasa.

—Estoy muy deprimida —soltó Lola de golpe dejando a su amiga con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Tú deprimida? Nunca has estado deprimida.

—Pues lo estoy.

Dejó en el suelo el pesado bolso de tela que siempre llevaba cargado de cientos de cosas, en ocasiones muy útiles, pero en muchas otras innecesarias. Se quitó el abrigo, lo lanzó con despreocupación sobre una de las sillas y ella se dejó caer en el sofá.

—Estoy muy triste –suspiró con fuerza– ¿Tienes Cheetos?

Luna fue a la cocina y tomó una bolsa gigante de Cheetos y dos 7 Up. Regresó al salón, le dio un refresco a su amiga, puso la bolsa

entre las dos y abrió su lata.

Lola le dio un largo trago a su bebida burbujeante y empezó a comer de manera compulsiva. Durante un buen rato ambas permanecieron en silencio comiendo y bebiendo.

—¿Piensas contarme lo que te pasa o sólo has venido a comer y beber?

Lola dejó la lata sobre la mesa y miró a su amiga. Luna se asustó, nunca la había visto tan triste, sus ojos no brillaban como siempre, estaban apagados, su eterna sonrisa se había desdibujado.

—Oh, Dios mío, Lola, ¿qué te ha

pasado? ¿No te habrás quedado tú también embarazada?

—No, estás loca, yo uso métodos anticonceptivos, vivo en el siglo veintiuno —le dijo a modo de reproche. Luna que ya había recibido muchas veces el discurso: «¡¿Cómo es posible que en la época que estamos te hayas quedado embarazada?!», puso los ojos en blanco.

—Ya sé que fui una tonta, ¿pero me lo vas a estar reprochando toda la vida? —No tenía ganas de escuchar de nuevo la misma reprimenda de siempre.

—Te lo recordaré toda la vida,

pero estoy segura de que cuando vea la carita de mi sobrinita –Lola estaba totalmente convencida de que sería una niña–, me olvidaré de todo y daré gracias a Dios por que su madre fuera una irresponsable que no usó condón cuando se tiró al tío bueno de su jefe.

—Qué pesada eres. —Luna suspiró con fuerza. Aunque Lola tenía toda la razón, el tema ya le aburría y más después del maravilloso encuentro que había tenido con Víctor.

—Pero eso es otro tema, ahora hablemos de mí.

«¡Gracias a Dios!», pensó Luna, por fin cambiaba de tema.

—Estoy tan triste —dijo Lola y su amiga le tomó la mano con cariño.

—¿Qué te ha pasado?

—Marcos. —Suspiró de una manera ruidosa, casi escandalosa.

—Oh, cómo no. Lola, cariño, tienes que dejar de pensar en él, no es tu tipo. Tú vales mucho más que él.

—Lo sé, pero no puedo remediarlo. Pienso en él a todas horas. —De pronto se puso de pie y comenzó a caminar mientras movía las manos—. Estoy tan enfadada, tan cabreada. Le mataría.

—¿Sabes que está con una chica?

—Sí, lo sé, con una rubia

oxigenada con pechos como melones y trajes de esos que valen lo que yo gano en dos meses de trabajo. —Mientras describía a Estrella su humor fue pasando de la pena a la ira.

—Tienes que olvidarle, buscar otro hombre que esté libre, ese está ocupado.

—Pero yo le quiero a él —dijo haciendo un puchero y dejándose caer de nuevo sobre el sofá. Tomó otro gran puñado de Cheetos y se los llevó a la boca.

—Oh, cariño, cuánto lo siento. —Luna acarició el cabello de su amiga.

—Ayer estuvo en la peluquería.

—¿Sí? ¿Y qué pasó?

—Nada, no pasó nada. Yo estaba colocando los champús en la estantería cuando oí que alguien entraba, pero cuando me di la vuelta ya no había nadie, eso sí, olí su perfume.

—Qué cosa más rara, ¿para qué iba a ir hasta la peluquería para luego irse sin decirte nada?

—No lo sé.

Lola apoyó su cabeza sobre el hombro Luna, mientras masticaba a dos carrillos. Permanecieron un buen rato en silencio, tan sólo se escuchaba masticar a Lola y de vez

en cuando entre mordisco y mordisco un dramático suspiro.

—¿Y tú? ¿Qué tal con culito prieto? —dijo Lola que nunca había podido permanecer mucho tiempo en silencio.

—Me ha propuesto tener una relación —soltó de golpe y sin anestesia, para qué andarse por las ramas, al fin y al cabo Lola le iba a sonsacar todo.

Lola levantó la cabeza del hombro de su amiga y la miró con la boca abierta de par en par.

—¡Madre mía! —exclamó sorprendida.

—Sí, eso mismo pensé yo. —La

cómica expresión de su amiga le hizo reír—. Si tú te has quedado alucinada, imagínate cómo me quedé yo.

—¿Y qué le contestaste?

—Que tendré que pensarlo.

—Pero... pero... ¿se puede saber qué cojones tienes que pensar?

—Muchas cosas, es complicado. De momento iremos poco a poco y empezaremos con una cita. Mañana hemos quedado para charlar y conocernos mejor.

Lola resopló, elevó la mirada al techo y dijo:

—Te daría un soplamocos. Mira, cariño, te aconsejo que no te lo

pienses mucho, tíos como ese no vas a encontrar fácilmente. A ver si por pensar tanto llega alguna rubiteñida y se lo lleva calentito. — Lola pensó en su propia rubiteñida y le entraron unas terribles ganas de asesinar a todas esas mujeres perfectas, con grandes pechos y piernas kilométricas que les robaban los tíos buenos a las chicas como ella.

En ese momento sonó el teléfono. Luna contestó, era su madre, se llamaban todas las semanas para ponerse al día de todas sus cosas.

Luna se tiró un buen rato hablando, mientras Lola se

terminaba de zampar los Cheetos y no contenta con eso fue a la cocina y se comió todas las magdalenas de chocolate y una bolsa de patatas.

—Un día de estos vas a explotar —le dijo Luna cuando por fin logró despedirse de su madre.

—¡Qué va! Como lo que necesito.

—Sí, guarrerías.

—Me ayuda a olvidar mis penas y la falta de sexo que sufro últimamente. Oye, Luna, una cosita, ¿ya le has contado a tu madre que va a ser abuela? —preguntó y le dio otro largo trago a su segundo 7 Up.

—No. —Lola tosió, casi se le sale el líquido por la nariz. Luna bajó la

mirada avergonzada.

—¡¿Quieres decir, que estás casi de cuatro meses y no les has dicho que van a ser abuelos?! Pero chica, ¿se puede saber a qué esperas? ¿A que sea el niño el que les comunique la noticia?

—Suenan horrible, ¿verdad? —dijo encogiéndose de hombros.

—Horrible, terrible e increíble.

—Lo sé, lo sé. Pero por teléfono es frío. Cuando vaya en Navidad se lo contaré.

—¡Uf! Nena, se van a enfadar y mucho. No por el hecho de tener un nieto, sino por tardar tanto en decírselo.

—¿Quieres que veamos una peli de esas de amor que tanto te gustan?

—propuso Luna intentando descaradamente cambiar de tema.

—Vale, entiendo, no quieres seguir hablando. —Las dos necesitaban olvidar por una noche. Lola suspiró con fuerza y decidió tragarse todas sus preguntas y reproches—. Pero que no sea un drama, ya tenemos suficiente con los nuestros.

—¿Vemos *Bridget Jones*? —La habían visto muchas veces, pero no se cansaban, era una de sus preferidas.

—Vale —contestó Lola.

—Quédate a dormir aquí esta noche, te dejaré algo cómodo y nos pasaremos la noche viendo pelis.

Y así lo hicieron. Pusieron todo el repertorio de sus películas de amor favoritas y después de ver *Titanic* y llorar de forma desgarradora decidieron irse a dormir.

A la mañana siguiente era sábado y el gran día para Luna. Iba a tener su primera cita con el padre de su hijo. Dicho en voz alta sonaba raro, pero le hizo sonreír y que miles de mariposas revoloteasen juguetonas dentro de su estómago.

Se puso un precioso vestido azul turquesa, de manga larga y vuelo.

Ciñó su cintura con un cinturón ancho de cuero y vistió sus piernas con unas medias tupidas. Se decidió por unas manoletinas, por comodidad, y ya vestida se miró en el espejo.

Se encontraba en su cuarto mes de embarazo y la tripita se le iba marcando, así que descartó el cinturón. Un poco de maquillaje, máscara de pestañas y rosa en los labios, su color preferido.

Intentó no hacer ruido para no despertar a su amiga que dormía a pierna suelta en su gran cama de matrimonio. ¡Menuda noche le había dado! No paraba de hablar en

sueños y daba tantas vueltas en la cama que al final había terminado casi tirándola. Luna siempre se decía que sería la última vez que dormían en la misma cama, pero al final cuando se quedaba en su casa, le daba pena dejarla en el sofá y le hacía un hueco a su lado.

Tomó su bolso y su abrigo, estaban a finales de noviembre y la temperatura era bastante baja, en el telediario decían que hacía años que no se vivía un otoño tan frío.

Salió del portal y al doblar la esquina vio que ya la estaba esperando apoyado en su coche. Llevaba un largo abrigo de paño y

tenía sus manos metidas en los bolsillos. Un mechón de su cabello reposaba descuidado sobre su frente. Se notaba que esa mañana no se había afeitado, por su barba incipiente. Su aspecto descuidado resultaba de lo más atractivo. Estaba tan guapo que un largo suspiro salió de sus labios.

En cuanto la vio aparecer se acercó con una enorme sonrisa, sus ojos brillaban y Luna sintió que se le doblaban las rodillas.

—Hola —dijo con tono desenfadado y Luna se puso de puntillas para depositar un pequeño beso en sus labios.

—Hola, Víctor. —Se le hacía raro tutearle, había sido un año de formalismos y poca familiaridad entre ellos. Ahora tocaba vencer esa barrera y derribar el muro que había construido, era totalmente necesario para mantener una relación de pareja. Sólo pensar en la palabra relación con su jefe se le ponía el bello de punta.

La estrechó entre sus brazos y sin poder remediarlo bajó su boca hasta el cuello de Luna y lo besó. Había pensado mantener las manos quietas, pero le resultaba totalmente imposible y más viendo lo bonita que estaba esa mañana.

—¡Por Dios, Víctor, eso ha estado muy bien! —Aunque esa explicación sobraba, pues con su respiración entrecortada y sus mejillas sonrosadas le estaba demostrando lo que le estaba haciendo sentir. Víctor sonrió satisfecho al notar cómo Luna reaccionaba a sus caricias, entregándose de inmediato—. Será mejor que paremos. —Era increíble el poder que ese hombre ejercía sobre su cuerpo, con una simple caricia conseguía que en ella naciese una terrible necesidad de él.

Víctor, obediente, separó su boca

del cuello pero sólo para posarlo sobre sus labios. Margarita, la vecina del segundo que paseaba a su perro, se quedó mirándoles totalmente embobada. Era la cotilla del bloque y Luna supo en ese mismo instante que dentro de muy poco tiempo todas las personas que vivían en su calle sabrían que Luna, la chica del sexto C, esa tan educada con una vida tan sosa y aburrida que no merecía la pena ni siquiera indagar en ella, se había estado besando con un «buen mozo», como diría ella.

—No sigas, por favor. —A Luna le costó mucho decir estas palabras

porque tuvo que hablar con los labios de Víctor pegados a los suyos y porque deseaba continuar disfrutando de su boca. Pero de reojo vio que Margarita no les quitaba el ojo de encima.

—Tienes razón... perdona. —Pero cuando terminó de decirlo volvió a besarla.

Víctor no entendía en absoluto lo que le estaba pasando, sólo sabía que no podía apartar ni sus manos ni su boca de esa mujer. La había añorado tanto los meses que estuvo fuera que ahora quería recuperar el tiempo perdido.

—Luna, ¿te gustaría pasear por el

parque? —preguntó cuando, por fin, logró mantener a raya sus impulsos.

—Me encantaría.

Caminaron despacio, charlando animadamente y llegaron al Retiro. Era una mañana de sábado, aunque fría con un sol radiante y un precioso cielo despejado, así que muchos madrileños paseaban por el parque.

Víctor la cogió de la cintura, Luna se dejó llevar y apoyó su cabeza sobre su hombro, así abrazados caminaron hasta llegar a un banco en el que decidieron sentarse.

Luna se recostó sobre él y cogió sus manos entre las suyas. Él la

tenía abrazada, apoyó su barbilla en su cabeza aprovechando para respirar su aroma fresco y afrutado y sentir en sus mejillas la suavidad de su cabello.

—Me encanta tu olor. —Víctor lo soltó sin siquiera pensarlo, pero hacía tiempo que ese aroma tan especial de Luna le volvía loco.

—Es mi perfume, lo uso desde siempre.

—Cuéntame cosas sobre ti —le pidió mientras dejaba un beso sobre su pelo.

—¿Qué te gustaría saber?

—Todo, quiero saberlo todo sobre ti. —Entonces retiró el cabello

de Luna de su cuello y comenzó a dejar besos húmedos y excitantes. Sabía hacerlo tan bien, besaba de tal manera que nunca se vería saciada, siempre querría más.

—Si sigues haciendo eso no seré capaz de decir nada —dijo entre jadeos.

Víctor sonrió, le encantaba saber que sus caricias le provocaban las mismas sensaciones que a él.

—Prometo estarme quieto, al menos lo intentaré. —Se sentía totalmente incapaz de no tocarla y eso no le había pasado nunca—. Cuéntame, Luna: ¿Has estado muchas veces enamorada?—. Su voz

sonaba ronca y sensual. Sabía muchas cosas de ella pero sólo sobre su pasado y su presente laboral, ahora deseaba saber lo que le gustaba, sus temores, sus sueños, sus ilusiones... en resumen lo quería saber todo de ella.

—No he tenido mucha suerte con los hombres. No me han tratado muy bien. —A Víctor no le gustó absolutamente nada esta confesión y odió a todos los hombres que la habían hecho sufrir—. Estuve dos años con un chico, pero me dejó por otra.

—¡Qué idiota!

—Éramos muy jóvenes, no le

culpo.

—¿Te hizo mucho daño?

—En aquella época lo pasé fatal.

¿Y tú? Cuéntame cosas sobre tus novias.

—Nunca he estado con una chica más de un mes.

Luna se dio la vuelta y le miró con total asombro.

—¡No me lo creo!

—De verdad, es cierto —dijo sonriendo—. No me duran nada.

—Pero, entonces, ¿no te has enamorado nunca?

Víctor se quedó pensativo, hizo memoria y descartó a casi todas las mujeres que habían pasado por su

vida.

—Creo que una vez.

—¿Y qué pasó? —Luna estaba totalmente centrada en él, todos sus sentidos a su disposición: tacto, pues sus manos le acariciaban, oído para escuchar cómo le hablaba de su vida, olfato para aspirar su aroma y el gusto de sus besos.

—Ella estaba enamorada de uno de mis amigos.

—¡Oh, qué mal!

—Sí, la verdad es que no guardo un buen recuerdo de esa época.

—Pobre.

Se movió entre sus brazos para ponerse frente a él, acarició sus

mejillas y depositó un beso sobre cada uno de sus ojos, otro en su nariz y, finalmente, otro en sus labios que la esperaban con ansiedad.

Se levantó del banco y tomó la mano de Luna para ayudarla a ponerse en pie. De nuevo la agarró de la cintura y así, juntos, continuaron su paseo por el parque charlando sobre cualquier tema que se les ocurría.

Luna descubrió que Víctor era un tipo peculiar, con un gran sentido del humor y una forma tan positiva de ver la vida que resultaba envidiable. Aunque Luna conocía a

sus padres, él le contó muchos detalles sobre su vida, le explicó que vivían en La Moraleja, que su padre era un conocido empresario madrileño con mucho éxito en todos los negocios que había emprendido y había forjado en sus hijos el afán de superación y el amor al trabajo. Le encantaba escucharle aunque se sintió un poco extraña, era la primera vez que charlaban sobre ellos y no de cosas como facturas y proveedores. Estaba descubriendo tantas cosas de su jefe, algunas tan sorprendentes que jamás se las hubiese imaginado.

Luna le habló de los suyos que

vivían en un pequeño pueblo de Extremadura. Su padre ahora jubilado, había sido conductor de trenes en Renfe y su madre ama de casa. Le contó que la tuvieron ya mayores, pues su madre tuvo problemas de fertilidad. Como hija única y muy deseada había recibido todos los mimos, cuidados y caprichos pero también una educación estricta.

—Seguro que eras una preciosa niña, traviesa y muy revoltosa.

—¡No, qué va! Era muy modosita y responsable. Lo que comúnmente llaman una empollona.

Los dos rieron y Víctor se

imaginó a una pequeña niña con unos ojos enormes, aparato dental y coletas.

—¿Y tú? ¿Eras travieso? — preguntó Luna.

—Mucho, mis padres estaban desesperados. Se me ocurrían cosas terribles y mi hermano, como es el pequeño, me seguía en todo. Al final él siempre era el que se llevaba todas las reprimendas porque yo me hice experto en el arte del escaqueo. —Los dos reían, Víctor al recordar y Luna escuchando sus historias de niño.

—Oh, pobre Marcos.

—Sí, la verdad es que no sé ni

cómo me habla después de todos los líos en los que le he metido.

Llegaron al lago del Retiro donde se podían alquilar barcas de remos. Luna se apoyó en la barandilla que lo bordeaba y Víctor la cogió por detrás de la cintura. Las manos de ella corrían libres por sus antebrazos, su piel estaba caliente y dibujó pequeños círculos jugueteando con el vello. Parecía lo más natural del mundo estar así, unidos y abrazados, como si fueran una pareja más como las que paseaban por el parque. Hacía tan sólo unos meses no eran nada más que jefe y secretaria y ahora,

además de formar una pareja, iban a tener un hijo. Luna no podía dejar de analizarlo todo y de pensar, su cabeza daba vueltas. Clavó su mirada sobre las barcas en un intento de centrar su atención en otra cosa que no fuera su miedo a todo lo que estaba viviendo. Observó a la gente que remando recorría el lago: niños con sus padres, parejas de enamorados, grupos de amigos; todos reían y charlaban animadamente. Alguno movía la barca mientras se escuchaban los gritos bulliciosos del resto de los pasajeros al reprenderlo. Los niños remaban

haciendo que las barcas dieran vueltas sin control, mientras se escuchaban las carcajadas de sus familiares. Observó también a los enamorados cuyas barcas no se movían del sitio, porque sus manos no estaban precisamente sobre los remos.

Disfrutaron con el simple hecho de estar juntos y abrazados mientras veían remar y divertirse a todas esas personas desconocidas.

Víctor se quedó pensativo. Tenía una gran necesidad de saberlo todo de Luna.

—Dime, Luna, ¿cuál es tu color preferido?

—El rojo. ¿Y el tuyo?

—El azul. ¿Película favorita?

—*El diario de Bridget Jones*. Te toca.

—*La jungla de cristal*.

Y así continuaron durante mucho tiempo, conociéndose como hombre y mujer, como lo haría una pareja normal.

15

Me moría por ella



Lola se despertó y miró el móvil que tenía sobre la mesilla, eran ya las once de la mañana. Se desperezó y se levantó de la cama.

Necesitaba una ducha y ropa limpia. Abrió uno de los cajones del armario y revolvió la ropa en busca de lo que necesitaba. Algo al fondo llamó su atención, era un

precioso conjunto de pantalones cortos y camiseta de tirantes que Luna había guardado descuidadamente. Tenía la etiqueta puesta, no lo había llegado a estrenar. Seguramente había sido uno de esos muchos caprichos que tenía Luna, se gastaba el dinero y cuando llegaba a casa con la prenda, le daba cargo de conciencia, ya que no era en absoluto algo que ella se pondría y siempre terminaba diciéndose: «¿Por qué narices me he gastado yo el dinero en esto?». Luego lo metía al fondo de un cajón y se olvidaba de él. Lo miró sorprendida, no era

del estilo de Luna «pero sí del mío», pensó con una sonrisa en la boca. Ahí estaba su amiga Lola para hacerse cargo de todas esas prendas que ella desechaba impunemente.

Se lo colocó sobre el cuerpo y se miró en el espejo. Tenía un precioso color azul claro, era tan corto que si lo llevabas puesto en público más valía que no se te cayera nada al suelo, era demasiado atrevido incluso para ella, sólo se lo pondría para estar en casa.

Entró en la ducha y después de un buen rato disfrutando del agua

caliente y la espuma, se secó bien y se colocó el conjunto. Decidió que se lo quedaría, conociendo a su amiga no se lo iba a poner nunca y a ella le quedaba como un guante, podría usarlo como pijama de verano.

Estaban ya a finales de noviembre de un otoño de lo más frío, pero en casa de Luna hacía siempre un calor horrible, así que con su perfecto conjunto estaría de lo más cómoda. Se secó el pelo y lo dejó suelto. Se miró en el espejo, estaba estupenda, había descansado muy bien y eso se notaba, pero sus ojos reflejaban preocupación. Por más

que lo intentaba no dejaba de pensar en Marcos, ¿por qué se le había metido tan dentro? No quería llorar y no lo haría, mucho menos por ese estirado pedante.

Decidió terminar con tanta tontería, nada de hombres a no ser que los precisase para saciar sus necesidades sexuales.

Se preparó dos tostadas y un café muy cargadito e hizo acopio de las galletas hojaldradas que Luna guardaba para hacer una tarta. Adoraba esas galletas y las magdalenas con enormes pepitas de chocolate que compraba en la pastelería que había enfrente de su

casa.

Cuando estaba sentada delante del televisor, viendo uno de esos programas donde hacen tartas espectaculares y degustando su desayuno, el timbre de la puerta sonó. Se levantó de mala gana, el programa estaba en su parte más interesante, ahora el pastelero iba a comenzar a decorar la tarta con un montón de flores que habían elaborado con una especie de masa a la que llamaban *fondant*, eran auténticas obras de arte.

Intentó no perder de vista el televisor mientras se encaminaba hacia la puerta y maldijo por lo

bajo en el momento que ya le fue imposible estirar más el cuello para continuar viendo el proceso de decoración de la tarta.

Miró por la mirilla para ver quién era el idiota que la interrumpía y cuando le vio casi se cae al suelo de la impresión. Aun deformado por la distorsión que hace ese pequeño trozo de vidrio, se le veía atractivo. Llevaba su perfecto traje de marca, un abrigo negro de paño largo y una bufanda de Calvin Klein, que reconoció porque se habían puesto de moda, colocada alrededor del cuello. Como siempre, iba impecable, barba

rasurada y pelo correctamente colocado, parecía que a él el aire no le afectaba, como si fuese inmune, pues ni un solo pelo se salía del lugar donde debía estar.

«¡Dios, qué hago!», pensó. ¿Y si no le abría?

—¿Luna? —dijo a través de la puerta—. Sé que estás ahí. Tan sólo quiero hablar contigo... Necesito hablar.

«Mierda, mierda, ¿qué hago?», pensó Lola. Dio unos pasitos mientras sacudía nerviosa las manos.

—Será sólo un momento, prometo no entretenerte mucho —insistió.

Después de un rato de indecisión, abrió la puerta. Se colocó de tal manera que él no la podía ver. Marcos, reticente entró en la casa través de la pequeña ranura que ella había dejado.

—Siento venir así sin avi... — cerró la boca de golpe cuando la vio, no era quien él esperaba encontrar, era Lola y estaba tan bonita que sintió cómo el aire abandonaba sus pulmones. Llevaba un pequeño conjunto de pantalón corto, tan corto y tan ajustado... Lola tenía unas preciosas piernas, largas, fuertes y muy bien torneadas. Las miró embobado y

cuando subió sus ojos hasta su torso casi se le doblan las piernas, su camiseta de tirantes ajustada dejaba apreciar sus pechos, que no estaban enfundados en un innecesario sujetador. Continuó con su escrutinio y cuando llegó a su cara apreció que ella estaba enfadada, le miraba sin su característica sonrisa, sin ese brillo travieso de sus ojos. Entonces se preocupó, ¿por qué Lola no le miraba como siempre lo hacía?

—¿Qué quieres? —le dijo cruzándose de brazos.

—Quería hablar con Luna.

—Pues no está. —Puso mala cara,

como si le molestase incluso compartir el mismo espacio.

—¿Tardará mucho en volver?

—No sé. —Todas sus respuestas eran secas y cortantes, algo muy raro en ella.

—¿Te importa si la espero?

—«¿Pero qué narices le pasa?», se preguntó preocupado. No intentaba provocarlo, ni le ponía ojitos como hacía siempre. Claro que después de dos meses sin pasarse por la peluquería... «Idiota, ¿qué esperabas, que te recibiera con pompones?», se regañó.

—Haz lo que te dé la gana.

Se dio la vuelta y se encaminó al

salón sin siquiera invitarle a entrar. Marcos se quedó mirando fascinado el trasero de Lola que se marcaba perfectamente a través del diminuto pantalón, su ya dura erección se tensionó aún más. Todo en ella le provocaba, le atraía, le excitaba, incluso el más pequeño e insignificante detalle.

Lola se sentó de nuevo y continuó como si él no estuviese, desayunando y viendo la tele. Marcos en un principio se quedó en la puerta del salón a la espera de que ella le invitara a pasar, pero al ver que ni siquiera le miraba se encogió de hombros, se quitó el

abrigo que dejó perfectamente colocado sobre el respaldo de una silla y se sentó en el sofá que había al lado del de Lola. La observó con mucha atención, tenía una bandeja sobre la mesa. Cortaba pequeños trocitos de unas magdalenas enormes y los mojaba en el café sin apartar la mirada del televisor.

Estaba preciosa sin maquillaje, con el pelo suelto y brillante. Marcos tragó saliva y temió que su gran erección se hiciera visible, así que tomó un cojín y con disimulo se cubrió.

—¿No me invitas a un café?

—Si te apetece un café, pónitelo tú

—le espetó.

Estaba muy enfadada y aunque su presencia le estaba provocando sudores y sofocos, intentaba disimular. Hacía ya un buen rato que miraba la tele sin ver nada, porque su único punto de atención era ese enorme hombre que estaba sentado en el sofá a su lado y que desprendía ese característico aroma que tanto le gustaba.

—¿Qué estás viendo? —preguntó. No le interesaba ni le importaba absolutamente nada pero quería centrar su atención en otra cosa que no fuera su camiseta y sus cortos pantalones.

—Un programa donde hacen tartas. —Se removió nerviosa en su asiento. ¿Es qué no pensaba estarse callado?

—Ah.

Estaba claro que ella no quería conversar, así que desvió su mirada hacia la tele e intentó centrarse en el cocinero que decoraba una tarta en forma de coche de bomberos. Pero de reojo la miraba, no podía evitarlo. De pronto ella se levantó, cogió la bandeja y se encaminó a la cocina. Marcos se quedó mirando el vaivén de sus caderas, esa mujer era *sexy* aun sin pretenderlo.

Lola dejó la bandeja y tomó aire,

estaba al borde de un ataque de nervios, como en la película de Almodóvar, y no podía continuar ocupando el mismo espacio que él sin lanzarse a su cuello, así que decidió quedarse allí. Recogería e intentaría demorarse para no tener que volver al salón, no sabía cuándo regresaría Luna de su cita, pero rezó porque lo hiciera pronto. No deseaba estar mucho tiempo a su lado, su sola presencia conseguía alterarla y encima ese perfume que usaba se había adueñado de todo el espacio del pequeño piso de Luna y la perseguía para atormentarla.

—¿Quieres que te ayude? —Se sobresaltó, él estaba en el umbral de la puerta.

—¡Oh, no! No, no hace falta. —Intentó disimular y pasó la bayeta por la encimera de la cocina aunque brillaba tanto que deslumbraba.

Marcos la miraba con tanta pasión que casi la quemaba; posaba sus ojos sobre cada parte de su anatomía y se mordía el labio inferior de forma que le daba un aspecto muy sensual.

—¿Se puede saber por qué me miras así? —le preguntó con la respiración entrecortada, casi jadeante. Quería que sonara como

un reproche pero estaba tan excitada por la manera en la que él la miraba que sonó más bien como una necesidad de escucharle decir que él también la deseaba apasionadamente.

Se quedaron un buen rato muy quietos devorándose con la mirada. El pecho de Marcos subía y bajaba con rapidez al igual que el de ella. Él desvió su mirada, si continuaban así no podría resistirlo más y la tomaría allí mismo, sobre la encimera de la cocina.

—Yo... creo que será mejor que me marche.

—Sí, será lo mejor.

«Cobarde», pensó Lola y pasó del deseo al enfado en un segundo.

Le acompañó hasta la puerta y al pasar por su lado sintió cómo él le tomaba la mano y tiraba con fuerza de ella. Cuando se quiso dar cuenta se encontraba contra la pared con el cuerpo de Marcos apretado contra el suyo mientras sus labios buscaban su boca con un hambre tan intensa que resultaba incluso dolorosa.

Sus lenguas se movían con apetito una contra la otra. Los labios les dolían por la fuerza del beso, pero eso, más que un problema, les resultaba mucho más excitante. Se

habían deseado durante tanto tiempo que casi se devoraban el uno al otro.

Cuando ella le rozó sin querer al pasar a su lado, Marcos sintió cómo su cuerpo le abandonaba, ya no le obedecía y actuaba sin contar con él. La tomó entre sus brazos y la besó como nunca lo había hecho con nadie.

Marcos tiraba de la camiseta de Lola, necesitaba desprenderse de esa maldita prenda que le impedía sentir su piel, ella le ayudó y terminó tirada sobre la encimera de la cocina.

Entonces él quiso mirarla,

deseaba saber cómo era, había soñado tantas veces con ese momento que ahora necesitaba contemplar cada parte de su cuerpo como el aire para respirar. Se separó y la observó con mucha atención, con manos temblorosas tomó entre sus dedos uno de sus pequeños pechos y lo acarició, al principio con suavidad. Pero el hambre que había sufrido por ella desde que la conoció, le llevó a tomarlo con fuerza. Lola gimió y cerró los ojos.

—No... no, mírame, por favor. —
Sonó como un ruego, una necesidad que ella satisfizo encantada.

Entonces Marcos tomó un pezón entre sus labios y lo saboreó mientras Lola le acariciaba el pelo.

—Para —le decía—. Para. Por favor, para.

Marcos no quería parar, su cuerpo no entendía esa orden. Pero Lola le empujó con fuerza.

—No mantengo relaciones con tíos que tienen novia —dijo entre jadeos. Le deseaba más que a nada en el mundo, pero esa era una regla inquebrantable: jamás se acostaba con un hombre que tuviese pareja.

—Eso ya no es un problema, he roto con Estrella.

Lola sonrió como un niño al que

le compran su juguete favorito y se lanzó a sus brazos, se agarraba a su cuerpo con sus brazos y sus manos recorrían su cabello, despeinándole, acariciándole, tirando de él... Colocó sus piernas alrededor de su cintura mientras buscaba su boca con desesperación. Así cogidos, estuvieron besándose durante un buen rato.

Lola se deslizó hasta el suelo, tomó su mano y tiró de él hasta el salón. De un empujón le obligó a sentarse en el sofá. Le lanzó una mirada juguetona y *sexy*. Desabrochó su cinturón y le bajó la cremallera, mientras Marcos

besaba cada parte de su cuerpo que alcanzaba con sus labios y acariciaba cada trozo de su piel con desesperación.

Con premura, pues la necesidad era muy grande, Lola se deshizo de los pantalones y los calzoncillos de Marcos. Miró con cara golosa la tremenda erección, qué ganas de probarla. Se puso de rodillas frente a ella y con ansia la tomó en su mano y la acarició recreándose en su suavidad. Un fuerte gemido salió de la garganta de él y Lola se sintió satisfecha, pero deseaba más así que se la llevó a la boca. Primero pasó su lengua por su glande varias

veces y de forma lenta. Después se la introdujo en la boca succionando y moviéndose arriba y abajo, con movimientos acompasados. Marcos jadeaba y le acariciaba el pelo mientras seguía el movimiento de su boca con la pelvis. Pensó que estallaría de un momento a otro y no era el momento de que eso ocurriera, quería disfrutar un poco más del cuerpo de Lola, así que la obligó a parar y entonces fue él quien la tumbó en el sofá y se deshizo de su pequeño pantalón corto. Jadeó al comprobar que no llevaba ropa interior y le miró a los ojos embelesado, dándole las

gracias en total silencio por el regalo que le estaba dando.

—Ahora te toca a ti —le dijo—. Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto y ya no voy a esperar más.

Le abrió las piernas y se colocó entre ellas, admiró su pubis totalmente rasurado, levantó la mirada para lanzarle una sonrisa de felicidad. Parecía que le habían dado las llaves del paraíso y que en ese justo instante se encontraba con las puertas abiertas de par en par contemplándolo en todo su esplendor. Necesitaba comprobar lo que a simple vista percibía y,

curioso, pasó sus dedos por él.

—Lo sabía —dijo maravillado.

Lola arrugó la frente intrigada:

—¿Cómo? —preguntó con voz entrecortada, pues él no paraba de acariciar su pubis sutilmente, en un leve roce.

—Sabía que sería así: suave, delicado y delicioso.

Poco a poco, con mucha lentitud para desesperación de Lola, que estaba al borde del abismo, fue besando el interior de sus muslos, lamiéndolos e incluso dando pequeños mordiscos que producían en Lola escalofríos de placer. Cuando llegó al punto exacto donde

crecía y crecía con fuerza un potente orgasmo, pasó su lengua una y otra vez, lo tomó con sus labios y lo chupó con gran maestría. Lola era consciente desde un principio de que el sexo con Marcos iba a ser intenso, sublime, maravilloso..., pero jamás llegó a imaginar cuánto. Sus expectativas habían quedado sobrepasadas por la realidad. No podía dejar de gemir, de retorcerse... Sintió una fuerte explosión y lanzó un grito. Todo su cuerpo tembló. Era como una onda expansiva cuyo centro estaba en su palpitante clítoris y poco a poco se iba transmitiendo al

resto de su sudoroso cuerpo.

Satisfecha acarició su cabello y él la sonrió.

—Deberías hacer eso más a menudo, porque se te ve muy guapo.

—¿Hacer el qué? ¿Esto? — preguntó y de nuevo le pasó la lengua por su clítoris aún palpitante después del intenso clímax.

—Sonreír —contestó ella jadeando—. Bueno y eso también. — Los dos soltaron una carcajada.

El corazón de Lola dio un triple salto mortal al mirarle, estaba tan guapo, se le veía tan relajado. Ese ceño que siempre estaba fruncido había desaparecido dando paso a

una maravillosa sonrisa que le daba un aspecto un poco pícaro. ¿Quién iba a decirle a Lola que Marcos escondía todas esas cosas? Parecía que se había quitado un peso de encima. «Por fin se ha sacado el palo del culo», pensó.

—¿En qué piensas?—preguntó él, sin dejar de sonreír.

—En que eres el hombre más *sexy* que he conocido nunca.

Marcos se sentía el hombre más feliz del mundo, nunca se había sentido tan libre. Libre para ser quien era, para no aparentar lo que no le gustaba ser, para hacer lo que le apeteciese sin pensar en las

consecuencias.

Se levantó y buscó con desesperación su pantalón, sacó un preservativo de su cartera y ella le miró confundida, no parecía el tipo de tío que lleva un condón en el bolsillo de su pantalón.

—¿Venías preparado?

—Siempre estoy preparado.

Cada vez le sorprendía más. Quizá en el fondo era todo fachada y era como el resto de los hombres. Pero él no era el único que tenía una cara oculta que nunca enseñaba a los demás, una parte de sí mismo que reservaba y que jamás mostraba, Lola también se guardaba

sus emociones.

Sin más se colocó el preservativo y sin darle opción ninguna se introdujo dentro de ella de manera apremiante. Lola jadeó al sentirle dentro, era tan enorme que la llenaba. A ella le volvió loca la manera de poseerla, lo hacía con intensidad, sin dudar en un solo momento. La tomaba como si ella y su cuerpo le pertenecieran. Era exigente, enérgico, varonil, justo lo que a ella le gustaba, lo que había estado buscando durante toda su vida. No quería un hombre que se dejase manejar, quería uno que estuviera a la altura de sus

necesidades, la complaciera y la dominase y así era Marcos. Un tipo duro que sabía lo que quería.

Lola parecía una mujer fuerte, con un corazón a prueba de bombas, pero en realidad, muy dentro, era sensible y delicada. Se cubría con un escudo protector porque la vida le había hecho pasar momentos muy duros, como la muerte de sus padres, y no quería sufrir. Marcos la complementaba a la perfección, era justo lo que necesitaba.

Sus movimientos nunca fueron lentos, siempre profundos y potentes. Todo su cuerpo y su manera de moverse expresaban

dominación. Quién le iba a decir a Lola que ese hombre, que parecía tan estrecho de mente, tenía un potencial tan grande guardado.

No podía ni quería dejar de mirarle porque sus ojos le decían muchas cosas. Le hablaban de sentimientos, de necesidades y, en algunos momentos, cuando bajaba la guardia y afloraba su lado sensible, le susurraban palabras de amor. Su mirada era cálida y no fría como de costumbre, sus labios sonreían, no necesitaba expresar lo que estaba sintiendo en voz alta, pues todo su cuerpo gritaba. En ningún momento apartó sus ojos de

los de Lola, la conexión era más intensa así.

Cuando alcanzó su segundo orgasmo, gritó su nombre y no pudo contener una pequeña lágrima que él enjuagó con ternura. La besó y continuó moviéndose hasta alcanzar su propio clímax.

Déjame

—Lola, Lola.

Luna llevaba más de cinco minutos moviendo el brazo de su amiga para intentar despertarla, pero ella no daba señales de vida.

Cuando entró en el salón y se la encontró tumbada en el sofá arropada con una manta se quedó extrañada, eran casi las dos de la

tarde y Lola se estaba echando una siesta desnuda y en su sofá.

Lola abrió los ojos y por un instante tuvo esa desagradable sensación de no saber si era de día o de noche, qué día de la semana era y dónde estaba. Pero de repente todo llegó de golpe a su memoria: Marcos entrando en casa, sus miradas, su primer beso en la cocina, sus caricias, su...

Pero ¿dónde estaba Marcos? Se levantó de golpe dejando caer la manta con la que estaba arropada, le buscó con desesperación con la mirada, pero él ya no estaba allí.

—¿Se puede saber por qué estás

desnuda? Anda, guapa, tápate un poco —le reprendió Luna.

Se cubrió con la manta y se sentó aturdida. ¿Por qué se había ido? ¿Por qué no la había despertado? ¡Maldito cabrón!

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara. —Luna la miró preocupada, estaba tan pálida, la sangre había abandonado sus mejillas.

—No, no me pasa nada —mintió, no tenía ganas de hablar sobre lo ocurrido, estaba muy enfadada, decepcionada, triste, dolida. Después de todo lo que había ocurrido entre ellos, de la fuerte conexión que se había establecido

entre ellos, él se había marchado como un cobarde, en silencio y por la puerta de atrás.

Entonces sonó el timbre y por un instante un rayo de esperanza atravesó el corazón de Lola, quizá había salido a buscar algo, quizá regresaba, quizá...

—Hola, Esther, pasa. —Escuchó decir a Luna cuando abrió la puerta y todas sus ilusiones se vinieron abajo.

Se lio en la manta y se marchó con paso rápido a la habitación de Luna, donde tenía su ropa. Al pasar recogió la camiseta y el pantalón de los que había hecho acopio, que

según parecía él se había molestado en doblar y colocar encima de una silla. «¡Será desgraciado, me dobla la ropa pero no es capaz de despedirse de mí!», pensó.

—¡Voy a vestirme! —gritó con la voz casi quebrada. No quería que sus amigas la vieran llorar, no quería que supiesen lo estúpida que había sido al dejarle entrar no sólo dentro de su cuerpo, sino que también le había dejado colarse en su corazón.

Entró en el cuarto y cerró la puerta, estaba jadeando e intentaba con todas sus fuerzas que las lágrimas no aflorasen. Miró el

móvil y una luz intermitente le indicó que tenía un wasap.

Se quedó asombrada, era de Marcos, pero ¿cómo narices tenía él su número? No recordaba habérselo dado.

Marcos:

Lo siento.

¿Qué lo sentía? ¿Qué era lo que sentía? ¿Haber follado con ella? ¿Haberla dejado tirada luego? ¿Qué era lo que sentía? Ella contestó:

Lola:

Cabrón.

Se vistió a toda velocidad con furia, con rabia. Entró en el baño y se lavó la cara, no iba a llorar, no

por un cobarde que no se atrevía a lanzarse, un tío que no sabía pensar nada más que en él. Se miró al espejo y se prometió olvidarle, se juró que no iba a sufrir más por él. Sonrió a su reflejo, era una mujer fuerte, segura de sí misma, independiente, no necesitaba a un hombre a su lado, ella era lo bastante fuerte como para comerse el mundo y así lo iba a hacer. A partir de ese momento Marcos no existía para ella, no era nada más que el recuerdo de un buen polvo y de varios orgasmos intensos y únicos.

Con paso firme y decidido

regresó al salón. Por fuera era toda fortaleza y sonrisa de anuncio, pero por dentro estaba rota.

Luna y Esther estaban en la cocina preparando algo para comer.

—Hola, Lola. ¿Estás bien? Tienes muy mala cara. —Esther le dio dos besos y la miró también con preocupación.

«Disimula, Lola —se dijo—, ellas no tienen que saber nada».

—Estoy perfectamente. ¿Qué estás preparando? —preguntó a Luna con una sonrisa de oreja a oreja.

—Un poco de pasta. Esther se queda y tú, ¿comerás también con nosotras?

—Sí, claro. Tienes cosas que contarnos y yo no me las pierdo por nada del mundo.

Luna preparó una cacerola con agua y la puso a hervir, Esther y Lola la miraban con expectación deseando saber cosas sobre su primera cita con Víctor. Pero ella disimulaba y seguía a lo suyo.

—¡Luna!

—¿Qué?

—¿No nos lo vas a contar?

—No hay mucho que contar. —Se puso roja como un tomate y sus dos amigas se le echaron literalmente encima.

—¡Cuenta, cuenta! —gritaban las

dos a la vez.

Y Luna, que lo estaba deseando, les habló sobre la maravillosa mañana que había pasado al lado de Víctor. Les contó todos y cada uno de los detalles. Las dos la miraban embelesadas como si estuviesen escuchado una historia de un libro romántico de esos con final feliz, de esos que cuando los terminas y cierras sus tapas te dejan con un buen sabor de boca, una enorme y brillante sonrisa en los labios y no puedes evitar llevártelo al pecho en un abrazo y suspirar.

—¿Cómo es que has vuelto tan pronto? —preguntó Esther.

—Problemas en el trabajo. Le llamaron de Valencia, parece que le necesitaban y ha tenido que marcharse. Esta tarde coge un vuelo y regresará la semana que viene.

—¡Qué faena! —exclamó Lola.

—Por una parte sí, pero por otra quiero ir despacio. Nuestra relación ya es lo suficientemente extraña y complicada. —Se señaló el vientre, donde crecía su bebé—. Tenemos un obstáculo que muy pocas parejas tienen al principio y, como él me dijo hace poco, hemos comenzado la casa por el tejado. Así que será mejor echar el freno e ir paso a paso.

—Visto así... —dijo Esther.

—Bueno chicas, cambiando de tema ¿qué os parece si pasamos la tarde juntas? —propuso Luna.

—Por mí genial —respondió Esther.

—Pues por mí también —contestó Lola.

—¡Ah, por cierto! —exclamó Luna mientras se acercaba a su bolso, sacaba de su interior una carta y se la mostraba a sus amigas.

—Mirad lo que tengo. Me llegó hace ya tiempo, pero con todo lo que me ha pasado últimamente se me olvidó enseñároslo. —Era su carné de conducir. Lola y Esther lo

miraron entusiasmadas y le dieron un fuerte abrazo de felicitación.

—Enhorabuena, guapa, ya puedes dejar de usar el metro y pasarte a las maravillosas ventajas de viajar en coche; como estar horas dando vueltas para encontrar un aparcamiento, horas metida en atascos... —Las tres rieron ante la ocurrencia de Lola.

Después de comer decidieron ir a tomar café a la terracita del bar de abajo, hacía frío pero el dueño había colocado unas estufas y las tres se sentaron junto a una. Se les unieron las compañeras de piso de Esther y entre risas y confidencias

pasaron una tarde entretenida, sin embargo Luna no hacía otra cosa que observar a Lola y sabía perfectamente que algo le preocupaba. Más tarde hablaría con ella, cuando se quedaran solas.

A eso de las siete ya no era suficiente el calor de la calefacción, estaban a finales de noviembre y parecía que en cualquier momento se pondría a nevar. Así que, casi en estado de congelación, subieron a casa.

Decidieron hacer palomitas y ver una película. Todas tomaron asiento alrededor del televisor y esta vez se decantaron por *Veintisiete*

vestidos, una comedia romántica perfecta para pasar un buen rato. Las chicas estaban pendientes de la trama, todas menos dos; Luna no hacía otra cosa que mirar el móvil y mensajearse con Víctor y Lola miraba la pantalla, pero sus pensamientos estaban en otro lado.

A eso de las diez Esther y sus compañeras de piso se marcharon. Todas menos Lola que decidió quedarse a dormir de nuevo en casa de su amiga, no quería estar sola. Estaba segura de que le daría un bajón enorme y por nada del mundo deseaba que la tristeza le ganara la partida.

Cuando por fin se quedaron las dos solas sentadas en el sofá, Luna se decidió a preguntar:

—¿Qué te pasa? Y no me digas que nada. Te conozco desde hace mucho y sé que algo te preocupa.

Lola pensó por unos instantes en callarse, no decir nada, pero eso era imposible, Luna era su mejor amiga y necesitaba su apoyo, su cariño.

—Esta mañana vino Marcos.

—¿Cuándo? —La miró extrañada.

—Cuando tú no estabas. Quería hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Sobre qué?

—No me lo dijo.

—Vale, vino Marcos. ¿Y luego?

—Luego follamos como conejos — lo soltó de sopetón, haciendo gala de la sinceridad que le caracterizaba. A Luna le dio un ataque de tos que le hizo lagrimear.

—¡Oh, no! —dijo cuando por fin se recuperó.

—¡Oh, sí! —respondió Lola en tono triste y desesperado.

—Ahora entiendo por qué estabas en pelotas sobre mi sofá. Pero cariño, ese hombre no es para ti.

—Lo sé, no empieces con la charla de siempre.

—Mira, tengo que ser sincera. Marcos no es bueno para nadie: es

egoísta, materialista y recuerda lo del palo.

—Por un rato no tuvo el palo y fue tan cariñoso, tan generoso... No puedo entenderle, te juro que lo intento, pero no puedo.

Luna la abrazó con tristeza, Marcos estaba haciendo mucho daño a su amiga y eso no lo iba a consentir.

—Déjale, olvídale, es malo, incluso creo que no tiene corazón.

—Sí lo tiene, pero está cubierto de una gruesa capa de cemento. El muy imbécil se dejó ver por un breve instante, incluso pude contemplar su preciosa sonrisa. —

Luna la miró sorprendida. ¿Marcos sonriendo? ¡Eso era una bomba! Jamás en el año que llevaba trabajando para él había contemplado una, ni radiante, ni pequeña, ni siquiera una de esas que se esbozan por compromiso—. Te juro que merece la pena. Pero luego la cagó, me dejó en el sofá sola con un insignificante mensaje en el móvil, una estúpida frase: «Lo siento».

—Lo que te digo, es un egoísta que sólo piensa en él.

*

Marcos se despertó y miró a la mujer que dormía entre sus brazos. No pudo resistir la tentación y depositó un tierno beso sobre su hombro, tan suave que ella no se despertó.

Estuvo un buen rato contemplándola, cuando dormía parecía una niña dulce y buena, pero a él no podía engañarle. Lola era una mujer fuerte, no era una damisela en apuros ni una pobre chica indefensa. Sonrió al recordar la manera de entregarse a él, la forma de seducirle.

De repente una voz interna comenzó a colarse dentro de su cabeza, al principio era un susurro tan bajo que apenas podía escuchar ni entender lo que le decía. Pero poco a poco la voz se hizo profunda, clara y alta: «¿Se puede saber qué coño estás haciendo?», le gritaba. «¿No puedes mantener tu polla dentro de los pantalones?», le reprendía.

Estaba confuso, deseaba continuar al lado de Lola, se sentía feliz, cómodo, pero eso no era lo que había planeado. Eso no era lo que tenía previsto para su vida.

Con mucho cuidado se levantó del

sofá. Tenía que salir de allí, tenía que irse, no podía continuar en esa casa ni un segundo más. Había ido a hablar con Luna, quería conocer sus intenciones con respecto a su hermano, y había terminado acostándose con Lola. «Imbécil», le insultó la voz.

Se vistió sin hacer ruido. Antes de marcharse la miró y por un instante se arrepintió de la decisión que estaba tomando, pero la voz no le dio tregua y le ordenó que se fuera. No podía dejarla de esa manera, desnuda, así que tomó una manta y la arropó. Vio la ropa tirada por el suelo, la recogió y se

la llevó a la nariz para absorber su aroma, el aroma de Lola. La dobló con sumo cuidado, como si fuese un tesoro que se podía romper si se manipulaba con brusquedad, la dejó sobre una silla y salió sigilosamente como si fuese un ladrón que escapa después de haber cometido un delito.

«¡Cobarde!... —se gritó—. ¡Maldito cobarde!».

Tomó el ascensor, esperaba no encontrarse con ningún vecino, no tenía ganas de mantener una conversación con nadie y menos una de esas absurdas charlas que se tienen en los ascensores sobre el

tiempo que hace. Nadie bajó con él, así que pudo respirar tranquilo. Salió a la calle, su coche estaba aparcado cerca. Se subió y condujo hasta su casa.

Vivía en unos apartamentos de lujo. Ciento cincuenta metros de calidades de primera. Suelos de mármol, muebles de madera, cocina amueblada con los electrodomésticos más modernos que existían en el mercado y un gran ventanal que daba a una terraza con piscina y *jacuzzi*.

Entró, se quitó el abrigo y sintió frío, últimamente el frío estaba dentro de él, muy profundamente

arraigado. Sólo había desaparecido al estar con ella, Lola le había dado calor, tanto que el tiempo que había estado a su lado el frío había desaparecido por completo, pero ahora había regresado para quedarse. Un escalofrío recorrió su espalda, puso la calefacción a tope y decidió darse un baño caliente.

Se desnudó tiritando. ¿Qué le estaba pasando? Quizá estuviese incubando algún virus. Antes de entrar en la ducha pensó en ponerle un wasap a Lola. Se había marchado a hurtadillas, de una manera que no era la adecuada, lo mejor sería disculparse. Tomó el

teléfono en la mano y comenzó a escribir:

Marcos:

Hola, Lola. Perdona que me haya marchado así, sin decirte nada. Lo lamento, siento ser un cobarde y no hacer frente a lo que siento. Pero no puedo, necesito tiempo, pensar. Toda mi vida está programada, necesito alcanzar mi sueño como sea y una relación contigo es un impedimento para llegar a la meta que me he trazado.

Se quedó mirando la pantalla, releiendo el texto una y otra vez.

Cada vez que lo volvía a leer cambiaba palabras, ¿cómo explicar lo que sentía, si ni él mismo entendía nada? ¿Cómo disculparse por algo que no tenía ni el más mínimo sentido? Chasqueó la lengua y dio a la tecla de borrar, no le iba a mandar ese absurdo discurso, esas estúpidas palabras, que hablaban de un hombre egoísta que pensaba exclusivamente en la fama, el dinero y el poder. Se daba asco a sí mismo, aborrecía lo que era. Miró el móvil de nuevo y tecleó: «Lo siento». Dio a enviar y después de dejar el teléfono sobre la mesilla se metió en la ducha.

Estuvo un buen rato dejando que el agua caliente cayera sobre su cuerpo y le templara. Salió y se secó, pensó que por fin había entrado en calor, pero después de ponerse un pantalón de chándal de paño y una camiseta el frío regresó y finalmente le obligó a ponerse un jersey de lana.

Miró el móvil y vio que tenía un wasap, lo abrió y lo leyó con tristeza:

Lola:

Cabrón.

Sí, esa palabra le definía a la perfección, eso era. Cerró los ojos, se sintió impotente y de nuevo

vacío.

Pongamos que hablo de
Madrid



Era lunes y Luna entró en la oficina con paso firme y decidido. En poco tiempo su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Ahora estaba embarazada y tenía pareja. ¡Pareja! Qué bien sonaba esa palabra. Por fin alguien con quien compartir los buenos y los

malos momentos, alguien especial, alguien con quien pasear cogidos de la mano. Suspiró, hacía tiempo que no sentía mariposas en el estómago, mariposas que revolotean dentro de ti y te hacen cosquillas. Había gente que las llamaba amor, pero ella no quería pensar en eso, era demasiado pronto.

Tenía ganas de volver a verle, unas tan enormes que incluso dolían. Menos mal que Lola se había quedado con ella el resto del fin de semana, por lo menos había estado entretenida. ¡Pobre Lola!, pensó al recordarla, había intentado

que se olvidase de Marcos manteniéndola entretenida haciendo cientos de cosas y, en cierto modo, lo había conseguido.

El domingo lo pasaron fuera de casa. Estuvieron paseando por la Puerta del Sol viendo la decoración navideña, con luces de colores que le daban un brillo especial a las calles de Madrid. Visitaron Cortylandia² y disfrutaron igual que los niños de los muñecos y las canciones de Navidad. Estuvieron tan entretenidas que las dos se olvidaron de todo y de todos, pero cuando volvieron a casa, ambas regresaron a la realidad de sus

vidas.

Luna se quitó el abrigo y lo dejó en el perchero. Lo primero que hizo fue mirar el móvil, este aparato se había vuelto imprescindible, casi como respirar, pues gracias a él estaba comunicada con su chico en cada momento del día.

Víctor:

Hola, preciosa. ¿Qué tal pasaste el domingo?

Luna sonrió, eran tan sólo las ocho de la mañana y él ya le había mandado un mensaje.

Luna:

Lo pasé con Lola. ¿Y tú qué tal?

El doble tic azul que apareció al instante le indicó que él estaba pendiente de su contestación.

Víctor:

¡Fatal! Tenemos muchos problemas con los permisos para la obra, ya sabes, la burocracia. ¿Has pensado en mí?

Luna:

Casi no he tenido tiempo.

Él mandó una carita triste y Luna lanzó una carcajada, decidió decirle la verdad:

Luna:

He pensado en ti constantemente.

Suspiró, le recordó a una de esas conversaciones telefónicas que mantenía con su primer novio y en las que los dos se tiraban una hora diciendo: cuelga tú; no, cuelga tú; no, tú...

Víctor:

¿Sí? Yo no puedo quitarte de mi cabeza. Tengo tantas ganas de verte...

Luna:

¿Cuándo vuelves?

Víctor:

Mañana. Creo que hoy pondré todo en orden y cuando regrese te voy a llevar a mi casa, nos encerraremos y

pondré fin a la absurda norma de nada de sexo.

Luna:

Ya tengo ganas.

Para qué andarse con tonterías, ella también lo deseaba. En sus labios se dibujó una sonrisa bobalicona tan sólo con imaginarse todo lo que le gustaría hacerle en esos momentos. Las hormonas del embarazo la tenían más caliente que el palo de un churrero.

Víctor:

Bien, porque no admito un no como respuesta.

Luna:

¡Ni se me ocurriría! Te tengo

que dejar, estoy en el trabajo.

Víctor:

¿Ya? ¿Tan pronto?

Puso una de esas caritas llorando. Luna rio, le gustaba ese Víctor que parecía un chiquillo juguetero.

Luna:

Te recuerdo que eres el jefe y que está prohibido mensajearse durante las horas de trabajo.

Víctor:

Esa norma es absurda, seguro que la puso mi hermano.

Luna:

¡Ji, ji, ji!, eres muy malo.

Víctor:

No soy malo, bueno un poco, pero estoy seguro de que eso te gusta.

Luna:

Pero señor Amorós, ¿por quién me ha tomado?

Víctor:

Ay, Luna me vuelves loco.

Luna:

Tengo que dejarte, me van a despedir. Adiós, Víctor. Mañana nos vemos.

Víctor:

Dile a tu jefe que si hace eso se las verá conmigo. Aquí me quedo trabajando duro y

deseando verte. Piensa en mí,
como yo lo hago en ti.

Luna le mandó un montón de caritas que tiraban besos y él correspondió con otras tantas, además de varios corazones y un gran corazón palpitante. Suspiró, parecía una adolescente hablando con el chico popular, ese que todas desean, y que ella había logrado enamorar. «No Luna, no uses esa palabra, es pronto», se reprendió.

En ese momento llegó Paula, venía muy sonriente y a Luna le preocupó, esa mujer era una autentica arpía y su sonrisa era más falsa que un billete de siete euros.

Hacía tan sólo un par de semanas que había descubierto su verdadera cara. Se mostró tal como era al intentar culparla frente a sus jefes sobre la pérdida de unos documentos que Luna ni siquiera había visto, pero según Paula ella los había archivado mal. La acusó de una manera terrible, sus ojos ya no eran dulces sino que estaban inyectados en sangre y gritaba como una loca insultándola y denigrándola delante de sus jefes. Menos mal que tanto Marcos como Víctor le pararon los pies y la reprendieron severamente, pero ella se salió con la suya pues Luna

no tenía pruebas para demostrar que no había sido la causante de la pérdida de los documentos y Paula se apuntó un tanto.

A Lola nunca le había gustado, desde un principio intentó prevenirla. Aunque sabía que Lola tenía un sexto sentido para reconocer con un simple vistazo cómo era una persona, no le había hecho ningún caso y ahora se arrepentía y reprendía por no confiar en la intuición de su amiga. Pero Paula se había mostrado siempre tan amable y simpática, y sus ojos parecían tan sinceros que Luna había caído en su trampa

como una tonta.

—Buenos días, Luna —le dijo con tono cantarín e intentando camuflar su hipocresía bajo una fachada de amabilidad que ya Luna podía percibir a la perfección.

—Hola, Paula —le contestó con una leve sonrisa en los labios, no podía ser falsa, no le nacía volver a ser simpática con ella. Trabajaban juntas e intentaría ser lo más cordial posible, pero manteniendo las distancias.

—¿Sabes que Víctor está de nuevo en Valencia?

¿Que si lo sabía? ¡Ja! En esos momentos estaba wasapeando con

él.

—Sí, lo sé.

—A mí me llamó. —Quería parecer imprescindible.

Luna se mordió la lengua, ¿qué se creía esa arpía? Se sentía tan importante tan sólo porque Víctor la había llamado a su casa. Deseaba decirle que ella estaba paseando abrazada a él por el parque del Retiro cuando le llamaron por teléfono, pero no merecía la pena y calló.

—Tienes mala cara, ¿te encuentras bien? —preguntó Paula y parecía de verdad preocupada, era una actriz increíblemente buena.

—Estoy perfectamente.

—Ah. Pues no sé, dado tu estado... —Con esa frase Luna tuvo claro a dónde quería llegar. Estaba enterada de su embarazo, todo el mundo lo estaba, Víctor le explicó que el rumor corría como la pólvora por el edificio. ¿Cómo había llegado a saberse? Eso era algo que desconocía por completo, pero presentía que Paula tenía algo que ver.

—¿Mi estado?

—Claro, lo de tu embarazo. Pobre, cuanto lo lamento. Una chica tan joven como tú, con un niño y sola, que lástima me da.

«¡Bruja!», pensó Luna, pero no iba a caer en su juego sucio. Le lanzó la más brillante de sus sonrisas.

—Oh, ¿cómo te has enterado?

—Os escuché hablar en el baño a tu amiguita y a ti, el día que vomitaste a Víctor encima.

Escondida y a hurtadillas como una auténtica chismosa. Por fin Luna se dio cuenta de todo, ya estaba claro, el rumor había salido de ella. La muy zorra había soltado la información como una onda expansiva que había ido creciendo conforme llegaba a más y más personas.

—Y tú muy amablemente te ocupaste de que todo el mundo se enterase.

—No, no, querida, ¿cómo puedes pensar eso de mí? —Puso tal cara de inocente que a Luna le dio la risa, ¿cómo podía ser tan cínica?

—Ya, claro.

—Pobre Víctor, no creo que le haga mucha gracia tener un hijo con su secretaria.

«Luna, tranquila, no le sigas el juego, eso es lo que ella quiere», se dijo.

—Eso no es asunto tuyo, ahora si me disculpas tengo cosas que hacer.

—Claro que para él es mucho

más fácil, con desentenderse del problema...

Si ella supiese. Él no era así, iba a cuidarla a ella y a su hijo. No merecía la pena sacarla de su error, ya se enteraría. De momento la dejaría disfrutar, dentro de muy poco iba a rabiar y mucho.

Necesitaba poner espacio físico entre ella y esa mujer, si no acabaría arrancándole el moño. Cogió su móvil y salió del despacho camino de la sala donde se reunían los empleados a la hora de comer. Necesitaba beber algo, algo fuerte.

Entró dando grandes zancadas y

lanzando improperios entre susurros. Abrió la nevera y sacó la leche. Antes odiaba su sabor, si no era con un gran chorro de café o con varias cucharas colmadas de chocolate, no podía ni olerla, pero desde que su pequeñín crecía dentro de ella, se había convertido en su bebida preferida y la consumía a todas horas.

—En otras circunstancias me tomaría un *whisky*, pero me tengo que conformar con esto. —Miró el vaso y le dio un buen trago.

Saboreó el blanco líquido como si fuera un delicioso manjar. «Si me viera mi madre, con lo que siempre

he odiado la leche», pensó. Recordó todas las veces que su madre le había obligado a tomarse un vaso y ella a regañadientes lo hacía porque si no la castigaba en casa sin salir. Entonces se tapaba la nariz y la bebía de un solo trago.

Cerró los ojos y paladeó, pero de repente los abrió de golpe.

«¡Dios, mi madre! ¿Cómo le voy a decir que estoy embarazada? ¿Cuándo se lo voy a decir?», le habían ocurrido tantas cosas y tenía tanto en lo que pensar que se había olvidado totalmente de ese importante detalle. Ya iban para cinco los meses que habían

transcurrido desde que el test de embarazo le confirmó la noticia, meses en los que había conversado con sus padres por teléfono de cientos de cosas, pero en ni un solo momento había intentado comunicarles que iban a ser abuelos.

¡Otra vez esas intensas ganas de llorar! Estaba harta de las hormonas y los cambios de humor que le provocaban. Su vida se había convertido en una montaña rusa de sentimientos, pasaba de las risas al llanto, de la pena a la alegría, en un instante y sin darse cuenta. La doctora le había dicho

que era normal, que no se preocupara, pero era frustrante.

Miró los bollos que traía todas las mañanas María, la camarera de la cafetería que se encontraba en la planta baja. Se decantó por uno de chocolate y mientras hacía pucheros y se secaba las lágrimas, se lo zampó.

Ya se encontraba mejor, después de ingerir azúcar su nivel de positividad había aumentado, ahora se sentía con ganas de trabajar. Salió decidida y con paso firme, pero chocó con un gran cuerpo que la tomó de la cintura para impedir que cayera al suelo.

—¿Estás bien? —Miró aturdida al hombre que la había rescatado.

—Ah... Hola Marcos.

—Deberías ir con más cuidado —la reprendió. Pero no fue eso lo que enfadó a Luna, sino lo que había pasado el sábado sobre su sofá. Le miró con un odio intenso y se reprimió las inmensas ganas de arrearle un sonoro bofetón, de esos que se dan con la mano abierta y tomando impulso.

—Ahora mismo iba en tu busca —le dijo él—. ¿Tienes un rato para hablar?

—Sí —contestó. «Es más, estoy deseándolo, te voy a poner en tu

sitio. A ti te saco yo el palo del culo a tortas», pensó.

Ambos caminaron hacia el despacho de Marcos y, tras entrar, él cerró la puerta.

—Siéntate, por favor —le dijo indicándole la silla frente a su mesa.

Él, como era de esperar, tomó asiento en su sillón de jefe todopoderoso. Durante un buen rato un desagradable silencio, incómodo y molesto se cernió sobre ellos. Luna no le quitaba el ojo de encima esperando a que comenzase a hablar, pero él parecía nervioso, tenso y muy irritado.

—¿Y bien? —dijo Luna harta de esperar a que se decidiera.

—Sí... —carraspeó—, claro. Yo... ¡Estás embarazada!—su voz sonó chillona.

—¿No me digas? —se burló Luna. Silencio tenso de nuevo.

—Mira, Marcos, ya está bien de tonterías. Ve al grano.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Cómo que qué quiero? —Luna resopló enfadada, estaba empezando a entender lo que Marcos pretendía.

—Sí, ya sabes, dinero...

—Tú... eres... —Luna se puso roja de furia, parecía que de un

momento a otro le iba a salir humo por las aletas de su nariz que se movían inquietas y tensas—. ¡Eres un...! —se guardó el insulto que le correspondía por derecho—. Yo no quiero nada de ti, no quiero tu asqueroso dinero. ¿Pero qué te has creído? Eres un amargado.

Marcos cerró los ojos con fuerza, sin saber muy bien por qué su insulto le había dolido muy dentro, tanto que el frío que le acompañaba últimamente se incrementó. Tembló y se sintió mareado. Ella tenía razón, toda la razón. ¿Qué narices estaba haciendo?

—Yo... lo siento. Sólo miro por

el bien de mi hermano.

—No hables de él, no mereces el honor de hacerlo. Víctor es el hombre más íntegro, bueno, honesto y valiente que conozco, mientras que tú... tú eres, tú eres todo lo contrario.

—Lo sé. —Por un momento a Luna le dio pena, se le veía triste, deprimido—. Pero es mi obligación. No sé qué pretendes, ni qué quieres y como bien dices mi hermano en cierto modo es muy ingenuo y se deja llevar por su corazón sin pensar en las consecuencias. —La pena por él se cortó de golpe, el odio se incrementó. Lo que Marcos

insinuaba no le estaba gustando nada.

—No pretendo ni quiero nada. Sólo voy a tener un bebé, mío y de Víctor. En cuanto a lo de ingenuo, eso no es cierto, creo que no le conoces como crees si piensas así de él, y yo en ningún momento te he dicho eso. Víctor es un hombre muy inteligente, fuerte, con carácter, no se deja manejar por nada ni por nadie. Tú eres el pelele, tú sí que te dejas manipular.

—¿Yo? ¿Por quién? —preguntó asombrado.

—Sí, tú te dejas manejar por muchas cosas: por el poder, por el

dinero, por tus negocios. Tienes un gran palo metido por el culo, uno enorme...

Y diciendo esto se levantó con tanto ímpetu que la silla cayó estrepitosamente al suelo. Con paso enérgico y la cabeza bien alta se encaminó a la puerta y la abrió, pero antes de salir se dio la vuelta y de nuevo enfrentó la mirada de Marcos.

—Me das mucha pena, porque por tus prejuicios y tu deseo de cosas materiales te estás perdiendo lo mejor de la vida. Estás dejando escapar lo que es de verdad importante, lo que te hará feliz, lo

que cuando seas anciano y eches la vista atrás te reconfortará y te hará ver que tu vida ha tenido sentido. Me apena pensar que quizá cuando te des cuenta del error que estás cometiendo sea demasiado tarde. — Parecía sopesar sus palabras, había algo que la frenaba. Luna suspiró con fuerza. A la mierda con Marcos, sabía que le iba a hacer daño y que si Lola se enteraba de que se había metido en sus cosas, se enfadaría con ella, pero era la única manera de que reaccionara— ¡No te va a esperar siempre, la vas a perder por tu cobardía!

Cerró dando un portazo y dejando

a Marcos cabizbajo y pensativo.

«No te va a esperar siempre. La vas a perder por tu cobardía», esas palabras de Luna se clavaron con intensidad y muy hondo dentro de su alma.

Cerró los ojos con fuerza, todo su mundo, todo lo que había planeado, sus deseos, su necesidad de ser el mejor en todo lo que hacía, de ganar, todo por lo que luchaba cada día, se había vuelto un peso insoportable. La angustia crecía en su interior y el frío, ese intenso frío, se había apoderado de todo su cuerpo. Mantenía una lucha constante entre su cabeza y su

corazón, ¿quién se alzaría con el triunfo?

Tomó el móvil entre sus manos y buscó el chat de Lola. Miró la foto, en ella se la veía como siempre, sonriente y con ese brillo travieso en los ojos. Tocó las teclas con manos temblorosas, deseaba escribirla, necesitaba hacerlo.

Marcos:

Hola, ¿cómo estás?

Escribió el mensaje y le dio con rapidez a la tecla de enviar. Si no lo hacía así sabía que se arrepentiría y borraría el mensaje. «Eres un idiota. ¿Cómo estás? ¡Qué pregunta más absurda!», su mente

no cesaba de martirizarle.

Lola:

¿Qué quieres?

Lola respondió y le dejó totalmente sorprendido, pues fue rápida y pensaba que ella ni siquiera se molestaría en contestarle.

Marcos:

Pedirte disculpas.

Lola:

No hace falta.

Marcos:

¿Te puedo llamar?

Lola:

No, estoy trabajando.

Marcos:

¿Y luego, más tarde?

Lola:

Haz lo que te apetezca, o ahora que lo pienso, siempre lo haces.

Marcos:

Lo siento, sé que no me he portado bien contigo.

Estuvo esperando respuesta durante un buen rato, pero no la hubo y sabía que ella había leído su último mensaje.

«No te va a esperar siempre. La vas a perder por tu cobardía», recordó de nuevo las palabras de Luna. Quizá ya lo había hecho.

2 Cortylandia: es uno de los espectáculos más visitados de Madrid durante la Navidad. Consta de un montaje escénico con muñecos que se mueven y cantan tres o cuatro canciones en pases de quince minutos a lo largo del día y de la noche. Cubre una de las fachadas del centro comercial El Corte Inglés de la calle Preciados, en la entrada de la calle Maestro Victoria.

Qué bonita la vida



Luna llegó a casa a eso de las siete de la tarde, después de un día de mucho ajetreo. Estaba agotada, pero sin duda alguna, lo que terminó de consumir todas sus energías habían sido los dos encontronazos con esos dos, primero con Paula y luego con Marcos.

Se dejó caer en el sofá con abrigo y todo, no tenía fuerzas ni para quitárselo.

«Joder, qué asco de día», pensó hastiada. Escuchó el timbre como en sueños. «¿Y ahora qué? Como sea alguien que viene a tocarme las narices...», refunfuñó. Se levantó de mala gana. Miró por la mirilla y de la impresión al ver quién estaba llamando a su puerta, casi se cae al suelo. Abrió con manos temblorosas y el corazón palpitando con fuerza.

—¡Hola, preciosa! —le dijo un sonriente Víctor.

Soltó la maleta y abrió los brazos.

Luna aceptó encantada su invitación y se lanzó con rapidez sobre él.

—Pero... ¿No venías mañana? — le dijo mientras aspiraba su perfume, se aferraba con fuerza a su cuello y con su boca iba en busca de sus labios.

No le dio tiempo a contestar a su pregunta pues estaba inmerso en un sensual y abrasador beso. Con ella adosada a su cuerpo como si fuese un apéndice más, Víctor entró en la casa de Luna, como pudo, le dio una patada a su maleta que terminó cerca del sofá y cerró la puerta.

La besó una y otra vez, invadió su boca mientras sus manos

acariciaban incesantes su cuerpo. Se arrancaron los abrigo el uno al otro para tener mayor contacto, todo en esos momentos estorbaba, todo menos las caricias y los besos.

Víctor se retiró para poder mirar sus ojos y lo que vio fue mucho más excitante que sus pequeñas manos desabrochando su pantalón; porque vio pasión, deseo y una necesidad tan grande que por un instante le llegó a asustar. ¿Y si no estaba a la altura? No quería ni pensarlo.

—Tenía tantas ganas de verte que en cuanto he dejado todo solucionado, he venido derecho a tu casa —le dijo y tomó su cara entre

sus manos para besarla de nuevo—. No podía dejar de pensar en hacer esto. —La besó con intensidad, saboreó su boca y sus lenguas se acariciaron—. Y esto. —Posó sus manos sobre sus nalgas y la acercó a su incipiente erección.

Víctor la tomó entre sus brazos y con ella estrechamente apretada contra su cuerpo se dirigió a su habitación. La depositó sobre la cama como si fuese algo tan frágil que con un simple golpecito se pudiese quebrar en mil pedazos diminutos. Se quedó de pie frente a ella, contemplándola, absorbiendo su imagen, intentando grabarla a

fuego en su mente.

—¿Qué me has hecho? No puedo pensar en nada más que en ti.

Luna sonrió satisfecha, ese hombre tan guapo que tenía delante era suyo, le pertenecía.

—¿Quizá te has enamorado de mí? —le preguntó traviesa. Casi ni se reconocía, siempre había sido precavida, sobre todo con los hombres, sus malas experiencias anteriores le habían hecho ir con pies de plomo. Pero con Víctor, con él era distinto, se dejaba llevar, su boca hablaba sin filtrar nada y su cuerpo reaccionaba ante él sin poder controlarlo.

—Quizá —respondió él. La miraba muy serio y concentrado—. Creo que llevo enamorado de ti mucho tiempo, desde el primer día que te vi en mi despacho. —Luna se incorporó y se sentó en la cama—. ¿Recuerdas ese día?

«Cómo olvidarlo, estaba tan nerviosa», pensó Luna.

—Sí. Me sorprendí mucho, eras simpático y muy amable. Esperaba algo diferente en un jefe.

—Estabas tan bonita con ese vestido azul.

—¿Recuerdas lo que llevaba ese día? —preguntó sorprendida.

—Lo recuerdo todo. —Se sentó a

su lado en la cama y tomó su cara entre sus grandes y fuertes manos. Con sus dedos acariciaba sus pómulos, perfilaba sus labios con delicadeza—. Tu aroma, el color rosado de tus labios, la forma en la que sonreías y la suavidad de tu mano cuando tomaste la mía al saludarme.

Agachó su cabeza y con suavidad posó sus labios sobre la boca entreabierta de Luna. Se sentía excitada, nunca nadie le había dicho nada parecido y las palabras pronunciadas con la voz sensual y ronca de Víctor la estaban atrapando, hipnotizando, se metían

dentro de ella y la envolvían llenándola de calor, un delicioso calor que se filtraba por todos los poros de su piel.

Él recordaba cada momento de ese primer encuentro, incluso la ropa que llevaba ese día, Luna no salía de su asombro. Siempre pensó que su atracción por él era algo totalmente loco, sin ningún tipo de posibilidad. Él era el jefe, el chico guapo al que todas las mujeres desean y ella sólo la secretaria, una chica del montón. Ahora que lo pensaba era el típico tópico de todas las novelas de amor. La protagonista siempre terminaba en

la cama de su jefe y así había ocurrido, sólo había una pequeña y muy sustanciosa diferencia, la chica protagonista de los libros que leía no solía quedarse embarazada.

—¿Por qué lloras? —preguntó Víctor al sentir cómo las pequeñas gotas mojaban sus labios.

—No me hagas caso, estoy muy sensible.

Enjuagó su llanto con dulzura y de nuevo la besó, el beso que había comenzado como algo tierno y delicado, se tornó fuerte, abrasador. Parecía que trataba de devorarla, de beberse su aliento y saborear los jadeos que comenzaban a brotar de

su garganta.

Sus manos, que hasta entonces habían permanecido rodeando su cara, recorrían su espalda, su cintura y sus caderas.

Todo se volvió entonces frenético, apasionado y vehemente. Se arrancaron la ropa el uno al otro sin pararse a pensar ni un solo instante. Los botones de la camisa de Víctor cayeron por el suelo, las medias negras de Luna terminaron rotas. Sus bocas no perdían en ningún momento el contacto y si lo hacían la desesperación era tal que cuando de nuevo se juntaban volvían a devorarse.

Víctor la tomó entre sus brazos, se sentó y la colocó a horcajadas sobre él. En un rápido movimiento se introdujo dentro de una Luna ya preparada para recibirle y que soltó una exclamación de sorpresa al sentirle tan duro y tan suave.

—¿Te he hecho daño?! —se asustó Víctor e intentó salir de su interior.

—No, no y ni se te ocurra parar —le dijo Luna con tono amenazante.

Y no lo hizo, ahora no pararía hasta que ella alcanzara el clímax y después, sólo después de haberla hecho temblar de placer, él se dejaría llevar hasta que su propio

orgasmo se apoderara de su cuerpo.

Mientras sus manos no dejaban de acariciarla y su boca de besarla, con vehemencia tomó el rosado pezón que quedaba expuesto ante su boca y parecía mirarle rogándole un poco de atención que él, por supuesto, estaba encantado de prestarle. Lo mordisqueó, pasó su lengua una y otra vez, lo tomó entre sus dientes.

Todos sus sentidos estaban puestos al servicio de Luna: su boca la saboreaba, sus oídos se deleitaban con los sonidos de pasión que ella emitía sin control, sus manos acariciaban todas y cada

una de las partes de su cuerpo y sus ojos... abiertos para poder disfrutar de la magnífica visión de Luna llegando a su orgasmo.

Lo sintió, notó cómo alcanzaba el clímax, cómo su cuerpo y todas sus terminaciones nerviosas recibían una fuerte descarga de placer y se sintió dichoso, lo había logrado, había cubierto sus expectativas, no había fallado. Ya podía dejarse ir, cerró los ojos y disfrutó de su propio orgasmo, uno fuerte, que le vació por completo.

Durante un buen rato permaneció dentro de ella, abrazándola. Sus corazones desbocados comenzaron

a frenar su ritmo y a latir más acompasados. Con sumo cuidado y cariño la tumbó en la cama. Ambos estaban frente a frente, mirándose y abrazados.

—Ha sido maravilloso —dijo por fin Luna.

—¿Cómo la primera vez?

—Como la primera vez.

—Sabía que aunque te enfadaste, te había gustado —Sonrió satisfecho.

—No estaba enfadada, yo...

—¡Chsss! —le dijo poniendo un dedo sobre sus labios—. No digas nada, lo importante es el presente y el presente somos tú y yo, bueno y el pequeño garbancito. —Puso su

mano sobre el ya hinchado abdomen de Luna y lo acarició con tanta dulzura que a Luna de nuevo se le resbalaron por las mejillas lágrimas de felicidad. Era todo como un sueño del que no quería despertar.

De repente Luna y Víctor saltaron de la cama como si se hubiesen pinchado con una aguja afilada. Se sentaron frente a frente, Víctor tenía la mano extendida sobre el vientre de Luna y ella puso la suya encima. Se miraban asombrados, perplejos.

—¿Lo has notado?! —gritó Víctor entusiasmado y Luna asintió con la cabeza, pues estaba tan emocionada

que no podía articular palabra.

Su bebé, su hijo se había movido y por primera vez había tenido esa sensación tan maravillosa de sentirlo dentro y Víctor la suerte de poder notar ese movimiento apenas apreciable, como el leve aleteo de una mariposa.

Víctor acercó su boca al vientre de Luna y depositó un tierno beso, posó su mejilla sobre él y le habló, como si lo hiciera con una persona.

—Crece fuerte y sano. Tu madre y yo te estamos esperando. No tengas prisa en llegar al mundo, aunque nosotros estemos impacientes. Te queremos.

Entre mis recuerdos



Víctor había tomado el primer vuelo que encontró libre. En cuanto todo quedó arreglado en Valencia, no se lo pensó dos veces, tomó un taxi al aeropuerto y regresó a casa. Tenía tantas ganas de ver a Luna que no avisó ni siquiera a su hermano para que fuese a recogerle al aeropuerto, sino que

directamente cogió un taxi y se presentó en casa de Luna, sin pasar por su casa a dejar la maleta.

Eran tantas las ansias de verla que no pensó en nada ni en nadie, sólo en tenerla entre sus brazos. La espera se le había hecho larga y tortuosa, pero por fin disfrutaba de Luna.

Ella dormía entre sus brazos plácidamente. Esa noche no sólo habían compartido una buena sesión de increíble sexo, sino también ternura, cariño y amor. Se acurrucó y la abrazó con más fuerza, ella suspiró y continuó durmiendo.

¡Cómo le había cambiado la vida!

Hacía tan sólo unos pocos meses no pensaba en nada más que el trabajo y en tener algún que otro momento de placer, cuando tenía suerte. Pero ahora estaba ella, Luna, su mujer. «¡Uf! Eso sonaba raro», pensó con una gran sonrisa en los labios. Y dentro de Luna, una gran sorpresa, un pequeño que crecía y crecía y que por fortuna hoy había sentido moverse dentro de su madre.

Suspiró, ¿cómo había podido vivir todo este tiempo sin ella? ¿Cómo había conseguido metérsele tan dentro en tan poco tiempo?

Luna se movió inquieta y él que tenía su mano sobre su cadera, la

acarició con suavidad.

—Buenos días —dijo dándose la vuelta para mirarle de frente.

—Buenos días, preciosa. —Su sonrisa era radiante, le dio uno de esos besos intensos, que la dejaron temblorosa y deseando más.

Pasó su mano por su cabello, acariciándolo con sus dedos y aprovechando para enredarlos y así acercar más su boca.

Luna sintió su duro pene contra su vientre y sonrió encantada, eso merecía ser aprovechado, no podía dejarlo así.

Con un rápido movimiento le obligó a tumbarse bocarriba, le

lanzó una pícara sonrisa como presagio de los momentos de placer que ambos iban a experimentar.

Víctor tiró de ella para colocarla encima, pero eso no era lo que Luna deseaba, su juego era otro. Se escabulló y él protestó intentando levantarse y abrazarla de nuevo, pero Luna le empujó sobre la cama.

—No te muevas —le dijo insinuante y él obedeció.

Entonces Luna besó su cuello, sus hombros, su pecho, sus duros abdominales, mientras Víctor jadeaba y buscaba con sus manos el cuerpo de su amante. Poco a poco fue recorriendo su cuerpo con su

lengua y sus labios.

Dejó un reguero de besos en el interior de sus muslos, en sus caderas, en su pelvis. Víctor se movía inquieto, deseaba que llegase a la parte de su cuerpo que ansiaba sentir su boca, pero cuando parecía que ese momento tan esperado iba a llegar, Luna pasaba de largo y le dejaba ansioso. Era tanto el deseo que el sudor impregnaba su frente y de entre sus dientes fuertemente apretados salían gemidos sin control.

Después de una espera que se le antojó casi eterna, Luna le recompensó pasando su lengua por

su glande, recorrió toda la longitud de su verga una y otra vez. Hasta que decidió introducirla en su boca y apretando fuerte sus labios, se movió arriba y abajo, arriba y abajo, llegando cada vez más y más dentro.

Víctor puso sus manos sobre la cabeza de ella y la guio en su movimiento, mientras que elevaba su pelvis para recibir con antelación sus tersos labios. El orgasmo le llegó intenso e incontrolable. Soltó un potente gemido y se derramó dentro de la boca de Luna.

Satisfecho se quedó desmadejado

sobre la cama, poco a poco fue recuperando la respiración y sus latidos, que hacía sólo un instante eran desbocados, se fueron calmando y volviéndose regulares.

Luna no dejaba de mirarle, era el hombre más *sexy* que había visto nunca. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta para permitir que el aire saliese con más intensidad. Su cabello estaba alborotado y ella lo peinó con sus dedos.

—Te quiero —salió de la boca de Víctor. No por lo que ella le acababa de hacer, sino porque sentía la necesidad de decírselo.

—Te quiero —dijo ella con una

gran sonrisa que iluminaba su cara. Se asombró de la facilidad con la que esa palabra salió de su boca. Hacía mucho que no la pronunciaba en voz alta, tanto que no recordaba cuándo fue la última vez que lo hizo. Se sentía satisfecha y feliz, y deseaba gritarle al mundo que estaba enamorada.

Entonces fue él quien, después de acostarla sobre la cama, comenzó la misma tortura a la que ella le había sometido. Besando cada parte de su cuerpo, recorriendo con su lengua toda su piel. Ahora era Luna la que se retorció intentando que sus labios se posasen en el lugar

exacto donde su necesidad estaba haciéndose intensa. Pero Víctor pasaba de largo, lo mismo que ella le había hecho una y otra vez.

Luna sentía un deseo tan grande que incluso le resultaba doloroso. Le tiraba del pelo para guiarle, pero él no se dejaba y la ansiedad crecía y crecía. Cuando por fin su boca llegó a su clítoris, Luna pensó que iba a estallar en mil pedazos y cuando él comenzó a hacer círculos con su lengua y a acariciarlo con sus labios, supo que no aguantaría mucho tiempo y que dentro de poco llegaría al clímax y así fue. Tuvo un orgasmo potente e intenso. Luna

gritó su nombre y se mordió el labio con tanta fuerza que incluso se hizo daño. Entonces, los dos cayeron de nuevo en un sueño profundo y reconfortante.

El resto de la semana pasó rápidamente. Víctor se instaló en casa de Luna sin su permiso, pero ella estaba encantada. Poco a poco fue llevando sus cosas en una invasión silenciosa y totalmente consentida. En ningún momento hicieron planes, ni hablaron de vivir juntos, pero no era necesario, él había conquistado su casa, su corazón y su cuerpo.

El sábado Víctor la despertó y le

dijo que se arreglara porque iban a comer con sus padres, entonces estalló el conflicto. Luna no estaba dispuesta a hacer lo que a él se le antojase sin protestar, ni oponerse y menos si era ir a casa de sus padres, sin antes haber hablado sobre el tema.

—No puedes llegar y decirme: Nena, ponte guapa que vamos a comer con mis padres.

—¿Y por qué no?

—Pues porque deberías haberme preguntado si yo quería conocerles.

—Tú ya los conoces —dijo con paciencia. Los padres de Víctor habían pasado por las oficinas en

varias ocasiones, eran agradables y simpáticos con todos los empleados. Luna había coincidido con ellos e incluso más de una vez habían comido juntos.

—Ya, pero ahora es distinto.

—¿Porque estamos juntos?

—Pues claro.

La tomó de la cintura y la abrazó, hundió su cabeza entre su cabello y besó su cuello.

—Venga, preciosa, nos están esperando.

Luna se retorció entre sus brazos luchando entre lo bien que se sentía estando en sus brazos y la necesidad de salirse con la suya.

—¡Que no, que no voy!

Víctor mordisqueó su cuello, sabía que eso a Luna la volvía loca, mientras sus manos acariciaban con total desvergüenza sus nalgas.

—Vamos, nena. —Su voz la envolvía, era melosa y adictiva, como un potente afrodisiaco.

—No puedes hacerme esto. —Cada vez sonaba menos convincente.

—Sólo una vez.

—Sólo una vez —por fin claudicó. Víctor ejercía tal dominio sobre su cuerpo que sería capaz de hacer cualquier cosa por él cuando se ponía en plan cariñoso.

—Te quiero.

—Ya, ya, ahora no seas pelota. Ya conseguiste lo que querías, no hace falta que me alabes los oídos.

—Es la verdad. —Dejó de acariciarla y la miró muy serio—: Te quiero. No quiero que lo dudes nunca, jamás.

Pero Luna no lo dudaba, porque todos y cada uno de los días de esa semana se lo había dicho una y otra vez.

Los padres de Víctor vivían en La Moraleja, en una urbanización de lujo situada a las afueras de Madrid. Su inmenso chalé de mil cien metros cuadrados, rodeado de

una parcela de diez mil metros cuadrados, estaba situado en el centro de la urbanización y gozaba de todas las comodidades y privilegios de los que los ricos y famosos disfrutaban en su paraíso particular, no apto para secretarias, ni peluqueras.

Un gran muro rodeaba toda la parcela y su altura impresionaba, la seguridad y la privacidad estaban aseguradas. Luna estaba nerviosa, una cosa era ver a los padres de Víctor en la oficina cuando él era su jefe y otra muy diferente presentarse en su inmensa mansión, entrar en su hogar, como su pareja y

futura madre de su nieto.

El coche se paró junto a la puerta de entrada, una enorme con rejas. Víctor bajó la ventanilla y asomó la cabeza, pulsó el botón del interfono.

—Hola, Víctor —contestó una voz, desconocida para Luna, desde la casa al verle a través de la cámara.

Las puertas se abrieron lentamente. Víctor dejó el coche aparcado dentro de un inmenso garaje donde había varios de gama alta, entre ellos un precioso Mercedes-Benz Berlina negro y brillante que Luna reconoció pues un día los padres de Víctor la

llevaron a su casa después de haber comido juntos.

Un sendero compuesto por pequeños guijarros formando curiosos dibujos les condujo hasta la puerta principal de la gran mansión. No hizo ninguna falta llamar pues una mujer de unos setenta años les estaba esperando con la puerta abierta y una enorme sonrisa en los labios. Luna no sabía de quién se trataba ya que era la primera vez que la veía.

Su aspecto le llamó mucho la atención, vestía de forma un tanto estrafalaria con un largo vestido de estilo *hippie* que lucía todos los

colores del arcoíris. Su largo pelo canoso estaba recogido por una trenza y un montón de pulseras elaboradas de muy distintos materiales y formas tintinearón al mover sus brazos para recibir a Víctor entre ellos.

—Oh, mi niño querido —dijo mientras le estrechaba con fuerza.

Era tan pequeña que quedó casi oculta entre los fuertes brazos de Víctor que le dio un tierno beso en la mejilla.

A Luna, que se había vuelto una llorona desde que sus hormonas se divertían a su costa jugando con sus estados de ánimo, se le escaparon

las lágrimas al ver la bonita estampa de esa tierna anciana abrazada a ese hombretón que desprendía cariño y ternura por todos los poros de su piel.

—¡Qué ganas tenía de verte! —le dijo y de repente se separó y le dio un fuerte manotazo en el brazo—. ¡Eres un sinvergüenza! Mira que no venir a verme cuando regresaste de Valencia. Te he estado esperando todos los días.

—Lo siento, Gina, no he podido.

La mujer le volvió a golpear con fuerza.

—No me vengas con esas tonterías, si quieres puedes.

Y Luna pensó que tenía toda la razón del mundo, le dieron ganas de golpearle ella también. ¿Cómo había tenido esperando a una mujer tan encantadora y tierna como esa?

—Vale, vale. Perdona, lo siento, tienes razón.

—Siempre tengo razón —sentenció, entonces reparó en Luna y la miró con curiosidad— ¿Quién es esta preciosa muchacha? —le preguntó a Víctor sin apartar sus ojos de ella.

—Gina, te presento a Luna —le dijo y después dirigiéndose a ella le aclaró—: Esta preciosidad es Gina, nos ha criado a mí y a mi

hermano. Nuestros padres trabajaban horas y horas y ella nos cuidaba, nos mimaba y de vez en cuando nos regañaba, sobre todo a mí.

—Porque eras tan trasto que te pasabas los días castigado. — Ambos rieron al recordar.

—La verdad es que siempre di mucha guerra.

—Pero ahora eres un hombre bueno. —Le palmeó la cara con cariño—. Ahora estoy jubilada y vivo aquí. Los Amorós son todo lo que tengo, nunca me casé, ni tuve hijos. —Su mirada se entristeció.

—Nosotros somos tu familia. —

Víctor la tomó de nuevo entre sus brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla que le hizo reír, ella le acarició la suya con sus manos ya arrugadas por el paso del tiempo.

—Lo sé, pero basta ya de hablar de mí y veamos a esta preciosa muchacha. —Tomó la cara de Luna entre sus manos, se la movió de un lado a otro para ver sus facciones desde todos los ángulos y buscando otros puntos de luz para apreciar su belleza. Parecía que estaba examinando una pieza de arte por la manera de mirarla. De repente retiró su mano y se volvió hacia Víctor—. Ya era hora de que

sentaras la cabeza. –De nuevo centró su atención en Luna, la abrazó con fuerza y dijo—: ¡Bienvenida a la familia!

Luna miró a Víctor pidiéndole una explicación, ¿cómo sabía ella que eran pareja? Él se limitó a encogerse de hombros. No tenía ni idea, él no había comentado nada a la familia, pero Gina era un poco bruja y sólo con verlos se había dado cuenta de que estaban juntos.

Los tres entraron en el interior de la casa y Luna se quedó totalmente fascinada mirando el recibidor, era casi tan grande como toda su casa. Dos cuadros que representaban

paisajes campestres y que tenían pinta de ser muy caros estaban colocados a ambos lados de una preciosa puerta destinada a separar el recibidor del salón principal de la casa y que estaba decorada de forma exquisita con estrellas y cuarterones de pino y nogal. Gina la abrió y entonces entraron en un enorme salón decorado con muebles de cerezo, altas estanterías cargadas de libros, un sofá esquinero enorme y con un aspecto tan cómodo que incluso daban ganas de echar una siesta. Los techos eran altos y una impresionante lámpara decorada

con montones de cristalitos en forma de gota resaltaba por su esplendor y delicadeza. Justo al lado de un ventanal que daba al jardín, había una gran mesa ovalada y, sobre ella, un jarrón enorme repleto de rosas frescas que desprendían su aroma por todo el salón.

—¡Víctor! —Luna se volvió al escuchar esa voz conocida para ella y vio a Adela, la madre de Víctor, que bajaba las escaleras para recibirles.

Madre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo y ambos se besaron en las mejillas.

—Mamá, ¿te acuerdas de Luna?

—Cómo iba a olvidarla. —Una gran sonrisa le iluminó la cara al mirarla—. ¡Estás preciosa! —le dijo entusiasmada.

—Muchas gracias. —Luna no pudo evitar ponerse colorada.

Adela era una preciosa mujer que parecía mucho más joven de lo que era en realidad. Era muy delgada y tenía el cabello rubio al igual que sus dos hijos. Llevaba un discreto traje azul oscuro que seguramente era de algún diseñador famoso y el maquillaje justo para disimular las arrugas y que no pareciese una máscara. Siempre elegante y con

gustos refinados, pero amable y cercana.

Le dio dos besos a Luna en las mejillas y esta pudo percibir su aroma afrutado de un caro y sofisticado perfume que Luna identificó por ser uno de sus preferidos.

—¿Dónde está papá? —preguntó Víctor.

—Está con tu hermano en la cocina. Ya sabes lo que le gusta cocinar, está haciendo una paella, ya veremos cómo queda. —Su risa sonó melodiosa.

—Seguro que muy bien. —Víctor le guiñó un ojo a Luna—. Mi padre

es el mejor cocinero del mundo.

Martín había trabajado desde los catorce años y hacía tan sólo dos que obligado por su médico, su mujer y sus dos hijos, se había jubilado. Pero como hombre activo que era necesitaba estar en todo momento haciendo cualquier cosa que le distrajera y últimamente le había dado por cocinar. A un curso de cocina para novatos, le siguió otro de cocina creativa y uno de repostería.

—Este hombre es increíble, ahora me echa de la cocina, se pone el delantal y luego deja todo hecho un auténtico desastre —protestó Gina.

—¿Ya estás refunfuñando, Gina?

—Todos se volvieron cuando Martín entró en el salón seguido muy de cerca por Marcos que al ver a Luna se quedó paralizado y con la boca abierta por la sorpresa.

20

Cero



Marcos se revolvió inquieto en la cama. Llevaba despierto desde las cuatro de la mañana. Después de dar muchas vueltas, decidió poner la tele esperando que el sueño le venciera, a pesar de que la programación era un auténtico aburrimiento, no consiguió alcanzar el ansiado descanso hasta las seis

de la mañana. Pero le duró muy poco, sobre las siete ya estaba de nuevo con los ojos abiertos.

Se levantó ya harto de intentar conciliar el sueño. Era sábado y no tenía que ir a trabajar. Aunque tenía mucho papeleo atrasado, ese día tenía comida con la familia y eso le había obligado a dejar muchas cosas por hacer.

Estaba molesto, nunca jamás abandonaba un trabajo por nada del mundo y menos en ese momento en el que el negocio necesitaba que estuviera pendiente al cien por cien de todos y cada uno de los detalles. El nuevo gimnasio que iban a

inaugurar muy pronto en Valencia se llevaba casi toda su atención, pero eso no le importaba porque era lo que más ansiaba, expandir su negocio y que todo el mundo conociera su cadena de gimnasios. Su mayor deseo era llevar a H. A. Gym a lo más alto. Pero su madre había sido muy clara en su amenaza, le había dicho: «O vienes este sábado a comer o te juro que iré yo misma a buscarte y te traeré a casa agarrándote de una oreja», así que no le había quedado más remedio que ceder y dejarlo todo aparcado hasta el lunes. Sonrió al recordar a su madre amenazándole

con esas palabras, se había sentido como cuando era niño, su hermano hacía una de las suyas y ambos se llevaban la regañina. Siempre era igual, siempre había pasado lo mismo, Víctor hacía la trastada, le liaba en sus aventuras y al final ambos recibían el castigo.

Se asomó a la ventana de su habitación y contempló las vistas, desde allí podía ver un gran bosque que rodeaba toda la urbanización. Los árboles se erguían firmes y casi desprovistos de hojas. Se acercaba el invierno y en esa época era cuando estaba más bonito, por lo menos así lo sentía él.

Recuerdos de su infancia llenaron su cabeza, retazos de una vida pasada, una vida en la que no había más preocupación que encontrar con qué jugar e intentar seguir a su hermano mayor en todo lo que hacía. ¿Cómo había pasado de ser un niño feliz a estar tan amargado? Cerró los ojos con fuerza y se concentró en rememorar ese momento en el que decidió cambiar sus prioridades, ese instante en el que pasó de disfrutar de todo a centrarse en exclusiva en su deseo por ser el mejor, por alcanzar lo máximo en su carrera hacia el triunfo. Hubo un momento en su

vida en el que se prometió alcanzar sus metas, pasase lo que pasase.

Suspiró con fuerza y se dirigió a la ducha. Quitarse la ropa le costó pues sentía frío a pesar de tener la calefacción al máximo. «Maldito frío», pensó, siempre le había gustado el invierno pero últimamente odiaba sentirse helado tanto por dentro como por fuera. Se dio una ducha rápida. Se envolvió en la toalla, sin dejar de tiritar mientras sus dientes castañeteaban.

Pensaba ponerse uno de sus trajes, pero al final se decantó por uno de los pocos pantalones vaqueros que tenía y un jersey de

lana de cuello alto.

Entró en la cocina y se preparó un café y una tostada. Se sentó junto a la encimera en un pequeño taburete que le había costado una pasta por ser de un diseñador famoso, aunque él ni siquiera recordaba su nombre y era un tanto incómodo. Se bebió el café casi de un sorbo, pero la tostada fue entera a la basura. No tenía apetito, su estómago parecía cerrado. Útilmente comía mal y muy poco, nada le apetecía, nada le gustaba.

Tomó su abrigo largo de paño, se envolvió en una larga bufanda de lana y salió de su apartamento.

Cuando llegó a casa de sus padres, su madre era quien le estaba esperando. Le abrazó con ternura y Marcos se acurrucó contra su cuerpo, el calor que desprendía consiguió calentarlo por primera vez en mucho tiempo y cuando ella se separó deseó regresar a sus brazos, necesitaba continuar sintiendo ese calor tan reconfortante que le daba placidez.

—¡Oh, Dios mío! —le gritó mirándole de arriba abajo con cara de preocupación—. Estás muy delgado. Tienes mala cara, hijo, ¿estás enfermo?

—No, no, estoy bien. Es sólo

que... —No podía seguir mirándose en los ojos de su madre, no quería que ella le analizase como si fuera un niño y le pusiese la mano en la frente para ver si tenía fiebre. Así que bajó los ojos al suelo e intentó cambiar de tema—. ¿Dónde está papá?

—En la cocina. —Adela conocía muy bien a sus hijos y sabía perfectamente que Marcos no estaba bien. Algo le preocupaba y atormentaba, pero también era consciente de que no se lo iba a contar. Así como Víctor era abierto y muy charlatán, Marcos siempre había sido callado y nada dado a

contar sus problemas, se los guardaba muy dentro y procuraba no dejar ver sus sentimientos. Una de sus mayores frustraciones era la falta de comunicación con su hijo y verle sufrir sin poder, ni saber cómo ayudarlo, eso siempre le había angustiado mucho.

Adela vio con tristeza cómo su hijo pequeño se encaminaba a la cocina en busca de su padre. Martín estaba colocando al fuego una paellera enorme y nueva que había comprado esa misma mañana.

Padre e hijo tenían casi la misma altura y sus ojos eran exactamente del mismo color azul, oscuro y

profundo. Todo el mundo decía que, sin duda, Marcos era el más parecido a su padre físicamente.

Ambos hombres se abrazaron con fuerza y se dieron dos besos en las mejillas mientras se palmeaban con fuerza en la espalda.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás? —Le miró, al apreciar sus ojeras y su delgadez le preguntó— ¿Te encuentras bien?

—Sí, es sólo que no he dormido muy bien.

Martín le palmeó la cara con cariño y le sonrió.

—Anda, ayúdame a hacer la paella.

—Yo no tengo ni idea de hacer una paella —dijo sorprendido, jamás había cocinado nada.

Martín le miró desencantado, sus hijos eran muy trabajadores, eso lo habían heredado de sus padres, pero también eran un total y absoluto desastre en las cosas más simples de la vida, como prepararse un buen plato de sopa o plancharse una camisa. Desde pequeños procuró inculcarles y enseñarles todas esas cosas, pero pasaba poco tiempo con sus hijos y ellos nunca prestaban atención a ese tipo de tareas, así que ahora de mayores ni siquiera les preocupaba

intentarlo, simplemente se lo encargaban a otros.

—Deberías aprender a cocinar. Estás muy delgado y seguro que es porque comes muy mal.

—No tengo tiempo.

Martín sacudió la cabeza con pena, eso era lo que él mismo decía cuando tenía la edad de su hijo. No tenía tiempo para nada, sólo trabajar y trabajar.

—¿Te apetece una cerveza? — Abrió la nevera, sacó una y se la ofreció.

—Prefiero vino. ¿Tienes?

—Sí, claro. —Lo sacó de la nevera y Marcos le miró

horrorizado.

—¿Tienes un rioja que cuesta más de cuarenta euros metido en la nevera?

—Pues claro, a tu madre le gusta frío.

Sin más y para terminar de escandalizar a su hijo le sirvió el vino en un vaso. Marcos arrugó la frente y le miró como si hubiese cometido el delito más atroz y terrible.

Refunfuñó y protestó, pero finalmente le dio un pequeño sorbo y lo paladeó.

—¿Qué te parece? —le preguntó su padre.

—Buenísimo.

—Me alegro, porque he comprado tres cajas.

—Pues has hecho una buena compra. Pero, por favor, papá la próxima vez sírvelo en copa.

—Dime una cosa, ¿sabrá diferente si te lo doy en una copa? Lo importante es el contenido, el líquido rojo que va dentro de la botella. El exterior no es nada. ¿Qué más da si va en un vaso o en una copa, si tienes la ocasión de saborearlo y paladearlo igual? No tienes que preocuparte tanto por el envase, preocúpate por el contenido. —Con un dedo le señaló

su corazón y Marcos supo que su padre no estaba refiriéndose al vino, a vasos ni copas, sino a algo más importante, a él.

Se quedó sin palabras, qué decir a una verdad que no tenía réplica.

—Ahora vamos a cocinar una rica paella. Tú ocúpate de la ensalada.

Y así lo hicieron los dos mano a mano, permanecieron sin hablar y concentrados en su trabajo hasta que Martín harto de tanto silencio preguntó:

—Dime, hijo, ¿cómo te va?

—Muy bien. —Marcos se había remangado y estaba troceando un tomate—. El gimnasio de Valencia

está ya casi terminado. Si va bien abriremos otro en Barcelona y...

—Eso no es lo que te he preguntado —le interrumpió Martín—. Yo quiero saber sobre ti, no sobre los negocios.

Marcos tragó saliva. ¿Qué podía decirle sobre su vida? ¿Que era un auténtico idiota y estaba dejando marchar al amor de su vida por una estúpida obsesión? ¿Que estaba vacío y que el frío se había instalado muy dentro de sí?

—Estoy bien —dijo secamente y continuó cortando la lechuga para preparar la ensalada.

—Marcos, ¿crees que tu madre y

yo somos tontos? Aunque no vienes a vernos y apenas nos llamas, sabemos todo sobre ti. Sabemos que estás saliendo con la pequeña de Roberto y Tatiana. ¿Cómo es su nombre?

—Estrella.

—Estrella, sí, esa chica insulsa que tan sólo piensa en el dinero y en alcanzar una buena posición. ¿Cómo narices te has fijado en ella?

«Porque yo también soy así, insulso, elitista, egoísta...», pensó con tristeza.

—Ya no estoy con ella.

Martín resopló con fuerza, como

si se hubiese quitado un gran peso de encima.

—¡Gracias a Dios! Me acabas de dar una alegría. Sólo imaginarme las reuniones familiares con ella se me ponía la carne de gallina.

Marcos no pudo evitar soltar una carcajada, su padre siempre era espontáneo y natural, todo lo que pensaba lo decía, era igual que su hermano. Pensó que le gustaría tener algo de ellos, ser menos introvertido, más abierto. De pronto escucharon unas voces que provenían del salón.

—Parece que tu hermano ha llegado. Vamos a saludarle, deja

eso, luego terminamos.

La paella ya estaba terminada, Martín la retiró del fuego y ambos se encaminaron al salón. Cuando entraron, junto a su hermano, Gina y su madre, había una mujer. Marcos se quedó paralizado cuando la reconoció. ¿Qué hacía ella allí? ¿Acaso su hermano se había vuelto totalmente loco? ¿No pretendería contarles a sus padres lo del embarazo de Luna? Algo dentro de él se retorció gritando enfurecido, algo que aunque quería no podía controlar. No podía permitir que su hermano terminase con una simple secretaria, él merecía algo mejor.

Los negocios eran lo único importante y había luchado muy duro para que esa mujer lo estropease todo. ¿Qué iban a pensar los clientes? No era serio que secretaria y jefe retozasen juntos. Todo su mundo se estaba viniendo abajo, todos sus planes se estropeaban.

Mi pequeño tesoro



—Hola, Marcos —saludó Luna con una radiante sonrisa. Ese estúpido engreído había perdido por completo el color hasta el punto que parecía que de un momento a otro se iba a desmayar y ella se sentía dichosa.

«¡Toma, por cabrón!», se regocijaba.

—Hola, Luna —dijo con voz chillona y nerviosa.

Marcos la saludó dándole dos besos en las mejillas y después se dirigió a su hermano. Se abrazaron dándose fuertes palmadas en la espalda. Marcos lo hizo con más fuerza de la debida y acompañó sus golpes con una mirada que Víctor interpretó a la perfección, pues se conocían tan bien que en muchas ocasiones no necesitaban usar palabras, le decía con claridad: ¿Qué cojones hace ella aquí? ¿No pensarás decir nada del embarazo? Víctor no entró en su juego y se limitó a lanzarle una mirada que le

decía: eso no es asunto tuyo.

—Cariño, ¿está la paella terminada? —preguntó Adela totalmente ajena al silencioso diálogo que sus dos hijos estaban manteniendo en ese momento.

—Sí. Ponemos la mesa y a comer que si se enfría no está igual de buena.

—Un momento. Marcos, ¿no piensas darle un beso a tu Gina? —dijo ella con los brazos en jarras.

—Pues claro que sí —dijo él, se acercó a la anciana y la tomó entre sus brazos.

—¡Estás muy delgado! —le regañó ella y Marcos soltó una especie de

bufido, ya estaba harto de que todo el mundo le dijese lo mismo.

Entre todos pusieron la mesa y se sentaron a comer. Luna se sentía cómoda entre los Amorós, la trataban como una igual y eran todos muy simpáticos, todos menos Marcos que no había abierto la boca en toda la comida y que de vez en cuando le lanzaba miradas que ella no sabía descifrar si eran de odio o de indiferencia total.

Charlaron de muchos temas. Martín les habló sobre su nueva afición a la cocina y todos alabaron la sabrosa paella que había elaborado para toda la familia.

Luna observaba y no podía parar de sonreír. Eran una bonita familia, muy similar a la suya. Los Amorós estaban unidos y se querían, de eso no cabía ninguna duda, tan sólo una sombra oscura crecía y era la que creaba la opaca mirada de Marcos. No es que él no amase a los suyos, pero había algo en su fría personalidad que le impedía comportarse como el resto de los miembros del grupo, algo le obligaba a permanecer serio, triste y apartado de la algarabía.

Cuando terminaron de comer Martín tenía preparada una sorpresa culinaria. Una deliciosa

tarta de chocolate que había preparado siguiendo la receta de su clase de repostería.

Gina sirvió un enorme trozo a cada uno de los muchachos y otros un poco más pequeños para el resto de los comensales.

La tarta estaba tan buena que todos repitieron, todos menos Marcos que apenas podía tragar el primer trozo y que se limitaba a jugar con él en su plato. Llevaba ya un buen rato desplazando un pequeño pedazo de un lado para otro intentando disimular ante los ojos de los demás su falta de apetito, para que nadie le dijera

nada. No tenía ganas de más charlas sobre su delgadez, sobre su mala cara o sobre su personalidad.

—Tienen una casa preciosa —dijo Luna mientras cortaba un trozo de tarta y se lo llevaba a la boca.

—Demasiado grande —exclamó Adela—. Estamos pensando en venderla, ya hemos puesto un anuncio en la inmobiliaria.

Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—¡No podéis vender esta casa! —dijo Víctor preocupado, mirando a su hermano buscando apoyo. Ninguno de los dos sabía nada de esa decisión que habían tomado sus

padres sin contar con ellos.

—Estamos los tres solos —declaró Martín—. Nos da mucho trabajo y ya somos demasiado mayores.

—Pues contratad a alguien que os ayude —intervino por fin Marcos que hasta entonces no había abierto la boca nada más que para dar pequeños sorbos a su vaso de vino y tomar unas escasas cucharadas de arroz—. No sé por qué narices os empeñáis en hacerlo todo vosotros.

—Si al menos nos dieseis algún nieto —dijo Adela y soltó un fuerte suspiro.

Luna que en ese momento estaba bebiendo espurrió todo el líquido

sobre la cara de Marcos que se encontraba justo frente a ella.

—Lo siento mucho —dijo muy angustiada. Se levantó con una servilleta para limpiar el desastre que había causado en la cara de Marcos. Él estaba tan sorprendido que se quedó paralizado, sintiendo cómo el agua resbalaba por sus mejillas, llegaba a su barbilla y caía sobre su pantalón.

—No te preocupes, es sólo agua. —Víctor le quitó la servilleta de la mano y se la lanzó a su hermano para que se limpiase él solo.

—Sí, gracias a Dios es sólo agua. Así no quedará mancha —dijo

Marcos claramente molesto, con los dientes apretados y pasándose la servilleta por la cara.

—Ahora que habéis sacado el tema. —Víctor recibió un fuerte puntapié por debajo de la mesa de un zapato que supuso sería de Luna que le miraba suplicante.

Marcos dejó de limpiarse el pantalón, clavó sus ojos azules sobre su hermano. Movía la cabeza negando y con los labios sin emitir ningún tipo de sonido, vocalizó un no rotundo.

—Tengo una noticia que daros — prosiguió Víctor que no pensaba hacer caso a los dos pares de ojos

que se clavaban sobre él con tal fuerza que sin mirarles podía sentir cómo le fulminaban. Tomó la mano de Luna, aunque ella se resistió e intentó soltarse, incluso le dio un manotazo, pero Víctor la recuperó, la apretó con fuerza, así que no le quedó más remedio que claudicar—: Luna y yo vamos a tener un bebé. Vais a ser abuelos. —Soltó de golpe con una brillante sonrisa y entonces cundió el caos.

Adela, que estaba de pie cortando otro trozo de tarta, se tuvo que sentar en la silla pues las piernas no le respondían, las rodillas se le doblaban como si no tuviese poder

sobre su propio cuerpo. Su bonito color de piel, con mejillas sonrosadas, se volvió blanquecino y su corazón comenzó a latir tan rápido que puso su mano sobre él en un absurdo intento de frenarlo.

Martín que en ese momento se llevaba un gran trozo de tarta hacia la boca, se quedó con esta abierta y el tenedor flotando en el aire totalmente estático.

La única persona que continuó comiendo sin inmutarse fue Gina, ella ya se había olido algo así, su sexto sentido le había dicho muy certeramente que entre Luna y Víctor había algo especial y que

además ocultaban alguna sorpresita. Qué podía ocasionar mayor felicidad que un niño correteando por la casa.

—Oh... oh... —balbuceaba su madre.

—Enhorabuena —soltó Marcos utilizando un tono burlón—: Felicidades, hermano. ¿Ya estás contento? No te podías callar, ¿no?

Todos se quedaron mirándole sin comprender por qué se ofendía tanto y por qué era él quien montaba un escándalo ante la noticia.

—Tenías que soltarlo así, de repente —continuó, cada vez más

colérico—. ¿Qué pretendes, que a mamá le dé un infarto?

—¡Basta, Marcos! —le reprendió Martín al ver cómo todo lo que su hijo pequeño soltaba por la boca estaba afectando a Luna de tal manera que las lágrimas comenzaban a asomar a sus ojos—. Ya es suficiente.

—¿Qué te pasa, hijo? —le preguntó Adela preocupada.

—¡A mí! ¿Que qué me pasa a mí? Esto es el colmo. Esto no se trata de mí, sino de él —dijo señalando a Víctor con el dedo. Entonces se levantó de la silla, apoyó las manos sobre la mesa y con los puños

fuertemente cerrados dio un golpe que hizo que Luna se sobresaltara—. ¡Es él quien ha dejado preñada a su secretaria! ¡Es él el que no sabe mantener su polla dentro de los pantalones!

Entonces fue Víctor quien se levantó de la silla con tal ímpetu que esta cayó al suelo, de dos zancadas se plantó frente a su hermano y le cogió fuertemente de la pechera.

—Te juro que si vuelves a referirte a Luna en ese tono te parto la boca. —No alzó la voz, no necesitaba gritar, su mirada, su forma de entonar cada una de las

palabras que pronunciaba desprendían tal fuerza e intensidad que daba miedo.

Martín se colocó entre sus hijos y con mucho esfuerzo logró separarlos.

—¿Se puede saber qué te pasa?! —reprendió con dureza a Marcos—. Será mejor que te marches, te tranquilices y cuando vuelvas sea para pedir disculpas a todos, pero sobre todo a tu hermano y a Luna.

Marcos parecía confuso, como si algo le hubiese poseído por unos instantes y en ese momento hubiese abandonado su cuerpo, dejándole totalmente aturdido.

—Sí, será mejor que me vaya — dijo con la mirada perdida. Sin más tomó su abrigo y sin despedirse salió precipitadamente.

Todos se quedaron en total silencio, tan sólo se escuchaba la respiración entrecortada de Víctor que intentaba tranquilizarse.

—Será mejor que prepare una tila —dijo Gina, se levantó y cabizbaja caminó hacia la cocina.

—¿Estás bien? —Víctor se arrodilló junto a Luna, con mucho cariño le tomó la cara entre sus manos. Estaba preocupado por cómo podía afectarles a ella y a su bebé lo ocurrido.

—No te preocupes, estoy bien.

Víctor miró a su madre, se la veía triste y al borde de las lágrimas.

—Lo siento, mamá —le dijo.

—Oh, no cariño, tú no tienes la culpa. No sé qué le pasa a tu hermano, no entiendo por qué se comporta así —entonces miró a Luna—, es un buen hombre, aunque no te lo creas, no es malo. —Necesitaba exculparlo, explicar lo inexplicable.

—Lo sé. —Luna tomó la mano de Adela, se la estrechó con cariño. Sabía que para ella estaba siendo una situación difícil y muy dolorosa.

—Desde niño... —comenzó a hablar—, siempre quería ser el mejor en todo. Sus notas tenían que ser las mejores, cuando jugaba tenía que ganar siempre. Llegó un momento en el que sólo se preocupaba por estudiar, no salía con amigos, no se divertía. Decía que se había puesto una meta, que iba a alcanzarla como fuese y a llegar muy alto. Su padre y yo estábamos muy preocupados e intentamos hacerle cambiar. Se pasaba los días en casa con la cabeza metida entre los libros. Es un buen hombre, con un gran corazón, pero está tan obsesionado

con ser el mejor en todo que no se da cuenta de lo que va perdiendo por el camino.

Todos se quedaron en total silencio, no había mucho más que decir.

Si pudiera caminar sin
ti



Era la mañana del lunes y Marcos se abrochaba sus zapatillas Nike de *running*. Se había levantado muy temprano, después de lo ocurrido en casa de sus padres había pasado un horrible domingo y otra noche más en blanco. Se sentía avergonzado, era totalmente

consciente de que su comportamiento no había sido el correcto. Había hecho daño a sus padres, a su hermano y a Luna. Se maldijo un millón de veces y se fustigó.

«Últimamente no haces otra cosa que cagarla», se dijo. Pero ¿quién puede controlar la mente? ¿Quién es capaz de obligar a su cabeza a ponerse de acuerdo con su corazón? ¿Quién puede ejercer un fuerte dominio sobre lo que siente?

Llevaba un chándal Adidas de algodón gris oscuro y se colocó sobre la manga un brazalete para poner el móvil y escuchar música

mientras corría. Se ajustó los auriculares, buscó la música que le apetecía escuchar mientras hacía ejercicio, un poco de *heavy metal*: AC/DC, Metallica, Iron Maiden... Lo puso a máximo volumen y salió de casa.

En el ascensor se encontró con el vecino de enfrente que le saludó, pero Marcos apenas le miró, tan sólo se limitó a mover la cabeza y esbozar lo que podría, con mucha imaginación, confundirse con una sonrisa. No sabía cómo se llamaba ni le interesaba en absoluto, pero él parecía deseoso de charlar.

Subieron los dos juntos y Marcos

miró a su vecino, podía ver cómo movía la boca, le estaba contando lo frío que estaba el día y que el hombre del tiempo había dicho en el telediario no sé qué de la ciclogénesis explosiva. Él se limitó a asentir a todo lo que le decía, intentando parecer muy interesado en su cháchara, pero no porque le importase en absoluto, sino tan sólo por educación.

Cuando llegó el ascensor a su destino, la planta baja, y las puertas se abrieron, Marcos le dejó paso y salió como una exhalación, mientras le lanzaba un adiós. Nada más salir a la calle sintió el intenso

frío del que su vecino había hablado incansablemente. Se colocó la capucha de la sudadera y comenzó a correr. La música sonaba atronadora por sus auriculares, en ese momento, James Hetfield cantaba a voz en grito: «Or are you unforgiven too?».

Marcos aumentó la velocidad y notó cómo el sudor comenzaba a resbalarle por la espalda. Le gustaba correr y procuraba hacerlo casi todas las mañanas antes de ir a trabajar.

Tan sólo eran las siete y las calles se estaban llenando poco a poco de gente que iba a su trabajo. Algunos

caminaban lentamente como si dar un paso más les supusiera un terrible esfuerzo, otros lo hacían con rapidez pues seguramente llegaban tarde. Muchos le miraban y pensaban: «hay que tener narices para correr a estas horas y con el frío que hace», pero a él le importaba un comino lo que pensara nadie, se limitaba a acelerar su carrera y a disfrutar con el viento golpeándole la cara.

Continuó unos kilómetros más sin destino fijo, tan sólo escuchaba la música y dejaba que sus pies pisasen fuerte el asfalto. No levantaba la cabeza del suelo y su

mente estaba totalmente centrada en llevar la respiración y en disfrutar del momento.

No sabía cuántos kilómetros llevaba recorridos cuando se decidió a levantar la cabeza y mirar dónde se encontraba. Se paró de golpe y lanzó un sonoro taco que hizo que una mujer que caminaba aferrada a un carrito de la compra se volviese asustada. Sin darse cuenta había recorrido la distancia que había desde su casa hasta la peluquería de Lola, en total doce kilómetros. Inconscientemente había corrido a su lado, necesitaba verla y de eso no había ninguna

duda.

Apoyó sus manos sobre las rodillas intentando recuperar el aliento, el sudor corría por su cara y se pasó la manga de la sudadera para limpiar el que comenzaba a introducirse en sus ojos y le estaba haciendo lagrimear. Caminó lentamente dejando que su corazón volviese a su ritmo normal, inspiró y espiró varias veces mientras elevaba los brazos haciendo grandes círculos en el aire.

Y, ahora, ¿qué narices hacía? Miró el reloj del móvil y vio que eran ya las ocho de la mañana, llevaba casi una hora corriendo.

Podía regresar a casa de nuevo a la carrera o bien... o quizá esperar a que Lola abriese la peluquería.

Se bajó la capucha y se quedó parado, sopesando sus opciones, estuvo en la misma posición como diez minutos, con la cabeza dándole vueltas. Ella le decía: «vete», pero su corazón en cada latido le ordenaba: «Espérala». ¡Qué locura! ¿A quién hacerle caso?

Si se quedaba a esperarla podría ir directamente al trabajo y ducharse allí, siempre tenía ropa de recambio. Finalmente decidió hacerle caso a su bombeante víscera y quedarse a esperarla así

como estaba, sudoroso.

Decidió entrar en el bar donde tomaban siempre el café. El dueño, Pepe, estaba tras la barra y le miró sorprendido. Marcos nunca llegaba a esa hora y jamás le había visto en chándal, sudoroso, con la barba, el pelo revuelto y unas ojeras enormes y oscuras. Él siempre iba impecable; con traje, perfectamente afeitado y peinado como si fuese un modelo.

Como nunca le había dado conversación, no le preguntó nada, simplemente le dio los buenos días y se limitó a tomarle el pedido.

—Un café bien cargado, por

favor.

Marcos tomó su café, se sentó en la mesa que había frente al gran ventanal que daba justo frente a la peluquería, la esperaba allí. No apartaba la mirada de la puerta deseando verla llegar.

—¿Quiere algo de comer? — preguntó Pepe.

Marcos se volvió a mirarle, negó con la cabeza. Entonces reparó en el camarero, sorprendido se dio cuenta de que tenía una enorme cicatriz que le atravesaba la cara desde el labio hasta la frente. Llevaba más de tres años yendo día tras día a tomar café e incluso

alguno que otro a tomar una cerveza después del trabajo y esa mañana era la primera vez que le miraba a la cara y veía esa fea cicatriz.

—¿Qué le ocurrió? —No supo bien a quién le asombró más su pregunta, si a él mismo o a Pepe.

Marcos tenía la extraña necesidad de saber algo más sobre el hombre que día a día le preparaba los cafés. Se sintió raro, pues eso nunca le había ocurrido, normalmente la vida de los demás no le interesaba.

—Hace unos cinco años me atracaron. El tipo me amenazó con una navaja pero yo no estaba

dispuesto a darle la recaudación del día, necesitaba el dinero.

Entonces ocurrió algo sorprendente, algo extraordinario, Marcos se levantó de la silla y tomó un taburete al lado de la barra, quería estar más cerca de Pepe para no perderse ni una sola palabra de su historia. Le escuchó con total atención e interés. Le hizo un montón de preguntas e incluso se rio a carcajadas con alguna de sus irónicas respuestas que le sorprendían al tratar de un tema tan delicado con un gran sentido de humor.

Se sentía tan cómodo que sin

darse cuenta el tiempo pasó con rapidez y cuando salió del bar la peluquería llevaba ya abierta más de un cuarto de hora.

Se despidió de Pepe que no podía creerse que ese tipo que parecía siempre enfadado con el mundo, que jamás le miraba a los ojos y que en todo ese tiempo ni siquiera se había molestado en saber su nombre, había estado esa mañana en su bar charlando con él como si fuesen amigos de toda la vida.

Cruzó la carretera a la carrera. Se sentía extraordinariamente bien, incluso la sonrisa no le había abandonado. Un rato de charla,

conocer un poco de la historia de Pepe, le había hecho sentirse cómodo.

Se paró delante de la entrada, las manos le sudaban, el corazón de nuevo latía con fuerza. Tan sólo tenía que atravesar esa puerta para verla, para poder oler su aroma. Tiró del pomo con energía y entró.

Lola estaba pasando la escoba y levantó la cabeza para ver quién entraba. Se quedó paralizada por la sorpresa, hacía tanto que no le veía. Le había echado tanto de menos.

Extrañamente sonreía y su aspecto no era el de siempre. Su pelo alborotado, su aspecto informal, su

barba. Parecía otro hombre, ese no era Marcos.

—¿Qué quieres? —le preguntó cuando logró sobreponerse a la sorpresa.

—Verte. —Dio un paso hacia ella—. Olerte. —Dio otro—: Tocarte.

Marcos había llegado en tres pasos a su lado y en ese momento se encontraban frente a frente, tan cerca que sentía su aliento sobre su cara, el calor que desprendía sobre su piel.

—Vete —le dijo, pero sin fuerza. La proximidad de Marcos la volvía débil, la necesidad de tocarle le hacía vulnerable.

—¡No!

Puso su mano en la cintura de ella, la obligó con un leve tirón a acercarse más. Lola podía sentir la erección de Marcos sobre su estómago, su pecho subiendo y bajando, su respiración jadeante como la de ella.

—No me hagas esto —le suplicó.

Pero él bajó sus labios hacia su boca y la besó. Lola forcejeó pero sin convicción alguna. Intentó empujarle, pero sin oponer casi fuerza. Intentó rechazar sus labios pero sin despegarse de ellos. Finalmente se rindió, abrió la boca y dejó que su lengua la invadiese

para jugar con la suya.

Marcos se apretó más contra su cuerpo, flexionó las piernas para poder frotar su dura erección contra el lugar donde ansiaba estar en ese momento, ese orificio suave y húmedo que seguramente le acogería encantado.

Lola gimió al sentir su fricción. Las manos de Marcos estaban totalmente abiertas abarcando sus nalgas, él las apretó con fuerza para conseguir una unión casi perfecta en la que lo único que estorbaba era la ropa.

Marcos buscó con su mano la abertura de la bata de Lola, al

encontrarla luchó para desabrochar los botones. Cuando lo consiguió jadeó de satisfacción al introducir sus dedos bajo el sujetador de Lola para poder acariciar uno de sus pezones con total libertad, sin nada que le separase, piel con piel.

Después de un beso intenso y abrasador recorrió su cuello, lo besó, lo lamió, depositó pequeños mordiscos que consiguieron que Lola temblase de placer.

Cegada por la pasión, dejó de pensar en el discurso que durante semanas había estado ensayando. Lo tenía todo planeado, pensaba insultarle de muchas y variadas

maneras, sobre todo haciendo referencia a sus atributos masculinos porque esos eran los que más dolían. Después le echaría el típico discurso de «no me importas nada, así que no pienses que me ha afectado que me dejases tirada en el sofá sin ninguna explicación». Finalmente, muy digna y con la cabeza bien alta le dejaría como un pasmarote mirando la perfecta ondulación de sus caderas al andar cuando le diese la espalda para marcharse. Había ensayado sus movimientos como si se tratase de una coreografía, intentando ser lo más *sexy* y

deseable posible para dejarle con unas enormes ganas de poseerla de nuevo.

Marcos regresó a sus labios, los devoró. Terminó de desabrochar la bata de Lola, retiró el sujetador. Abandonó su boca de nuevo pero solamente con el fin de posarla sobre uno de sus pezones que recorrió con la lengua y finalmente tomó entre sus labios.

—Vamos a algún sitio... más íntimo —dijo casi entre susurros, con voz ronca.

—Sí —contestó Lola entre gemidos.

A pesar de su proposición,

Marcos no la soltaba, continuaba saboreando sus pechos. Frotándose arriba y abajo. Finalmente, a regañadientes, consiguió con gran esfuerzo separarse del cuerpo de Lola. Si querían acabar con lo que había empezado, lo mejor era irse y buscar una cama, a ser posible. La ayudó a recomponer su ropa, cogió el abrigo del perchero, se lo colocó mientras aprovechaba cualquier excusa para acariciarla y besarla.

La tomó de la mano. Casi a la carrera tiró de ella hacia la puerta, pero Lola se había quedado quieta, como paralizada.

Marcos la miró extrañado, estaba

pálida, todo rastro de excitación había desaparecido de sus ojos y le miraba como si fuese un extraño.

—¿Pasa algo? —le preguntó preocupado por su rápido y drástico cambio.

—No puedes volver a hacerme esto.

—¿Cómo?

—No puedes follar conmigo y luego dejarme. ¡No! Contigo lo quiero todo, no me vale sólo un buen polvo de vez en cuando y luego cada uno a su casa. No quiero que te cruces por la calle conmigo y hagas como si no me conocieses, o me saludes como a una amiga. Lo

quiero todo.

Marcos intentó abrazarla de nuevo, pero en esta ocasión ella le rechazó tajantemente.

—O todo o nada. Dime Marcos, ¿qué escoges?

Durante un buen rato ambos permanecieron en total silencio, mirándose casi sin pestañear. Lola esperaba una respuesta que parecía no llegar y Marcos intentaba que sus labios se moviesen gritando que lo quería todo, absolutamente todo, pero su garganta estaba cerrada y no era capaz de vocalizar esas simples palabras, algo dentro de él se lo impedía.

—Yo... —dijo por fin.

—Será mejor que te marches. —
Lola se desprendió del abrigo y lo colocó de nuevo en el perchero bajo la atenta mirada de Marcos. No iba a consentir que de nuevo jugase con ella.

—¡No! —gritó de pronto y la agarró con fuerza de la cintura—. ¡No! ¡Lo quiero todo, todo!

Lola se soltó y dio un paso hacia atrás huyendo de él. Marcos estaba desesperado. Lo había estropeado todo de nuevo y la perdería. Su corazón latía frenético, sus manos intentaban tocarla, abrazarla, pero Lola le rehuía, incluso se negaba a

mirarle a la cara.

—¡Vete!

—Pero... pero... ¿por qué? — preguntó angustiado. Su mirada expresaba todos sus miedos, pero Lola se mantenía dura, se negaba a mirarle.

—Te ha costado más de diez minutos decidirte. Si fuera verdad que lo quieres todo, en el mismo instante que te lo pregunté, no habrías dudado. Yo no hubiera dudado. ¡Vete y no vuelvas más! Búscate otra peluquería.

—¡No! —gritó de nuevo derrotado.

«Eres un cobarde», se reprendió. ¿Cómo podía hacerle entender?

¿Cómo podía explicarle? Cuando ella se negaba incluso a mirarle a los ojos.

En ese momento se abrió la puerta y entró Rosa. No le gustó nada lo que se encontró. Su Lola, como ella la llamaba, estaba casi al borde de las lágrimas. Ese muchacho con el que en algunas ocasiones se había encontrado en la peluquería estaba frente a ella con los puños apretados y la mirada enloquecida.

—¿Pasa algo, cariño? ¿Quieres que llame a la policía? —le dijo acercándose a ella y poniéndose a su lado, dándole su silencioso apoyo.

—No, Rosa, no pasa nada —le contestó con sus ojos por fin clavados en los de Marcos—. El señor ya se iba, sólo estaba despidiéndome de él.

Marcos resopló con fuerza y la miró suplicante. «No te va a esperar siempre. La vas a perder por tu cobardía». Las palabras de Luna regresaron a su cabeza, rasgándole el corazón. Ella tenía razón, era un auténtico cobarde, ya era tarde. Quizá ya la había perdido.

Historias de amor



¿Qué era eso? Algo le hacía cosquillas, jugaba con su vientre, lo acariciaba. Abrió los ojos y al descubrir al responsable de tan placenteras caricias, sonrió feliz.

Víctor pasaba las yemas de sus dedos por su estómago como si estuviese haciendo dibujos. Trazaba círculos alrededor de su

ombligo, primero grandes y luego más y más pequeños. Miró sus manos fuertes, grandes y su piel oscura que contrastaba con la blanquecina de su vientre.

Cerró los ojos y se limitó a disfrutar de las caricias de Víctor. Se concentró en escuchar su respiración acompasada y relajada, de nuevo el sueño le había vencido y cayó en los brazos de Morfeo.

—Luna... Luna —una voz muy lejana se coló dentro de su cabeza. Era una voz melodiosa, fuerte, grave y tan sensual que algo se removió dentro de ella, un calor que crecía y crecía.

Se volvió en la cama y se abrazó al dueño de esa voz seductora que le atraía. Se apretó con fuerza contra su cuerpo y buscó su boca, el deseo cada vez era más potente y la necesidad de él más intensa. Con sus manos a tientas buscó la dura erección que se apoyaba juguetona en su muslo. La acarició y la voz soltó un gemido que le provocó un nuevo ramalazo de intenso placer.

No quería preliminares, ni más caricias ni más besos, tan sólo deseaba que él se hundiera profundamente dentro de ella y cabalgar sobre él hasta liberar la necesidad que había crecido fuerte

y violenta. Expresó su deseo no con palabras, sino con hechos, le obligó a tumbarse bocarriba y se colocó a horcajadas sobre un Víctor totalmente preparado. Tomó su pene con la mano y con mucha suavidad se lo introdujo. Otro gemido se escapó de los labios de él y Luna sonrió satisfecha.

Bajaba poco a poco, lentamente, volviéndole loco y cuando estaba dentro de ella con un rápido movimiento la sacaba dejando en su interior sólo el glande. Víctor desesperado agarraba sus caderas y tiraba de ella para que volviera a acoger su dura erección, pero Luna

le reprendió y le obligó a retirar sus manos. Era su juego, eran sus normas y él debía acatarlas.

—Me vas a matar —dijo Víctor entre jadeos y con los dientes apretados.

Luna pudo ver cómo tragaba saliva con dificultad, cómo su nuez de Adán subía y bajaba, cómo su respiración se hacía cada vez más rápida y su corazón palpitaba veloz.

Le sonrió traviesa, era suyo, le pertenecía. Decidió jugar un rato más, sus movimientos de nuevo se volvieron desesperadamente lentos y cada vez que Víctor intentaba

forzarlos Luna paraba como castigo.

La resistencia de Víctor estaba al borde del abismo, si continuaba así se correría y el juego terminaría.

Tenía la frente perlada de gotas de sudor y las manos quietas a ambos lados de su cuerpo, pues Luna no le permitía tocarla, y le hormigueaban desesperadas por acariciar su piel.

Finalmente ella se compadeció de su sufrimiento y tomando sus manos las posó con delicadeza sobre sus pechos. Él, agradecido, calmó su necesidad acariciándolos, frotando los pezones, dejando pequeños

pellizcos que provocaron en Luna los primeros coletazos de lo que prometía que iba a ser un fuerte orgasmo.

El juego había cambiado, ahora era ella la que necesitaba más. Cabalgó rápida y con fuerza, mientras que Víctor acariciaba incesante sus pechos.

La explosión de intenso placer no le pilló desprevenida, pues se había ido fraguando poco a poco, como cuando tiras una piedra al agua y las ondas van creciendo, llegando cada vez más lejos del lugar donde comenzó todo. Soltó un fuerte gemido y gritó el nombre de su

amante.

«Ahora es mi turno», pensó Víctor que agarró con fuerza las caderas de Luna y comenzó a mover su pelvis arriba y abajo hasta que alcanzó su propia liberación.

Luna se dejó caer sobre su pecho y él la abrazó con cariño. Besó su sien y acarició su pelo.

—Tenemos que levantarnos o llegaremos tarde —le dijo.

Luna había olvidado totalmente la cita tan importante que tenían esa mañana. Se levantó de un salto, le dio un pequeño beso en los labios y corrió al servicio, necesitaba darse un buen baño.

Víctor preparó el desayuno, últimamente Luna tenía un hambre voraz. Cuando salió de la ducha, ya vestida, se sentó delante del succulento desayuno y lo devoró. Víctor tomaba un café y no dejaba de mirarla asombrado por su capacidad de ingerir comida a dos carrillos y casi sin respirar.

Esperó impaciente a que Víctor se duchara, mientras nerviosa recogía las tazas del desayuno.

¡Hoy era el día! Iba a ver a su bebé por primera vez. Ya estaba casi de cinco meses y la doctora, en la última revisión, le dijo que quizá pudiesen saber el sexo, tenía tantas

ganas. Por fin podría ponerle un nombre y dejaría de ser: el bebé, garbancito (como le llamaba Víctor) o el peque (como decía Lola). Tendría su nombre, uno bonito, grandioso, espectacular, uno que ella elegiría, ella y nadie más, eso se lo había dejado claro a Víctor, el nombre era cosa suya.

—Nos vamos. —Víctor la sacó de su ensueño, llevaba un buen rato sentada mirando a la nada ensimismada en sus pensamientos.

—Sí, sí... vamos.

Cuando llegaron a la clínica era casi la hora de la cita y Luna le obligó a ir a la carrera.

Nada más llegar la enfermera ya les estaba llamando para que entrasen, así que no tuvieron que esperar.

La doctora Rebeca Martínez era su ginecóloga desde que se enteró de que estaba embarazada y durante esos meses habían entablado una muy buena relación. Cercana y simpática, trataba a «todas mis embarazadas», como ella les llamaba, con muchísimo cariño.

—Hola, Luna —le dijo con una radiante sonrisa cuando la vio aparecer por la puerta—. Pasa, pasa y siéntate. Oh, vaya sorpresa... ¡Hoy vienes acompañada! —

exclamó cuando vio asomar a Víctor—. Pasa sin miedo. Aquí no nos comemos a nadie.

—Rebeca, te presento a Víctor, él es el papá del chiquitín —dijo pasando su mano por el ya abultado vientre.

Se estrecharon las manos, pero Rebeca le miró con la frente arrugada, como si estuviera enfadada.

—Vaya, pues ya era hora de que aparecieses por aquí. Esta no es la primera revisión de Luna. ¿Se puede saber dónde narices has estado metido todo este tiempo? — Parecía una madre regañando a su

hijo después de hacer una trastada.

—Yo no... —Víctor intentó explicarle que hasta ese momento no había sabido nada del embarazo de Luna, pero la doctora le interrumpió.

—Déjalo, no me cuentes nada. Todo serán absurdas excusas y conozco muchas, créeme. Vamos a lo que nos importa de verdad que es el bebé. Además como dice el refrán, «más vale tarde que nunca». ¡Bienvenido al maravilloso mundo de las embarazadas! —gritó de pronto y Víctor no pudo evitar saltar sobre su silla, asustado por el repentino berrido de la doctora.

Miró a Luna que no hacía otra cosa que sonreír feliz. Esa mujer estaba loca, ¿cómo iba a dejar en sus manos a su pequeño y a su chica? Pero Luna le había dicho incesantemente que era la mejor y que no aceptaría a ningún otro doctor para tener a su bebé. Así que tendría que fiarse del instinto de Luna y aceptar que esa mujer ayudara a su hijo a llegar al mundo.

Luna y la doctora charlaron un buen rato sobre cómo iba el embarazo. Le explicó que últimamente ya no tenía vómitos y se encontraba mucho mejor. Aunque seguía con los cambios de humor, el

sueño y esas ganas incesantes de devorar todo lo que se le ponía por delante. Rebeca le explicó que todo eso era normal y que el embarazo marchaba muy bien.

Llegó el momento de hacer la ecografía. Luna se desnudó tras un biombo, se colocó una bata y se tumbó sobre la camilla.

—¡Vamos a ver a ese chiquitín! — dijo la doctora colocando el transductor, un aparato parecido a un micrófono, sobre el vientre de Luna.

Un sonido como si fuera el galope de un caballo desbocado inundó el espacio y Víctor miró asombrado a

la doctora en busca de una explicación.

—Eso es el sonido del corazón de tu hijo. Late rápido y fuerte.

Víctor sintió cómo sus ojos se empañaban y para disimular carraspeó y pestañeó con rapidez intentando que las lágrimas no llegaran a asomar. Lo de Luna ya era otro cantar, ella no disimulaba, lloraba desconsoladamente y no hacía otra cosa que sonarse con un pañuelo de papel.

—Oh, mirad, se ve muy bien.

Ambos centraron su atención en la pantalla, mostraba la figura de su hijo. Perfecta, maravillosa y tan

emocionante que Víctor ya no pudo retener más las lágrimas.

—Bueno, bueno, ¿pero qué tenemos aquí? —dijo la doctora con tono cantarín—. ¿Os gustaría saber qué es?

—¡Sí! —exclamó Víctor entusiasmado, mientras que Luna asentía eufórica y con una sonrisa radiante.

—¡Vais a tener una preciosa niña!

Valió la pena

—Una niña. —V́ctor no paraba de repetir esa frase insistentemente desde que habían salido de la clínica. Una sonrisa se había dibujado en su boca cuando la doctora la pronunció y desde entonces se había mantenido exactamente igual, sin ninguna variación, hasta el punto de que la

mandíbula comenzaba a dolerle.

Conducía con tanta tranquilidad que los coches que iban tras él no paraban de pitarle. Se quedaba parado en los semáforos más tiempo del debido y a cambio recibía insultos de todo tipo, la mayoría hacían referencia a cuernos y a su madre, pero ni aun así perdía la sonrisa y esto por supuesto enfadaba más al resto de los conductores.

Cuando llegó a la oficina y tomó asiento tras un escritorio plagado de papeles y trabajo pendiente, lo primero que hizo fue llamar a su madre y decirle con orgullo que su

pequeño garbancito iba a ser una hermosa niña.

Después pensó en su hermano, necesitaba hablar con él, desde el incidente del sábado no habían cruzado ni una sola palabra y, para ellos, dos días sin hablarse era mucho tiempo, jamás les había ocurrido. Se encaminó hacia su despacho pero no estaba en él, algo raro en su hermano que nunca faltaba al trabajo. Tomó el teléfono otra vez, decidido a terminar con su estúpido orgullo y marcó el número de Marcos.

—Hola. —La voz de su hermano pequeño sonó extraña.

—¿Dónde estás?

—En la calle.

—¿Vienes para la oficina?

—No.

—¿Estás enfermo? —Aunque después de formular la pregunta pensó que su hermano aun estando enfermo habría ido a trabajar. Recordaba un día que con casi cuarenta de fiebre había estado toda la mañana en la oficina, hasta que él le había obligado a marcharse a casa.

—No.

—Entonces, ¿te has tomado el día libre? —Si la respuesta era afirmativa tenía que ser por alguna

tragedia, como que el mundo se iba a terminar porque un meteorito gigante se acercaba directo a la tierra e iba a impactar en breves instantes.

—No.

—¡Joder, tú siempre tan hablador!

Por un buen rato tan sólo escuchó la respiración acelerada de Marcos.

—¡Oye, ¿qué se supone que estás haciendo?!

—Correr.

Y así era, Marcos regresaba a su casa a la carrera. Después del encuentro con Lola sintió la imperiosa necesidad de correr

hasta sentir su cuerpo dolorido, quizá así dejaría de sentir la intensa pena que atenazaba su corazón.

Paró de golpe, tenía que pedir perdón a su hermano, era una necesidad tan grande como la de respirar. Había perdido a Lola, no podía perderle a él también.

—¡Lo siento! —dijo y su voz sonó sincera.

—Por mi parte, está todo olvidado. —Víctor no necesitaba escuchar nada más, con ese lo siento tenía más que de sobra, conocía a su hermano y sabía que era mucho más orgulloso que él y que le tenía que haber costado la

vida misma pronunciar esas palabras—. ¿Estás bien?

Eran ya muchos años codo con codo, siempre juntos. Sabía perfectamente que algo le pasaba y no era nada bueno.

—Sí, no, no sé. Creo que me iré a casa si no te importa.

—No hay problema. Vete a casa, descansa y come algo, tío, te estás quedando en los huesos.

—Sí, mamá.

Víctor sonrió.

—Por cierto, quiero darte una noticia. Vas a ser tío de una preciosa niña.

—Vaya... Enhorabuena. Me

alegro mucho... Yo sólo quiero que seas feliz.

—¿Te estás poniendo sentimental? —preguntó asombrado—. Ahora sí que estoy preocupado, creo que tú no eres el cascarrabias de mi hermano menor.

Víctor escuchó un resoplido que sonó como si fuera una risa.

—Te dejo. Luego más tarde te llamo.

—Cuídate.

—Y tú también.

*

Luna estaba en su oficina mirando la ecografía cuando sonó el teléfono.

—¿Hola?

—Hola, cariño.

La foto se le cayó de las manos al escuchar la voz de su madre.

—Hola, mamá, ¿pasa algo malo?

—No, ¿por qué tenía que pasar algo? Tan sólo quiero hablar con mi hija y felicitarla.

El color abandonó la cara de Luna. ¿Cómo? ¿Pero cómo se había enterado? Sabía que tenía que decírselo, sabía que ya era hora de contarle que iba a ser abuela, pero quedaba poco para Navidad y

entonces cuando fuera a pasarlas al pueblo, les contaría todo.

—Mamá, yo...

—Anda que me tienes contenta, me tengo que enterar por otros. ¿Por qué no nos has dicho nada?

—Estaba esperando a veros.

—¡Hija, por Dios, para eso existe el teléfono! ¡Estamos tan orgullosos! Tu padre no hace otra cosa que contárselo a todo el mundo. Todos los de la partida en el bar del pensionista lo saben ya y están deseando verte. Hoy llamé a tu tía Pili para contárselo. ¿Y sabes que me dijo? Que ya era hora y la verdad, hija, has tardado mucho.

¿Quién se lo había contado? Seguro que había sido Lola, la iba a matar, no tenía derecho a decírselo a sus padres. Se sintió dolida, se suponía que una buena amiga no traicionaba de esa manera.

Luna no se lo podía creer. ¡Todo el pueblo lo sabía ya! Lo bueno era que según parecía se lo habían tomado muy bien, mejor de lo que esperaba pues sus padres eran personas muy religiosas que deseaban que su hija se casase de blanco, por la Iglesia y que los hijos llegasen después.

—Sé que tienes razón. Te juro que después de decírselo a los padres

de Víctor, pensé en llamaros y contaros todo. No me parecía justo que ellos lo supieran y vosotros no.

—Cariño, no entiendo. ¿Los padres de tu jefe lo saben? ¿Ellos qué tienen que ver? ¿Y a nosotros no nos lo pensabas decir? —Ahora sí que su voz sonaba enfadada.

—Fue culpa de Víctor, yo no quería. Pensaba tenerlo yo sola, pero él se enteró y... —Luna se estaba haciendo un lío y ya no sabía cómo excusarse.

—¿Tenerlo tú sola?

—Sí, mamá, muchas mujeres tienen solas a sus bebés y no pasa nada. Pero Víctor es especial,

maravilloso y está dispuesto a hacerse cargo de su hijo.

—Luna... ¿de qué se supone que estás hablando?

«Creo que he metido la pata», se dijo.

—¿De qué estás hablando tú, mamá?

—Yo te estoy hablando de lo del carné de conducir. Pero... Luna, sé sincera y no me mientas. ¿A qué te refieres con lo del bebé?

«He metido la pata hasta el fondo. ¿Y ahora como salgo del atolladero?», pensó.

«Afrontándolo y diciendo de una vez por todas la verdad», tenía que

ser fuerte, al fin y al cabo eran sus padres, así que nada malo podía pasar.

Luna tragó saliva, se enderezó en el asiento y por fin se liberó.

—Mamá... tú y papá vais a ser abuelos.

Del otro lado del teléfono sonó un fuerte golpe y Luna escuchó a su padre gritar. Desesperada y asustada ella también gritaba pidiendo una explicación y finalmente su padre tomó el teléfono y le contó que María, su madre, se había desmayado, pero que ya estaba repuesta.

Luna lloró, suplicó perdón e

intentó buscar mil excusas, hasta que su madre cogió de nuevo el auricular. Mantuvieron una larga conversación en la que por fin Luna les contó todo. Prometió que ya no habría más secretos y después tuvo que persuadir a su madre de que no hiciese la maleta en ese mismo instante para ir a Madrid a cuidar de ella.

Le costó casi una hora convencerla de que estaba bien, otra más de que el embarazo marchaba correctamente y durante otra tuvo que aguantar un tremendo sermón por no haberles dicho nada y cuando se enteró de que ya estaba

de casi cinco meses estalló la hecatombe.

Llantos de alegría, lágrimas de impotencia y muchas palabras de cariño y consuelo, al fin y al cabo eran una familia unida que se amaba a pesar de la distancia.

En un par de semanas Luna iría a pasar la Navidad al pueblo tal y como hacía todos los años, entonces cara a cara y después de fundirse en un gran abrazo hablarían del futuro y de ilusión porque un nuevo miembro pronto llegaría a la familia, no de la manera convencional, pero sí desde el amor y por el amor.

Ese mismo día ya por la tarde Víctor y Luna decidieron salir a comprar todo lo que iban a necesitar para su hija. La tarde transcurría tranquila. Ya tenían la mayoría de las cosas que necesitaban: la cuna, el cochecito, ropa e incluso a Luna se le antojó un precioso sofá tapizado con osos rosas que por supuesto añadieron a la larga lista de imprescindibles para su bebé.

—¡Que no, no me da la gana! — Luna estaba muy alterada, no hacía otra cosa que dar vueltas mientras que con una mano se frotaba el abultado vientre y la otra reposaba

sobre sus riñones, en la típica postura de mujer embarazada.

—Vamos, Luna, haz el favor de decidirte, no podemos estar así todo el día, llevamos más de una hora con esto. —La paciencia de Víctor se estaba terminando. ¡Maldita la hora que se le ocurrió proponerle esa salida!—. ¿Pero qué más da amarillo o azul?

Luna le miró como si de repente hubiera perdido el juicio y lo más adecuado fuese ingresarle en un psiquiátrico.

—Pero... pero ¿de verdad me preguntas eso?

—No le veo la importancia.

—Pues la tiene.

—No seas absurda, no la tiene. El bebé no notará la diferencia.

—Pero yo sí lo haré.

La vendedora movía la cabeza de uno a otro siguiendo su acalorada discusión como si de un partido de tenis se tratase, parecía que de un momento a otro gritaría eso de: ¡Quince a nada!

—Si me permiten... —intentó intervenir, más que nada para poner paz.

—Sí, gracias —dijo Luna que dirigió su mirada a la dependienta—. ¿Puede decirle la importancia del color?

—Sí, podría explicarme: ¿Qué más da que el biberón sea amarillo o sea azul?

—Hombre, así visto... —contestó la empleada, se sentía presionada y no quería meter la pata. Esa pareja había comprado todas las cosas necesarias para la habitación de su bebé, sin conflictos ni problemas y ahora de repente discutían por el color de un biberón.

—¡¿Ves?! —gritó Víctor— ¡No tiene importancia!

De pronto Luna empezó a llorar, sollozaba y las lágrimas comenzaron a caer como un torrente.

—Oh, vamos, Luna —Víctor, incapaz de verla llorar, intentó consolarla.

—Me quiero ir de aquí, no quiero estar contigo. —Y sin más salió por la puerta.

Víctor corrió tras ella, dejando olvidada toda la compra.

—Pero, Luna, no estás siendo razonable —le dijo cuando la alcanzó obligándola a detenerse mientras la sujetaba de un brazo.

—Lo sé. Pero ahora necesito estar sola. —Se desprendió de su agarre y comenzó de nuevo a caminar con paso firme.

—¿Dónde se supone que vas? —

Víctor le dio alcance en dos pasos.

—Al metro.

—No pienso dejarte sola en el metro.

Luna se paró de golpe y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Por qué no puedo ir sola en el metro? Lo llevo haciendo toda mi vida.

—Pues porque... —dudó, no sabía qué excusa poner—. Porque estás embarazada.

Luna comenzó a reír, de todas las tonterías que podía haber dicho, esa era la más absurda.

—Nos vemos en la oficina —le dijo y continuó andando hacia la

boca de metro más cercana. Víctor se quedó plantado frente a la tienda, deseaba seguirla pero según estaban las cosas lo mejor era dejarla sola para que reflexionara.

«Soy una auténtica imbécil», pensó Luna ya en el metro, con el estómago revuelto por el olor a humanidad que ese día era insoportable, apretada contra el cristal de la puerta, pues el vagón estaba atestado de gente y el asiento para minusválidos y embarazadas, por lo visto, no lo respeta todo el mundo.

En esos momentos podía haber estado sentada confortablemente en

el coche de gama alta de Víctor con el ambientador, la calefacción a veintidós grados exactamente y un hilo musical que nada tendría que ver con el sonido de las voces que los pasajeros daban para entenderse y con la música que llevaba uno de los viajeros a todo volumen.

Se bajó y caminó despacio hacia la oficina. Cada paso que daba se sentía más y más tonta. Había montado un estúpido numerito en la tienda. La tarde prometía ser maravillosa, comprando las cosas para su bebé, eligiendo juntos la cuna, el cochecito y demás, pero

ella la había estropeado y se sentía fatal.

Tomó el ascensor y fue directa al despacho de Víctor. Frente a la puerta comenzó a ponerse nerviosa.

«Seguro que ya no quiere seguir con una histérica como yo», pensó asustada. «Me va a dejar», se dijo. Se secó las manos que le sudaban copiosamente en sus pantalones premamá y tocó la puerta con suavidad.

—Pase. —Se escuchó al otro lado.

Luna asomó la cabeza, dudaba, no se atrevía a entrar.

—No te quedes ahí, pasa —dijo Víctor. Aunque en ningún momento

le cupo duda de que él estaría muy enfadado, su tono se lo confirmó.

Caminó despacio mientras Víctor permanecía sentado tras su escritorio. Se había quitado la chaqueta y se había aflojado la corbata. Estaba despeinado, seguramente había estado pasándose las manos por el cabello como solía hacer cuando estaba nervioso.

—Siéntate —le dijo, indicándole la silla que estaba frente a él—. ¿Has tenido buen viaje? —preguntó con saña, pues sabía perfectamente que a esas horas el metro siempre estaba tan lleno que el viaje

seguramente no habría sido nada cómodo.

Luna asintió pues de nuevo las lágrimas amenazaban con salir.

—Entré de nuevo en la tienda, pagué todo lo que compramos, menos el biberón, espero que te aclares pronto con qué color te gusta —le dijo a modo de reproche.

—Lo siento —dijo ella.

—Joder, Luna, sé que las hormonas te tienen así, pero está siendo más difícil de lo que pensaba.

A Luna se le cayó el corazón al suelo. «Me va a dejar», pensó asustada.

—Luna, ¿estás bien?

Se había puesto tan pálida que Víctor se asustó, se levantó y corrió a su lado.

—Sí, sí, tranquilo. —No pudo retener más los sollozos y comenzó a llorar.

—Oh, vamos Luna, ¿otra vez llorando?

—Lo siento.

Se levantó y caminó hacia la puerta de salida.

—¿Dónde vas ahora?

—No quiero molestarte más. No hace falta que aguantes mis cambios de humor.

Víctor le tomó de la mano y la

obligó a mirarle.

—Quiero tus cambios de humor al igual que quiero tus risas. Me gusta discutir sobre cosas absurdas, como el color de un biberón, al igual que me gusta hablar sobre nuestro bebé. Te deseo tal y como eres.

De nuevo las lágrimas salieron a raudales de sus ojos.

—Y ahora, ¿por qué lloras?

—Porque eres tan perfecto y yo tan imperfecta.

Víctor la abrazó y acarició su cabello.

—No, cariño, nadie es perfecto y yo tengo muchos fallos, ya lo irás

comprobando con el día a día. –La separó de su cuerpo y posó sus ojos sobre los de ella—. En cuanto a ti, para mí eres perfecta.

Blanca Navidad



Después de un larga discusión en la que Luna argumentó, con toda la razón, que era necesario que Víctor viajara al pueblo a conocer a su familia como padre de su hija que era, Víctor claudicó y decidió pasar la Navidad en el pueblo de Luna, así conocería a sus padres y esa misma mañana salían de camino.

Miraba el equipaje de Luna sorprendido, no era capaz de comprender cómo para pasar tan sólo dos días fuera de casa era necesario llevar esa maleta tan enorme y pesada.

—¿Se puede saber qué narices llevas aquí? —dijo mientras con esfuerzo la metía dentro del maletero.

—Pues cosas que necesito —contestó. Pero no le dio más explicaciones, él jamás entendería lo necesarias que eran todas esas cosas. No podía viajar sin su secador, ni su plancha del pelo; los conjuntos nuevos que se había

comprado y pensaba estrenar lo antes posible; la bolsa de maquillaje, tenía que estar mona, la iba a ver toda la familia; sus zapatos, bueno la verdad es que de esos metió más de la cuenta porque con dos pares seguramente tendría de sobra pero como no se decidía por ninguno al final se llevó los cuatro pares.

Víctor no paraba de refunfuñar, a veces podía ser un poco gruñón.

—Me recuerdas a tu hermano —le dijo con una enorme sonrisa. Todo en él le gustaba incluso cuando se ponía un pelín cascarrabias.

—Si fuera mi hermano el que

tuviera que cargar con tu pesada maleta, te aseguro que la habría dejado en la calle.

Cuando se pusieron en marcha eran ya más de las doce de la mañana.

Todos los planes de Víctor se habían estropeado. Su intención era salir a las nueve, pero Luna se despertó con ganas de retozar y le provocó hasta conseguir ponerle a cien, la verdad es que no tuvo que esforzarse mucho pues Víctor estaba siempre preparado y deseoso de darle placer. Después vinieron las duchas, el desayuno, las arcadas mañaneras de Luna, los

preparativos de última hora...
Resumen: al final la hora de salida se había atrasado tres horas.

El viaje fue largo y no porque el pueblo estuviese en la otra punta de España, eran tan sólo trescientos kilómetros, sino por otra serie de circunstancias. Por supuesto pillaron caravana, en esas fechas muchos madrileños viajaban para pasar Nochebuena y Navidad junto a sus seres queridos. Lo que normalmente hubieran sido unas tres horas de viaje, se incrementó una más. Con dos paradas para que Luna fuera al servicio, ya que últimamente no aguantaba mucho,

otra para que vomitara el copioso desayuno que se había empeñado en tomar pese a que Víctor le sugirió que lo mejor era algo ligero y otra más para comer. Luna durmió durante el resto del trayecto y Víctor siguió las órdenes precisas del navegador.

—Ya hemos llegado —le susurró para que despertase.

Luna estaba feliz, por fin después de unos meses sin ver a sus padres de nuevo podría abrazarlos, los añoraba tanto.

La casa estaba en una placita pequeña donde apenas había sitio para dejar el coche. Víctor tuvo que

maniobrar para aparcarlo de tal manera que no tapase la puerta de ninguna de las casas ni las ventanas y dejase suficiente espacio para que el otro coche que estaba aparcado pudiera salir.

Una mujer, que por supuesto Víctor supo inmediatamente que era la madre de Luna pues su parecido era increíble, salió de una de las casas. Movía la mano a modo de saludo y sonreía. Víctor escuchó una especie de sollozo y al mirar a su chica vio cómo las lágrimas comenzaban a brotar.

En el mismo instante que Víctor puso el freno de mano, Luna se bajó

a la carrera y se lanzó en los brazos de su madre. Ambas lloraban, se decían palabras cariñosas y no paraban de besarse. Víctor se mantuvo en silencio y un poco apartado dejándolas intimidad.

—Oh, cariño, qué ganas tenía de verte —dijo María acariciando, con la ternura que sólo una madre es capaz de dar, las mejillas mojadas de su hija.

—Y yo mamá... —sollozó Luna.

—Estás tan bonita. —La separó de su cuerpo y le dio un repaso de arriba abajo. Su expresión cambió, la sonrisa desapareció de su boca y la frente se arrugó—. Estás muy

delgada.

Luna puso los ojos en blanco y refunfuñó, para su madre siempre estaba casi esquelética.

—Vamos, mamá. ¿Cómo puedes decir eso? Peso más que nunca, mira —dijo abarcando su prominente barriga.

María se tapó la boca y un sollozo salió de ella. De nuevo las lágrimas acudieron a raudales.

«Esto de llorar viene de familia», pensó Víctor.

—¡Mi niña! —gritó. Puso sus manos sobre el vientre de Luna y lo acarició amorosa—. Mi pequeña va a tener un bebé. —Y entonces lloró

con más fuerza y su hija se le unió.

—Bueno, ya, ya está bien —dijo Luna—. Basta ya de lágrimas. Mamá, ¿recuerdas a Víctor?

Por fin ambas repararon en él, las dos se volvieron y le miraron una con ternura y la otra parecía un poco enfadada.

—Vaya, vaya. Así que tú eres el sinvergüenza que ha dejado embarazada a mi niña. —Le miró con furia y Víctor tragó saliva pues la boca de repente se le había quedado seca.

—¡Pero, mamá! —la reprendió Luna—. No puedes culparle sólo a él. —Tomó la mano de Víctor en

señal de apoyo—. Ya no somos unos niños.

—Pues habéis actuado como tales. Mira que a estas alturas de la vida... Hija, en mis tiempos no había tantos medios como ahora y las mujeres eran menos sueltas..., tú ya me entiendes...

—Mamá, déjalo por favor.

Pero eso era como pedirle a un mar embravecido que no golpee con sus olas la playa, María no dejó de hablar en al menos una hora. Sesenta minutos escuchando la regañina de la señora María fue suficiente para que Víctor deseara habérsela cortado antes de dejar

embarazada a Luna.

—...pero bueno, qué le vamos a hacer —dijo dando un fuerte suspiro cuando por fin dio por terminado su monólogo—: A lo hecho pecho. La próxima vez ten más cuidado y usa medios. —Le dio un par de cachetes en las mejillas a Víctor y muy amablemente le invitó a pasar a la casa.

Les indicó su cuarto, no sin antes mantener una pequeña discusión, pues su madre quería que durmieran separados argumentando que no estaban casados, pero finalmente Luna se impuso.

Ya solos mientras se acomodaban

y deshacían la maleta, Víctor se dejó caer sobre la cama agotado.

—Esto es peor que correr la maratón.

—Anda ya, no seas exagerado.

—¡No exagero! Me he sentido peor que cuando siendo un adolescente mi madre me pilló echando un polvo.

Luna abrió los ojos como platos, dejó la percha que tenía en la mano y se sentó a su lado en la cama, pidiendo con la mirada más información.

—¿Eso es verdad?! —preguntó curiosa.

—Sí, ¿a ti nunca te ha ocurrido

nada parecido?

—¡No! —exclamó como si sólo el pensarlo fuera la mayor aberración—. ¡Estás loco!

—Oh, perdón —dijo con tono de burla—. Se me olvidaba que tú eras casta y pura.

Luna resopló, estaba claro que Víctor no estaba de humor. Siguió colocando la ropa. Él tenía razones para estar enfadado, su madre se había pasado un montón echándole la culpa de todo, luego hablaría con ella.

—Víctor... —De nuevo se acercó a él, utilizando un tono más cariñoso y meloso, en un intento de

ayudarle a superar su enfado—. Lo siento. Mi madre está un poco anticuada...

—¿Un poco? —la interrumpió.

—Vale, muy anticuada. Pero tiene un corazón enorme y estoy segura de que cuando os conozcáis os llevaréis la mar de bien. —Sonrió para apoyar sus palabras y Víctor se derritió al verla tan feliz.

—Haré todo lo que esté en mi mano para llevarme bien con ella, te lo prometo. —Se levantó de la cama y la tomó entre sus brazos. La amaba, tanto que haría lo que fuera por verla siempre sonreír, aunque tuviera que pasar dos días

escuchando los reproches de María o recibiendo collejas como si fuese un adolescente.

*

Estaban sentados en la mesa camilla del salón arropados por los faldones y disfrutando del calor que desprendía el brasero.

María había preparado café y el bizcocho preferido de Luna.

—¿Cuándo viene papá? —preguntó Luna después de tragarse un buen trozo de bizcocho—. Tengo ganas de

verle.

—Ya sabes cómo es tu padre. Le dije que se quedase en casa para esperaros, pero él se empeñó en ir a esa pastelería donde venden esos bollitos que tanto te gustan.

—¡No me digas! —Luna aplaudió entusiasmada. De pequeña todos los domingos después de misa cogían el coche e iban al pueblo de al lado a comprar unos deliciosos bollos de crema, que hacían que Luna se chupase hasta los dedos.

En ese momento la puerta de la calle se abrió dejando entrar una corriente de aire frío que hizo que todos se arrimasen más al brasero.

—¿Dónde está mi niña? — preguntó Ernesto con tono cantarín. Venía cargado de cajas, pero las soltó para poder abrazar a su Luna que, por supuesto y como era de esperar, lloraba a mares.

Durante un buen rato entre besos, arrumacos y dulces palabras, padre e hija se olvidaron de todo y de todos, hasta que por fin se separaron y Luna le presentó a Víctor.

Había llegado el momento que más temía Víctor, si la madre había reaccionado echándole una larga y tediosa regañina al conocerlo, ¿cómo lo haría el padre? ¿Sacaría

la escopeta?

—Papá, este es Víctor —dijo Luna orgullosa y feliz.

Víctor tragó con dificultad, se secó la mano sudorosa en su pantalón y se la tendió a modo de saludo.

—No, no, no, de eso nada —dijo mirando su mano extendida con cara de asombro. «Por Dios que no me golpee muy fuerte», pensó Víctor—, dame un abrazo.

Y dicho y hecho, Ernesto le tomó entre sus brazos y le palmeó la espalda, eso sí, con más fuerza de la debida.

—Encantado de conocerle. —

Víctor estaba casi sin aliento.

—Igualmente. —Ernesto sonrió y le palmeó otra vez pero en esta ocasión en la cara.

De nuevo se sentaron y María le sirvió una taza de café a su marido. Charlaron durante horas, no tenían prisa aunque era Nochebuena, cenarían ellos solos y María ya lo tenía casi todo preparado.

—¿Qué os parece si encendemos la chimenea? —propuso Ernesto, sabía que a Luna le encantaba el calor del hogar. De pequeña se pasaba horas mirando el fuego acurrucada en los brazos de su padre.

Luna asintió entusiasmada.

—Bueno, muchacho —dijo Ernesto dirigiéndose a Víctor—, acompáñame y traeremos la leña.

Nada le apetecía menos a Víctor que quedarse a solas con el padre de su chica, porque no se fiaba de sus intenciones. Tanto cariño de su parte le parecía extraño, aunque, eso sí, aprovechaba cada vez que podía para darle algún que otro cachete, cariñoso según daba a entender, pero doloroso para Víctor.

Le llevó hasta la cochera donde la leña permanecía apilada.

—Voy a cortar algunos troncos. —

Ernesto cogió un hacha pesada y enorme que blandía como si fuese ligera.

Víctor se extrañó. ¿Por qué quería cortar más leña si allí había mucha? Pero no iba a llevarle la contraria y menos con un arma como esa entre sus manos.

Caminaron hasta un árbol seco y Ernesto comenzó a cortarlo con gran precisión, se notaba que estaba habituado a utilizar el hacha y a pesar de su edad era ágil y muy fuerte.

—No tengo ningún reparo en cortar lo que, como este árbol, está podrido o muerto. Un golpe seco y

¡PAM! —exclamó mientras golpeaba el tronco y este caía al suelo. Víctor se asustó, pues su grito le pilló desprevenido y sin poder remediarlo dio dos pasos hacia atrás—. Dime, Víctor —levantó de nuevo el hacha y la dejó caer sobre el tronco—: ¿Qué intenciones tienes con mi hija?

—Yo... Buenas, muy buenas. —No le salían las palabras, con esa arma en la mano Ernesto parecía salido de una película de terror.

—Quiero mucho a mi pequeña —dejó caer la hoja de nuevo con un golpe seco y certero— y no dejaré que nadie le haga ningún daño,

¿comprendes?

Ernesto miró a Víctor con el hacha levantada y con una mirada que le recordaba a una mezcla entre Freddy Krueger y Chucky, el muñeco diabólico.

—Sí, señor, claro.

—¿Qué hacéis? La cena ya está preparada. —Víctor dio un respingo y soltó un jadeo al sentir cómo Luna le abrazaba por la espalda. Había estado tan atento al filo cortante del hacha que no se había dado cuenta de su presencia y se había llevado un buen susto.

Ernesto cogió los troncos que había cortado, al pasar al lado de

su hija le dio un beso y, con el hacha al hombro y la leña en una cesta de mimbre en la otra mano, se encaminó hacia la casa.

—¿A que mi padre es un cielo? — le preguntó Luna muy sonriente.

«Eso lo dices porque no le has visto con un hacha en la mano», pensó Víctor.

—Sí, sí, es un amor —respondió Víctor intentando disimular su tono irónico.

El resto de la velada transcurrió tranquila, sin sobresaltos. Eran una familia normal cenando en Nochebuena, juntos y felices.

Luna terminó acurrucada en los

brazos de su padre, como cuando era niña. Ambos miraban el fuego de la lumbre y por unos instantes en los que todos permanecieron en total silencio, tan sólo se escuchó el crepitar de la leña.

Víctor, para su total asombro y dados los acontecimientos de la tarde, no se notaba fuera de lugar ni violento, sino muy al contrario, allí sentado mirando el fuego y sin casi mediar palabra se sentía en paz, a gusto, como si estuviese en su hogar junto a los suyos.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —dijo María rompiendo la magia que en esos momentos

invadía el salón.

Todos se levantaron y caminaron despacio hasta la escalera que conducía a las habitaciones.

—Buenas noches, papá. —Luna besó y abrazó a Ernesto con ternura frente a la puerta de la habitación que ella y Víctor compartían.

—Buenas noches, mi niña. —Correspondió él con más besos que dispersó por la cara de su hija que no paraba de reír. Se sentía tan feliz que transmitía su dicha a todos los presentes y hacía que Víctor luciese una sonrisa de oreja a oreja y que María estuviese de nuevo al borde de las lágrimas.

—Buenas noches, mamá. —Le tocó el turno a María que ya sí que no pudo retener el llanto.

—Buenas noches, tesoro, te quiero —dijo entre sollozos.

—Vamos, María, que aún no se va, es sólo un beso de buenas noches —le reprendió su marido.

—Ya, lo sé, pero es que la he echado tanto de menos...

Luna la abrazó de nuevo con cariño.

—Bueno, muchacho. —Ernesto miró a Víctor—. Espero que duermas bien. —Y recalcó la palabra dormir.

—Gracias, señor —dijo Víctor—.

Buenas noches, María. —Para su completo asombro María le asestó dos besos y, como era ya una costumbre un tanto desagradable, dos sonoros cachetes en una de sus mejillas.

Sin más la pareja caminó hacia su cuarto que estaba muy próximo al de ellos. Ernesto antes de entrar miró a Víctor, le señaló su oído y le dijo:

—Lo tengo muy fino.

«Menudo tipo», pensó Víctor que entró en la habitación y cerró la puerta con una tonta sonrisa en los labios.

—¿Por qué sonríes así? —le

preguntó Luna ajena a lo que Ernesto le había dejado caer a su chico con mucha sutileza.

—Me gusta tu padre —respondió. Y era cierto, a pesar de sus amenazas, por supuesto nunca de forma directa ni con malas palabras, le parecía un buen hombre que adoraba a su hija.

Luna ya se estaba preparando para meterse en la cama. Se desnudó con rapidez y echó mano de su pijama de franela, hacía tanto frío en ese cuarto que los dientes le castañeteaban.

—¿Crees que yo seré así con nuestra hija cuando nos presente a

algún chico? —preguntó Víctor.

Estaba sentado en la cama desabrochándose las zapatillas, permanecía desnudo de cintura para arriba y a Luna al verle así casi le da un pasmo. «Madre mía, con el frío que hace», pensó. Se metió en la cama y se arropó hasta la barbilla, no podía dejar de temblar.

—Tú serás peor —contestó tiritando—. Ven rápido a la cama y dame calor —le suplicó.

Víctor se acurrucó a su lado con tan sólo los calzoncillos y ella le puso los pies sobre las piernas desnudas.

—¡Joder, estás helada! —exclamó.

—Es lo normal, lo que no puedo entender es cómo puedes estar tú tan caliente. —Se abrazó a él, era como un radiador, emanaba un agradable calorcito que la templaba y encendía.

Comenzó a meter la mano dentro de su calzoncillo y Víctor la recibió con agrado y un profundo jadeo.

—Oh, sí, me gusta —dijo siguiendo el movimiento de la mano con su pelvis.

Pero de repente una imagen se coló en su cabeza. Ernesto con el hacha alzada tenía sus ojos puestos sobre él con esa mirada que le provocaba escalofríos, «tengo muy

buen oído», le decía.

—¡Para! —Víctor apartó la mano de Luna y se separó como si de repente su contacto le quemara.

—¿Qué te pasa?

—No puedo... no debemos hacer esto. —Lanzó un montón de tacos entre dientes. «Jamás pensé que diría algo así», refunfuñó para sí mismo.

—Pero ¿por qué?

—Joder, Luna, tus padres están justo al lado.

—No seas tonto, no se van a enterar. —Intentó de nuevo meterle mano sin hacer caso a sus protestas, pero él no se dejó.

—Tú padre tiene muy buen oído.

—Mi padre está medio sordo.

Quizá fuera verdad, pero no se arriesgaría.

Más caliente que unas ascuas, insatisfecho y enfadado consigo mismo por ser un cobarde, se dio la vuelta dándole la espalda a su chica. Murmuró un buenas noches entre dientes e intentó dormirse. Pero se pasó toda la noche soñando con un hombre que le perseguía por el bosque, llevaba un hacha en las manos y tenía la terrible intención de cortarle las pelotas.

Al día siguiente Víctor se despertó como si no hubiera

descansado nada, estaba agotado.

—Buenos días, dormilón —dijo una radiante Luna, ya vestida y arreglada. Llevaba un jersey gordo de lana que le quedaba enorme, sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes de felicidad—. ¡Feliz Navidad! —exclamó con voz cantarina. Se inclinó sobre él y le besó.

—Feliz Navidad, preciosa. — Víctor la tomó entre sus brazos, acarició su vientre y depositó un tierno beso sobre él—. Feliz Navidad, hija.

Víctor miró el reloj de la mesilla y dio un fuerte respingo, eran más

de las doce de la mañana.

—¿Por qué no me has despertado antes? —preguntó a Luna.

—Estabas tan guapo acurrucadito y con esa carita de niño bueno que me dio pena.

Después de una buena ducha, se vistió y bajó al salón donde gran parte de la familia de Luna estaban preparando la mesa para la comida de Navidad.

Le presentaron a los tíos y tías, a los primos, sus mujeres, los niños de los hijos de sus primos, las novias de algunos de ellos y cuando se quiso dar cuenta había sido besado, abrazado y machacado a

cachetes por más de dieciséis personas. «¿Por qué todos tienen esa manía?», pensaba cansado de aguantar tortazos cariñosos.

Resultaba imposible para él centrarse en una sola conversación, todos querían saber cosas sobre el miembro nuevo que hoy se presentaba oficialmente en familia, todos querían hablar con él y de repente se encontró inmerso en varias conversaciones a la vez, respondiendo a tantas preguntas que le recordó a una escena de una película policiaca, esa en la que atrapan al asesino y dos polis le encierran en un despacho.

Simultáneamente le interrogan sin descanso, hasta que cansado de tantas horas de interrogatorio confiesa entre lágrimas que él ha sido quien la mató.

—Apenas has comido. ¿No tienes hambre? —le preguntó Luna al ver su plato lleno.

—No me dejan —dijo entre dientes—. Me miran, me preguntan...

Luna se compadeció del pobre Víctor que la miraba suplicante y puso fin al acoso de sus familiares.

Entonces comenzó el acoso culinario: carne, queso, ensalada, langostinos, canapés, llenaban su

plato. Cuando se vaciaba siempre había alguien dispuesto a servirle más, hasta que Víctor pensó que iba a reventar. Luego llegaron los postres y finalmente, gracias a Dios, el café.

—Y bueno, Víctor —soltó la tía Pili que era la hermana más pequeña de María mientras removía su café con tal ímpetu que se desbordaba de su taza y caía en el pequeño plato de porcelana.

«La paz no podía ser muy duradera», pensó Víctor, presentía que de nuevo comenzaban los interrogatorios.

—¿Cuándo tenéis pensado

casaros? –continuó Pili después de darle un sorbo a su café.

Víctor la miró con los ojos abiertos como platos, ¿y ahora qué?, se volvió hacia Luna intentando que ella le sacase del atolladero.

—No seas antigua, mujer. –Se sorprendió porque quien contestó no fue su chica, sino Ernesto.

—No soy antigua, pero lo normal es que se casen, vamos digo yo.

—Y lo normal es casarse y luego tener los hijos. –Esta vez intervino la otra hermana de María, Herminia, esa era la mayor y la que más miedo le daba a Víctor, pues

no había dejado de mirarle de forma inquisitiva durante toda la comida.

—Bueno, dejemos que los chicos decidan —sentenció María, no consentiría que sus hermanas se metiesen en la relación de su hija, faltaría más, para eso estaba ya ella.

—Sí, por favor, dejemos el tema ya. —Luna que hasta entonces había permanecido callada, no pudo más, quería mucho a su familia pero cuando se ponían pesaditos...

Conscientes de que el tema era delicado y que Luna empezaba a sentirse incómoda, cambiaron de

conversación y hablaron de cosas menos importantes como la cosecha de los tomates, las partidas de la asociación de mujeres y la próxima excursión que harían con el Imsero.

Después del café, Luna y Víctor, cargaron el coche. Les quedaba un largo viaje de regreso a Madrid así que, con pena, se despidieron de todos. Eso sí, cargados de chorizo, huevos, tarros de tomate en conserva y tal cantidad de bollitos de crema que seguramente no les daría tiempo a comerlos antes de que se estropearan, pero cualquiera le decía que no a la madre de Luna,

él desde luego no se atrevería por nada del mundo.

La despedida fue muy triste y por un buen rato Luna se encontró atrapada como si fuera el interior de un bocadillo entre los brazos de María y Ernesto. Tan sólo se escuchaban los sollozos que emitían unidos a las palabras de cariño que no dejaban de prodigarse. Otra vez las lágrimas caían por las mejillas de los tres y de la mayoría de los familiares de Luna que presenciaban la escena.

—Te quiero, mi niña —dijo María que ya sin consuelo se sonaba su roja nariz.

—Y yo. —De nuevo se fundieron en un fuerte abrazo.

María fue la primera en separarse, cambió los brazos de Luna por los de Víctor que la recibió encantado.

—Espero que cuides bien de mi niña —le dijo.

—Se lo prometo. —Se besaron y ¡cómo no!, otros dos cachetes.

Ernesto también le abrazó y palmeó su espalda.

—Recuerda que tengo un arma y sé utilizarla —le susurró al oído. Víctor soltó una carcajada y le dijo:

—No se preocupe, nunca podré arrancarlo de mi memoria.

A Luna le costó entrar en el coche, sabía que antes de que su hija naciera les tendría en Madrid, pero las despedidas siempre eran tan tristes.

Víctor arrancó y despacito salió camino de Madrid. Todos les despedían con la mano deseándoles buen viaje.

Un año más

—¡Que no, te he dicho que no voy!

Lola estaba sentada en la cama de Luna contemplando cómo esta se probaba uno tras otro todos los vestidos de fiesta que tenía. Ninguno le parecía adecuado, con todos se veía gorda. Desde hacía tres años se había instaurado como

tradición entre los empleados de la Torre Sur, donde se encontraban los gimnasios de los hermanos y la peluquería de Lola, celebrar la Nochevieja juntos con una cena y después baile, pero ese año era el más especial para Luna pues después de esa noche todos tendrían clara la relación que había entre ella y Víctor.

—No seas tonta, con el verde estás preciosa.

—No, se me marca la barriga y parece que tengo culo de pollo. — Suspiró, se sentó al lado de su amiga, apoyó su cabeza en el hombro de Lola y sollozó.

—¡No, no, no! De eso nada, no te vas a poner a llorar otra vez. —Lola la obligó a ponerse de nuevo de pie frente al espejo—. Ponte este otra vez.

A regañadientes Luna tomó el vestido rojo que le tendía su amiga, obedeció y se lo probó de nuevo. Se colocó frente al espejo, la tela era suave y pasó sus manos acariciándola. Las mangas tres cuartos estaban adornadas con bordados con forma de rosas y eran semitransparentes. El escote con forma de corazón le favorecía y destacaba sus pechos que durante el embarazo habían crecido varias

tallas y la hacían más voluptuosa. El vuelo de la falda partía justo de debajo de ellos, disimulando su ya incipiente vientre.

—Con este estás preciosa.

Lola la miraba desde atrás y su sonrisa era sincera. Ese vestido le quedaba perfecto y la favorecía.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿No se me ve gorda?

—No, se te ve embarazada y preciosa.

¡Por fin lo había conseguido! Después de horas encerradas en la habitación de Luna probándose uno tras otro todos los vestidos más

elegantes que tenía en el armario, al final se había quedado con el primero de todos.

—Y tú, ¿qué te vas a poner?

—Este.

Lola abrió la cremallera que cerraba la funda donde guardaba, como si fuese un tesoro, el vestido por el cual había suspirado cada vez que pasaba delante del escaparate. Siempre se quedaba mirándolo e incluso un día entró y se lo probó. Le sentaba como un guante, perfecto y favorecedor, pero su precio era tan elevado que jamás se había atrevido a comprarlo, hasta que el día anterior por la

tarde, después de lo que había pasado con Marcos se quiso dar un placer, uno que aunque sólo le haría feliz por unas horas, conseguiría hacerla olvidar. Entonces entró en la tienda decidida, sacó su tarjeta de crédito y se gastó el sueldo del mes en un estúpido vestido que tan sólo usaría una vez en la vida.

Lo miró y lanzó un fuerte suspiro, ahora, después de verlo de nuevo, no le parecía tan bonito ni se sentía tan feliz como cuando lo compró.

—¡Oh, Lola, qué preciosidad!

—Sí —dijo nada convencida.

—Póntelo, quiero ver cómo te queda.

Con tal de ver feliz a su amiga, Lola, haría cualquier cosa, así que se quitó sus vaqueros y su jersey de lana rosa y se puso el vestido.

—¡Estás tan bonita! —dijo Luna que otra vez estaba al borde de las lágrimas, cómo odiaba esa facilidad que tenía últimamente para llorar.

Con mucho cariño la obligó a girarse y colocarse frente al espejo. Lola miró su imagen reflejada; la verdad es que el vestido era una maravilla. El color azul eléctrico le favorecía con su tono de piel. Era de corte asimétrico así que por detrás llegaba casi hasta sus talones

y por delante dejaba ver sus bonitas pantorrillas. Tenía un profundo escote en V y unas mangas cortas adornadas con pedrería.

—¡Madre mía! —exclamó Luna con la etiqueta en la mano—. ¡Te ha costado una pasta!

—Ahora me arrepiento. ¿Crees que me devolverán el dinero?

—¿Quieres devolverlo?

—No sé... me pareció una buena idea cuando lo compré. Quería darme un capricho, ¡creo que lo merezco!

—Pues claro que lo mereces —le dijo Luna con mucho cariño.

Lola se miró de nuevo al espejo y

su cabecita dio vueltas, tantas que incluso pensó que se iba a marear.

Llevaba toda su vida trabajando. Cuando murieron sus padres ella tan sólo tenía quince años y pasó tres en un orfanato. De aquella época le quedaron recuerdos amargos, noches de soledad, añoranza de su hogar y una gran tristeza por una pérdida tan grande. Pero Lola siempre había sido luchadora, desde niña, su madre decía que tuvo que luchar hasta para nacer, pues su parto fue duro y muy complicado.

Consiguió salir adelante ella sola, entró en una academia de

peluquería y cuando se marchó del orfanato encontró un trabajo como ayudante, poco a poco juntó dinero y ahora tenía su propio negocio.

¡Merecía un capricho y se lo iba a dar!

—¿Sabes lo que te digo? Me lo quedo, me lo quedo, me lo quedo.

Y comenzó a reír, tomó las manos de su amiga entre las suyas y la hizo girar. Sus faldas flotaban a su alrededor y Luna se contagiaba con su risa.

Se dejaron caer sobre la cama agotadas de tanto reír y danzar. Las dos estaban bocarriba codo con codo.

Luna volvió la cabeza para poder mirar a su amiga.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Perfectamente. —La miró con una gran sonrisa en la boca.

—No me mientas.

—No lo hago. —Sus ojos parecían sinceros, pero Lola era una gran experta en esconder sus sentimientos—. Mira no pienso continuar sufriendo por un tío. Mañana iremos a esa fiesta, lo pasaremos fenomenal y si el cubanito se me pone a tiro...

—¿Qué cubanito? ¿Herminio?

—Sí, oh sí, sí... —dijo mientras movía la cabeza de un lado a otro

simulando un orgasmo—. Quiero que me enseñe a bailar y otras cosas...

—¡Mira que eres burra! —Luna le dio un codazo y ambas rieron.

Luna se secó las lágrimas que recorrían sus mejillas después de haberse estado retorciendo de la risa. De pronto se quedó muy seria y de nuevo miró a Lola.

—Eres consciente de que Marcos estará, ¿verdad?

—Sí y no te preocupes. Estaré bien.

—Eso espero.

«Y yo», pensó Lola.

Me colé en una fiesta



—Chicas, ¿vais a tardar mucho?

—¡Un poquito! —le gritó Luna, pero Víctor ya conocía los poquitos de su chica y normalmente se transformaban en esperas interminables.

Como, según parecía, la espera iba a ser muy larga, se abrió una cerveza, se sentó en el sofá y puso

la televisión. Se quedó absorto viendo uno de esos concursos del que jamás había oído hablar y que le llamó poderosamente la atención, tanto que el tiempo que duró estuvo entretenido e incluso deseoso de que las chicas tardasen en arreglarse y así poder verlo entero. En ese momento uno de los concursantes que no había acertado la pregunta fue arrojado impunemente por un hueco que se abría en el suelo y Víctor le gritó enfadado, pues la pregunta había sido fácil y él se había desgañitado soplándole la respuesta.

Luna había salido por fin de la

habitación y miraba con una gran sonrisa en su boca cómo Víctor gritaba al televisor como si este le pudiese escuchar.

—Cariño, yo ya lo he intentado muchas veces, pero no te escuchan —le dijo riendo.

Víctor se levantó del sofá al verla, estaba tan preciosa que por un instante sintió cómo todo el aire se le escapaba y su corazón latía fuerte y rápido.

Tragó saliva y se acercó despacio, contemplándola como si fuese una diosa y él un simple mortal.

—Estás tan bonita —le dijo, la

tomó entre sus brazos y la besó.

Luna se dejó aunque sabía que tendría que retocar de nuevo su maquillaje y pintarse los labios, pero no le importó.

—Bueno, chicos, dejadlo para otro momento, ¿no? —protestó Lola.

Los dos la miraron sonrientes y Luna se sonrojó. Aún le resultaba extraño tener demostraciones de amor con su jefe delante de otras personas, aunque fuera su mejor amiga.

Los tres iban en el coche de Víctor. Las chicas tiritaban y sus dientes hacían ese ruido característico al castañetear, aun

con la calefacción a tope no podían dejar de temblar. Los trajes de fiesta y los abrigos que llevaban puestos eran maravillosos, espléndidos, preciosos, pero poco prácticos para el frío que hacía ese mes de diciembre.

La fiesta se celebraba en la discoteca Zoé Inusual Club, un local de moda perfecto para la ocasión pues contaba con tres plantas y una de ellas era, además, restaurante. Cuando llegaron, la mayoría de sus compañeros y el resto de los empleados del edificio estaban ya sentados en las mesas esperando para cenar. Habían

dejado sus abrigos en el ropero y los tres caminaban sonrientes charlando y saludando a todo el mundo.

Luna era consciente de que en ese momento era el centro de atención. A su ya incipiente barriga se unía el hecho de que Víctor la tenía fuertemente agarrada de la mano mostrando a todo el mundo, que hacía tiempo que murmuraban especulando sobre una posible relación entre ellos, que estaban juntos. Según recorrían el espacio que les separaba de su lugar en la mesa, se escuchaban los cuchicheos y murmullos.

Al fondo del salón sentado solo, en la última esquina de la mesa, estaba Marcos que mostraba su ya habitual cara de enfadado, con la frente arrugada y los labios apretados. Tenía una copa de vino en la mano y su mirada fija en ella, la hacía girar y observaba cómo el líquido bailaba y dejaba surcos en el fino cristal. No le apetecía charlar con nadie y eso no iba a ser un problema porque el resto de los invitados tampoco tenían el menor interés en hablar con él.

De repente sintió una inminente necesidad de levantar la mirada de su copa y cuando lo hizo su corazón

dio un triple salto mortal y sus ojos se abrieron todo lo que pudieron para poder captar con más nitidez la hermosa imagen de la belleza hecha mujer.

Lola no paraba de sonreír, saludar y besar a todo el mundo. Toda esa gente había pasado por su tijera y sus cepillos más de una vez. Muchos de ellos eran clientes habituales y entre corte y tinte incluso habían llegado a entablar una relación de amistad.

Sabía dónde estaba Marcos con exactitud sin necesidad de verle. Era como si llevase una baliza de posición adherida a su cuerpo que

le indicaba en todo momento el lugar exacto que ocupaba, aun en un enorme salón repleto de gente. No quiso mirarle, rehuía sus ojos que sabía perfectamente que estaban fijos en ella, pues podía notarlos como una caricia por todo su cuerpo.

Tomó asiento lo más alejada que pudo de él, pidió al camarero una cerveza y charló animadamente con su compañera de mesa, Silvia, una de las monitoras de aeróbic con la que tenía muy buena relación.

Marcos se levantó de su silla y muy despacio se dirigió hacia donde estaba Lola, quería hablar

con ella, la había estado llamando todos los días después del encuentro que habían tenido en la peluquería, pero ella no le cogía el teléfono y tampoco contestaba a los miles de wasaps que le había mandado incansable. Sabía que iba a ir a esa cena y su objetivo principal al acudir a un evento, que a él le traía sin cuidado, era exclusivamente hablar con ella.

—Hola —le dijo apoyándose en el brazo de la silla y lanzando una mirada a Silvia con la que le dio a entender que se largara inmediatamente y ella se disculpó, se levantó y les dejó solos.

—¿Siempre tienes que ser tan desagradable? —le preguntó Lola sin mirarle, después bebió un largo trago de cerveza para intentar refrescar su boca que ante la presencia de Marcos se le había quedado seca.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas, ni a mis wasaps?

—Porque no tengo ganas de hablar contigo.

—Mírame —le dijo con los dientes apretados.

—No.

Refunfuñó algo que ella no logró entender y se sentó a su lado.

—Joder, lo siento. Mírame por

favor —suplicó.

—No.

Lola se levantó, recogió su vaso y se alejó con paso firme. Cuando llegó al otro extremo de la mesa tomó asiento de nuevo, esta vez frente al cubanito Herminio, que la recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo merecía, se lo había ganado a pulso. Marcos sintió la fuerte necesidad de marcharse a casa, no quería estar allí rodeado de toda esa gente, recibiendo sus miradas de miedo, de desinterés y en algunos casos de... ¿de pena? Sí, algunos le miraban con lástima.

—Hola, hermano. ¿Y esa cara? Parece que te has comido un limón.

—Víctor se sentó a su lado y le miró con una gran sonrisa en la boca. De todas las personas de ese salón su hermano mayor era el único que le miraba con cariño, con aprecio. «Y tú has sido un auténtico cabrón con él», pensó sintiéndose mal.

—Soy un completo imbécil.

Víctor le miró sorprendido. Su hermano estaba raro y ahora decía cosas sin sentido.

—¿Por fin te has dado cuenta? Eso llevo diciéndote toda la vida, desde que aprendí a hablar.

Marcos miró a su hermano con el

semblante serio, ya estaba como siempre divirtiéndose a su costa, pero de repente estalló en carcajadas, no porque su hermano le hubiese contado el chiste del año, tampoco porque de pronto le hiciesen gracias sus salidas de tono, sino porque necesitaba explotar de alguna manera y esa fue la elegida para esa ocasión. Una manera extraña de soltar tensión, pero tan efectiva como liarse a puñetazos, por ejemplo con el cubano, o ponerse a correr alrededor de la sala.

Todos los que estaban cerca le miraron sorprendidos, jamás habían

visto reírse a Marcos. El jefe siempre estaba serio, ni siquiera sonreía.

Lola también se le quedó mirando y, sin poder evitarlo, una leve sonrisa se asomó tímida a sus labios. ¡Estaba tan guapo cuando reía! «No, no y no. Que no te engañe, tú a lo tuyo», se dijo. Si quería dar carpetazo a su atracción por Marcos, no podía quedarse embobada mirando cómo reía.

Su atención regresó junto a su cubano, ese sí que era un hombre que merecía la pena; divertido, siempre sonriente, cariñoso, meloso y con un cuerpo de infarto.

Se acabó sufrir por uno al cual sólo le importaba su ego, sus negocios y el prestigio. A partir de ahora se dedicaría a divertirse y el cubano era muy pero que muy entretenido.

Los camareros sirvieron la cena y entre risas y mucha conversación llegó la hora del postre. Luna estaba radiante, se sentía feliz. Por un momento mostrar abiertamente su relación con Víctor había sido un tanto incómodo, pero según avanzaba la noche todo se fue volviendo más natural y las miradas furtivas y los cuchicheos dejaron de producirse.

Paula estaba rabiosa, no podía

creerse que al final la mosquita muerta de Luna hubiera conseguido engatusar al jefe. Cuando la vio entrar de la mano de él casi se cae de la silla y cuando la besó delante de toda la plantilla, su cólera creció como lo hacía la espuma del champán que Víctor acababa de abrir en ese preciso instante.

Sirvió las copas y pidió un brindis. Todos se pusieron de pie con su copa en la mano. Y esperaron el discurso que, todos y cada uno de los tres años que llevaban en la empresa, daba Víctor como representante de todas las empresas de la torre.

—Quiero brindar por otro año más juntos. Gracias a todos vosotros H. A. Gym está siendo una de las mejores cadenas de gimnasios de España. Sois los mejores. —Víctor levantó su copa y todos le imitaron—. También me gustaría anunciaros una noticia personal, aunque creo que alguien ya se ocupó de que todos os enterarais. —Paula se quedó pálida e intentó disimular, pero la mirada de Luna se clavó sobre ella como un cuchillo afilado—. Dejando atrás cotilleos y murmuraciones, os anuncio que Luna y yo vamos a ser papás de una preciosa niña.

Entonces todos brindaron, chocaron las copas y bebieron. Hubo una gran algarabía y felicitaciones para los dichosos papás.

Paula dejó su copa de la que no había tomado ni un solo trago, no podía, aunque su boca se había quedado seca tenía la garganta cerrada. Se sentó intentando ignorar al resto de sus compañeros que festejaban las buenas noticias de la noche.

—¿Tú no brindas, Paula? —le preguntó Lola con una sonrisa triunfal.

Las doce se aproximaban y ya

tenían preparada las uvas y su copa de champán. Cuando empezó la cuenta atrás todos se levantaron de sus asientos menos Marcos que cabizbajo jugaba con las uvas de su plato haciéndolas rodar de un lado a otro.

Al ritmo de las campanadas, que un camarero iba marcando dándole fuertes golpes a un gong, todos comían las uvas, llenando sus carrillos entre risas. Marcos no probó ni una, se limitó a fijar sus ojos en Lola que parecía una niña entusiasmada metiéndose tantas uvas en la boca que ni siquiera podía masticarlas.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritaron todos los que habían conseguido vaciar sus bocas.

«Feliz Año Nuevo», pensó Marcos con tristeza.

Todos se abrazaban y besaban dando vueltas por la mesa intentando no dejarse a nadie.

Marcos continuó sentado, para qué iba a ponerse en pie, al fin y al cabo nadie le felicitaba. El único que lo había hecho era su hermano que le dio un fuerte abrazo, pero que le soltó rápidamente para besar a Luna.

Lola ya había besado y abrazado a casi todo el mundo cuando se

encontró frente a un triste y abatido Marcos. Le miró y él se puso de pie frente a ella.

—Feliz Año Nuevo —le dijo.

—Feliz Año Nuevo —contestó él—.

¿A mí no me abrazas?

Lola se acercó y depositó un pequeño beso en su mejilla, él aprovechó su proximidad para ponerle su mano sobre la cintura. Fue un contacto sutil, pero que ambos sintieron como si un huracán les hubiese golpeado con fuerza. Fue Lola la que con rapidez rompió el contacto y se dio la vuelta intentando alejarse de él lo antes posible.

Y, ¿si fuera ella?

Llegó el momento del baile. Todos dejaron el salón y en la planta baja del local, donde se encontraba la discoteca, comenzó el verdadero desmadre.

Luna tenía unas ganas locas de bailar y Víctor la acompañó a la pista, no era un buen bailarín, pero se esforzó en seguirla e hizo lo que

pudo. Los dos reían, giraban y se movían por toda la pista.

En ese momento Marc Anthony se preguntaba «¿Qué precio tiene el cielo?», y los monitores del gimnasio, en un arrebató, se colocaron en línea y ejecutaron una coreografía que el resto del público congregado en la sala se animó a seguir.

Todos bailaban, reían y disfrutaban de la noche, todos menos Marcos que, sentado cerca de la pista con una copa de ron añejo con *coca-cola* entre las manos, se dedicaba a observar a Lola que no paraba de bailar con

Herminio.

Nunca había sentido tantos celos como esa noche, jamás había deseado partirle la cara a nadie como le pasaba con el monitor cuando le veía agarrar la cintura de Lola, cómo la estrechaba y se rozaba contra su cuerpo.

Lola estaba disfrutando de lo lindo, Herminio era un gran profesor, ella le seguía y bajo su experta guía parecían una pareja profesional de bailarines. Tan sólo enturbiaba el ambiente la mirada oscura que sentía clavada en todo su cuerpo. Sabía que él la estaba observando y que estaba tan

rabioso que incluso temía que le saliese espuma por la boca. Sonrió maliciosamente sólo de pensarlo, ya era hora de que alguien le pusiese en su sitio y le hiciese sufrir.

Por el rabillo del ojo podía ver cómo Marcos se acercaba a la barra y pedía otra copa. Chasqueó la lengua preocupada, estaba bebiendo demasiado y mezclar esa rabia que le consumía, su carácter explosivo y el alcohol era muy peligroso. Pensó que lo mejor sería no darle más celos, así que tomó de la mano a Herminio y le guio hasta donde estaban el resto de los

bailarines ejecutando una coreografía todos en línea sin tocarse. A Herminio eso no pareció gustarle, deseaba seguir magreando a la morenita, intentó de nuevo atraerla hacia su cuerpo pero ella le dio un leve empujón, le sonrió y continuó bailando.

«Maldito baboso», pensaba Marcos de nuevo sentado frente a ellos.

Víctor estaba agotado. Dejó a Luna, que parecía incansable, en la pista y se sentó junto a su hermano. De un tirón le arrancó su copa de las manos y le dio un largo sorbo.

—¡Joder! —exclamó al sentir el

calor del ron bajándole por la garganta—. ¡Está bien cargadito!

Marcos le miró enfadado y se la arrebató.

—Es mi copa, si quieres una espera la larga cola de gente, soporta empujones y pisotones y desgáñitate intentando que el camarero te haga caso.

—Entonces prefiero beber de la tuya, aunque está asquerosa. ¿Cuánto ron te ha puesto? ¿Toda la botella? —Intentó de nuevo quitarle el vaso, pero Marcos lo agarró con fuerza.

—De eso nada, no te voy a dar ni un sorbito. Si vas a criticar mi

copa, vete a otro sitio.

Víctor lanzó una carcajada, le encantaba hacer rabiar a su hermano, siempre había disfrutado poniéndole al límite.

—¿Por qué no vas con ella? — preguntó Víctor al darse cuenta de que su hermano no apartaba la mirada de Lola.

—Ella no quiere.

—No lo creo.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—No sé nada en especial, pero por la forma en la que te mira, sé que siente lo mismo que tú.

—Creo que estás equivocado, me ha dejado muy claro que no quiere

nada conmigo.

—Porque eres un imbécil.

—Tú como siempre tan cariñoso.

—Es la verdad.

En ese momento comenzó otra canción y se formaron parejas. Lola no pudo impedir que Herminio le tomase de la cintura y comenzase de nuevo a bailar con ella. Puso toda la distancia que pudo al ver la mirada de ira de Marcos.

—Ese tipo... —dijo señalando al monitor.

—¿Herminio?

—Sí, Herminio. Mañana voy a despedirlo.

—De eso nada, es nuestro mejor

monitor de baile.

—Me importa una mierda, como si es el mismísimo papa.

Víctor clavó su mirada totalmente sorprendido en su hermano pequeño.

—¿Quieres decir que despedirías al mejor monitor porque está bailando con Lola?

—Eso o le estrangulo lentamente.

—Joder, tío, sí que te ha dado fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te das cuenta? Tú, el tío que sólo piensa en el trabajo, que lo único que desea es ser el mejor, tener el negocio más productivo

con el que ganar millones, tantos que no sepas en qué gastarlos, vas a deshacerte de un monitor, del mejor que tenemos, tan sólo porque está bailando con la chica de la que estás enamorado hasta las trancas.

Marcos cerró los ojos con fuerza. ¡Joder, Víctor tenía razón, estaba enamorado!, vació su copa de un solo trago, se levantó y se acercó a la barra para pedir otra más. Miró de nuevo a Lola que continuaba totalmente ajena a su frustración bailando como una posesa con el que a partir del lunes sería exmonitor de H. A Gym, de eso se ocuparía él personalmente.

Lola empezaba a estar un poco cansada de sentir las manos sudorosas de Herminio por todo su cuerpo. Varias veces se las había quitado de su trasero y otras tantas se las había bajado a la cintura pues él las había colocado con toda impunidad sobre sus pechos.

—Voy al servicio —le dijo, necesitaba poner distancia, estaba comenzando a agobiarse.

Se dio la vuelta para marcharse pero él la agarró de la mano, tiró de ella hasta tenerla frente a frente y con su boca casi sobre la de ella le dijo:

—No tardes, te estaré esperando.

Lola se soltó dando un fuerte tirón y en ese momento decidió cortar por lo sano. De momento iría al servicio porque su vejiga ya no soportaba más y después se despediría de Herminio.

Caminó hacia el baño sin darse cuenta de que él la seguía muy de cerca observando el balanceo de sus caderas. La deseaba y haría todo lo que estuviese en su mano por poseerla, por disfrutar de su cuerpo, por saborearlo.

El servicio estaba en la zona más oscura y retirada de la pista de baile. Cuando se disponía a entrar y sin mediar palabra la agarró con

fuerza y la empujó contra la pared. Lola sorprendida intentó retroceder, pero él colocó sus manos sobre su trasero y la obligó a pegarse contra su cuerpo. Notó el gran bulto de su erección casi entre sus piernas. Luchó por soltarse pero a Herminio parecía no importarle nada en absoluto su explícita negativa a su magreo y, más que desistir, se agarraba con más fuerza.

—¡Suéltame! ¡¿Qué se supone que estás haciendo?! —chilló. Estaba empezando a asustarse.

Estaban casi en penumbra y nadie pasaba por allí, todo el mundo estaba bailando y disfrutando de la

noche. Lola estaba asustada, aunque pidiera socorro nadie la escucharía, pues la música estaba muy alta.

—Lo deseas, lo sé. No te resistas —le susurró al oído.

Sintió su aliento sobre su cara. ¡Iba a besarla! Posó su boca sobre la de Lola, ella la cerró con fuerza, pero notó cómo la lengua de él pujaba y forcejeaba sobre sus labios. Le faltaba el aire, no podía casi respirar y comenzó a marearse.

Lola le golpeaba en los brazos y luchaba por separarse, pero él era mucho más corpulento y se encontraba fuertemente apretada entre su cuerpo y la pared, sin

apenas espacio para moverse.

De repente sintió que el cuerpo de Herminio volaba literalmente al otro lado de la sala. Ya libre de su amarre pudo por fin tomar aire.

Marcos no podía dejar de mirarles. Vio cómo Lola le decía algo al oído y caminaba hacia el servicio, seguida muy de cerca por Herminio. Ya no quería ver nada más, dolía y mucho. Estaban buscando un lugar solitario y oscuro, de eso no le cabía duda. Decidió irse a casa, el vacío que sentía dentro, muy dentro, se estaba haciendo tan enorme que temía que llegara a consumirle totalmente

hasta hacerle desaparecer. Se tomó un gran trago de su copa, pagó al camarero y antes de marcharse miró de nuevo hacia la penumbra donde se encontraba Lola. Cuando vio cómo él la besaba creyó morir. Una fuerte rabia se apoderó de él, deseaba separarle de ella que no le tocara ni un solo pelo, pero si era lo que ella deseaba, nada podía hacer. El dolor se hizo inaguantable, tanto que deseó desaparecer, hacerse pequeño y meterse en un rincón donde nadie pudiera encontrarle.

Antes de marcharse tuvo la insoportable necesidad de volver a

mirarla y cerciorarse de que lo que había visto no era un espejismo ni un sueño, sino la dura realidad que le golpeaba sin piedad.

Sus labios continuaban pegados al igual que sus cuerpos, pero... ¡un momento! Lola estaba dándole puñetazos en los brazos e intentaba separarle de su cuerpo. ¡No deseaba ese contacto! Un piloto rojo de peligro se encendió dentro de su cabeza, ese cerdo estaba intentando abusar de Lola. Sin pensar lo que hacía dando grandes zancadas, se acercó a la pareja, le agarró con fuerza y tiró de él.

Herminio no se dio cuenta de lo

que estaba pasando hasta que se vio en el suelo. Hacía tan sólo un segundo había estado abrazado a la morenita y en ese momento se encontraba sentado en el suelo.

Herminio se levantó y se sacudió el pantalón. Marcos se puso frente a él con los puños apretados, la respiración acelerada y una vehemente mirada de odio. Sus narices casi se tocaban y las intensas miradas entre ellos no presagiaban nada bueno.

El primero en asestar un fuerte puñetazo fue Marcos sobre la perfecta, hasta entonces, nariz del monitor que de nuevo cayó con gran

estrépito sobre sus posaderas.

—¿Se puede saber qué coño pasa contigo?! —gritó Herminio intentando contener la sangre que salía por su nariz y comenzaba a empapar su camiseta— ¡Joder, creo que me has roto la nariz!

—¡Y la cara, si vuelves a ponerle una mano encima!

—¿Y a ti qué coño te importa? Yo sólo le estoy dando lo que desea, me ha estado calentando toda la noche.

Marcos le asestó otro puñetazo, pero estaba vez Herminio estaba preparado y lo esquivó.

Las copas de más habían hecho

estragos en el equilibrio y los reflejos de Marcos que fue quien finalmente se llevó un golpe asestado por el puño del monitor. Su ceja se partió al instante, se la tocó y después observó asombrado la sangre en su mano.

—¡Hijo de puta! —gritó y se lanzó contra él.

Lola observaba asustada la maraña de brazos golpeándose y empujándose. Intentó separarles pero ambos estaban tan enfrascados en la pelea que ni siquiera repararon en ella.

Víctor y Luna estaban sentados besuqueándose y haciéndose

arrumacos como dos adolescentes ajenos a todo lo que estaba ocurriendo, cuando llegó Lola pidiendo ayuda.

A Víctor le sirvió una simple frase para levantarse y correr tras Lola en ayuda de su hermano y esa fue: «Marcos necesita ayuda».

Cuando llegó se encontró un espectáculo terrible. Los dos hombres se golpeaban el uno al otro y la sangre brotaba por ambas partes. Sin pensarlo dos veces se metió en medio y les separó. Herminio se quedó quieto frente a ellos, con los puños apretados y mirada de odio, mientras que

Marcos luchaba por soltarse del amarre de su hermano.

—¡Vete! —le gritó Víctor al ver que cada vez le estaba costando más retener a su hermano. Herminio obedeció, ya tenía suficiente. Se encaminó hacia la salida dejando un rastro de sangre a su paso—
¡Estate quieto, joder!

—¡¿Quieres hacer el puñetero favor de soltarme?! —Se sacudió, forcejeó y tiró con fuerza, pero llevaba ya mucho tiempo sin alimentarse en condiciones y estaba débil, eso unido a las copas que se había bebido y los puñetazos que había recibido, le dejaban en

desventaja frente a la fuerza de su hermano.

—Sólo si prometes dejar de hacer el gilipollas y calmarte.

Pero siguió luchando hasta que totalmente agotado se rindió y se quedó quieto con la respiración alterada y la mirada perdida en el punto exacto por donde Herminio había salido hacía tan sólo unos minutos.

—Suéltame —rogó con tono suplicante.

—¿Prometes portarte bien?

—No pienso ir tras él, si eso es lo que temes.

—¡Estás loco! —gritó Víctor y tiró

de su brazo obligándole a volverse para mirarle—. ¡Joder, no puedes ir por ahí pegando a la gente! ¿Quién cojones te crees que eres?

—Déjame. —Marcos le contestó contenido. La sangre manaba de su frente e intentaba limpiársela con la mano. Se tocó el labio, también le dolía y sangraba.

—No te reconozco, hermano, no puedo entender...

—¡Ese cabrón estaba intentando abusar de Lola! —gritó Marcos interrumpiendo a su hermano.

—¿Cómo? —Víctor estaba conmocionado.

—Lo que has oído. La estaba

besando y manoseando, Lola intentaba quitárselo de encima pero él...

—Joder, lo siento, yo... —Le abrazó. Era lo único que se le ocurría en esos momentos.

Víctor soltó los brazos de su hermano pequeño y este totalmente abatido caminó hacia los asientos donde había pasado toda esa larga y desastrosa noche. Se dejó caer abatido, vencido, desolado... miró su vaso casi vacío y sintió unas inmensas ganas de vomitar todo el alcohol que había consumido.

Apoyó los brazos sobre sus piernas y reposó su cabeza sobre

sus manos abiertas, mientras intentaba respirar con tranquilidad. Se quedó mirando la oscura mancha de sangre que manaba de su ceja, chorreaba hasta su barbilla y goteaba a sus pies, se concentró en su forma y en su olor, en un intento de mantener su cabeza ocupada y tratar de borrar todo atisbo de lo que acababa de ocurrir.

La música que se había cortado cuando comenzó la pelea, sonó de nuevo. El *DJ* tomó el micrófono e intentó restablecer la calma entre los asistentes que no paraban de murmurar. Poco a poco todo se tranquilizó y la gente comenzó a

bailar de nuevo.

Sintió que alguien se sentaba a su lado y le tendía unas servilletas de papel. Pensó que era su hermano, las tomó y se limpió la sangre. La mano se posó sobre su hombro, era cálida y pequeña. Marcos reaccionó con una rapidez increíble, levantó la cabeza esperanzado. «Y, ¿si fuera ella?», pensó.

—Déjame a mí —le dijo Lola tomando el pañuelo de papel y limpiándole con suma delicadeza y cariño.

Marcos no podía ni quería apartar su mirada de ella. Vio cómo un

mechón de pelo le caía descuidado sobre sus preciosos ojos y con manos temblorosas se lo colocó tras la oreja, después pasó sus dedos por su mejilla intentando borrar los estragos que las lágrimas habían hecho con la pintura de sus ojos, dejándole largos surcos negros que llegaban hasta su barbilla.

—Lo siento... —le dijo y de nuevo las lágrimas comenzaron a brotar.

—No, no, tú no... —Se abrazó al cuerpo tembloroso de Lola, la acogió contra su pecho intentando protegerla de todo y de todos, como si fuera la joya más valiosa y

preciada. Nunca nadie volvería a hacerla daño, él no lo permitiría, jamás—. Yo soy quien tiene que disculparse, yo y sólo yo.

Vivir lo nuestro



El turno de Sofía había comenzado hacía tan sólo dos horas y ya estaba agotada. Era Nochevieja y la gente descontrolaba, bebía mucho y luego venían los problemas: accidentes de coche, peleas, comas etílicos y demás desastres producidos por el alcohol.

Acababa de atender a un tipo tan borracho que desvariaba y varias veces había intentado meterle mano.

—¡Menuda nohecita! —le dijo a su compañero de fatigas, Leandro.

—Pues sólo acaba de empezar —se quejó él.

Sofía sonrió cansada, tenía ganas de que esa noche pasase rápido, aunque presentía que sus deseos no se iban a cumplir.

La puerta corredera se abrió y entraron cuatro personas elegantemente vestidas. Sofía miró los preciosos trajes de las dos mujeres, elegantes y seguramente

caros.

Uno de los hombres tenía la cara y las manos cubiertas de sangre y apretaba un montón de servilletas de papel contra su ojo. Estaba apoyado en una de las chicas, una preciosa morenita que le ayudaba y le guiaba pues llevaba el ojo totalmente tapado.

—Buenas noches —dijo el otro hombre que se adelantó a la parejita. Iba vestido con un impecable traje negro y llevaba cogida de la mano a una mujer con cara de estar muy cansada.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó señalando al herido.

—Me he caído y golpeado contra la esquina de una mesa —se apresuró a contestar el lesionado.

—Sí, ya, claro. —Sofía sabía que seguramente eso no era lo que había sucedido, pero así se librarían de problemas con la policía. A ella no le importaba en absoluto cómo se había herido, lo único que le interesaba era atenderle y curarle esa herida que parecía ser considerable.

—Venga conmigo —le dijo tomándole del brazo para guiarle—. Ustedes esperen allí, en esa sala. — Les señaló con la cabeza la típica sala de espera con paredes blancas,

sillas incómodas, máquina de café y ese terrible y desagradable olor a desinfectante.

Estaba repleta de gente, casi todos los asientos estaban ocupados y un par de niños que correteaban incansables hicieron tropezar a un señor mayor que refunfuñó. La madre enfadada les regañó y les obligó a quedarse quietos y sentados. Los dos obedecieron, pero seguramente no durarían mucho tiempo así.

Luna estaba agotada pero, pese a la insistencia de todos de que se fuese a casa, ella había decidido acompañarles a la clínica.

Buscó un sitio vacío y encontró dos asientos. Se dejó caer sobre uno, estaba muy duro y era de lo más incómodo, pero no le importó tan sólo necesitaba descansar. Con disimulo se quitó los zapatos, desde hacía ya un buen rato le estaban torturando los pies de tal forma que los sentía palpar de dolor. Víctor se acomodó a su lado, puso su brazo sobre sus hombros y tiró de ella para que acomodara su cabeza sobre su pecho. Luna no se resistió, todo lo contrario, suspiró encantada y cerró por un momento los ojos.

—¿Por qué? —preguntó de pronto ella, Víctor la miró sin entender—.

¿Por qué tu hermano se ha comportado así? ¿No serían celos, verdad? —No quería ni pensar que Marcos podía ser tan agresivo.

—No, él tan sólo quería protegerla.

—No entiendo. —Le miró sorprendida.

—Herminio intentó abusar de ella.

—Oh, Dios mío.

Ambos se quedaron mirando a Lola que no paraba de toquetear nerviosa su pequeño bolso de mano y caminaba por la sala como lo hacen los leones del zoo. Dan tantas vueltas que el rastro de sus pasos

queda impreso sobre la hierba y, poco a poco, desaparece hasta quedar sólo barro y tierra. Al murmullo de algunos de los enfermos y acompañantes se unió el sonido que hacían sus tacones sobre el impoluto suelo de plaquetas grises y el repiqueteo de sus uñas al chocarlas contra una de las grandes piedras azules que adornaban su bolso.

Luna la llamó y le pidió que se sentara a su lado. Cuando la tuvo cerca la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿Estás bien?—le preguntó sollozando.

—No, no estoy bien. Ha sido todo tan horrible —respondió con sinceridad y rompió a llorar junto a su amiga.

—Lo siento tanto. —La separó de su abrazo y la miró a los ojos—. Pero ese cabrón se ha llevado su merecido.

Lola asintió con la cabeza, sacó un pañuelo del bolso y se enjugó las lágrimas.

—Si no llega a ser por Marcos... Y ahora él está herido, con una ceja rota y...

—Tranquila, no lo pienses más —intervino Víctor—, Marcos hizo lo que debía.

La enfermera regresó y tomó nota de la tarjeta sanitaria de Marcos. Les explicó que el médico estaba con él y que dentro de un momento saldría a informarles. Pero pasaron las horas y nadie les decía nada.

—Perdone, señorita. —Lola se acercó al puesto de enfermeras, estaba desesperada y muy preocupada, ¿cómo era posible que por una ceja partida tardase tanto?—. Hace ya dos horas que nuestro amigo entró con el médico y no sabemos nada.

—¿Marcos Amorós, verdad? — Lola asintió con la cabeza.

Sofía se había quedado con su

nombre, porque era el dueño del gimnasio al que acudía cuando sus turnos se lo permitían. Tecleó en el ordenador, miró la pantalla y le dijo:

—He avisado al doctor, ahora se pasa y les informa —le explicó con una sonrisa tranquilizadora.

Al cabo de unos minutos llegó el doctor. Se presentó como el doctor Martínez y después de estrecharles la mano soltó de golpe:

—Está en observación.

Lola perdió el color.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Oh, no, no se asusten, es el protocolo normal. Piensen que se

ha dado un fuerte golpe, tan fuerte que su ceja se ha partido y he tenido que darle cuatro puntos. Dentro de media hora más o menos podrá irse a casa.

Después de otra larga e interminable hora, por fin Marcos apareció por la puerta con su chaqueta en una mano y un montón de papeles en la otra.

Llevaba la corbata desabrochada y colocada sobre su cuello a modo de bufanda, los faldones de la camisa colgaban arrugados por fuera del pantalón y las mangas estaban remangadas hasta sus codos. Su aspecto era de lo más

desaliñado. Víctor le miró extrañado, «¿dónde está mi hermano?», pensó sorprendido. El Marcos que él conocía nunca se hubiese dejado ver así, se habría colocado la camisa, puesto perfectamente anudada su corbata e incluso se habría atusado el pelo.

Lola le miró alarmada buscando alguna señal que le indicase que se encontraba bien. Marcos vio la inquietud en la cara de sus tres acompañantes, pero sobre todo lo que más le impactó fue verla en los ojos de Lola.

«¿Será posible? Sí, lo veo en sus ojos», pensó Marcos que sonrió

satisfecho, le importaba y mucho aunque había intentado disimularlo, le había rechazado una y otra vez ignorando sus llamadas y sus mensajes, pero en realidad ella también le quería.

Víctor se acercó a su hermano, tomó su mandíbula con su mano obligándole a mover la cabeza hacia un lado y así poder examinarle bien la ceja.

—¿Estás bien? —Le movía la cara de un lado a otro para poder observarlo desde diferentes ángulos—. ¡Uf! Esto no tiene muy buena pinta.

—Estoy bien —dijo cansado del

análisis minucioso al que estaba siendo sometido, le dio un manotazo en la mano deseoso de que le soltase y dejar de ser el centro de atención de todas las miradas.

—¿Seguro? ¿Qué te dijo el médico? Has tardado mucho. — Víctor estaba muy preocupado y eso se notaba en su aspecto demacrado y en su rara falta de humor. Lo que Marcos esperaba era alguna de sus gracias o bromas pero no ver a su hermano tan afectado.

—Está todo bien. En unos días se irá la hinchazón y en cuanto me

quiten los puntos sólo quedará una pequeña cicatriz como recuerdo de esta noche —dijo intentando tranquilizarle—: Vámonos a casa.

Comenzaron a andar hacia la salida, pero Luna le paró poniendo sus manos sobre el brazo de Marcos.

—Gracias —le dijo y le abrazó—. Víctor me lo ha contado todo, gracias por proteger a Lola. —Luna depositó un tierno beso en su mejilla.

Ninguno dijo nada, estaban deseando salir de allí y respirar de nuevo el sucio y contaminado aire de Madrid, tanto desinfectante

había dejado sus fosas nasales casi doloridas.

Pasaron de un calor sofocante a un frío intenso, pero ninguno se quejó. Marcos ni siquiera se puso la chaqueta, se la colocó a Lola sobre los hombros, sabía que el abrigo que ella llevaba era tan liviano que apenas le abrigaba. Agradecida le sonrió y se agarró las solapas juntándolas sobre su cuello.

Habían venido todos juntos en el coche de Víctor, dejaron aparcado en la discoteca el de Marcos. Decidieron ir a buscarlo y después Marcos llevaría a Lola a su casa,

más que nada porque necesitaban estar a solas.

En el *parking* de la discoteca se despidieron y Lola subió al BMW azul oscuro de Marcos. Puso la calefacción a tope, Lola temblaba pero no tanto por el frío, sino por todo lo vivido esa noche. Habían intentado abusar de ella, el hombre del que estaba enamorada se había peleado y, después, los nervios que había pasado en la clínica sin saber nada de él. Todo ese cúmulo de nervios, miedo e incertidumbre la habían dejado extenuada y temblorosa.

Tu amor me hace bien



Marcos conducía en silencio con la mirada totalmente concentrada en la carretera y ella aprovechó para observarle. Tenía la ceja, donde le habían dado los puntos, tapada con un esparadrapo. Se le había hinchado bastante y la piel alrededor de su ojo estaba adquiriendo el típico color morado.

Se percató por primera vez de que el labio también estaba herido y amoratado.

—Estoy bien, no te preocupes — dijo él mientras, por un momento, quitaba la mano del volante y le acariciaba la rodilla.

Sabía que Lola le estaba mirando, lo podía sentir y también era consciente de que estaba preocupada, seguramente su aspecto era horrible y a esas alturas de la noche su cara habría comenzado a hincharse y a adquirir un aspecto un tanto desagradable.

—¿Te duele? —preguntó con la voz quebrada.

—Apenas —mintió.

Desvió la mirada un instante de la carretera para lanzarle una sonrisa tranquilizadora. Lola le fue indicando el resto del camino hacia su casa. Vivía en una zona lejos del centro de Madrid, a las afueras. Un lugar tranquilo, sin el bullicio al que Marcos estaba acostumbrado, sin el tráfico insufrible, las luces de los escaparates y el incesante movimiento de personas.

No les costó mucho encontrar un aparcamiento y en una limpia maniobra estacionó el coche frente a su portal. Marcos observó por primera vez el edificio donde vivía

Lola. Era un bloque modesto, de unas cinco alturas con pequeñas terrazas y toldos azules.

No la miraba pero sabía que ella sí lo estaba haciendo. Odiaba ser tan cobarde, detestaba tener miedo de una simple mirada, pero en los ojos de Lola siempre se reflejaban sus sentimientos. ¿Y si de nuevo le rechazaba? ¿Y si no le perdonaba? Necesitaba otra oportunidad, le demostraría que era un hombre nuevo. Tenía que ser valiente y, por fin, se decidió a hacerlo. Lo que vio en sus ojos le dejó sin aliento: ternura, cariño, deseo y una pizca de esperanza, todo aderezado con

una preciosa sonrisa.

—¿Quieres subir? —le preguntó.

Marcos asintió con vehemencia, moviendo la cabeza como esos pequeños muñecos con forma de perrito que algunos conductores llevan en la bandeja o el salpicadero de los coches.

—Pero quiero que te quede claro que entre tú y yo no va a haber sexo —dijo Lola y le señaló con el dedo en un intento absurdo de darle énfasis a sus palabras.

—Sólo hablaremos, lo prometo. — Marcos levantó su mano derecha como lo haría un acusado prestando juramento.

La sonrisa de Lola se hizo más brillante, él parecía un niño al que le habían preparado una fiesta y en ese preciso instante se encaminaba hacia el lugar donde todos sus amigos le estaban esperando. Y así se sentía Marcos expectante, nervioso, feliz. Por fin, después de tantas y tantas negativas iban a hablar, y podría explicarse. «¡¿Explicar? ¿Explicar? Pero ¿el qué?!». Pero ya no tuvo miedo, ahora el nuevo Marcos haría frente a sus sentimientos. Iba a deshacerse de todos sus prejuicios, de sus innumerables dudas. No había vuelta atrás, le iba a contar cómo

era, el tipo de persona que era y si ella no salía huyendo después de conocer al verdadero Marcos, sería un auténtico milagro.

Salieron del coche en silencio y este les acompañó en el ascensor, en el rellano y dentro de la casa de Lola.

—¿Te apetece un café? —dijo Lola agobiada por la sensación de incomodidad y tensión que se había creado entre ellos.

—Sí, claro. Gracias.

—Voy a prepararlo, ponte cómodo. —Le señaló el sofá.

Se quitó la chaqueta que Marcos en un gesto de caballerosidad le

había colocado sobre los hombros al salir de la clínica y que había rehusado ponerse aun cuando ella le había visto temblar de frío. La colgó tras el respaldo de una silla. A continuación se desprendió del abrigo, todo bajo la atenta mirada de él que permanecía quieto y con las manos en los bolsillos.

—Pero siéntate por favor —le instó de nuevo.

Marcos obedeció y se acomodó. Mientras Lola preparaba el café, se dedicó a observar el salón. Todo estaba impoluto y muy colocado, siempre pensó que ella sería desordenada y caótica, pero de

nuevo le había sorprendido. El salón era del tamaño del cuarto de baño de su enorme apartamento, pero todos los espacios estaban bien aprovechados.

Se levantó para ver mejor una foto que le llamó la atención. La tomó entre sus manos y la observó detenidamente. En ella se veía a una niña preciosa, morena y con los ojos cargados de vida e ilusión, a su lado una pareja. Cada uno le agarraba un hombro y ellos estaban fuertemente amarrados por la cintura.

—Yo tenía trece años. —Marcos se sobresaltó, no se había dado

cuenta de que ella estaba detrás—. Estaba enfadada porque me acababan de colocar un aparato dental, ahora lo agradezco —dijo enseñándole sus perfectos dientes.

—No pareces enfadada. —Marcos posó de nuevo la mirada en la foto y entonces fue cuando apreció el brillo del corrector dental—. Tu sonrisa y tus ojos muestran felicidad.

—Porque mis padres para recompensarme me llevaron al zoo.

Tomó la foto de las manos de él y con mucha ternura pasó sus dedos por las caras de su padre y de su madre, dibujando su contorno con

delicadeza.

—Esta foto la hicimos antes de salir de casa —dijo y carraspeó con fuerza pues tenía un enorme nudo en la garganta.

—Siento mucho lo de tus padres... —En una conversación de esas que se suelen tener entre hermanos, Marcos le había sonsacado a Víctor alguna que otra cosa de la vida de Lola y por él descubrió que sus padres estaban muertos. No sabía muy bien cómo afrontar el tema, nunca se le había dado bien hablar sobre los sentimientos de otras personas.

—Gracias —suspiró—. No me

apetece hablar de ello. —Sonaba cortante, pero ya tendrían tiempo. Más adelante Lola le contaría todo lo que él quisiera saber sobre sus padres, pero en ese instante no tenía fuerza para lidiar con un tema que todavía dolía y menos después de lo que había ocurrido esa noche.

—Lo entiendo, no quería molestarte —dijo apesadumbrado.

—No, no te preocupes, no me molestas. Es sólo que creo que ahora no es el momento.

Depositó la foto de nuevo sobre la repisa y sonrió a Marcos.

—Si no te importa voy a ponerme cómoda.

Él miró su precioso vestido manchado de sangre, de su sangre, y asintió.

—Lo siento, lamento habértelo dejado así. Te lo pagaré.

—Oh, vamos no digas tonterías, es sólo un vestido. Además, tú no has tenido la culpa.

Aunque le había costado todo un mes de trabajo, para ella lo importante no era ese estúpido vestido que seguramente no tendría nunca más ocasión de usar, lo verdaderamente valioso era él, ese hombre que tenía delante y que le hacía vibrar con su sola presencia.

—Sirve tú el café mientras yo me

cambio.

La vio desaparecer dentro de lo que supuso sería su habitación, suspiró y entró en la cocina. Era minúscula, sólo una pared llena de armarios y un pequeño espacio para la nevera, su armario ropero era muchísimo más grande.

—¡¿Dónde tienes las tazas?! — gritó asomando la cabeza por la puerta, aunque la casa era tan pequeña que no hacía falta alzar mucho la voz para ser escuchado desde la otra punta.

—¡En el armario que está al lado de la terracita!

La palabra terracita describía a la

perfección lo que era un ínfimo espacio acristalado, donde sólo cabían la lavadora y el calentador. Sacó dos tazas, añadió el espeso y aromático café.

—¿Lo quieres con leche?!

—¡Sí, por favor!

Abrió la nevera y echó un buen chorro de leche en las dos humeantes tazas. Buscó con la mirada el azúcar y encontró un gran tarro transparente con lo que parecía ser el objeto de su búsqueda. Aclaró cualquier duda cuando al darle la vuelta al tarro vio escrito en grandes letras decorativas azúcar.

Cuando Lola regresó, él ya estaba sentado en el sofá disfrutando de su café. Pero en cuanto la vio salir de la habitación se puso de pie.

Llevaba un chándal de felpa de un rosa chillón ya desgastado por los lavados. Era por lo menos dos tallas más grandes de lo que ella necesitaba y aunque podría parecer la prenda más antimorbo que existía en el mundo, para Marcos era la más maravillosa y exquisita, pues la llevaba puesta la mujer más bella y *sexy*.

No se volvió a sentar hasta que ella lo hizo. «Siempre tan caballeroso», pensó Lola, algunas

veces parecía de otra época, de esa en la que los hombres cedían el asiento a las mujeres, en la que les abrían la puerta para que entrasen, se quitaban el sombrero y llevaban las bolsas para que ellas no cargasen con peso.

—Está muy bueno —dijo Lola refiriéndose al café. Él desviaba su mirada y de nuevo tenía esa pose que le caracterizaba; frente arrugada y labios apretados, espalda rígida y piernas cruzadas.

—Sí. —Según parecía no pensaba ayudarla a que esa conexión tan fuerte y especial regresara de nuevo.

Lola tomó una determinación, no podía dejarle escapar otra vez, era necesario que él se deshiciera de todas las capas que impedían salir al verdadero Marcos. Esas de las que poco a poco se iba desprendiendo, para mostrar a un hombre maravilloso, uno que pelea por la mujer a la que ama, que aunque tiembla de frío le cede su chaqueta, que adora a su hermano tanto que acepta una paternidad que en un principio aborreció con todas sus fuerzas. Lola sabía que si seguía escarbando, si continuaba arrancándole esas capas, como si de una cebolla se tratase, llegaría a

encontrar muchas más cosas extraordinarias.

Se levantó de su asiento, se sentó al lado de él y le tomó la mano. Marcos se sorprendió, no esperaba ese gesto.

—Sea lo que sea, te perdono —le dijo.

—Yo... sé que he sido un...

—No me importa —le interrumpió.

—Te juro que no ocurrirá...

—Me da igual.

—Siento tanto haberme portado como un cabrón. Yo...

—Ya te he dicho que te perdono, Marcos, no tienes por qué darme más explicaciones.

Según parecía no le iba a dejar terminar ninguna frase. Marcos desesperado se quedó en total silencio, deseaba encontrar la forma de cerrar ya del todo la puerta de la incertidumbre, del miedo, de la duda. Pensó y pensó y cuando halló la fórmula se sintió tan feliz que necesitó gritarlo.

—Pregúntamelo —le dijo Marcos tomando su cara entre sus manos.

—¿El qué? —preguntó sorprendida.

—Ya sabes... —Se le veía entusiasmado, como si hubiese descubierto la fórmula de la felicidad.

—No, no sé.

—Pregúntamelo, otra vez.

Marcos parecía excitado, porque había descubierto la manera de conseguir atraparla, retenerla junto a él, para toda la vida.

—No sé qué es lo que quieres que te pregunte. —Parecía desesperado, no dejaba de acariciarle el pelo, las mejillas.

—Pregúntame qué escojo, pregúntame si todo o nada.

Lola sonrió, eso fue lo que le preguntó aquel día en su peluquería, el día que decidió olvidarle, aunque no pudo.

—O todo o nada. Dime Marcos,

¿qué escoges?

—¡Todo! —gritó inmediatamente, sin dudar ni un solo instante y en voz tan alta que seguramente iba a despertar a todos los vecinos—. ¡Todo, lo quiero todo!

Y mientras decía eso una y otra vez iba depositando pequeños besos en los ojos, en la nariz, en las mejillas, en la frente y como remate final en sus labios que le esperaban ya entreabiertos.

El beso fue dulce, suave, delicioso, sencillamente perfecto. Sellaron con él un pacto, uno silencioso, sin palabras, sin nada escrito, pero con las ganas de

empezar algo nuevo, algo grande y especial.

Separó su boca de la de ella, la miró a los ojos y le lanzó una simple pregunta, o más bien un ruego:

—¿Nada de sexo?

La risa de Lola sonó melodiosa, pues se sentía tan feliz que todo su cuerpo lo gritaba.

—Cuando dices que lo quieres todo, es todo.

Eso era un sí, la tomó entre sus brazos y la llevó a la habitación. Aquella noche era especial para ambos, no era sexo, no era sólo deseo, eran tantas cosas, tantos

sentimientos que no había manera humana de enumerarlos.

Primero la desnudó despacio, lentamente, con tanto amor que a Lola se le hizo un nudo en la garganta. Después se desnudó él.

Lola fue a tumbarse en la cama, pero él se lo impidió.

—Espera —le dijo—: Hay una cosa que deseo hacer desde hace mucho tiempo.

Se sorprendió cuando él se puso a su espalada y con una mano tomó todo su cabello que caía suelto sobre su espalda. Lo sujetó y se inclinó para besar, lamer y mordisquear ese tatuaje que

adornaba su nuca y con el que había soñado noche tras noche.

—Ahora sí —le susurró.

Ella se dejó caer sobre la cama y él se tumbó a su lado contemplando su desnudez, las curvas femeninas, sus ojos la recorrían de tal forma que podía sentirlos como una caricia.

Tomó su mano, le dio la vuelta y besó la palma, cerrando los ojos para privarse del sentido de la vista y así concentrar su total atención en el sabor, el tacto y el aroma de su perfume.

Marcos recorrió su cuerpo con la mano abierta acariciando en su

camino cada porción de su piel. Sus cabellos negros y brillantes, su cuello, sus pechos, su vientre plano y suave, allí dejó su mano y ella que hasta entonces había permanecido con los ojos cerrados disfrutando de su leve caricia los abrió y le miró.

—¿Estás bien? —preguntó al verle tan quieto, observándola, sin mover ni un solo músculo.

—Quiero ir despacio, no hay prisa. He esperado mucho tiempo para esto, ahora quiero disfrutarlo —le dijo con voz ronca, aunque ya habían tenido un encuentro, este era especial porque con él sellaban una

relación que nacía, que comenzaba y que seguramente duraría toda la vida—: Deseo pasar toda mi vida mirándote, acariciándote, besándote.

Sus labios entonces se posaron sobre su cuello y lo recorrió despacio, muy despacio. Entonces Lola sintió las manos de él acariciando su costado, subiendo poco a poco hasta su cintura y delineando sus pechos. Mordisqueó su mentón y sus labios, tiró de uno de ellos con sus dientes provocando un gemido de Lola.

Hizo pequeños círculos rodeando uno de sus pezones muy despacio,

eso la estaba volviendo loca, Marcos soltó una carcajada sobre su boca, pues no había dejado de besarla, al notar su necesidad, al sentir cómo ella se retorció en un vano intento de que sus dedos tocasen el punto exacto y dejase de dar vueltas, alrededor de sus duros pezones que rogaban y anhelaban toda su atención. Finalmente él se la dio, pero no con sus manos, ni con sus dedos, sino con su boca y sus labios. Lola gimió con fuerza y agarró la cabeza de él, ahora que estaba donde más lo deseaba no le iba a permitir que la abandonase fácilmente hasta que no estuviese

totalmente saciada.

Los saboreó, succionó y paladeó, hasta que ya no pudo más. La deseaba, anhelaba sentirse dentro de ella, ansiaba su calor, ese tan placentero.

Acarició su pubis, sus húmedos pliegues y su clítoris. Le introdujo un dedo que movió dentro de ella consiguiendo que Lola gimiese de placer.

Los jadeos de ella unidos a su fuerte necesidad y a las caricias que Lola le estaba dando en esos momentos a su pene hicieron que el delicado Marcos desapareciese y regresase el salvaje y rudo, ese que

tanto le gustaba a ella y que él había intentado retener, pero estaba claro que al lado de esa mujer era totalmente imposible ir despacio y ser delicado.

Su pecho subía y bajaba al compás rápido de su respiración, el corazón latía veloz, temblaba, Lola le volvía loco y eso jamás le había ocurrido con ninguna otra mujer. Su necesidad por ella era tan grande que incluso dolía.

—¿Tienes preservativos? — preguntó impaciente, mientras se ponía entre sus piernas y de nuevo recorría con sus manos su cuerpo, en una caricia ya nada delicada y

besaba sus pechos. No podía dejar de tocarla, de saborearla ni un solo instante.

—En el cajón —contestó entre jadeos señalando la mesilla.

Entonces todo se volvió loco y salvaje, con manos temblorosas se colocó el preservativo y entró en ella. La primera embestida fue fuerte y profunda, ambos gimieron a la vez al sentir la gran descarga de placer que les recorrió todo el cuerpo.

Marcos se obligó a ir más despacio, deseaba que ese momento durase eternamente y si iba a la velocidad que su necesidad le

pedía terminaría en dos movimientos.

Cabalgó tan despacio que Lola pudo sentir cada embestida profunda, dentro, muy dentro de ella.

Pero llegó un momento en el que ya no pudo contenerse más y aceleró el ritmo que se volvió frenético, descontrolado y más cuando sentía como Lola le acompañaba apretando sus nalgas entre sus manos, acariciándolas e incluso pasando sus uñas sobre ellas. Lola llegó al orgasmo, uno intenso y fuerte.

—¡Todo! —gritó él al llegar a su

propia liberación.

Te necesito

Lola se movió entre las sabanas. ¡Qué pereza!, no quería abrir los ojos, bueno, más bien no podía. Parecía que los tenía pegados, por más que pestañeaba y lo intentaba estos no le obedecían y se volvían a cerrar.

La noche había sido intensa. Momentos de placer tan fuertes que

pensó, con una sonrisa de felicidad en la boca, que jamás se borrarían de su memoria.

Durante horas habían disfrutado el uno del otro, con algún período de descanso, por supuesto. Pero era tanta el hambre, tanta el ansia que habían sufrido durante tantos y tantos meses, que cuando terminaron con las limitaciones, con las estúpidas barreras que les habían mantenido alejados y solos, sus cuerpos se revelaron, se devoraron mutuamente en un frenesí intenso.

La sonrisa continuó dibujada en su cara. «¿Esto es la felicidad? Sí

seguro que así es», pensó Lola.

Se giró en la cama, su nariz se llenó con el intenso aroma de Marcos, afrutado con notas cítricas y un cierto toque de madera de sándalo. Podría describirlo a la perfección porque durante mucho tiempo lo había saboreado a escondidas.

Pasó la mano por encima de la cama buscándole, ¿dónde estaba?, necesitaba tocarle. Sus ojos se abrieron de golpe, Marcos no estaba en la cama. Le entró pánico, se levantó de un salto y corrió por su pequeña casa, buscando al hombre al que amaba y al que se

había entregado en cuerpo y alma.

Le llamó, gritó su nombre aunque era absurdo. Su casa era tan diminuta que si él hubiera estado allí, la habría escuchado sin necesidad de levantar la voz.

Desesperada cogió su móvil, tenía que llamarle. ¿Y si la había dejado de nuevo? Recordó su primera vez, cerró los ojos. Un nudo intenso se cernió en su garganta y las lágrimas comenzaron a caer sin control. Se las limpió con fuerza, tenía que mirar la pantalla y con esas pequeñas gotitas inundando sus ojos su visión se había vuelto borrosa. Nada, no

había nada. Ni un mensaje, ni un wasap, ni una simple llamada.

«¡Tonta, tonta, otra vez te la ha jugado», se dijo enfadada.

Decidida marcó el número de Marcos, pensaba desahogarse, insultarle y después preguntarle: ¿Por qué? ¿Por qué le había hecho eso después de rogarle que no la hiciera daño? Él le había prometido que no lo haría, le había dicho que la amaba, que quería todo. El móvil sonó y sonó como unas quince veces, pero él no contestaba. Lo dejó caer de entre sus manos.

Lola se derrumbó, se sentó en el sofá, desnuda, temblorosa, rota.

Cuando Marcos abrió los ojos lo primero que vio fue el precioso cabello negro de Lola, su Lola, lo besó y absorbió su aroma. Ella estaba dormida, habían pasado una noche increíble, una memorable, de esas que se quedan grabadas en tu memoria para siempre.

Se levantó con sigilo, tenía un hambre atroz. Hacía meses que esa sensación había desaparecido totalmente de su día a día, comía porque era necesario pero nunca porque deseara hacerlo. Sus tripas

rugieron furiosas y Marcos sonrió feliz. ¡Cómo añoraba esa sensación!

Se encaminó desnudo a la cocina. De nuevo se sorprendió, el dichoso frío, fiel compañero, le había abandonado. Dentro sentía la calidez, una placentera y maravillosa calidez, que le calentaba el cuerpo y el alma. Se notaba raro y aunque apenas se reconocía, ese cambio que había experimentado le resultaba agradable. Ella no sólo había entrado en su corazón sino que también le había ayudado a cambiar, a ser un Marcos nuevo.

«Sin frío», pensó.

Un pensamiento entró en su cabeza y le hizo sonreír, se sentía como un pequeño gusano que un día, cuando la naturaleza por instinto le indica, se mete dentro de un capullo y cuando sale se ha transformado en una mariposa. Marcos comenzó a reír, «yo una mariposa», se carcajeó tan fuerte que temió despertar a Lola. Cuando se calmó regresó al planeta tierra, a la cocina de Lola y a buscar, ahora que había experimentado su propia metamorfosis, lo que tanta falta le hacía, algo de comida.

Durante un buen rato abrió

armarios y cajones. Lola sólo tenía cosas insanas. Chucherías, chocolate, bebidas con toneladas de azúcar y bollos embadurnados de azúcar glas y virutas de colores que no supo identificar, ni de niño tomaba esas cosas y ahora de adulto mucho menos. Tomó entre sus dedos una enorme bolsa de Cheetos, la miró desde todos los ángulos. Jamás los había probado, ni se le había pasado por la imaginación. Tenía curiosidad, ¿a qué sabrían esas tiras naranjas? Abrió la bolsa y olió el contenido, no le gustó nada el aroma que desprendía, pero cogió una y se la

llevó a la boca. No pudo mantenerla porque le resultó repugnante. La escupió en la basura.

«¿Cómo puede comer esto?», pensó.

Dejó la bolsa de nuevo en el armario, aunque si por él fuera la tiraría a la basura. Decidió que lo mejor sería ir a comprar víveres, necesitaba comida y la necesitaba, ya. Se vistió sin hacer ruido. No le quedaba más remedio que ponerse el pantalón del traje pero su camisa estaba manchada de sangre, no podía ir así por la calle. Abrió con cuidado el cajón donde supuso que

guardaría las camisetas, con la esperanza de que alguna le sirviera. Tenía muchas y de infinidad de colores, rebuscó entre tops de tirantes que le provocaron más de una imagen calenturienta y una gran erección. Incluso se permitió escoger uno con un gran escote para pedirle, más tarde, que se lo pusiese para él. Por un momento estuvo tan entretenido que se le olvidó el verdadero objetivo de husmear en sus cosas. «Céntrate, lo tuyo es ya enfermizo», se reprendió. Por fin encontró algo, era una enorme camiseta blanca unisex. Se la probó, le quedaba un poco justa,

pero serviría.

Antes de irse necesitaba las llaves. Seguramente estarían en el bolso de Lola. Estaba tirado con descuido es uno de los sofás, lo tomó entre sus manos y le dio varias vueltas para observarlo desde todos los ángulos. «¡Qué cosa más horrorosa!», pensó. Era enorme y parecía elaborado de retales de colores que no combinaban de ninguna manera. Marcos sonrió, le gustaba, era tan distinta a él que le encantaba. Metió la mano dentro, sería una auténtica locura encontrar algo dentro de esa cosa.

Rebuscó y empezó a sacar cosas. Había un cuaderno, un libro al que dio la vuelta para ver la portada, «madre mía», pensó al ver en ella un hombre con el torso desnudo que tomaba a una mujer entre sus brazos, con un suspiro lo dejó de nuevo dentro del bolso; un enorme neceser transparente lleno de lo que parecía maquillaje y lápices de labios. Continuó desesperado sacando cosas, la mayoría a las que no les sacaba ninguna utilidad, hasta que por fin dio con las malditas llaves. Como era de suponer Lola no tenía el típico llavero, sencillo, con las llaves de

casa y punto, no, ella llevaba varios llaveros. Marcos chasqueó la lengua y tomó el pesado manojó de llaves, eso ni siquiera le entraría en el bolsillo del pantalón.

Salió de casa procurando que la puerta no la despertase al cerrarse. Tomó el ascensor, que paró en la segunda planta para recoger a una ancianita de cabellos blancos y sonrisa encantadora. Le recordó mucho a Gina, se sintió mal porque últimamente no la había llamado, ni ido a visitar. Decidió cambiar, dejar de ser un gruñón insociable a partir de ese momento y pasar más tiempo con sus padres.

—Buenos días —le dijo.

—Muy buenos días —contestó Marcos con una enorme sonrisa.

—Parece que el día va a estar muy frío.

—Sí, quizás nieve.

—Mis huesos me lo dicen.

Salieron juntos del ascensor y al llegar a la calle, descubrieron con pesar que el hombre del tiempo no se había equivocado y una enorme nevada había caído durante la noche, dejando la acera totalmente cubierta.

Marcos le ofreció el brazo a la anciana, ella se aferró a él con fuerza y juntos caminaron muy

espacio.

—¿A dónde quiere que le acompañe?

—Eres un joven muy amable. Voy a coger ese taxi, lo llamé antes de salir de casa y me está esperando.

Marcos la acercó hasta la puerta del coche, se la abrió y la ayudó a sentarse.

La mujer le hizo un gesto indicándole que se acercara y él obedeció. Le dio un beso en la mejilla y unas palmadas cariñosas.

—Muchas gracias, joven.

—Ha sido un placer.

Marcos cerró la puerta del taxi. Se quedó mirando cómo se alejaba,

mientras la mujer se despedía de él con la mano.

Cerró los ojos y aspiró con fuerza. Qué distinto se sentía, era un Marcos nuevo, uno que ayudaba a las ancianas. Una carcajada brotó de su garganta, se imaginaba la cara de su hermano Víctor si hubiese visto la escena de la anciana aferrada a su brazo.

Caminó por la calle y todo le parecía diferente. Se fue fijando en las caras de las personas con las que se cruzaba, muchas le sonreían e incluso le saludaban. Era extraño, sin conocerle de nada, una simple sonrisa lograba que muchas de las

personas con las que se cruzaba comenzaran a sonreír también.

Llegó a un pequeño supermercado de barrio que por culpa de la crisis se veía obligado a abrir por la mañana aun siendo domingo y Año Nuevo.

Entró y saludó. Se abasteció de un montón de cosas: fruta fresca, pan, pasta, arroz... No sabía cocinar pero de repente le habían entrado unas ganas tremendas de prepararle algo succulento a Lola.

—Perdone —le dijo a la cajera, una chica joven con cara de no sentirse muy feliz por tener que pasar un día como ese tras la caja

registradora.

—¿Sí?

En un principio no le miró, mascó su chicle con fuerza, para ella era sólo otro cliente pesado que en vez de quedarse en la cama disfrutando del domingo, estaba haciendo la compra. Pero cuando levantó la mirada de sus rojas uñas y vio a Marcos el chicle dejó de moverse dentro de su boca que se abrió con sorpresa. Pocos chicos tan atractivos como ese pasaban por su tienda.

—¿En qué puedo ayudarle? —Le prestó toda la atención del mundo, ese espécimen masculino merecía

la pena. Una sonrisa enorme apareció como por arte de magia.

—Quiero preparar una buena comida para mi chica, pero no tengo ni idea de cocinar ¿Me podrías echar una mano?

La cajera se sorprendió por la pregunta, ella esperaba lo típico: ¿Dónde puedo encontrar la sal? ¿Tenéis pan integral? ¿Cuánto cuesta esto o aquello?

Una clienta rubia y muy alta que estaba llenando su cesta se quedó parada al escuchar a Marcos. Otra señora que discutía con su hija porque no quería comprar una determinada marca de galletas

esgrimiendo la excusa de que eran muy caras, también se interesó y ambas se acercaron a Marcos.

—Yo sé preparar tallarines a la carbonara —dijo la hija. Una preciosa quinceañera con los ojos enormes y de un tono verdoso.

—¿Tú? —La madre soltó una carcajada—. No digas tonterías, Eva. No le haga ningún caso —le dijo a Marcos—. Me llamo Pilar. — Marcos le tendió la mano, pero la mujer la rechazó, se acercó a él y le dio dos sonoros besos en ambas mejillas—. Yo te puedo enseñar a hacer una lasaña de carne que tú y tu chica os chuparéis los dedos.

—Mi especialidad es el estofado de ternera —dijo la mujer rubia—. Me llamo Encarna. —Y le arreó otros dos besos.

Entonces se formó el caos. Todas intentaron explicarle su manera de cocinar. Todas le daban consejos y recetas. Marcos estaba muy atento a sus explicaciones, pero cuando la madre y la hija comenzaron a discutir de nuevo no le quedó más remedio que poner orden.

Charlaron durante un buen rato. Marcos descubrió muchas cosas sobre esas cuatro mujeres. Cosas que al antiguo Marcos no le habrían interesado, pero que a este nuevo le

parecían fascinantes.

Con pena después de compartir casi dos horas de charla, se despidió y cargado con sus bolsas y montones de consejos caminó de nuevo hacia casa de Lola.

Al pasar frente a una pastelería vio unas enormes magdalenas. Un recuerdo se coló en su cabeza: Lola mojaba trozos de esas magdalenas en el café, mientras miraba en el televisor un programa de tartas. Fue la primera vez que saboreó su cuerpo, la primera que entró dentro de ella y la primera estupidez que le llevó a perderla. Menos mal que ahora era suya, la había recuperado

y nunca más volvería a marcharse de su lado. Tenía que comprar alguna, para ella, para su Lola.

Ya no tenía manos para llevar más bolsas, iba cargado y luchando por que no se le cayese nada. Al llegar al portal un amable vecino de Lola le sujetó la puerta. Entró como pudo al ascensor.

Ya frente a la puerta de Lola se afanó por intentar tocar el timbre, le resultaba imposible sacar las llaves de su bolsillo. Se puso la bolsa de las magdalenas entre los dientes, ya se le había caído tres veces y con el pie comenzó a dar fuertes golpes en la puerta.

Lola lloraba desconsolada, sentada en el sofá, desnuda y aferrada a sus rodillas. De pronto sintió unos golpes en la puerta. Cada vez se hacían más intensos. Se levantó y se acercó a la mirilla.

Marcos estaba delante esperando a que le abriera. Tenía las manos cargadas de bolsas y entre los dientes sostenía una de papel de la pastelería Prados, la reconoció porque llevaba su logotipo y esa precisamente era la pastelería donde todas las mañanas se compraba sus magdalenas preferidas.

Abrió la puerta medio enfadada,

sin preocuparse de que estaba desnuda. Si en ese momento hubiera salido el vecino de enfrente, ese al que llamaba «el salido» porque siempre le miraba al escote y nunca a los ojos cuando por casualidad se cruzaban en el ascensor, corría el riesgo de que le diese un infarto.

Le miró totalmente sorprendida, iba tan cargado de bolsas que apenas se podía mover. Marcos le hizo un gesto con los ojos que ella interpretó perfectamente, le estaba diciendo: «Cierra la puerta, ¡por Dios! ¿No ves que te puede ver alguien?». Y después le echó otra mirada que decía: «En cuanto suelte

todo esto me voy a lanzar sobre ti, te voy a llevar a la cama y de allí no nos movemos hasta mañana».

Soltó las bolsas sobre la encimera de la cocina, en cuanto se quitó la que tenía entre los dientes, se acercó a ella sigilosamente como si él fuera un ratón hambriento y ella una ratita sabrosa y le dijo:

—¿No sabes que me estás provocando?

La tomó de la cintura y la atrajo hacia su dura erección preparada para ella.

—¿Qué te pasa? —Al ver sus ojos hinchados por el llanto Marcos se preocupó.

Lola le empujó con fuerza para separarse de su abrazo, le dio un tremendo manotazo en el hombro y soltó totalmente enfurecida:

—¿Se puede saber dónde estabas?! —gritó.

—He ido a comprar cosas para comer. Tenía hambre. —Marcos la miraba entre preocupado y sorprendido, no entendía su reacción—. Miré en los armarios y la verdad no encontré nada sano. Sólo tienes cosas con toneladas de calorías.

Lola se puso roja de furia.

—¡Ni se te ocurra criticar mis cosas! Esta es mi casa y como lo

que me da la gana. ¿Pero tú que te crees?

—¿¿Qué te pasa?! ¿Crees que es normal como te estás poniendo? Yo tan sólo quería traer algo de comida sana.

Se acercó de nuevo a Lola, le acarició con ternura la mejilla. Ella intentó esquivar su mano, pero Marcos insistió y ella finalmente se dejó, porque lo deseaba, lo necesitaba.

—¿Qué te pasa Lola? —le preguntó con ternura y preocupación.

—Yo... cuando he visto que no estabas... —las lágrimas salieron

sin pedir permiso. ¡Malditas traidoras! Ella no quería mostrarse débil, no quería que él la viera así—. Yo... yo pensé que de nuevo te habías marchado. Que me dejabas tirada como la otra vez.

—Oh, no, no.

La tomó entre sus brazos, dejando miles de besos sobre su cara, la acarició con tanto amor que Lola dejó de tener miedo.

—Lo siento tanto —dijo Marcos mirándola a la cara, con los dientes apretados—. Nunca más, jamás te dejaré. Te amo, Lola. Te amo tanto que eres parte de mí, eres mi parte buena. La mala también está dentro

intentando arruinar mi vida, pero no la dejaré salir nunca, nunca más. Tú me ayudarás a mantenerla a raya. Sin ti todo era frío, todo era negro y triste, pero ahora que te tengo... Te amo, ¿me oyes? –suplicó–: Te amo.

Pero a tu lado



Después de una larga despedida cargada de besos y caricias, Marcos consiguió tras mucho esfuerzo separarse de Lola. La había dejado en la puerta de la peluquería y él caminaba con las manos en los bolsillos de su perfecto e impoluto pantalón de uno de sus trajes más caros. Una sonrisa

brillante adornaba su cara, una que esbozaba con cuidado pues el labio partido le dolía y más después de haberse estado besando con Lola.

«Maldito sea el cubano», pensó enfadado, le había privado de disfrutar con más ímpetu de los labios de Lola.

Entró en el edificio y con paso decidido se acercó al ascensor. Iba dando los buenos días a todo el mundo que le respondían con cara de asombro, pues el antiguo Marcos siempre entraba de mal humor, sin saludar. Subió en el ascensor con dos de las clientas del gimnasio y la secretaria de la planta cuarta, una

tal Miriam.

—Hace muy buen día, ¿verdad? — les preguntó sonriente.

Ellas asintieron y miraron con curiosidad su labio partido y su ceja que estaba al descubierto y mostraba los puntos de sutura.

—Una pequeña pelea —les contestó sin ellas haberle preguntado y de nuevo mostró su blanca dentadura.

Las chicas correspondieron con una sonrisa. El timbre indicó su planta y Marcos bajó del ascensor despidiéndose de Miriam, la secretaria, y cediendo el paso a las clientas. Los tres caminaron juntos

charlando animados, ellas se interesaron por su estado y por lo ocurrido y Marcos encantado les explicó todo.

«Quién me ha visto y quién me ve, dando explicaciones sobre mi vida. Increíble», ni él mismo salía de su asombro.

Charlaron durante un buen rato mientras recorrían el pasillo que daba al gimnasio y a las oficinas. Cuando sus caminos se separaron se despidió deseándoles buen día. Caminó silbando una canción y cuando llegó al despacho de su hermano entró sin llamar. Víctor que estaba sentado ante el

ordenador tecleando, levantó la cabeza para mirarlo.

—No te cortes, pasa. Tú a tu aire.

Marcos no perdió su sonrisa y más cuando reparó en la mesa de su hermano que como era su costumbre estaba cubierta de papeles desordenados.

—Eres un desastre —le dijo en tono jocoso y no de reproche como sería lo normal en él. Víctor alzó una ceja sorprendido y más al reparar en su radiante sonrisa.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Lo mejor será ir de nuevo al médico.

—Llegó la hora de *El club de la comedia* —dijo Marcos como si se tratase de un anuncio de la tele—, venga sorpréndeme con una de tus gracias.

—Tan sólo iba a decirte que quizá el golpe en la ceja te haya dejado tocado, porque esa sonrisa bobalicona que luces no es normal en ti.

Marcos, más que refunfuñar u ofenderse, sorprendió a su hermano con una profunda carcajada.

—Por fin he descubierto tu verdadera vocación. Tendrías que ser humorista.

Víctor se recostó en su silla y

cambió su expresión.

—Me preocupas —dijo—. Te veo raro, diferente...

Marcos caminó por la sala como si se sintiera el rey del mundo y se dejó caer sobre el sofá de piel, se abrió la americana y puso sus pies sobre la mesita de café, cruzando sus tobillos.

—¡Ponte cómodo! —Víctor cada vez estaba más asombrado. Se levantó de su silla, se colocó frente a su hermano y le quitó las piernas de la mesa.

—Anda, no seas moñas. —Dio unos golpecitos a su lado invitando a Víctor a que se sentase junto a él

y de nuevo subió los pies sobre la mesa.

Víctor le imitó y juntos codo con codo se acomodaron.

—¿Dónde te metiste en Año Nuevo? Mamá estaba preocupada — preguntó a su hermano pequeño.

—Ya os dije que no podía ir.

—Ya, pero podías haber sido un poco más explícito. Contestar a un wasap con un «no puedo ir» no es suficiente y menos un día especial como lo era ayer.

—Tienes toda la razón y lo siento.

Víctor se volvió en el asiento y le miró con la boca abierta.

—Madre mía, cada vez te

reconozco menos. No discutes conmigo, me das la razón y pides perdón, inaudito.

—He cambiado, hermano. —Su sonrisa se borró de su cara, se puso muy serio y lanzó un fuerte suspiro—: Ya no soy el mismo.

—¡Gracias a Dios! —Víctor alzó los brazos exageradamente—. ¿Ha sido ella?

—Sí, ha sido ella. Siempre será ella.

—Me alegro.

—Y yo.

Lola le estaba quitando los rulos a Rosa y esta le contaba lo feliz que estaba después de haber pasado las Navidades con sus hijos.

Era cerca de la una y media cuando Luna entró en la peluquería. Hacía tanto frío que llevaba las solapas del abrigo fuertemente agarradas. Le dio un beso a su amiga y otro a Rosa.

—Estoy cansadísima —dijo dejándose caer sobre una de las sillas de la peluquería. Puso sus manos sobre su vientre y lo acarició amorosa—. Y tengo un

hambre, mi niña está hoy muy agitada, creo que necesita algo dulce.

—Ya, ya, tu niña. —Lola le guiñó un ojo a Rosa.

—Vengo a buscarte para comer. Le he dicho a Víctor que hoy necesito estar con mi amiga. —Su sonrisa era radiante.

—Yo creo más bien que lo que buscas es información.

—Mira que eres mala. —Luna se hizo la ofendida.

—Chicas, no discutáis. ¿Qué es lo que pasa? —Rosa estaba muy intrigada, esas dos ocultaban algo.

—Nuestra Lola ha estado

desaparecida todo el día de Año Nuevo.

Lola quitó el último rulo a Rosa, tomó una silla y se sentó junto a las dos mujeres que la miraban expectantes.

—Está claro que no vais a parar hasta saberlo todo. —Pocos ruegos le hacían falta a Lola para contarle a sus amigas lo feliz que se sentía—. Estoy enamorada. —Dio una vuelta con su silla, estaba tan dichosa que deseaba gritarlo para que todo el mundo lo supiera.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó Rosa.

—Ese buen mozo, como tú dices,

que viene a cortarse el pelo todos los meses.

Rosa se puso tensa, la miró preocupada y le dijo:

—¿No será ese que te hizo llorar, ese por el que estuve a punto de llamar a la policía?

—Sí, pero ahora es diferente. Me quiere.

Luna y Rosa la miraron, no estaban muy convencidas.

—Lola, cariño. Quizá hayas malinterpretado sus gestos... —No quería ser brusca, ni causarla dolor, pero era su amiga y debía abrirle los ojos. No podía soportar que Marcos le volviera a hacer daño—.

Quizá donde sólo hubo un revolcón,
tú viste amor...

—Él me lo dijo, Luna, no he
imaginado nada.

—¿Te dijo que te quería? —Eso
era lo más raro que Luna había
escuchado en su vida, no podía ni
imaginar a Marcos pronunciando
esas palabras.

—Sí. Me lo ha repetido una y otra
vez y después hicimos el amor una
y otra vez.

—¡Madre mía! —exclamó Rosa—.
Mi niña, que alegría.

—Un momento, no me fio. —Luna
seguía preocupada.

—Vi sus ojos, Luna. —Tomó las

manos de su amiga, quería que confiase en él como ella lo hacía—. Ha cambiado por mí, ya no es el mismo.

—Eso espero. Te juro que como no se comporte le arranco las pelotas.

—Te aseguro que no hará ninguna falta, confío en él. —Sonrió a su amiga, el tiempo le daría la razón—. Por cierto, no puedo comer contigo, voy a hacerlo con él.

—Vaya, vaya... Está bien. —Se levantó de la silla un poco molesta—. Espero que no te estés equivocando.

—Por favor, Luna, dale una

oportunidad –le rogó desesperada, no podría soportar que su amiga no aceptase su relación. Sus ojos brillaban pues tenía un nudo en la garganta y Luna al darse cuenta la abrazó.

—Cariño, tan sólo temo por ti.

—Lo sé, Luna, pero también sé que él me ama.

La separó de su cuerpo y secó una de sus lágrimas.

—Eh, que la llorona soy yo.

—Creo que en estos días te estoy ganando.

—A eso no me gana nadie –dijo entre risas—. Bueno, pues me voy a comer sola. –Luna suspiró con

dramatismo.

—Si me esperas un segundo me voy yo contigo —dijo Rosa—. Anda, moza, péiname un poquito, ya mañana vendré a que me repases el peinado que hoy no estás para mucho trabajo.

*

Lola entraba en el descansillo que daba a la oficina de Marcos como si le perteneciese todo el edificio. Llevaba una bolsa del McDonald's y se contoneaba al andar.

—Hola, Paula —le dijo a la Pedorra, apelativo que ella le puso desde el primer día que la vio y ahora que sabía cómo había tratado a su amiga, con más razón.

—¿Qué quieres?

—¡Uy! Chica, ni hola ni nada, eres un poco antipática. Como se entere tu jefe...

—Hola, Lola —dijo molesta—. ¿Qué quieres?

—Vengo a comer con Marcos. — Le mostró la bolsa de papel que llevaba en la mano.

—El señor Amorós está ocupado.

—Lo dudo, ha quedado conmigo, me está esperando.

Paula levantó una ceja incrédula.

—Mira, Lola, no le puedo molestar.

Lola hizo un intento de coger el teléfono para llamarle, pero la secretaria le arreó un cachete en la mano.

—¡Estás loca! —increpó— Tú no puedes coger el teléfono.

—Pues llámale tú.

—No.

—Sí.

—No.

—Como no lo hagas voy a empezar a chillar. —Esperó unos segundos y al ver que Paula se cruzaba de brazos, comenzó a coger

aire y abrió la boca.

—¡Para! —dijo Paula cuando vio que su amenaza no era en vano—. Está bien, le llamaré.

Marcó el número y al segundo tono Marcos contestó con rapidez.

—Sí —dijo con su típico tono.

—Perdone que le moleste, señor Amorós, pero aquí fuera está la chica de la peluquería.

—¡Su novia! —le gritó Lola a Paula.

Marcos sonrió al escucharla.

—Déjela pasar —respondió.

La secretaria colgó el auricular. Estaba roja, si no había sido suficiente suplicio que Luna se

liase con Víctor ahora la peluquera lo hacía con Marcos. Lola sonrió triunfal y caminó con un intencionado bamboleo de sus caderas pues sabía que Paula la miraba con la boca abierta.

Cuando abrió la puerta y le vio, su corazón dio un triple salto mortal, estaba tan guapo, incluso los golpes que exhibía su cara más que afearle le hacían más atractivo. Se había quitado la americana y la corbata y la miraba con una sonrisa traviesa.

—Hola, guapetón, traigo comida —dijo mostrándole la bolsa del McDonald's que dejó sobre una

mesita que había al lado de la puerta.

Marcos no se hizo esperar, se levantó de su silla y a paso rápido se acercó a ella. La tomó entre sus brazos, Lola envolvió con sus piernas sus caderas y se agarró con fuerza a su cuello. Él le sujetaba los glúteos y sin demora la besó. Devoró su boca como si hiciera años que no se veían. Caminó con ella cogida hasta su mesa y la depositó con cuidado sobre la superficie.

—Sólo tengo hambre de ti —le dijo mordisqueando sus labios.

—Pero tendremos que comer,

¿no?

—Luego. —Lola sonrió cuando él comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Pero, señor Amorós, estamos en su despacho —dijo como si estuviese escandalizada.

—No me importa. —Metió sus manos bajo la falda de Lola y comenzó a subírsela mientras acariciaba sus mulos. Lola jadeaba, se apoyó en la mesa para sujetarse y sin querer golpeó con brusquedad el recipiente donde tenía un manojó de bolígrafos que cayó al suelo causando un fuerte estrépito.

—¿Señor Amorós, está todo

bien? —dijo Paula dando golpes en la puerta insistentemente—. He escuchado un golpe. ¿Señor Amorós?

—¡Joder! No va a parar —susurró contra la boca de ella.

—¿Señor Amorós? —seguía Paula.

—Ve —dijo Lola, esa mujer no se iba a rendir hasta comprobar que él estaba bien.

Marcos se separó enfadado del cuerpo de Lola, se abrochó el cinturón que de momento era lo único que le había dado tiempo a desabrochar y caminó hacia la puerta.

Entreabrió un poco, lo suficiente

para que Paula no pudiera ver a Lola, a pesar de que estiraba la cabeza intentando cotillear.

—Estoy bien, sólo se ha caído el cubo de los bolígrafos.

Paula reparó entonces en su pantalón tremendamente abultado a causa de la erección.

—¡Oh! —exclamó la secretaria que no podía apartar sus ojos del enorme bulto que se dibujaba a la perfección.

Marcos cerró de golpe y apoyó su frente contra la dura superficie.

—¡Dios! —dijo y entonces comenzó a reír.

—Estás condenado al infierno. —

Lola le acompañó con una fuerte carcajada.

—No me importa, si tú estás a mi lado. —Se aproximó de nuevo a ella y la besó.

Lola le separó de su cuerpo y se bajó de la mesa.

—Vamos a comer.

—Yo sólo quiero comerte a ti —le dijo Marcos abrazándola por la espalda y besándole el cuello.

—Primero comida y luego si eres bueno y no te dejas nada, el postre. Estás muy delgado.

Se soltó de sus brazos y caminó hacia la bolsa de comida.

—Siéntate —le ordenó.

Marcos se dejó caer sobre el sofá, no podía dejar de mirarla, todo en ella le provocaba, le excitaba.

—Si estoy delgado es por tu culpa.

Lola que estaba extendiendo un mantelito sobre la mesa le miró sorprendida.

—¿Por mi culpa?

—Sí, porque no podía dejar de pensar en ti. Era lo único que hacía todo el día, imaginarme besándote, lamiéndote...

—Para, Marcos —dijo jadeando, estaba excitada y sus palabras incrementaban su deseo. Y sacó dos

hamburguesas que puso frente a ella y una ensalada que colocó frente a él.

—Come. No harás nada conmigo hasta que no te alimentes —le ordenó.

Marcos suspiró con resignación y tomó una de las hamburguesas.

—¿Qué haces? —dijo ella quitándosela.

—¿No querías que comiese?

—Sí, claro, pero tu comida —dijo señalando la ensalada—, esto es para mí.

—¿Las dos?

—Claro, yo también tengo que alimentarme. Después de todo lo

que desgastamos anoche... —Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios.

—¿Y por qué no te comes tú la lechuga?

—Porque tú eres el pijo que come sano.

—Yo quiero hamburguesa —dijo como un niño enfadado.

—Jamás hubiera pensado que te gustaban.

—¿Por qué no iban a gustarme?

—Ya te lo dije, porque eres un pijo. —Lola chasqueó la lengua y le tendió la hamburguesa—: Toma, come.

Devoraron con apetito y en total

silencio. Marcos saboreaba su hamburguesa y gemía como en trance, parecía estar degustando el manjar más sabroso. Lola se limitaba a mirarle, era todo un espectáculo. Cuando la terminó incluso se relamió los dedos.

—Eres una caja de sorpresas.

Se limpió las manos en una de las servilletas de papel.

—Has sido muy bueno —le dijo con tono ronco y provocador—, y como te lo has comido todo te daré el postre.

Se metió las manos por debajo de la falda y con movimientos insinuantes se quitó el tanga, se lo

mostró traviesa y lo dejó sobre la mesa.

Provocativa y sin dejar de mirarle caminó hacia el sofá donde él permanecía muy quieto con la respiración tan alterada que su pecho bajaba y subía con rapidez.

Lola le desabrochó el cinturón y el pantalón que bajó con su ayuda hasta las rodillas. Cogió un preservativo que había sacado de su bolso y se lo colocó. Se sentó a horcajadas sobre su erección y comenzó a moverse lento, muy lento. Ambos gemían sin importarles que desde el otro lado de la puerta les pudieran escuchar.

Marcos se sujetaba a sus caderas, mantenía los ojos cerrados y la cabeza reposaba sobre el sofá. Lola le miraba fascinada, era un hombre guapo, muy guapo. Se centró en sus labios, el superior estaba un poco hinchado por el golpe, sus dientes mordían el inferior de manera sensual.

—Más —dijo.

—¿Más qué?

—Más rápido, Lola —gimió al sentir como ella obedecía e incrementaba la velocidad.

Abrió los ojos y la miró.

—Sigue —le susurró con tono provocador.

Lola puso sus manos sobre el pecho de él, acarició sus duros pectorales y aumentó el ritmo.

—Dios, Lola —dijo cuando el clímax le llegó.

—¡Sí! —gritó Lola presa del suyo propio.

Se dejó caer sobre el pecho de Marcos, saciada y feliz, él se abrazó a su cintura y besó su cabello.

—Gracias —dijo él.

—De nada, ha sido todo un placer.

—No te doy sólo las gracias por esto —aclaró Marcos.

—¿No?

—No. —Ella le miró y Marcos le retiró el pelo que se le pegaba a la cara por el sudor—. Gracias por quitarme el palo.

El pecho de Marcos comenzó a subir y bajar presa de un ataque de risa y ella le acompañó encantada. Sus carcajadas se escuchaban fuera de la oficina y Paula se moría de la rabia.

—Tengo una reunión —dijo Marcos secándose las lágrimas—, dentro de... —miró su Rolex y dio un salto levantándose junto a ella— ¡joder, cinco minutos!

Se quitó el preservativo, subió el pantalón a toda velocidad mientras

que Lola le ayudaba colocándole la corbata. Marcos metió su camisa por dentro y se abrochó el cinturón. Lola cogió su americana del respaldo de la silla, se la puso y le colocó las solapas.

—Te veo esta noche —dijo él, le dio un beso, tomó un montón de carpetas que tenía sobre la mesa y se encaminó con paso rápido hacia la puerta. Antes de abrir se giró hacia Lola—. Quédate todo lo que necesites y no te preocupes por el desorden, luego lo recogeré.

Lola le lanzó un beso y él hizo el gesto de recogerlo con la mano, abrió la puerta y la dejó en el

despacho sola.

Por supuesto no pensaba dejarlo todo así, decidida se puso manos a la obra. Recogió los restos de la comida, bueno las cajas vacías porque no había sobrado ni una miguita. Se guardó el mantelito a cuadros rojos que había traído de su casa. Colocó el sofá mullendo los cojines. Miró satisfecha a su alrededor por si se dejaba algo y vio su pequeño tanga tirado sobre la mesa. «Anda que no darte cuenta», se reprendió. Se lo puso y más tiesa que una vela, salió del despacho.

—Adiós, Paula —le dijo al pasar

por su lado con una radiante sonrisa de satisfacción.

Ella se limitó a mirarla con odio, masculló un sonido parecido a un adiós y continuó con su trabajo.

Lola regresó a su peluquería pletórica. La tarde fue tranquila, después de la resaca de las fiestas normalmente no había mucha tarea. A eso de las ocho y media, hora de cerrar, estaba barriendo cuando la puerta se abrió.

—Lo siento, voy a cerrar —dijo sin apartar la mirada de su tarea, pero la corriente que se había producido al abrir la puerta le trajo un aroma conocido que le producía

miles de sensaciones placenteras. Respiró con fuerza para empaparse de él y con una sonrisa de felicidad se dio la vuelta.

—Hola, preciosa —susurró Marcos con voz sensual—. ¿Me has echado de menos?

Lola soltó la escoba y se lanzó a sus brazos, y como era ya su costumbre enredó sus piernas alrededor de las caderas de él y se besaron.

—Habíamos quedado en mi casa, ¿no? No pensé que vendrías a recogerme —le dijo mientras le peinaba con los dedos.

—Quiero llevarte a un sitio. —

Hundió su cara entre su pelo buscando su cuello, frotó su nariz y lo besó.

—¿Qué sitio? —preguntó entusiasmada— ¡Me encantan las sorpresas!

«Sí, menuda sorpresa», pensó Marcos.

Lola se soltó de su cadera y quedó de pie frente a Marcos. Era tan pequeña que él tuvo que encorvarse para poner sus caras una frente a la otra y dejar un tierno beso sobre sus labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada. De pronto él estaba serio y pensativo. Pasó un dedo

dibujando la arruga que se le hacía en la frente.

—Necesito hacer algo, es muy importante para mí.

—¿Es algo malo?

—No, qué va, es sólo que quizá no te parezca una buena sorpresa.

—¡Uy, uy, uy! ¿Qué te traes entre manos?

—Ven conmigo y te lo mostraré. — Le tendió la mano y ella la aceptó encantada, no tenía miedo. Sabía que fuese lo que fuese era importante para él y no necesitaba saber nada más.

—Vamos —dijo Lola y tras tomar su abrigo, apagar las luces y cerrar,

subió al coche de Marcos camino de vete tú a saber dónde.

Lola iba atenta a la carretera, «¿dónde vamos», se preguntaba y todo estuvo claro cuando vio el cartel que anunciaba el residencial La Moraleja.

—Oh, no, no. ¿No serás capaz? — preguntó asustada.

—Sí, claro que lo soy.

—Pero es muy pronto. Yo no...

—Necesito hacerlo, Lola, quiero que los conozcas y que ellos te conozcan a ti. Yo... sabes cómo soy —carraspeó— bueno, cómo era. Ellos han sufrido mucho por mi culpa. Quiero enseñarles que todo eso

terminó, gracias a ti. —Tomó la mano de Lola y se la llevó a los labios para depositar un beso en sus nudillos.

—Ya, pero... Yo nunca he conocido a los padres de ningún chico.

—¿Nunca?

—No, estás loco.

Marcos lanzó una sonora carcajada.

—Pues voy a ser el primero.

—Me muero de miedo —dijo soltando un fuerte suspiro.

—No seas exagerada, no te van a comer.

Cuando llegaron a la parcela que

delimitaba la propiedad, Marcos bajó la ventanilla y tocó el telefonillo.

—Residencia de los señores Amorós —contestó la voz profunda de un hombre.

—Hola, Antonio, vengo a ver a mis padres —dijo asomándose para que la cámara viese su cara.

—Buenas noches, Marcos. Pase. —Marcos le explicó a su chica que era el vigilante.

Aparcó en el garaje y juntos de la mano recorrieron el camino hasta la entrada de la casa.

—Temo preguntar, pero he de hacerlo. —Lola se mordió el labio—.

Saben que venimos, ¿verdad?

—No.

Lola detuvo el avance obligándole a pararse él también.

—¡Estás loco!

—Lo pensé cuando iba para casa, no he tenido tiempo de llamarles. Vamos, no pasa nada.

Tiró del brazo de ella que a regañadientes comenzó a caminar de nuevo.

—Esta me la pagas —le amenazó.

Marcos tocó la puerta y fue su madre la que abrió. Estaba preciosa y perfectamente arreglada, como siempre. Le miró sorprendida y un poco asustada.

—Marcos, ¿pasa algo? —Era raro ver a su hijo por casa, sobre todo últimamente.

—No, sólo necesitaba verte.

Soltó la mano de Lola y se abrazó a su madre dando un fuerte suspiro.

—He vuelto —le dijo.

—Oh, cariño.

Durante un buen rato permanecieron abrazados, hasta que Marcos se soltó, tomó la mano de Lola y se la acercó.

—Ella es Lola, la mujer que amo.

Adela la miró con cariño, sollozó y la tomó entre sus brazos.

—Hola, Lola, bienvenida a la familia.

Ella vive en mí

Cuatro meses después

—Víctor, Víctor, despierta.

Víctor abrió los ojos, la miró y después de lanzarle una dulce sonrisa los volvió a cerrar.

—¡Víctor! —gritó desesperada y le sacudió el brazo.

—¿Qué? —El sonido de su voz

quedó amortiguado por la almohada pues se había colocado bocabajo en su afán por huir de esa voz y esa mano que insistentemente le quería obligar a despertar.

—¡Ya viene!

—¿Quién?

—Víctor, el bebé.

—Vale, bien —dijo y volvió a cerrar los ojos de nuevo. Pero de repente se levantó como si un resorte se hubiera accionado y se sentó en la cama con los ojos muy abiertos, el corazón latiendo a cien y la mirada perdida.

—¡El bebé, ya viene!

La miró con desesperación, con

miedo.

—Tenemos que ir al hospital.

—Sí... sí, claro.

Se levantó y comenzó a vestirse con rapidez, con tanta que se colocó la camiseta del revés.

—¡Víctor!

—¿Qué?

—La camiseta —dijo Luna con toda la paciencia del mundo.

Él se la quitó, le dio la vuelta y se la colocó de nuevo.

—¡Víctor!

—¿Y ahora qué?

—Tienes que ponerte los zapatos.

—Oh... sí, claro, los zapatos.

Ya vestidos salieron de la

habitación, Víctor tomó la bolsa que tenían preparada con todas las cosas para el bebé y la mamá.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora? —preguntó a Luna cuando la vio entrar en la cocina.

—Voy a desayunar, tengo hambre.

—Pero ¿no has dicho que viene el bebé?

—Sí, claro. Llevo con dolores desde las doce de la noche, pero hay tiempo de sobra.

—¡Por Dios, Luna, son las cuatro! ¡Llevas con dolores cuatro horas y no me has dicho nada!

—Estabas tan dormido y tan cansado.

Víctor la miraba totalmente anonadado. ¿Acaso se había vuelto loca? Estaba tranquila, relajada como si nada le pasase.

—Nos vamos. —Tiró del brazo de ella, pero Luna se zafó.

—Voy a desayunar.

—No vas a desayunar, nos vamos.

Al cabo de un rato estaban los dos sentados en la cocina. Luna saboreaba una tostada gigante con mantequilla y mermelada y Víctor repiqueteaba con los dedos sobre la mesa, con los nervios a flor de piel.

—¿Quieres hacer el favor de darte prisa? —Ella mordisqueaba su tostada, como si tuvieran todo el

tiempo del mundo.

—Está tan rica. ¿Seguro que no quieres que te prepare una?

—¡Estás loca, no hay tiempo!

Luna terminó su tostada, fregó el plato y la taza con la leche que había usado y se lavó los dientes.

—Nos vamos ya, por favor —rogó Víctor al borde de la desesperación.

—Espera un momento. —Luna buscaba su móvil.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Voy a llamar a Lola. Se lo prometí.

—Vale —dijo, porque no le quedaba más remedio que ceder—,

pero no tardes.

Después de hablar con su amiga, peinarse y coger su bolso, entonces y sólo entonces salieron de la casa.

Condujo como un loco desesperado por llegar, mientras que Luna iba a su lado tan tranquila. De vez en cuando el dolor la obligaba a llevar a cabo los ejercicios de respiración que habían aprendido en clase de preparación al parto y cuando eso sucedía Víctor la imitaba y se ponía mucho más histérico.

Aparcó después de hacer un montón de maniobras, tantas que a Luna le dieron ganas de bajarse del

coche y obligarle a que le dejase hacerlo a ella. La tomó de la cintura y casi en volandas y a la carrera la llevó hasta la puerta del hospital.

Cuando Sofía vio entrar a la pareja no se lo podía creer. Era uno de los hermanos Amorós, les recordaba del día de Nochevieja y al hermano pequeño hubo que darle varios puntos en la ceja. ¡Ya era casualidad que otra vez se encontrase con ellos en su turno de urgencias!

Esta vez la urgencia era otra, no hacía falta pensar mucho.

—Buenas noches —les saludó.

—Muy buenas noches. ¡Mi mujer

está de parto!

Víctor zarandeó a la pobre Sofía.

—Tranquícese —le dijo. Sabía por experiencia que muchos padres se comportaban de manera irracional cuando sus mujeres se ponían de parto. Víctor no era el primero ni sería el último.

Sofía preparó el ingreso y les acompañó a la planta donde estaban situados los paritorios.

—Esperen aquí hasta que les avisen.

La sala de espera estaba totalmente vacía, parecía que esa noche era de lo más tranquila.

Luna se sentó, los dolores cada

vez eran más intensos y menos espaciados. Víctor estaba de pie a su lado y no paraba de moverse nervioso. Dejaba su peso caer sobre un pie y al instante sobre el otro.

—¿Puedes estarte quieto? Me estás poniendo de los nervios.

—No puedo, lo siento. ¿Te duele mucho? —preguntó preocupado.

En ese momento una contracción fuerte le hizo gemir de dolor.

—¿Tú qué crees? —le miró con furia.

—¡Luna, Luna! —Lola entró dando voces en la clínica seguida muy de cerca por Marcos— Oh, cariño —

dijo abrazando a su amiga—. ¿Estás bien? ¿Te duele mucho? ¿Cada cuánto tiempo tienes las contracciones? ¿Por qué no viene el doctor?

—Suéltame, me estás asfixiando — protestó Luna.

Marcos la ayudó a deshacerse del intenso abrazo de su amiga y obligó a Lola a sentarse porque se la veía tan pálida que parecía a punto de desmayarse.

Más que tranquilizar al nervioso padre, la llegada de Lola supuso más estrés, porque no dejaba de moverse, de preguntar y cuando se quedaba un rato sentada movía la

pierna en un traqueteo incesante que volvía loco a quien tenía la desgracia de estar a su lado.

Transcurrió un buen rato hasta que el médico dio señales de vida. Todos quisieron entrar en la sala, pero el doctor fue tajante: «sólo el padre y la parturienta, nada de amigas, ni hermanos». Lola protestó enérgicamente y de nuevo Marcos se hizo cargo de la situación, tomándola de la cintura y obligándola a tomar asiento de nuevo en la sala de espera.

Cuando por fin se quedaron a solas, el doctor le hizo una revisión. Estaba asombrado, para

ser primeriza todo se estaba desarrollando más rápido de lo normal y de seguir así en muy pocas horas el bebé llegaría al mundo.

Y así fue, el 2 de abril a las siete de la mañana, una preciosa niña a la que sus padres pusieron el nombre de María llegaba al mundo, bajo la atenta mirada de un emocionado papá, que pudo cortar el cordón umbilical que la unía a su madre y que emocionado lloró mientras abrazaba a su mujer y tomaba por primera vez a su niña entre sus brazos.

Cuando el feliz papá salió a la sala de espera y comunicó a Lola y

a Marcos la buena noticia todos se abrazaron emocionados y pudieron entrar un ratito a conocer a la pequeña María.

Vivir mi vida

Diez meses después

Entró a hurtadillas procurando no hacer ruido, midiendo sus pasos en la casi total oscuridad, iluminada tan sólo por una pequeña lamparita. Durante un rato permaneció casi a ciegas, cuando por fin sus ojos se adaptaron a la penumbra, pudo

distinguir la silueta de Luna que dormía plácidamente de lado abrazada a la almohada. Sonrió feliz y después centró toda su atención en su pequeña.

Se acercó sigilosamente a la cuna y durante un buen rato se quedó contemplándola. Estaba tumbada bocabajo con su culito en pompa, el chupete se movía incesante como si estuviera mamando. No pudo contenerse y depositó un beso sobre su gordo moflete, ella hizo un ruidito y el chupete se movió con más rapidez. Aspiró su aroma, ese tan peculiar en los bebés que te hace sentir la imperiosa necesidad

de comértelos a besos. Suspiró dichoso, por fin estaba en casa de nuevo.

Se acercó a la cama y se reclinó sobre ella.

—¿Víctor? —preguntó Luna con voz adormilada cuando sintió como él la besaba suavemente en la mejilla.

—Sí, soy yo —contestó él entre susurros—. Acabo de llegar.

Víctor había estado fuera. Tras el gran éxito de la inauguración de su primer gimnasio en Valencia había surgido un nuevo proyecto y los hermanos Amorós iban a abrir otro más en esa ciudad. Intentó rehuir el

viaje, no quería separarse ni de su mujer ni de su niña, pero era necesario y al final tuvo que claudicar.

Llevaba fuera quince días, que para él se habían hecho interminables. Medio mes sin poder abrazar a sus dos mujeres, sin poder besuquear a su pequeña.

Aún vestido con el traje se tumbó al lado de Luna, la abrazó con fuerza, metió su cabeza entre su pelo y llenó sus fosas nasales con su aroma.

—¿Qué hora es? —preguntó somnolienta, María llevaba un par de días acatarrada y Luna apenas

había podido descansar.

—Las cinco.

—¿Las cinco de la mañana?

—Sí, os echaba tanto de menos que he tomado el primer vuelo de regreso.

Luna se agarró a su cuerpo con fuerza, ella también le había añorado. Cada día que pasaba se le hacía más difícil estar un solo minuto sin él. Por suerte su bebé la había tenido muy entretenida. Vivía entre pañales, noches en vela y biberones. Tenía un máster en tetinas, leche para bebés y toallitas; sabía cuáles eran las mejores, qué marca era más económica y cuál no

debía comprar nunca.

—Te quiero —le dijo y le besó.

Con sus manos luchó por arrancarle la chaqueta, necesitaba sentir su piel contra la suya. Víctor colaboró porque quince días de sequía eran mucho tiempo y desde que el avión había aterrizado en lo único que podía pensar era en hacerle el amor muy lentamente.

Luna quería más y sin dejar de besarle, se deshizo de la camisa de Víctor mientras que él se quitaba los zapatos y los calcetines. Sólo le quedaban los pantalones puestos cuando un berrido sonó fuerte e intenso. La pequeña María

protestaba y reclamaba atención.

Luna fue a levantarse, pero Víctor la instó a tumbarse de nuevo:

—Déjame a mí —le susurró, la besó en los labios y se acercó a la cuna.

Tomó a su hija entre sus brazos y salió de la habitación para dejar descansar a Luna.

Volvió a quedarse dormida casi al instante y cuando de nuevo miró el reloj, eran ya las once de la mañana.

Miró a su lado en la cama, Víctor no estaba, ¿habría sido un sueño? Dudó, pero al ver la ropa de él tirada por el suelo tal como se la

había arrancado anoche, se dio cuenta de que no, él había regresado. Una brillante y gran sonrisa de felicidad iluminó su cara. Se levantó y miró en la cuna, María tampoco estaba.

Salió de la habitación y se asomó al cuarto que ambos habían decorado con mucho cariño antes de que naciera su pequeña. Paredes blancas, con dibujos de globos de colores, peluches de todos los tamaños y una estantería repleta de cuentos infantiles y fotos de la familia, para que María siempre los tuviese presentes.

Luna sonrió al ver un biberón

encima de la mesa, recordó la tarde en que se enfadó con Víctor por él. Al final volvieron a la tienda y a la pobre vendedora casi le da un patatús cuando les vio entrar y preguntar por los biberones, temía otra trifulca. Pero esta vez fue diferente, Luna insistió en que fuera Víctor quien decidiera el color y al final se llevaron los dos.

Víctor estaba tumbado en el sofá decorado con un precioso estampado infantil de ositos de color rosa, reposaba su cabeza sobre un gran cojín con forma de nube y tenía a María recostada sobre sus piernas dobladas. Ella le

miraba extasiada, con los ojos muy abiertos. Tomaba entre sus pequeños puños los dedos de Víctor y reía cuando él los movía. Con su voz profunda intentaba, sin tener mucho éxito, entonar una canción, *We are the champions* que en boca de Víctor sonaba horrible, pero a María parecía encantarle porque no paraba de hacer gorgoritos y sonreír.

Apoyada en el marco de la puerta, Luna se quedó mirando la bonita estampa. Suspiró, se sentía feliz, dichosa y eso en cierto modo la asustaba. Quería retener cada instante, cada momento que vivía

con Víctor, porque él se había convertido en el centro de su vida, en el aire que respiraba. No existía nada más que su pequeña familia, su universo, su mundo.

—Hola, dormilona —le dijo Víctor—. Mamá por fin se ha despertado.

Luna se acercó al sofá y Víctor le hizo sitio a su lado. Tomó a la niña de los brazos de su padre y comenzó a besarla, mientras la niña reía feliz.

—¿Qué tipo de canción es esa para un bebé? —le dijo riendo.

—Cariño, se trata de Freddie Mercury, quiero que mi niña tenga

buen gusto para la música. He leído en un libro que es muy importante acostumbrarles desde muy pequeños, así de mayores tendrán buen oído musical.

—Pero si el que canta eres tú... — soltó una carcajada, que llenó de alborozo a María.

—Sí, lo sé. Nunca he tenido buena voz. Mira mamá como se ríe de mí —le explicó a la niña mientras la tomaba de nuevo entre sus brazos y la mecía.

—¿Qué libro es ese que has leído? —preguntó intrigada.

—*Bésame mucho*. Está escrito por un pediatra.

Le miró sorprendida, Víctor era una caja de sorpresas.

María abrió su boca, bostezó con fuerza y sus ojos comenzaron a cerrarse.

—Creo que la pequeña princesita tiene sueño.

—¿Lleva despierta desde las cinco?

—Sí, se ha tomado un enorme biberón y le he cambiado el pañal. Hemos estado hablando mucho y de muchas cosas.

—¿Qué cosas? —Luna no podía parar de reír.

—De la vida, del futuro y hemos hecho muchos planes.

Dejó de reír de golpe, le dio tanta ternura imaginar a Víctor charlando con su hija como si esta le entendiera, que sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Te amo tanto —le dijo acariciando su mejilla. Víctor apoyó su cara contra la palma de su mano y cerró los ojos disfrutando de su caricia.

—Te amo tanto —le dijo él.

35

¿Qué precio tiene el
cielo?



Cuatro años después

Cada uno cogió una muñeca del enorme cajón donde se guardaban los juguetes. María se lanzó a por la de Barbie Fashion Teresa con su precioso vestido de flores y Marcos a por la que había escogido

él mismo en la tienda para regalar a su sobrina, «Barbie quiero ser piloto de carreras» ponía en el envoltorio y a él le sonó genial.

—Ven, vamos a jugar —le dijo la niña, le tomó de la mano y le llevó a su rincón preferido. Era una alfombra vieja, ya descolorida que el abuelo Martín había colocado en su cuarto de juegos de la gran casa de La Moraleja y la niña usaba cuando venía a ver a los abuelos. Los dos se sentaron como los indios uno frente al otro.

—Yo me llamaba Teresa y ¿tú? —preguntó la niña arreglando el llamativo vestido de su muñeca.

—María.

—¿Cómo yo? —dijo feliz, mirándole con los ojos muy abiertos.

—Sí, como mi sobrina preferida.

—¡Ja, ja, ja! Sólo me tienes a mí.

—Pues razón de más para que seas mi preferida.

La niña rio a carcajadas.

Adela llevaba ya un buen rato buscando a Marcos, al final llegarían tarde. Cuando escuchó las risas provenientes del cuarto de juegos de María supo que seguramente allí encontraría por fin a su hijo pequeño. Abrió la puerta y se lo encontró tirado en el suelo

jugando a las muñecas.

—¡Por Dios, Marcos! ¿Quieres hacer el favor de levantarte?, te vas a poner perdido. Tenemos que irnos, todos nos están esperando — le regañó. Después de decir esas frases sonrió, pues le sonó como cuando era niño, le trajo tantos recuerdos.

Adela se sentía feliz, desde que Lola había pasado a formar parte de la vida de Marcos, este había cambiado. Ya no estaba triste ni infeliz, ya no estaba en los huesos, ni tenía esas feas ojeras bajo sus ojos. Ahora no le preocupaba mancharse, ni faltar un día al

trabajo. Le daba igual perder a un cliente y no faltaba ni un solo domingo a comer en su casa.

—Jo, abuela, déjale un poco más —rogó la pequeña haciendo pucheritos.

—No podemos, cariño, la tía Lola y el resto de los invitados nos están esperando abajo —le explicó Marcos.

Ambos se pusieron de pie y se colocaron uno frente al otro bajo la atenta mirada de Adela.

—¡Revisión! —gritó Marcos como si fuera un sargento y María se puso firme— ¡Vestido! —María se colocó su bonito vestido, tenía vuelo y eso

a ella le encantaba porque al girar se movía a su alrededor y flotaba en el aire—: Perfecto.

—Ahora tú —dijo la niña. Marcos giró sobre sí mismo para que ella pudiese revisar su correcto chaqué desde todos los ángulos—: ¡Perfecto! —exclamó feliz.

—Ven que te vea yo —intervino Adela.

Marcos se acercó a su madre y ella le miró de arriba abajo, le colocó el chaleco, sacudió las solapas del chaqué, recolocó la corbata y la flor de la solapa.

—Estás tan guapo —dijo con lágrimas de emoción en los ojos.

—No llores, abuela. —María se abrazó a sus piernas.

—Oh, vamos, mamá. —Marcos la tomó entre sus fuertes brazos.

—Estoy tan feliz.

—Esto solo es un trámite, Lola y yo llevamos ya más de cuatro años juntos.

—Ya, cariño, pero me emociona que por fin os hayáis decidido a dar el paso y casaros.

—Si por Lola fuera no lo haríamos nunca, no sabes lo que me ha costado convencerla.

—No entiendo esa manía que tenéis los jóvenes de no casaros. Mira tu hermano, ¿qué tipo de boda

fue la suya?, sin invitados, sin celebración. Menos mal que tú sí has querido hacerlo como Dios manda.

—Es lo mismo mamá, Víctor está casado igual, sólo que se ahorró toda la parafernalia.

—¡Anda ya, qué va a ser igual! Como que es lo mismo ir a un juzgado, firmar unos papeles y luego irse al bar de la esquina y tomarse una cerveza, que celebrar una boda por todo lo alto, con vestido de novia, chaqué para el novio y muchos invitados.

—Trescientos —dijo Marcos poniendo cara de susto y mirando a

María que estaba muy atenta a la conversación. La niña se tapó la boca y rio al ver la mirada cómica que ponía su tío.

—¡Yo voy a llevar los anillos! — exclamó satisfecha.

Los tres salieron de la habitación de juegos y se encaminaron hacia el jardín, allí era donde tendrían lugar la ceremonia y la celebración.

Bajaban las escaleras, madre e hijo cogidos de la mano y la pequeña María tras ellos cantando y riendo al ver cómo al caminar su falda de tul con mucho vuelo se movía y giraba.

Llegaron a la salida al jardín y

Marcos se asomó, estaba lleno de gente, todos sus amigos y familiares tomaban asiento en las sillas que habían colocado sobre la hierba para ver la ceremonia. Sonaba una pequeña orquesta compuesta por dos violines, un violonchelo y una flauta, cortesía de Martín, amante de la música clásica.

—¿Dónde se habrá metido tu hermano? —preguntó Adela nerviosa. La hora se acercaba y Víctor que era el padrino no daba señales de vida.

—Mamá... tú crees... ¿crees de verdad que a papá no le importa?

—¿Que tu hermano sea el

padrino?

—Sí.

—Oh, cariño —le acarició la mejilla—, tu padre está feliz y orgulloso de ver a sus hijos unidos.

Los nervios estaban a flor de piel, Adela retocó de nuevo la corbata de su hijo y regañó a María que no paraba de dar vueltas.

—Hola. —Luna llegaba a la carrera—. Marcos, Lola quiere hablar contigo.

—¡¿Ahora?! —gritaron al unísono Adela y él.

—Sí, ha dicho que si no vas ahora no habrá boda.

—¿Ha pasado algo malo?

—No, no, tranquilo. Es sólo que quiere verte.

Marcos se dirigió con rapidez donde estaba la novia. Subió de nuevo las escaleras y cuando llegó a la puerta llamó.

—Pasa. —Se escuchó la voz temblorosa de Lola desde el otro lado.

Entró vacilante. Lola estaba sentada frente a la ventana que daba al jardín mirando cómo los invitados se saludaban, charlaban y tomaban sus asientos a la espera de que la ceremonia comenzase. La falda de su vestido de novia caía cubriéndola entera, mostrando el

raso carmesí que brillaba y hacía aguas mientras las manos de Lola, en su regazo, retorcían lo que parecía un pañuelo. No se volvió a mirarle y Marcos pudo ver el intrincado y complicado peinado, un recogido adornado con pequeñas flores. El tatuaje de su nuca, ese que le volvía loco, quedaba al descubierto.

Se quedó sin respiración al ver tanta belleza. El vestido se le ajustaba al talle y las mangas que le llegaban hasta los codos, al igual que el cuerpo, eran de encaje, el escote delantero recto y la tela de la falda, de suave raso, con corte de

sirena cubría sus piernas. Un gran escote en forma de V dejaba su espalda a la vista y Marcos sintió la necesidad de recorrerla con sus labios. Hasta ese momento el vestido de novia había sido el secreto mejor guardado, pero sabía que Lola nunca usaría el típico traje blanco, no era su estilo, así que al ver el color rojo intenso de la tela, sonrió, así era su chica, única y especial.

Acortó la distancia que les separaba en un par de zancadas y se situó a sus pies, de rodillas. Tomó sus manos entre las suyas y le acarició el dorso con ternura.

Entonces fue cuando ella le miró a la cara y Marcos pudo ver que estaba llorando.

—¿Qué te pasa? —preguntó asustado.

—Antes de dar el sí quiero tengo que contarte una cosa.

—Nena, me estás asustando.

Lola puso su mano en la mejilla de Marcos y pasó sus dedos perfilando el contorno de su angulosa barbilla.

—Luna me ha dicho que estoy loca y creo que un poco sí —sonrió con tanta dulzura que Marcos tuvo una gran necesidad de besarla, pero se resistió quería escuchar lo que

ella tenía que decir—: Necesitaba saberlo y no podía esperar más.

—Saber... ¿saber el qué?

Lola se levantó y entró en el cuarto de baño, cuando salió portaba en la mano un objeto que Marcos reconoció al instante.

—¡Oh, Dios mío! ¿De verdad? ¿Lo estamos?

Lola movía la cabeza afirmativamente una y otra vez, mientras reía dichosa.

—Le pedí a Víctor que fuera a la farmacia a comprarlo, no podía esperar ni un minuto más.

Marcos la tomó entre sus brazos y la hizo girar, su vestido rojo de

novia ondeaba a su alrededor como si fuera una bandera agitada por el viento.

Unos golpes suaves sonaron tras la puerta.

—¿Puedo pasar? —era la voz de Martín que preocupado había subido a buscar a los novios.

—Sí —dijo Marcos y después soltó una carcajada de auténtica felicidad.

Martín entró y se encontró a Marcos y Lola que le miraban sonrientes y abrazados.

—Chicos, la gente se impacienta. ¿Pasa algo?

—Sí, algo maravilloso. ¡Vas a ser

abuelo!

Martín se quedó con la boca abierta. Sabía que Lola y Marcos estaban deseando aumentar la familia desde hacía tiempo y por fin lo habían conseguido.

Se acercó a la pareja y les abrazó emocionado. A la alegría que les había aportado el nacimiento de María dentro de poco se uniría la dicha de tener otro nietecito corriendo por la casa.

—Me hacéis muy feliz —dijo secándose las lágrimas de los ojos—, y ya verás cuando se entere tu madre.

Marcos tenía a la novia

fuertemente agarrada de la cintura y la contemplaba dichoso. Dentro de muy poquito pasaría a ser su mujer de manera oficial, aunque ya llevaban conviviendo varios años, los más felices de su vida. Con ella había roto por fin su aislamiento del mundo, había conseguido liberarse del frío, del sufrimiento. Ahora su vida era cálida, llena de risas y momentos que guardaría en su memoria como un tesoro.

—Será mejor que no hagamos esperar más a la gente.

—Tenemos mucho que celebrar. — Martín le ofreció el brazo a la radiante novia y esta se agarró a él

con fuerza—. Sé que no soy el padrino, pero permíteme acompañarte hasta el jardín.

—Estaré encantada.

Le abrazó con fuerza. No sólo había encontrado al amor de su vida, sino que también ahora formaba parte de una familia.

Bajaron las escaleras y al entrar en el jardín al primero que se encontraron fue a Víctor.

—¡Ya era hora!, pensé que Lola había recapacitado y había salido huyendo.

—Tú y tus gracias —dijo Marcos.

—Ya lo sabes, hermanito, yo soy el simpático y gracioso y tú el serio

y antipático.

—Dejaos ya de tonterías —regañó Martín a sus hijos—. Todo el mundo nos está mirando.

—¿Se puede saber a qué esperáis? —Adela se les acercó y traía a María cogida de la mano—: Mira, cielo —dijo refiriéndose a la niña—, tienes que llevar esta cajita con los anillos y...

—Sí, ya lo sé —la interrumpió María, cansada de que su abuela le repitiese una y otra vez lo mismo— y dárselos a ese señor tan serio de allí. —Señaló al juez que estaba impacientándose. Tenía entradas para el fútbol, ese sábado su equipo

se jugaba el campeonato. Él no tenía que estar oficiando esa boda, pero le debía algún que otro favor a Martín y bajo la promesa de que llegaría a tiempo al campo, decidió ser él mismo quien casara a la pareja. Pero al paso que iban las cosas no llegaba ni de broma.

—Y ahora, ¿dónde está Luna? —
Lola la buscaba con la mirada.

Desde el principio de su relación con Marcos se había negado a tener la típica boda, vestido blanco, ceremonia formal con hombres con chaqué y un montón de invitados, pero Marcos había insistido tanto que al final tuvo que ceder, pero

con una condición: boda por todo lo alto como a él le gustaba, pero su amiga Luna tenía que ser su madrina.

—¡Aquí, estoy aquí! —Se acercó a la carrera—. Perdonadme, estaba ayudando a Gina con los invitados.

—Pues si ya estamos todos, ¿empezamos de una vez?

Víctor se colocó al lado de su hermano y Lola del brazo de su suegro y de la mano de su amiga, caminaron despacio hacia el juez. La distancia que les separaba era muy corta, pero tardaron en llegar, pues Lola iba saludando a los invitados según pasaba a su lado.

Se paró a besar a Rosa, a los padres de Luna, a Esther, a las chicas del gimnasio, a Gina...

La cara del juez estaba roja y congestionada. Esa boda llevaba más de una hora de retraso y según parecía los novios no tenían ninguna prisa.

—Por fin —dijo en voz baja, casi para el cuello de su camisa—: ¿Podemos empezar? —preguntó desesperado a los novios.

—Sí, sí, claro —contestó Marcos.

—Queridos amigos —comenzó el juez—, vamos a celebrar la boda civil de...

—¿Puedo hablar? —interrumpió

Marcos.

La cara del juez era un poema. Estaba claro que no llegaba al partido.

—Sí, claro, diga lo que quiera. Total ya me da lo mismo.

Marcos se dio la vuelta y se puso frente a todos los invitados. Centró su mirada en su madre, cuyos ojos reflejaban preocupación. No entendía por qué Marcos paraba la boda y por su cabeza pasaron un montón de explicaciones todas catastróficas y terribles.

—Antes de comenzar la ceremonia, necesito decir algo. — Tomó la mano de Lola, la besó con

ternura y la miró, pues aunque estaba hablando en público esas palabras eran para ella—. Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí. Con tu amor y tu infinita paciencia has conseguido hacer de mí un hombre nuevo, uno libre y feliz. Te amo y siempre te amaré. Gracias por estar a mi lado, por ayudarme a cambiar, a transformarme y gracias por darme el regalo más maravilloso que cualquier hombre puede desear: un hijo.

Adela no se lo podía creer, ¡otro nieto!

Todos aplaudieron y se acercaron

a felicitar a los novios por la buena noticia. Entre abrazos, besos y vítores Lola pasaba de uno a otro de los invitados, bajo la atenta mirada del novio.

El juez decidió sentarse y con tristeza rompió la entrada, tendría que conformarse con ver la repetición por la tele.

Agradecimientos



Este libro es para mí muy especial, pues es un sueño cumplido. Tengo que darle las gracias a muchas personas y si me olvido de alguien espero que sepa perdonarme.

En primer lugar, a mi marido José Carlos, mis hijos Mirian y Álvaro, a mis padres, a mis suegros y a toda mi familia.

A mis amigas y lectoras cero:
Charo, Susi, Marta y Ana.

A mis chicas soñadoras de
WhatsApp: Noelia, Ainhoa, María
José, Belinda, Carina, Carolina,
Charo lokita, Marta, Olga, Asun,
Isi, Susana y Ely.

A mis Mosqueteras, todas para
una y una para todas. Siempre
unidas, siempre juntas apoyándonos
y librándonos de todas nuestras
paranoias absurdas.

A mi Paola Maleta auestas, te
quiero y lo sabes. Eres especial,
siempre entregada a los demás.
Divertida, un poco loca y muy
buena amiga.

A la familia y amigos de Plasenzuela, porque me apoyasteis desde el primer momento.

A Marisa, Mari Carmen, Toñi, María de los Ángeles, Ana.

A grandes escritores como Carlos J. Benito, Dama Beltrán, Laura Nuño, Olivia Ardey, Jessica Lozano, Rose B. Loren, Mita Marco, Mara Mornet, Scarlett Butler, Fanny Comas, Mar Vaquerizo, Encarni Arcoya, Juani Hernández, Connie Jett, Emma Gigan y muchos más que, durante este tiempo, han pasado por mi vida demostrándome que sois todos muy grandes.

A todas las Cotorras Madrileñas
Lectoras pero en especial a Tamara,
Nora, Bea, Mónica, Sandra,
Carolina, María Fátima, Begoña C.

A Mónica A., Soraya, Ana, Elena,
Teresa, Sofía, Feli, Celines,
Vanessa, Carol RZ, Elena
japonesita, Luly, Yasmina, Tigresa,
Joam, Evelyn, Marta, Esther, Ale,
Isabel María, Victoria, Marga,
Judith, Xulita Minny, Idoia,
Almudena, Ana S., Araceli G.,
Clara, Gerardo, Esther María, Mary
Helen, Victoria P., Ale S.

A los blogs, pero en especial a
Vomitando Mariposas Muertas, el
blog de Cristina Pardo, Raquel

Campos, Pasión por la lectura, las Divinas y en especial a Cecilia, Besos de tinta, Esther Sin H, Mary Lopez Bloguera.

Mis torrejoneros: Beatriz, Virginia, Lorenzo, María Isabel.

A mis compañeros de trabajo y amigos: Elena G., Elena T., Carmen, Marta, Rosa, Paqui, Victoria, Maribel, Merche, Daniel, Juan Carlos, Antonio S., Raúl C., Nacho, Antonio mi compi-vecino porque me hace la jornada más amena, a Raúl porque es el único chico, que yo sepa, que se ha leído todos mis libros.

A la papelería Arriero de

Torrejón por ayudarme a hacer realidad uno de los días más emotivos y felices de mi vida.

A mis amigas del grupo Las chicas: Elena, Conchi, Ana, May, Yolanda, Manoli y Susi.

Quiero agradecer especialmente a Noelia, tú sí que eres una princesa. Gracias por tus montajes, las horas de risas que pasamos juntas, por preocuparte por mí, por tu apoyo incondicional y por tu ayuda en tantas y tantas cosas. Al igual que Ainhoa con la que compartimos muchos ratos.

A mi editora, Isabel López-Ayllón, por apostar por mi historia

y a Ediciones Tombooktu por darme esta oportunidad.

¿Puede el amor superar barreras que parecen imposibles?

Luna y Lola son amigas, pero son tan diferentes que parece imposible. Lola es alocada, jamás piensa lo que dice y vive la vida sin importarle el mañana. Luna, en cambio, es una mujer tranquila, centrada en su trabajo y que medita todos y cada uno de sus movimientos.

Marcos y Víctor son hermanos, están tan unidos que incluso emprenden un negocio juntos. Son los dueños de una cadena de gimnasios y el negocio les va tan bien que deciden abrir uno nuevo en Valencia.

Entre Luna y Víctor hay algo más que trabajo y entre Marcos y Lola un volcán por explotar. Los cuatro frenan sus deseos por prejuicios, por el qué dirán o por miedo a arriesgarse y fracasar.

Pero la vida puede dar un giro de un momento a otro y lo que es una existencia tranquila y sin problemas se puede transformar en un solo instante. Tras una noche de locura, la vida cambia para todos.

